
NO TE
ENAMORES
del Ceo
MARCOS A.C.

NO TE ENAMORES del Ceo

MARCOS A.C.

Primera edición.

No te enamores del CEO

©Marcos A.C.

©mayo, 2025

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Capítulo 1



Alicia

Nunca había sido buena para madrugar, pero si había algo que me hacía saltar de la cama sin protestar, era el olor a primavera en Jerez y la emoción de una nueva colección. No entendía qué tenía esta ciudad que, incluso después de cinco años con mi *boutique* en pleno centro, aún me emocionaba igual que el primer día.

Tal vez era el sol filtrándose por las cortinas, el rumor de los pasos madrugadores bajo los balcones, o ese aroma a pan recién hecho de la panadería de la esquina, que se colaba por la ventana antes de que yo pudiera abrir los ojos del todo.

Me llamo Alicia. Tengo treinta años, soy morena, de pelo rizado y tengo una *boutique* que casi es como una hija para mí. No, más bien como una extensión de mi cuerpo: mi corazón latía al ritmo de sus ventas, y mis pulmones respiraban el aire cargado de perfumes, telas nuevas y clientas curiosas. A veces, incluso sentía que me hablaba. Ese día, por ejemplo, juraría que me había dicho: «Prepárate, que este va a ser un día de esos».

Me vestí como suelo hacerlo cuando tenía algo importante que mostrar al mundo: un vestido *midi* verde oliva con mangas abullonadas, botines crema y mi chaqueta vaquera preferida. Un conjunto estudiadamente informal que decía: «Estoy lista para triunfar… pero también podría tomarme un café contigo y reírme un rato».

Mi estilo siempre había sido ese punto medio entre el riesgo y la elegancia. Y no era por presumir, pero funcionaba. Al menos, en lo profesional.

A las diez en punto, abrí la *boutique*. Mi rincón. Mi refugio. El lugar donde me sentía más yo que en ningún otro sitio. Se llamaba Luna de Abril, porque fue en un abril como este cuando decidí dejarlo todo —incluido un trabajo aburrido en márquetin, donde pasaba más tiempo fingiendo sonrisas que creando cosas reales— y apostar por ese sueño.

Nada más entrar, me recibía ese aroma inconfundible: una mezcla de telas nuevas, incienso suave de jazmín y la humedad tenue de las plantas que tenía repartidas por cada rincón del local. Todo estaba pensado para que quien entrara sintiera que había escapado del mundo por un ratito. Y en días como este, en los que la nueva colección estaba recién colocada en los percheros, la *boutique* vibraba. Como una flor que se abría con descaro y decía: «Aquí estoy».

—¡Buenos días, jefa! —saludó Sandra, entrando con su sonrisa habitual y su bolso enorme colgado del hombro.

Sandra era como una explosión de colores pastel en forma humana. Siempre alegre, con ideas arriesgadas y una energía que a veces me agotaba, pero otras, me salvaba. Hoy llevaba un peto de mezclilla con una camiseta blanca de volantes que, curiosamente, le quedaba perfecto. Aunque eso era lo de menos: lo que destacaba en ella era ese brillo en los ojos, ese entusiasmo casi infantil.

—¿Lista para la batalla? —le respondí, mientras colgaba las últimas prendas en el perchero más cercano al escaparate.

—Más que lista. ¿Has visto cómo quedó el maniquí con el conjunto fucsia? Estaba gritando *«ven a comprarme»* desde la vitrina. ¡Nos vamos a quedar sin existencias en una semana!

—Ojalá. Pero no grites tú, que ya el maniquí lo hace por las dos —bromeé.

Sandra soltó una carcajada. Siempre había sido fácil hacerla reír, y eso me encantaba. Su alegría era contagiosa. Aunque a veces, su entusiasmo por «renovar mi vida amorosa» me daba más dolores de cabeza que otra cosa.

—Por cierto —dijo, acercándose en tono cómplice—, ayer estuve en la inauguración del nuevo bar de tapas a las afueras. Estaba lleno de chicos guapos, Alicia. Y cuando digo guapos, digo de esos que te hacen replantearte todo.

—¿Todo como qué? ¿Como mi paz mental? ¿Mi salud emocional? ¿Mi racha de estabilidad sin drama?

—¡Exacto! —Me guiñó un ojo—. Por favor, prométeme que saldrás este sábado conmigo. Solo para mirar. Nada más.

—Miro todos los días los catálogos de proveedores, Sandra. Esa es la única clase de «mirar» que me interesa esta semana —le contesté mientras me reía por dentro.

La verdad es que Sandra tenía razón en una cosa: llevaba demasiado tiempo sin salir con nadie. O, mejor dicho, sin interesarme de verdad por nadie. Después de mi última relación, me había prometido no volver a entregarme por completo a alguien sin estar muy, *muy* segura. Fue una historia que me dejó una herida tan elegante como profunda: de esas que no se notaban por fuera, pero dolían al mover ciertos recuerdos.

Mi corazón era un poco como la *boutique*. Abierto al público, sí, pero con zonas restringidas.

A media mañana, la tienda ya bullía de clientas. Algunas habituales, otras nuevas. Cada una traía su propio mundo encima, y a mí me encantaba adivinarlo entre líneas. Esa señora que entraba sin decir ni hola y se dirigía directa a los pantalones de lino probablemente tenía una boda de día y no quería parecer que lo estaba pasando mal sin su ex.

Esa chica que dudaba entre dos blusas idénticas, salvo por el color, seguro estaba en esa fase de «quiero cambiar, pero no sé por dónde empezar». Me encantaba ver cómo se transformaban frente al espejo. A veces, más que ropa, lo que se llevaban era una pizca de autoestima, una gota de valor, una chispa de identidad. Y si yo podía ayudarlas a encontrar eso… entonces valía la pena cada minuto.

A eso de las doce, llegó Raúl.

—Alicia, ¿sabes que esa blusa celeste del escaparate me hizo parar en seco cuando venía? Es como una canción de primavera.

Raúl. Mi amigo del alma. Diseñador de interiores, romántico empedernido y mi otra mitad cuando necesitaba una dosis de realidad con estilo. Hoy venía con una chaqueta *beige*, pañuelo verde menta y sus gafas redondas de pasta. Siempre parecía salido de una revista de arquitectura escandinava.

—Esa blusa te estaba coqueteando, Raúl. Cuidado, que luego te deja con el corazón roto —le respondí, mientras le daba un abrazo rápido.

—¿Cómo vas? ¿Nerviosa? ¿Emocionada? ¿Tragándote los sentimientos como siempre? —Curioseó, y me reí.

—Una mezcla de todo. Estoy feliz con la colección, pero no puedo evitar pensar si eso será suficiente. ¿Sabes? A veces siento que, aunque la tienda va bien, yo… no avanzo. Como si estuviera en una cinta de correr. Corro y corro, pero sigo en el mismo sitio.

Raúl me miró con esa mezcla de ternura y complicidad que solo él sabía poner.

—Tú avanzas. Aunque no lo veas. A tu manera. Mira lo que has creado, Alicia. Este lugar. Este ambiente. Esta magia.

Le sonreí. No sabía cómo lo hacía, pero siempre tenía las palabras justas.

A las tres, cerramos una hora para almorzar. Me escapé a mi cafetería favorita, esa que tenía mesas de madera reciclada y sillas que no combinaban entre sí, justo como me gustaba. Comí tranquila, disfrutando de lo que me rodeaba, y tras acabar, me pedí mi capuchino con leche de avena, contemplando desde el ventanal, donde podía ver la vida pasar como en una película muda.

Saqué el móvil y vi un mensaje de Laura.

Laura: *Paula ha decidido que quiere ser diseñadora como tú. Le ha cortado las mangas a una camiseta para hacer «la versión verano». Ayúdame.*

Solté una carcajada. Paula, la hija de Laura, era un torbellino adorable de imaginación. Laura era mi roca. Mi verdad. Mi amiga de toda la vida. Aunque a veces su humor ácido me dejaba descolocada, sabía que siempre decía lo que necesitaba oír, aunque doliera.

Alicia: *Dile que eso es alta costura. Y que le guardo retales para su próxima colección.*

Mientras bebía mi café, pensé en todas las cosas que tenía: un negocio propio, amigos que me querían, salud, clientes fieles… ¿Por qué, entonces, esa sensación de vacío a veces? Como si faltara algo o alguien.

Miré por la ventana, y el mundo seguía su curso. El sol brillaba sobre los adoquines. Un niño reía. Una pareja se besaba en la esquina. Y yo… yo volvía a pensar que tal vez mi vida necesitaba algo más que telas bonitas y escaparates perfectos.

Pero no sabía aún qué era. O tal vez sí. Y solo tenía miedo de buscarlo.

Volví a la *boutique* con ese zumbido en el pecho que siempre me dejaban las sobremesas solitarias. No era tristeza, exactamente. Era más bien una pregunta constante que nunca supe cómo responder.

Cuando llegué, Sandra estaba organizando unos collares nuevos en el mostrador mientras tarareaba una canción que no reconocí.

—Te traje una magdalena de zanahoria —le dije, dejándola frente a ella.

—¿La de la cafetería de la esquina? —Sus ojos se iluminaron como los de una niña—. ¡Eres mi persona favorita hoy!

—Hoy. Qué generosa eres. —Reí, negando con la cabeza.

—Mañana puede ser otra, depende de quién me traiga chocolate —dijo, dándole un mordisco enorme.

—Te das cuenta de que estás vendida por azúcar, ¿no?

—Mira, Alicia, al final la felicidad está sobrevalorada. Pero una magdalena bien hecha puede arreglar cualquier día —contestó, y no le faltaba razón.

A esa hora, el sol de primavera se colaba en rayas por los ventanales de la *boutique*, pintando líneas doradas sobre la madera del suelo. Me detuve un segundo a mirar todo: las perchas bien alineadas, las telas suaves, los colores de la nueva colección mezclándose como una paleta de acuarela.

Todo estaba en su sitio, incluso yo, pero, por dentro, una parte de mí se sentía como una prenda mal colgada: fuera de lugar.

Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta. Entró una mujer de unos cuarenta y tantos años, con expresión decidida y una carpeta en la mano.

—Hola, ¿eres Alicia?

—Sí, dígame.

—Soy Pilar, de la revista Estilo Sur. Estamos haciendo una edición especial sobre moda local y nos encantaría incluir tu *boutique* en un reportaje.

Me pilló tan por sorpresa que tardé un segundo en reaccionar.

—¿En serio? ¡Qué ilusión! Claro que sí. ¿Qué necesitas de mí?

—Una entrevista breve y algunas fotos del local. Si te parece bien, paso mañana por la mañana.

Acordamos la hora, me dio su tarjeta y salió como había entrado: con rapidez y decisión.

—¡Toma ya! —exclamó Sandra— ¡Esto es enorme, Alicia!

—Sí, lo es. Pero ahora me toca decidir qué ponerme para salir en una revista —dije, nerviosa, intentando esconder mi inseguridad tras una sonrisa.

Raúl, que ya había regresado de su café con «ese arquitecto que no me mira, pero me hace temblar», como él lo describía, se acercó con el dedo índice levantado.

—Ponte tú misma. Sin pretensiones. Eres el alma de esta tienda, Alicia. No necesitas parecer otra cosa.

—¿Eso fue una frase sabia o estabas ensayando para un discurso de boda?

—Ambas.

Reímos los tres, y por un momento, ese nudo que me apretaba a veces el pecho se deshizo un poco. Solo un poco. Lo justo para recordarme que tenía motivos para sonreír, aunque no todo estuviera claro aún.

Capítulo 2



Alicia

Cuando cerramos la tienda al final de la tarde, ya sentía los pies como dos ladrillos y la mente como una sopa tibia de pensamientos dispersos.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Raúl, con las llaves de su coche ya en la mano.

—No, gracias. Me apetece caminar un poco.

La verdad, no quería hablar con nadie. Necesitaba ese paseo sola por las calles de Jerez, donde las paredes guardaban secretos y las ventanas abiertas susurraban historias. Caminé sin prisa, dejándome envolver por los sonidos de la ciudad: risas lejanas, pasos sobre el adoquinado, el canto de algún guitarrista perdido en la noche.

Pasé frente al escaparate de una librería. Había un cartel que decía: «Todo empieza cuando te atreves». Me detuve un segundo a mirarlo. No era una frase nueva, pero esa noche me golpeó diferente.

«Todo empieza cuando te atreves». ¿Atreverme a qué? ¿A salir de esta zona cómoda donde todo parecía funcionar, pero algo faltaba? ¿A abrir el corazón otra vez? ¿A decirle a mi padre que aún me dolía su distancia?

Suspiré.

Mi padre, Juan, siempre fue una figura distante. Cuando era pequeña, su presencia era como un cuadro caro colgado en una pared: estaba, pero no se podía tocar. Jamás supe si era por timidez o por desinterés. Solo sabía que crecí con la certeza de que debía ganarme su atención. Con buenas notas, logros, cualquier cosa que lo hiciera verme no solo como su hija, sino como alguien digno de su orgullo. Nunca supe si lo conseguí, nunca me lo dijo.

A veces me preguntaba si mi necesidad constante de reconocimiento —en el trabajo, en las relaciones— venía de ahí, de ese deseo de ser vista, de ser suficiente para alguien.

Mi madre, en cambio… bueno, digamos que la maternidad no fue su vocación. Se fue cuando yo era una adolescente, y desde entonces apenas sabíamos la una de la otra. Siempre he dicho que es como una sombra: existe, pero no ilumina.

Volví a casa con esos pensamientos que no llevaban a ningún sitio, pero que no dejaban de dar vueltas.

Mi piso era pequeño, pero acogedor. Mucha madera clara, plantas por todas partes, y una lámpara colgante que compré en un mercadillo de Cádiz, que daba una luz cálida, de esas que te abrazan.

Encendí una vela de vainilla, me serví una copa de vino blanco y me senté frente al portátil. Empecé a escribir algunas ideas para las redes sociales de la *boutique*: historias, frases inspiradoras, consejos de estilo. Me gustaba conectar con las clientas más allá del mostrador, pensar que tal vez, mis palabras les llegaban en un momento clave, o al menos les sacaban una sonrisa.

Mientras escribía, mi móvil vibró.

Laura: *¿Cómo va la vida de estrella de la moda? Paula quiere saber si su camiseta ya puede salir en pasarela.*

Alicia: *Dile que la estamos preparando para París 2040, pero que no firme aún con ninguna agencia.*

Laura: *Ja, ja, ja. Me encanta cómo la miras, a veces yo no tengo esa paciencia.*

Alicia: *Tú tienes mil veces más fuerza que cualquiera, aunque no te lo diga cada día.*

Laura: *Gracias. Mañana pasamos a verte, Paula quiere robarte unos botones.*

Sonreí. Tener a Laura en mi vida era uno de esos recordatorios de que no todo se pierde cuando una historia termina. Ella era la prueba de que se puede empezar de nuevo, criar sola a una hija y, aun así, conservar el humor. Que se puede estar rota y seguir repartiendo amor como si no costara.

Laura se separó de su pareja cuando Paula tenía tres años. Y a pesar de que su trabajo como asistente en una agencia de publicidad siempre había sido perfecto, llevaba soñando con tener su propio negocio algún día desde que la conocía.

Apagué el portátil, me tumbé en el sofá y cerré los ojos. Mañana sería un día importante: reportaje, escaparate nuevo y ¿quién sabía qué más?

Y, aun así, en medio de la emoción, una parte de mí seguía preguntándose cuánto tiempo más podía fingir que me bastaba con esto.

Mi vida era bonita, llena de color, de telas, de cariño. Pero a veces sentía que era como una prenda perfectamente planchada que no me atrevía a usar. Me quedaba bien, sí, pero no me hacía vibrar.

Tal vez lo que faltaba no estuviera afuera, tal vez lo que faltaba era yo.

Las noches en Jerez siempre me habían parecido una caricia tibia, como si la ciudad supiera cuándo una necesitaba descanso y cuándo, silencio. Aunque el día hubiera sido largo, aunque la cabeza se sintiera como una maleta que no cerraba de tantas cosas que llevaba dentro, bastaba mirar el cielo limpio, salpicado de estrellas, para sentir algo parecido a paz.

Pero esa noche, por más que intenté dejar que la brisa suave me calmara, había algo que me apretaba el pecho. No era exactamente ansiedad, era otra cosa: una mezcla de expectativas y miedo, la sensación de estar justo antes de un salto sin saber dónde iba a caer.

Me duché con agua caliente, esperando que el vapor arrastrara las dudas junto con el maquillaje corrido. Me puse una camiseta ancha, de esas que ya tienen tu forma, unos pantalones de algodón, me recogí el pelo en un moño desordenado y me dejé caer en la cama con el portátil al lado.

Mañana vendría Pilar, la periodista de Estilo Sur, a hacerme la entrevista para la revista. A las once. Lo había repasado varias veces.

La *boutique* debía estar impecable, y yo también. No por vanidad, sino porque siempre hacía eso: mostrar mi mejor versión, incluso cuando por dentro no brillaba tanto como parecía.

Mientras repasaba mentalmente todo lo que debía revisar —desde la vitrina hasta mis uñas—, sonó el móvil. Vi el nombre en la pantalla y parpadeé. Era mi padre.

Él no solía llamar. Cuando lo hacía, era breve, casi administrativo. Siempre me hablaba como si estuviera camino a una reunión importante o como si fuera mejor mantener cierta distancia emocional, por si acaso.

Aun así, contesté.

—Hola, papá.

—Hola, hija. ¿Te va bien ahora?

—Sí. ¿Todo bien?

—He pasado por la tienda esta mañana, pero estabas ocupada. Vi el escaparate. Muy bonito.

—Gracias. Es de la nueva colección. ¿Te gustó?

—Sí, muy… original, como todo lo tuyo.

Y luego, una de esas pausas suyas, las que no sabías si llenar o respetar. Como si cada palabra le costara un esfuerzo invisible, como si hablara desde una especie de vértigo que nunca supe si venía del miedo a herirme o de no saber cómo acercarse.

—Escuché que te harán una entrevista en una revista —añadió.

—Sí, en Estilo Sur. Vienen mañana.

—Eso es bueno. Me alegro por ti.

Su voz sonaba distinta, casi afectuosa. Y eso, viniendo de él, era algo grande. Como un abrazo con guantes.

—Gracias —dije en un susurro.

Otra pausa. Pero esta no era incómoda, sino un silencio pequeño, lleno de algo importante.

—Bueno, solo quería felicitarte… y decirte que estoy orgulloso. Aunque no te lo diga mucho.

Me quedé inmóvil, como si el tiempo se hubiera congelado. Las palabras flotaron un segundo antes de entrar en mí como una corriente cálida que no sabía que necesitaba.

—Gracias, papá —logré decir. Sentí un nudo en la garganta que no había sentido en años, como si algo se hubiera desatascado por dentro.

—Nos vemos pronto.

—Sí. Me encantaría.

Colgó. Me quedé mirando el teléfono como si fuera un objeto sagrado. Era la primera vez en mucho tiempo que escuchaba eso de su boca. «Estoy orgulloso». Dos palabras simples, sí, pero en su voz sonaban como una revelación.

Y sin darme cuenta, lloré.

No fue un llanto escandaloso, de esos que sacuden el pecho. Fue un llanto suave, como una humedad silenciosa que se desliza por las mejillas sin pedir permiso ni dar explicaciones. No necesitaba entenderlo, solo dejarlo salir.

Me levanté despacio, me sequé las lágrimas con la manga de la camiseta y fui al armario. Tenía que elegir el conjunto para la entrevista. No uno cualquiera, uno que hablara por mí.

Después fui a la cocina, me serví otra copa de vino, esta vez más suave, y me senté con mi libreta de ideas. Esa donde anotaba pensamientos sueltos, frases que se me ocurrían, incluso bocetos de prendas que aún no existían. En la primera página había algo que había escrito hacía meses y que, en ese momento, me golpeó de nuevo:

«Si no sueñas en grande, al menos sueña bonito».

Sonreí. Era tan mío ese mantra. Soñar bonito. No hacía falta que fuera épico, ni revolucionario. Bastaba con que fuera sincero. Auténtico.

Pensé en todas las veces que me reinventé desde que abrí la *boutique*. En cómo cada clienta me había enseñado algo, en las historias que escuché tras el probador, en cómo una prenda nueva a veces sanaba una tristeza vieja. Porque vestir el cuerpo, al final, era también vestir el ánimo.

Pero asimismo pensé en lo otro, en lo que no se ve, en lo que escondía detrás de los escaparates perfectos. En esa sensación de estar siempre ofreciendo belleza, cuidado, alegría… y al mismo tiempo, sintiéndome a veces como una casa ordenada por fuera, pero con habitaciones oscuras por dentro. Pensé en las veces que dije «estoy bien» solo porque no tenía fuerzas para explicar lo contrario.

Y entonces recordé ese cartel en la librería: *Todo empieza cuando te atreves*.

Me quedé un rato en silencio, con esa frase dando vueltas en la cabeza.

¿Y si ya era hora de atreverme a querer de nuevo? ¿A dejar de medir tanto cada emoción, cada paso? ¿Y si el miedo a resbalar me estaba dejando fuera del baile?

Tal vez ya era momento de atreverme a estar completa.

Estaba apagando las luces del salón cuando me llegó un audio de Laura.

La conocía tanto que no me hizo falta escuchar más de cinco segundos para sonreír.

—Vale, escúchame, Alicia. Mañana quiero que te levantes, te pongas esa cara de «soy una diosa jerezana» y deslumbres en esa entrevista. Y luego te vienes a casa a jugar con Paula, que tiene una colección nueva de camisetas destruidas para enseñarte. Y si te pones muy intensa, te abro un vino y te lo suelto todo: que mereces ser feliz, con o sin «boutique», con o sin drama. Pero nunca olvides esto: tú no eres solo una mujer que vende ropa bonita. Eres una mujer que hace sentir a las demás que también pueden brillar. Y eso, amiga, no lo consigue cualquiera.

Me reí. Lloré. Todo al mismo tiempo. Con Laura siempre era así: una mezcla perfecta de verdad y ternura que te sacude y te abraza a la vez.

Me metí en la cama con ese calorcito que solo da saberse querida. Aunque no todo estuviera resuelto. Aunque todavía faltaran respuestas. Aunque la soledad, a veces, se colara por alguna rendija.

Cerré los ojos, respiré hondo y, por primera vez en mucho tiempo, pensé que tal vez, solo tal vez, este fuera el principio de algo nuevo.
De algo mío.

Capítulo 3



Alicia

La mañana llegó, cargada de tensión y de esa excitación que solo los momentos importantes nos pueden generar. Me vestí con calma, aunque el nerviosismo me hacía dar pequeños pasos rápidos de un lado a otro. Sandra ya me había dicho que no me preocupara por los detalles, que la *boutique* era un lugar conocido por su estilo único. Pero, de alguna manera, la idea de que alguien tan importante como Pilar pudiera retratarla me hacía cuestionarme todo lo que siempre había dado por sentado.

Después de mirar largo rato entre todas las prendas de mi armario, finalmente opté por una blusa de seda color marfil que siempre me había hecho sentir cómoda y elegante. La combiné con unos pantalones de talle alto y unos zapatos de tacón que casi nunca usaba, pero que parecían perfectos para la ocasión. Lo más importante: sentí que era yo. Aunque la situación me ponía algo tensa, sabía que si no me sentía yo misma, no podría proyectar la confianza que necesitaba.

Había dormido poco, y las horas pasaban lentamente mientras mi cabeza daba vueltas entre la ansiedad, las expectativas y las infinitas posibilidades de cómo podría salir todo. Me desperté temprano, ya con la sensación de que todo había comenzado.

Llegué a la *boutique* con unos nervios que, como diría Laura, no estaba yo para ir a robar panderetas. Me temblaban hasta las pestañas.

Sandra me ayudó a colgar las últimas prendas de la nueva colección mientras charlaba sobre lo que me esperaba.

—Te juro que vas a salir fantástica, Alicia. Pilar es una gran periodista, pero también una buena persona. No te preocupes por eso, solo disfrútalo.

Raúl, que había llegado hacía poco para traernos un café, se unió a la conversación.

—Nada de nervios, solo sé tú misma. No hace falta que te pongas una máscara. Ya eres impresionante tal como eres.

—Eso es fácil decirlo —respondí, aunque agradecí la atención.

Se marchó poco después dejándonos solas, y sentí que cada segundo que pasaba me ponía más nerviosa. El café de Raúl no había ayudado mucho, la verdad.

Y llegó el momento. Pilar apareció puntual, con su cámara en mano y esa presencia tan segura que parecía calmar todo alrededor. Al principio me costó relajarme. Las primeras fotos fueron algo forzadas, pero Pilar tenía esa capacidad de hacer que te sintieras cómoda, de generar esa confianza que muchas veces falta entre el fotógrafo y el modelo.

La cámara no paraba de hacer clic, y la sensación de estar observada me llenaba de inseguridades. Pensaba que mis expresiones eran artificiales, que mis movimientos no eran lo suficientemente naturales. Pero, a medida que avanzaba la sesión, algo empezó a fluir. Pilar sabía cómo guiarme, cómo captar esos momentos en los que de verdad me sentía cómoda, como si estuviera simplemente trabajando en la *boutique*, sin los ojos de la cámara encima.

El ambiente se fue relajando, y las fotos, cada vez más auténticas, comenzaban a salir con una naturalidad que me sorprendió. Pilar me pedía sonrisas, poses, gestos espontáneos, y yo empezaba a sentir que la cámara no era más que una extensión de todo lo que había construido en estos años. Era como si estuviera retratando no solo mi imagen, sino todo lo que había puesto en esta *boutique*: mi alma, mi pasión, mis pequeñas victorias y mis días grises.

A medida que las fotos continuaban, Sandra se asomó desde la trastienda, observando en silencio. Al final de la sesión, cuando Pilar se levantó para revisar las fotos y me dio el visto bueno, se acercó a mí, con una sonrisa llena de admiración.

—Has estado fantástica —dijo, mirándome con los ojos brillantes—. Este reportaje va a ser un trampolín aún mayor para la *boutique*, lo sé.

Mis hombros se relajaron, la sonrisa en mi rostro fue genuina. Mi mente ya no estaba tan llena de inseguridades, aunque una pequeña vocecita siguiera preguntándose si era suficiente.

—Gracias, Sandra. Solo… espero estar a la altura.

—No tienes que hacer nada más que seguir siendo tú misma. Ya lo has logrado.

Cuando Pilar se fue, dejándonos con la promesa de que el reportaje estaría listo al día siguiente, el aire en la *boutique* parecía más ligero, menos denso. Había algo en el hecho de haberlo hecho, de haberme dejado llevar, que me liberó. Claro, el nerviosismo no había desaparecido por completo, pero al menos ahora tenía la seguridad de que todo lo que había hecho para llegar hasta aquí había valido la pena.

Me senté en mi silla frente al mostrador y miré la *boutique* con una nueva perspectiva. Aquello no solo era una tienda, era un reflejo de mí misma: de

mis miedos y mis logros, de lo que podía llegar a hacer si me permitía dejar de dudar.

Pilar había capturado la esencia de la *boutique* y, de alguna manera, también la mía.

Esa tarde, con el sol filtrándose suavemente a través de los ventanales, la puerta se abrió con el característico tintineo del timbre. Levanté la vista y vi a Laura entrar con su hija Paula, que llevaba una mochila pequeña y una expresión decidida en el rostro.

—Hola, Alicia —saludó Laura con una sonrisa cálida.

—Hola —respondí, levantándome del mostrador para recibirlas—. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?

Paula, que hasta ese momento había estado observando las estanterías con atención, se acercó rápidamente.

—¡Hola, tía Alicia! —dijo con entusiasmo— ¿Puedo mirar los botones?

Me quedé un momento sorprendida, pero rápidamente comprendí.

—¡Claro que sí, cariño! —respondí, sonriendo— Los botones están por aquí.

La llevé a la sección donde guardábamos los botones *vintage* y de colección. Paula comenzó a examinar cada uno con detenimiento, tocándolos con cuidado, como si fueran pequeñas joyas.

—¿Te gustan los botones? —le pregunté.

—Sí —respondió sin apartar la vista de ellos—. Quiero ser diseñadora de moda, y estos botones me sirven para mis diseños.

Me conmovió su determinación y pasión por la moda a tan corta edad.

—Eso es maravilloso —dije—. ¿Tienes algún diseño en mente?

Paula asintió con entusiasmo y comenzó a describirme un vestido que había imaginado, usando los botones como detalles decorativos. Mientras hablaba, su rostro se iluminaba con una energía contagiosa.

Laura, que había estado observando en silencio, se acercó para hablar.

—No sé de dónde saca tanta imaginación. ¡Es increíble! —susurró mientras reía.

—Es una pequeña diseñadora en potencia.

En ese momento, Sandra apareció desde el fondo de la tienda, con su característico paso rápido y una sonrisa amplia.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirando a Paula con curiosidad.

—Paula quiere ser diseñadora de moda —respondí—. Está eligiendo botones para sus diseños.

Sandra se agachó para ponerse a la altura de Paula y la miró con admiración.

—¡Vaya! —exclamó— ¡Una diseñadora en ciernes! ¿Y qué diseños estás creando?

Paula comenzó a describir con entusiasmo sus ideas, mientras Sandra la escuchaba atentamente, asintiendo y haciendo preguntas que la hacían sentirse aún más especial.

—¡Eso suena increíble! —dijo Sandra al final— ¿Sabes qué? Creo que deberíamos organizar una exposición de tus diseños aquí en la *boutique*. ¡Sería un honor tener una diseñadora tan joven mostrando su talento!

Paula se quedó boquiabierta ante la propuesta, y Laura, que había estado observando la interacción, sonrió emocionada.

—Eso sería maravilloso —dijo Laura—. Paula estaría encantada.

Mientras tanto, yo observaba la escena con una mezcla de emoción y orgullo. Ver a Paula tan segura de sí misma, tan apasionada por lo que hacía, me inspiraba profundamente. Y la forma en que Sandra, con su energía y entusiasmo, había conectado con ella, me recordaba por qué había decidido abrir esta *boutique*: para crear un espacio donde la creatividad y la pasión por la moda pudieran florecer.

Después de un rato, Paula eligió algunos botones que consideraba perfectos para sus diseños. Los guardó cuidadosamente en su mochila, prometiéndome que me mostraría sus creaciones en cuanto estuvieran listas.
Antes de irse, Laura se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Gracias por ser tan acogedora —dijo—. Paula siempre se siente aquí como en casa.

—Es un placer. Sabes que quiero a tu hija como a una sobrina —respondí —. Estoy segura de que Paula será una gran diseñadora.

Mientras se marchaban, Sandra me miró con una sonrisa en los labios.

—Hoy ha sido un día especial. Ver a Paula tan apasionada por la moda me ha recordado por qué hacemos lo que hacemos aquí.

Asentí, sintiendo una profunda gratitud por ese momento compartido.

—Sí —respondí—. Ha sido un recordatorio de que la moda es más que ropa: es una forma de expresión, de sueños y de conexiones.

—Y quién sabe, tal vez algún día Paula regrese aquí con su propia colección —añadió con una sonrisa, y reí suavemente ante la idea.

—Sería un honor —dije—. Pero por ahora, me conformo con ver cómo sus sueños comienzan a tomar forma.

El resto del día transcurrió con una energía renovada. La visita de Paula había traído consigo una chispa de inspiración y alegría que se reflejaba en cada rincón de la *boutique*. Y, mientras cerraba las puertas esa noche, me sentí agradecida por el recordatorio de que la pasión por la moda puede comenzar a cualquier edad y en cualquier lugar.

Capítulo 4



Alicia

Los nervios por la entrevista del día anterior ya habían pasado, pero ahora aparecían los del resultado de ese momento.

Esperaba haber quedado tan bien como pensaban Pilar, Sandra e incluso yo misma, y deseaba que ese reportaje fuera la ventana que nos diera aún más visibilidad de la que ya teníamos.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron como siempre: atendiendo a las clientas, colocando algunas prendas y complementos, y tomando café con un Raúl más nervioso que yo, deseoso de ver el reportaje y presumir de amiga.

Desde luego, con gente así a mi alrededor, no se podía estar más feliz ni sentirse más querida.

El resto del día pasó en un suave vaivén, como si la *boutique* respirara un poco más libre, como si las paredes mismas se estiraran, dejando espacio para que la luz entrara sin presiones. Las horas parecieron transcurrir más lentamente, pero en el buen sentido, como cuando sabes que has dado un paso importante y no hay vuelta atrás.

Sandra, como siempre, mostraba una actitud optimista, casi inmune al estrés. Mientras organizaba algunas de las prendas nuevas que acababan de

llegar, me miraba de vez en cuando y sonreía, como si todo estuviera perfectamente en su lugar. «Es increíble cómo un día puede cambiar las cosas», pensaba mientras el tiempo avanzaba. La idea de aparecer en ese reportaje seguía flotando sobre mí como una sombra que, en lugar de miedo, me daba seguridad. Quizá porque, después de todo, al final, había sido yo misma. No había fingido, no había intentado ser otra persona.

—¿Sabes, Alicia? —Sandra rompió el silencio mientras arreglaba un par de vestidos en el perchero—. Creo que el artículo sobre la *boutique* va a hacer mucho más por ti de lo que imaginas. Después de esto, el teléfono va a sonar mucho más.

Sonreí, algo pensativa. La idea de que más gente pudiera conocer la *boutique*, de que mi trabajo llegara a un público más amplio, me llenaba de emoción. Pero al mismo tiempo, un nudo se formaba en mi estómago. ¿De veras quería exponerme tanto? Había en mí una parte que temía perder ese espacio íntimo que había creado, ese rincón donde las clientas se sentían como en casa y yo podía ser simplemente Alicia, la que amaba crear y mostrar prendas con significado.

—Lo sé —respondí, con una sonrisa algo pensativa—. Pero también me da un poco de miedo, Sandra. Lo que pasa es que… todo lo que he construido aquí me pertenece, ¿sabes? No quiero que se transforme en algo que no pueda controlar.

Sandra levantó la vista y, con su tono habitual, respondió sin dudar:

—Alicia, este es tu momento. La *boutique* es tuya, y eso no va a cambiar porque más personas la conozcan. Todo lo que hagas ahora solo va a reforzar lo que ya has construido. No se trata de controlarlo todo, sino de aprovechar lo que llega. Y créeme, lo estás haciendo genial.

Sus palabras calaron en mí más de lo que esperaba. Había algo en su forma de ver las cosas, tan clara y directa, que me ayudó a relajarme un poco más. La *boutique* seguía siendo mi lugar, mi refugio, y el hecho de que

ahora fuera reconocido por otros no significaba que estuviera perdiendo su esencia. Al contrario, era como si la *boutique* estuviera creciendo a su manera, y yo también.

Mientras tanto, la tienda seguía su curso habitual. Las clientas entraban y salían, algunas con prisa, otras con calma, pero todas dejaban su huella. Las conversaciones entre nosotras se volvieron más ligeras, las sonrisas más espontáneas. Incluso el aire parecía más fresco, más ligero. Como si el reportaje, de algún modo, nos hubiera dado un toque de vida nuevo.

A media tarde, cuando ya comenzaba a sentir que todo lo que había sucedido la mañana anterior era un sueño, una de las clientas más fieles, Marta, entró con una sonrisa que ya anticipaba a lo que venía. Me miró con una expresión cómplice, casi como si supiera lo que había pasado.

—He visto tu cara en Estilo Sur —dijo, sacando una copia de la revista de su bolso y mostrándomela con orgullo—. ¿Cómo no me dijiste nada? ¡Estás increíble! La *boutique* también sale, sí, pero, Alicia, la que brilla eres tú.

Sentí cómo la calidez se apoderaba de mi pecho. ¡Esto era lo que quería! No fama, ni aplausos ruidosos, sino ese reconocimiento sincero de quienes sabían mirar más allá, de quienes entendían el valor de cada pequeño gesto, de cada momento.

—Gracias, Marta —respondí, y no pude evitar sonrojarme al ver mi rostro en la portada. Esa imagen, junto a la *boutique*, reflejaba de algún modo todo lo que siempre soñé, pero que nunca me había atrevido a decir en voz alta.

Marta me sonrió y, mientras se dirigía al probador, me sentí un poco más tranquila. Algo había cambiado, y no solo por el reportaje. Había algo que se había asentado en mí. Como si, de repente, todo tuviera más sentido. La *boutique*, la ropa que elegía, las clientas con las que conversaba: todo estaba ahí por una razón. Y aunque aún no tuviera todas las respuestas, algo dentro de mí sabía que estaba en el camino correcto.

Cuando ya estaba a punto de cerrar la tienda, me dejé caer en la silla del mostrador, exhausta, pero con una sonrisa tranquila. Las luces de la *boutique* se reflejaban en el espejo, y la imagen de mi rostro en la portada seguía rondando en mi mente. Había algo liberador en todo esto, algo que me impulsaba a seguir adelante, a no frenar.

Sandra se asomó desde el almacén, donde estaba organizando unas cajas con ropa nueva. Al verme sentada, con la revista todavía en las manos, me sonrió de una manera casi maternal, como si estuviera viendo el resultado de todo un proceso.

—¿Te sientes bien con todo esto? —me preguntó con esa sencillez que solía invitarme a pensar.

—Sí —respondí, mirando la revista una vez más antes de guardarla cuidadosamente en el cajón del mostrador—. Creo que ahora entiendo que lo importante no es lo que venga después de este reportaje, sino lo que ya está aquí, lo que ya he construido.

Sandra se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Y eso es lo que marca la diferencia, Alicia. Lo que viene ahora es solo el comienzo. Este artículo es solo un trampolín, pero quien lo hará especial eres tú. Tu trabajo, tu entrega, eso es lo que cuenta.

La miré y sonreí, sintiendo que sus palabras, por fin, calaban en mí. No se trataba de un solo día ni de un reportaje. Se trataba de todo el camino que había recorrido hasta llegar aquí, de la constancia, del amor con el que había construido cada detalle, cada prenda, cada conversación.

No tardó en aparecer Raúl con una botella de champán y tres copas de plástico. Sandra y yo nos reímos al verlo.

—¡Olé, olé y olé, mi niña! Pero qué guapa sales en la revista, por favor. De esta, como diría mi abuela Gertrudis, te sale novio —dijo abrazándome.

—¿Esa es la que es medio bruja? —preguntó Sandra, cogiendo las copas.

—Medio no, cariño, bruja entera. En sus años mozos hizo que a una loba que quería robarle el novio a su prima le saliera un sarpullido por todo el cuerpo después de comer marisco, ¡y la muchacha ni siquiera era alérgica!

— Que tu abuela no se nos acerque, no vaya a traernos mala suerte — respondió Sandra, y estallé en carcajadas.

Brindamos por el reportaje, por lo que vendría después de ese trampolín, como decía Sandra, y Raúl aseguró que lo que vendría serían todas cosas buenas.

Poco a poco la noche se fue colando entre las rendijas del escaparate. Mientras cerraba las puertas, sentí que algo dentro de mí se había movido. Tal vez no me faltaba una gran oportunidad externa, sino confiar más en mí y en el camino ya recorrido.

El reportaje había sido un gran paso, sí, pero lo verdaderamente importante era el reconocimiento que ya había recibido: el que me daban quienes estaban a mi lado, a las clientas que siempre regresaban, las que me decían que lo que hacíamos aquí, entre estas paredes, importaba. Y eso, a fin de cuentas, era todo lo que necesitaba.

Sandra y Raúl se despidieron, dejándome sola. Sonreí mientras los veía alejarse. Mi móvil empezó a sonar con la llegada de algunos mensajes y vi en la pantalla que uno era de mi padre. Lo leí con el corazón en un puño y los ojos vidriosos.

Papá: *He visto el reportaje en la revista; me lo ha enseñado Carmela. Estás preciosa, hija, y has hablado muy bien. Me alegra mucho que tu*

esfuerzo se vea recompensado. Te invito a comer cuando quieras y lo celebramos.

Nunca había sido muy expresivo; los «te quiero» no eran frecuentes en él, pero entre líneas, eso era exactamente lo que me estaba diciendo. Y en ese momento, se lo agradecí más que nunca.

El otro mensaje era un audio de Laura, que tampoco quería quedarse sin felicitarme.

—Pero qué pedazo de mujer estás hecha, madre mía. Te ves impresionante en las fotos, Alicia. Eres como la Preysler. Oye, esto se merece una noche de chicas en mi casa, cenita y vino; yo invito. Esto es lo que mereces, que se te vea, y que se te vea bien, porque tú vales mucho, cariño. Te quiero.

Y yo también la quería. Era mi mejor amiga desde hacía años, y sin ella… Bueno, sin ella, no existiría la *boutique*. Porque, aunque yo estaba decidida a ponerla en marcha, fue Laura quien me dio el empujoncito que me faltaba.

Me recosté en el sofá de la oficina y cerré los ojos, dejando que el silencio de la *boutique* me envolviera. Mañana sería otro día, otro capítulo. Pero por primera vez, me sentía realmente bien con lo que había logrado.

Capítulo 5



Gabriel

Siempre despertaba antes de que sonara la alarma. No por insomnio, sino por costumbre. O tal vez por necesidad: esa manía absurda de ganarle al tiempo, como si al abrir los ojos un minuto antes del pitido tuviera el control de algo.

El reloj marcaba las seis menos cuarto. Me quedé mirando el techo, contando los segundos que no sonaban. El ático en Madrid era impecable: techos altos, ventanales de cristal sin cortinas, muebles de diseño. Silencioso, pulcro, digno de cualquier portada de revista de arquitectura. Y, sin embargo, algunas mañanas me parecía tan frío como una sala de juntas vacía.

Mi nombre es Gabriel, y a mis cuarenta y dos años dirigía, desde hacía doce, una de las multinacionales farmacéuticas más influyentes del país. Catorce horas de trabajo diarias, vuelos constantes, decisiones millonarias: la definición estándar de éxito. O eso me decían. Pero en los últimos tiempos había empezado a preguntarme si esa palabra no estaba sobrevalorada. Si acaso no estábamos todos confundiendo el brillo con la luz.

Me levanté en silencio, crucé el ático, descalzo y activé la cafetera automática. El aroma del café recién hecho llenó la cocina con una promesa que no me importaba cumplir; lo bebía como combustible, no por placer.

Cogí el móvil: trece correos desde las tres de la madrugada, algunos del equipo en Tokio; otros, desde el laboratorio en Suiza. Claudia ya había respondido a varios —siempre lo hacía—, eficiente hasta el extremo. También estaba, últimamente, demasiado pendiente de mí: de lo que hacía, de lo que no hacía, de cosas que no le correspondían.

Mientras me duchaba, repasé la agenda mentalmente. Reunión con inversores a las nueve, almuerzo con el grupo de oncología a la una, llamada con producción en Brasil, cena con el consejo. Todo medido al milímetro. Y, sin embargo, algo se me escurría cada día. Algo que no cabía en ninguna lista, ni en ningún Excel.

Me vestí en automático. Traje oscuro, camisa clara, zapatos lustrados; un uniforme más que un atuendo, un escudo. Me miré al espejo y seguía reconociendo los rasgos: mandíbula firme, ojos azules, gesto contenido. Pero había días en los que esa mirada que devolvía el cristal no parecía mía, como si estuviera actuando un papel que ya no recordaba haber elegido.

El chófer me esperaba abajo. Al subirme al coche, escuché el mensaje de voz de Javier, mi director de márquetin.

—Gabriel, necesitamos cerrar lo del nuevo lanzamiento antes del jueves. No podemos permitirnos dudas, sobre todo con la competencia tan agresiva. Ya tienes mi propuesta. Espero tu aprobación.

Javier era bueno en lo suyo: ambicioso, incisivo, constante. Pero a veces me agotaba su ansiedad por los resultados. Siempre parecía estar empujando más de la cuenta, con esa energía que no sabías si venía de la pasión o del miedo, y aunque lo respetaba, no confiaba del todo en él. Había algo en su forma de sonreír que no me terminaba de convencer. Como si las comisuras de su boca no hablaran el mismo idioma que sus ojos.

La torre de oficinas me recibió como siempre: vidrio, acero, perfección. Piso veintisiete. Cristales panorámicos, muebles minimalistas, una cafetera

que costaba más que una bicicleta. Claudia ya estaba allí, con su puntualidad quirúrgica.

—Buenos días, Gabriel —dijo sin levantar mucho la vista del portátil—. Organicé los documentos para la reunión con los inversores. Y te dejé el informe actualizado del ensayo clínico de inmunoterapia sobre la mesa.

—Gracias, Claudia. ¿El almuerzo con el doctor Méndez, confirmado?

—Sí, a la una y media —respondió—. Y la cena de esta noche es en el Wellington. Sala privada, como pediste.

Asentí. Claudia era más que una asistente: era una extensión de mi agenda, de mis hábitos. Sabía cómo me gustaba el café, cuándo dejarme solo, incluso en qué tono respondía cuando estaba de mal humor. Pero últimamente había notado algo nuevo, una especie de exceso de control, de proximidad no pedida. Como si creyera tener algún derecho sobre mis decisiones más allá del trabajo.

—Por cierto, Gabriel… —añadió con falsa naturalidad—, ¿te has planteado tomarte unos días libres? Desde enero no has descansado ni un puente.

—Gracias por la sugerencia —respondí sin mirarla—. Pero no es el momento.

Ella asintió con una sonrisa tensa. Sabía que no iba a convencerme. No en un día como hoy. No con ese tono.

La reunión con los inversores fue como todas: gráficas, cifras, expectativas. Todos querían más. Más innovación, más mercados, más impacto. Y yo lo entendía; yo también lo había querido durante años. Pero últimamente, empezaba a preguntarme hasta dónde se podía subir sin saber si había cima.

Mientras uno hablaba sobre oportunidades en el sudeste asiático, yo me encontré mirando por la ventana; el cielo tenía ese azul nítido que pocas veces se veía en Madrid, y me recordó a Cádiz, a cuando era niño, y mi padre me llevaba a la playa. Me enseñaba a nadar diciéndome: *«Confía en ti, Gabriel. El agua no muerde».*

Mi padre había muerto hacía diez años: cáncer de páncreas. Rápido, silencioso. Como todo lo que dolía de verdad.

—¿Gabriel? —me llamó uno de los inversores.

—Disculpa. ¿Decías…?

No, no había estado prestando atención, pero ahora sí debía hacerlo; mi empresa era lo primero.

A mediodía, Iker me llamó. Siempre llamaba a deshoras.

—¿Estás vivo, magnate?

—Eso depende de lo que entiendas por «vivo» —le respondí mientras subía al coche.

—¿Sigues midiendo tu felicidad en márgenes y dividendos?

—¿Y tú sigues durmiendo en el sofá para no pelear con tu mujer? —rebatí, y soltó una carcajada.

—Tocado, pero no hundido.

—¿Qué quieres, Iker?

—Que vengas este fin de semana a Jerez conmigo. Mi suegra cumple años. El sábado por la noche hay cena, vino, flamenco… y gente real. Te hace falta.

—Tengo una reunión el lunes con el consejo. No puedo.

—Mira, Gabi. Puedes con todo. Menos con tu propia cabeza. Vente. Solo cuarenta y ocho horas. No te vas a morir por parar un fin de semana.

Colgó sin esperar respuesta. Siempre fue así: directo, sin anestesia. Y por eso lo escuchaba. Aunque no se lo dijera, a veces necesitaba que alguien me hablara sin rodeos.

Iker era mi mejor amigo desde que íbamos a la universidad. Simpático, bromista y carismático, ese hombre me entendía como nadie, pero también me daba más de un tirón de orejas cuando, según él, me lo merecía.

Casado y con dos hijos, una vida familiar y hogareña, de esas con las que muy pocos se atreverían a lidiar o siquiera a soñar.

Esa tarde pasé por casa de mi madre. Una casa baja, con paredes encaladas, macetas llenas de geranios y un patio que olía a albahaca. Siempre me recibía con la misma frase.

—¡Gabriel! ¿Has comido algo hoy o sigues alimentándote de videollamadas?

La abracé. Pequeña, delgada, pero con un abrazo fuerte. Mi madre siempre fue eso: la base firme bajo mi fachada de éxito.

—He comido, mamá. En un restaurante con nombre francés que no sé pronunciar.

—No suena a comida de verdad. Siéntate, que he hecho pisto.

Durante la cena hablamos de cosas simples: del clima, de un vecino que se había mudado recientemente, de un documental que vio en la tele. Ella evitaba preguntarme por mi vida sentimental. Sabía que me cerraba. Pero esa noche se atrevió.

—¿Has hablado con Lucía?

Lucía. Mi ex, la que una vez me dijo que estar conmigo era como dormir junto a una muralla: sólida, pero fría.

—No. Terminamos hace meses, mamá.

—Lo sé. Pero no quiero verte solo para siempre. Me da miedo pensar que cuando yo no esté, tú… no tengas a nadie que te mire con ternura.

No supe qué decirle. Porque, en el fondo, tenía razón.

Ya de noche, en casa, me serví un *whisky* y salí a la terraza. Madrid brillaba bajo mis pies como una constelación artificial; todo era perfecto, todo estaba en su sitio, pero me pesaba esa perfección como una losa.

Pensé en la playa. En el agua que no mordía. En Iker. En el cielo azul de la mañana. En el pisto de mi madre. En la frase de Lucía, que aún dolía, aunque fingiera lo contrario.

Y por primera vez en semanas, me permití una idea. ¿Y si me detenía? ¿Y si, solo por un fin de semana, bajaba la guardia?

Tal vez Jerez no fuera tan mala idea, tal vez necesitaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Nunca fui de tomar decisiones impulsivas. Mi vida entera estaba diseñada para evitar eso. Cada hora, cada reunión, cada paso. Todo debía estar

previsto, medido, bajo control.

Y, sin embargo, aquella noche, solo en el ático, con el vaso de *whisky* medio lleno y el reloj marcando la una, hice algo que no encajaba en ningún plan. Abrí el grupo de WhatsApp con Iker y escribí.

Gabriel: *Iré a Jerez. No te acostumbres.*

Cinco segundos después, la respuesta llegó con un emoji de fuego y otro de brindis.

Iker: *¡Sabía que aún queda un humano debajo de ese traje de Armani!*

No respondí. No hacía falta. Ya había hecho suficiente saliéndome, aunque fuera un poco, del guion.

Capítulo 6



Gabriel

El viernes por la tarde, apagué el portátil a una hora razonable. No lo hacía desde… no sabría decir desde cuándo. Claudia me miró como si acabara de anunciar que abandonaba el cargo.

—¿Y si surge algo urgente? —preguntó, conteniendo la alarma con su habitual corrección.

—Si es realmente urgente, sabrán encontrarme —dije, sin mirar atrás.

Me marché sin dar explicaciones, sin el maletín, solo con una mochila que parecía ridícula comparada con mi maleta habitual y una extraña presión en el pecho. No era ansiedad, era algo más sutil, como si al cerrar la puerta de la oficina hubiera cruzado una línea invisible hacia un terreno desconocido.

El viaje en tren fue más largo de lo que recordaba, pero también más tranquilo. Fijé la mirada en la ventanilla; Madrid fue desdibujándose hasta desaparecer. Los edificios se transformaron en campos, el aire se volvió más claro, el cielo más abierto. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba en ningún sitio que exigiera resultados. Me sentí, por unas horas, fuera del tiempo.

Iker me esperaba en la estación, apoyado contra su coche, con esa sonrisa suya que siempre parece a medio camino entre la broma y la complicidad.

—¡Mira quién ha bajado del Olimpo! —exclamó al verme.

—Tú no cambias. —Reí, negando.

—¿Y para qué? El que tiene que cambiar eres tú, querido androide emocional.

Sonreí, pese a mí mismo. Su energía era de esas que empujaban, aunque uno no quisiera. Y lo cierto es que, aunque no se lo dijera, me reconfortaba verlo.

Éramos muy parecidos físicamente, tanto, que había quienes solían preguntarnos si éramos familia. Pero no, no compartíamos sangre ni genética a pesar de ser los dos morenos, altos y de complexión atlética; yo de ojos azules, él marrones.

A pesar de eso, Iker se convirtió en lo más parecido a un hermano que nunca tendría. Estudió económicas y, al terminar, trabajó en la asesoría de su padre, esa que ahora dirigía él mismo.

La casa de Iker era un caos funcional: patio con plantas, juguetes en el suelo, cojines mal puestos, olor a ropa recién lavada y tostadas. Me pareció un lugar real, lleno. No perfecto, pero auténtico.

Sus hijos, Aitor y David, dos pequeños tornados de seis años, mellizos, por cierto, se lanzaron sobre él, apenas cruzamos la puerta. Elena, su mujer, apareció detrás con la misma expresión de quien había sobrevivido a una tormenta y, aun así, sonreía.

—Gabriel, bienvenido. No todos los días se ve a alguien de traje entre Legos y cereales.

—Hoy hice una excepción —dije, quitándome la chaqueta.

—¿Y la coraza también? —comentó Iker, con su tono habitual de puya amigable.

Esa noche cenamos en el patio. No hubo discursos, ni pantallas, ni métricas. Solo comida casera, risas sinceras y niños corriendo como si el tiempo no tuviera garras. El cielo estaba lleno de estrellas. Las de verdad.

En algún momento, Iker bajó la voz, sin dejar de mirar su copa de vino.

—¿Y entonces? ¿Vas a seguir huyendo o vas a hacer algo con ese vacío que llevas colgado al cuello?

—No estoy huyendo —dije, y sonó hueco incluso para mí.

—Gabriel, te conozco desde que creías que la vida era una ecuación. Algo cambió. Y no me lo estás contando.

No respondí de inmediato, porque tenía razón.

—No sé si quiero seguir con todo esto.

—¿Con qué «esto»? ¿Con tu empresa? ¿Con tu vida? ¿Con esa especie de cinismo de diseño que llevas como perfume?

—Con todo, tal vez.

Iker se reclinó en la silla. No sonrió ni se burló.

—Pues empieza por algo. Lo que sea. Sal del tren, aunque sea una parada. Mira. Escucha. Deja que alguien te hable sin saber quién eres.

Lo escuché. No dije nada. Pero algo de lo que dijo me quedó resonando.

Nos quedamos allí, disfrutando del vino, la noche y el silencio, lejos del bullicio que me rodeaba en Madrid, hasta que el cansancio nos venció y decidimos dar el día por finalizado.

El sábado me despertó el alboroto de los niños. Bajé con una camiseta vieja que no recordaba tener y un pantalón cómodo. Iker estaba en la cocina, preparando café como si fuera el ritual sagrado de los adultos funcionales.

—Hoy vamos al centro. Tengo que comprarle un regalo a mi suegra. Tú vienes conmigo.

—¿Y Elena?

—¿Y perderme la oportunidad de ver cómo el señor trajeado elige un bolso? Ni loco —dijo mirándome con esa seriedad que en ese momento ni él mismo se creía, porque le conocía, y sabía que en el fondo se estaba riendo de lo lindo a mi costa.

Acepté sin resistencia. Ya no tenía ganas de discutir pequeñas cosas.

Jerez tenía otro ritmo. Las calles estrechas, los balcones con macetas, el olor a panadería… todo parecía pertenecer a un mundo sin prisa. Caminamos sin rumbo, hablando poco.

Y entonces la vi.

Una tienda. Más bien, una *boutique*: blanca, con detalles dorados, escaparate elegante. Las prendas bien dispuestas con gusto, sin estridencias. Había intención en cada elección estética. El nombre, pintado con delicadeza: Luna de abril.

—Bonito escaparate —dije, deteniéndome.

—La dueña es conocida por aquí —comentó Iker—. Tiene mucho estilo. Y está buenísima, dicho sea de paso.

—Qué sutil eres. —Volteé los ojos.

—Soy un poeta incomprendido. ¿Entramos?

—¿Para qué?

—Porque llevas treinta segundos mirándolo como si fuera una pintura renacentista.

Lo ignoré. O fingí ignorarlo. Pero sí, había algo en ese lugar. No sabría decir qué. Cálido. Íntimo. Familiar, en el sentido menos racional de la palabra.

No entramos. Iker no insistió, pero lanzó una última pulla.

—Se llama Alicia. Treinta, creo. Muy segura de sí misma. Elena dice que tiene algo… no sé, magnético. De esas personas que te miran y te leen sin que abras la boca.

—¿Y sabes todo eso, por?

—Vivo aquí —suspiró al tiempo que volteaba los ojos—. Elena compra media tienda cada mes. Y Alicia es amiga de Laura, que trabaja con ella. El mundo es pequeño.

Asentí. El nombre se me quedó dando vueltas.
Alicia.

Por la tarde fuimos a la finca donde celebraban el cumpleaños de la suegra de Iker: comida, vino y flamenco en directo. A ratos me sentía fuera

de lugar, como si estuviera de visita en una vida ajena. Pero también noté que mi cuerpo se aflojaba. Algo en mí empezaba a respirar diferente.

Una prima de Elena se me acercó a charlar. Era simpática, encantadora, incluso. No nos quedábamos sin temas de conversación porque hablábamos de cualquier cosa. Pero no pasó nada. No dentro de mí.

Iker, desde lejos, me guiñó un ojo.

—¡Vamos bien! —gritó.

Le devolví una sonrisa educada. Pero sabía que no era eso.

Porque lo que me faltaba no era contacto humano. Ni fiesta. Ni vino. Era otra cosa.

Algo más sutil, más difícil de explicar. Algo que, sin saber por qué, creí haber sentido, apenas vi aquel escaparate.

Tal vez no fuera nada. O tal vez sí. Y si lo era… tenía nombre.
Alicia.

La mañana del domingo despertó suave, con esa luz clara y honesta que solo parecía existir en el sur después de una noche de vino, conversación y guitarra. Tenía un leve dolor de cabeza, el tipo de resaca que no incomoda, solo te recuerda que estuviste en otro lugar, más liviano, más humano. Hacía años que no me reía tanto sin mirar el reloj. Que no me sentía tan vivo.

Iker dormía despatarrado en el sofá, con uno de sus hijos enroscado a sus pies como un gato. Elena, ya despierta, se movía en la cocina con esa eficiencia amable de quien sabía que la ternura también podía organizarse. Me ofrecí a ayudar y ella se negó con una sonrisa maternal que no admitía réplica.

Así que salí. Sin móvil. Sin reloj. Sin necesidad de estar en ningún sitio.

Caminé por las calles aún medio dormidas de Jerez, donde el ruido era el de las persianas subiendo y los buenos días que se decían de verdad. En una esquina, el olor a pan caliente me detuvo. Entré en una panadería, compré una barra sin pensar. No porque la necesitara, sino porque me pareció profundamente humano hacer algo tan simple, tan cotidiano, tan ajeno a mi mundo de decisiones con cifras y consecuencias.

Y entonces la vi.

Luna de abril.

El escaparate había cambiado. Las flores eran otras. El maniquí llevaba un vestido coral, liviano, como tejido de aire. En el cristal, escrito a mano con rotulador blanco, una frase que me llamó la atención:

«Lo importante no es lo que llevas puesto, sino cómo te sientes cuando lo llevas».

No supe por qué me conmovió tanto. Tal vez porque en mi mundo lo que se sentía no importaba. Solo contaba lo que se proyectaba. Lo que se sostenía. Lo que impresionaba. Y allí estaba esa frase, aparentemente inocente, desarmándome en silencio.

Me acerqué sin pensarlo. Los pies se movieron solos.

Y entonces la vi a ella.

De espaldas. Morena, rizos indomables, pantalón de lino claro y camisa blanca remangada. No había nada ostentoso en su figura y, sin embargo, todo en ella transmitía una especie de energía contenida. Era… movimiento.

Brisa. Algo vivo. Como si hubiera nacido para estar en constante sintonía con lo que la rodeaba.

Me detuve. No por deseo ni por atracción inmediata. La miré como se mira un cuadro que no se entiende del todo, pero que igual te tocaba algo por dentro. Como si, al observarla, partes de mí que estaban dormidas se alinearan sin permiso.

Y entonces se giró. Y me miró.

Fueron apenas dos segundos, quizá menos. Pero en ese instante hubo algo que me atravesó. Un reconocimiento sin palabras. Como si alguien hubiera pronunciado mi nombre en voz baja sin necesidad de decirlo.

Sus ojos, de un bonito color marrón claro, no buscaron complacer ni evitar. No sonrió. No bajó la mirada. Tampoco yo. Fue una mirada limpia, intensa, verdadera. Una conversación muda que no tenía lógica, pero sí peso. Y luego, simplemente, volvió a lo suyo: ordenar perchas. Como si nada.

Pero para mí, ya no era nada.

Yo ya no era el mismo.

Seguí caminando con la barra de pan en la mano como un hombre que acababa de presenciar algo que no podía explicarse. Algo pequeño. Íntimo. Pero que había dejado una marca.

Volví a casa de Iker en silencio. Él me vio entrar, y sin necesidad de palabras, lo supo.

—¿Todo bien, CEO? —preguntó con esa sonrisa ladeada que usaba cuando intuía más de lo que decía.

—Sí. Salí a dar un paseo —respondí.

—¿Y te encontraste contigo mismo?

—Algo así.

No estaba listo para contarle lo que había pasado. Tampoco habría sabido cómo. Porque no había pasado nada, objetivamente. Solo una mirada a través de un cristal. Pero dentro de mí… había sido un terremoto. Silencioso, sí. Pero real.

Esa tarde, al subirme al tren de vuelta a Madrid, sentí que llevaba algo nuevo conmigo. Algo pequeño, pero persistente. No era deseo. No era necesidad.

Era una grieta.

Una fisura casi imperceptible en la muralla que yo mismo había construido con esmero durante años. Y por esa grieta entraba luz. Una luz distinta. Una que no cegaba, pero que mostraba.

Una luz con forma de ojos marrones. De manos que ordenaban perchas. De frases escritas con rotulador sobre un escaparate blanco.

«Lo importante no es lo que llevas puesto…»

Tal vez lo importante era a quién permitías ver lo que había debajo.
A quién dejabas entrar.

Capítulo 7



Alicia

El cielo había amanecido despejado, pero el aire olía a cambios. No me preguntéis por qué. Había mañanas en las que una se despertaba con la sensación de que algo distinto iba a pasar. Y no lo decía por superstición, aunque un poco sí, sino porque siempre había creído en los instantes, en los giros de guion, en las casualidades que no lo eran tanto.

Hoy, mientras me vestía frente al espejo, sentí ese tipo de escalofrío anticipado que no era frío ni miedo, sino presentimiento. Una alerta sutil que nacía en el estómago, como si alguna parte muy íntima de mí supiera algo que todavía no estaba preparada para entender. Elegí el vestido azul marino, ese que me daba confianza, y hasta me puse unos pendientes. Algo que no solía hacer un día cualquiera.

Un café, un par de tostadas mientras repasaba lo que tenía que hacer, y estaba lista para una nueva jornada de miércoles.

Al llegar a la *boutique*, me recibió el olor familiar a jazmín y madera recién pulida; como cada día. Era un aroma que me calmaba, como una especie de hogar que se repetía en bucle cada mañana, aunque cada día trajera sus propias tempestades. Encendí las luces del escaparate y puse *jazz* de fondo. Nina Simone, porque si el destino iba a pasar, quería que lo hiciera con clase.

Sandra llegó media hora tarde, con su café gigante en una mano y esa sonrisa en la cara que me obligaba a perdonarle cualquier cosa.

—Alicia, he tenido el mejor sueño de mi vida —dijo con un suspiro.

—¿Y qué has soñado, que te tiene con esa sonrisa? —Curioseé, sonriendo a mi vez.

—Que me casaba con Harry Styles —me dijo, colgando unas blusas nuevas en el perchero central—. En el sueño, tú eras la madrina y llevabas un vestido con alas.

—¿Alas? —Fruncí el ceño.

—Sí. Pero no unas alas feas. Eran… conceptuales.

—Me alivia saber que al menos, en tus sueños tengo estilo. —Reí, mientras terminaba de ordenar los pañuelos de seda sobre la mesa del escaparate.

Sandra tenía esa capacidad de arrancarte una carcajada incluso cuando tenías el alma hecha un nudo. Su energía era eléctrica, cálida. Como una manta con batería interna. Siempre llegaba tarde, pero también siempre aparecía justo cuando más la necesitabas.

—¿Y Harry, qué tal en la boda? —pregunté con media sonrisa.

—Un caballero. Aunque llevaba calcetines verdes. Creo que era una metáfora.

—¿De qué?

—Ni idea. Pero me desperté con ganas de volver a dormir.

La mañana transcurrió como tantas otras: clientas habituales, risas compartidas, y alguna discusión suave con Raúl sobre la iluminación del probador. Todo en su sitio; esa clase de rutina que te envuelve y te hace olvidar por un rato que el mundo puede tambalearse sin previo aviso.

Hasta que sonó la campanita de la puerta.

Me giré sin apuro, con esa sonrisa automática que una desarrollaba cuando está acostumbrada a recibir desconocidos con amabilidad. Pero lo que vi al levantar la mirada no era precisamente «desconocido».

Era él.

El hombre del escaparate. El de los ojos azules que me habían atravesado el alma unos días antes. El del traje perfectamente entallado y gesto de estar más cómodo en una sala de juntas que en una tienda con velas aromáticas y *jazz* francés de fondo.

El mismo que había visto pasar frente a la *boutique* el sábado por la mañana, cuando yo fingía ordenar el expositor de collares solo para poder observarlo mejor. No había entrado entonces, pero se había detenido un instante, como quien dudaba de si cruzar una frontera invisible. Y también le vi el domingo, con una barra de pan recién horneada, en el momento en el que nos miramos como si nos conociéramos de antes o de otra vida.

—Buenos días —dijo, con una voz tan grave que pareció vibrar incluso en el suelo de madera.

Me quedé paralizada medio segundo. Solo medio segundo. Siempre había sido rápida reaccionando, aunque por dentro estuviera gritando «¡es él, es él, es él!». Sonreí de manera profesional, natural incluso, pero mi corazón ya hacía piruetas.

—Buenos días —respondí—. ¿Buscas algo en particular o estás dejando que el destino te sorprenda?

Él arqueó una ceja, y yo intenté no reírme al ver su expresión.

—Me temo que no suelo dejar que el destino decida, pero… supongo que hoy haré una excepción.

Touché.

—Entonces has venido al lugar adecuado. Aquí el destino suele disfrazarse de seda italiana y camisas con alma.

Me miró como si no supiera si hablaba en serio o en broma. Yo tampoco lo tenía del todo claro.

—Necesito un regalo —dijo al fin—. Para mi madre. Es su cumpleaños. No tengo ni idea de qué le gusta últimamente.

—Un clásico: hijos desmemoriados que intentan redimirse con estilo. No te preocupes, tengo experiencia en rescates de última hora. —Sonreí.

Asintió con una media sonrisa que, si me descuidaba, me habría derretido frente a los zapatos. La *boutique*, de pronto, pareció más pequeña, y el aire, más denso.

—¿Alguna pista sobre tu madre? ¿Es de las que coleccionan bolsos o de las que prefieren algo más íntimo, tipo pañuelos, jabones artesanales… vinos carísimos?

—Diría que… elegante, tradicional, pero con carácter. Le gusta lo clásico. Y no bebe.

—Vale, descartamos el vino. Aunque un buen Ribera ayuda a tolerar los regalos mediocres.

Se rio. No fue una carcajada, sino esa risa breve y contenida de quien no estaba acostumbrado a soltarse del todo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y qué edad cumple? —pregunté mientras le mostraba algunos fulares bordados a mano.

—Sesenta y cinco.

—Oh. Edad poderosa. Requiere algo con intención. No podemos fallar.

Lo observé mientras caminaba detrás de mí. Alto. Elegante sin esfuerzo. No era solo atractivo. Era… interesante. Como si llevara encima historias que no se compartían fácilmente.

—Esto puede funcionar —le dije, sacando una caja con un pañuelo azul petróleo con bordes dorados—. Es sobrio, pero elegante. Como tú.

Me miró de nuevo, esta vez más directo.

—¿Me ves sobrio y elegante?

—Te veo perdido, pero en buena compañía. Eso suaviza cualquier traje caro.

—¿Y tú? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza— ¿Siempre eres así de… directa?

—Solo con los clientes que lo agradecen —respondí, y sonreí. Pero esa sonrisa me costó.

Porque no sabía si estaba jugando o si realmente me estaba dejando llevar.

Mientras envolvía el regalo, él paseaba lentamente por la tienda. No me quitaba la mirada, aunque intentara disimularlo con torpeza. Y yo tampoco podía ignorarlo. A veces pasaba: había personas que te sacudían sin tocarte. Que te miraban como si supieran algo que tú aún no sabías de ti misma.

—Nunca había entrado aquí —dijo, acercándose de nuevo al mostrador.

—Lo imaginé. La mayoría de los hombres se sienten intimidados por tanto color junto. Pero tú no. Pareces más curioso que incómodo.

—Digamos que no suelo hacer esto. Comprar regalos. Ir sin rumbo.

—¿Y qué te hizo venir hoy?

Se quedó callado un segundo. Solo un segundo. Pero en ese segundo se abrió una grieta. Una pausa sincera.

—Digamos que estoy explorando otros modos de estar en el mundo.

Lo miré, sin bromas, esta vez.

—Eso suena importante. ¿Y cómo te va?

—Extrañamente bien.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue ese tipo de pausa que una desearía prolongar. Lo observé y sentí que, si estiraba la mano, podía tocar algo que no se veía.

—¿Sabes? —murmuré— A veces lo más difícil no es cambiar de rumbo, sino admitir que ya lo hemos hecho y no lo habíamos notado.

—¿Y tú? —preguntó— ¿Has cambiado de rumbo alguna vez?

—Varias. Pero siempre acabo volviendo aquí. A este sitio. A mí misma. Supongo que es mi centro de gravedad.

Asintió despacio, como si le costara dejar que salieran las palabras.

—Debe de ser bonito tener un lugar así.

—Lo es. Pero también da miedo. Porque si un día deja de sentirse como casa… ¿dónde vas?

La caja ya estaba lista. El lazo, perfecto. Pero ninguno de los dos parecía tener prisa.

—Gracias por la ayuda. Eres buena en esto.

—Y tú no tan torpe como parecías al entrar. Buena combinación.

—¿Tienes tarjeta? —preguntó.

—¿Del tarot o de la tienda? —respondí, y él soltó una pequeña risa.

—De la tienda.

—Claro —le dije, entregándole una—. Pero si alguna vez necesitas la otra, también tengo mazo.

Él la cogió y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Y justo cuando se giraba para salir, se detuvo.

—Me llamo Gabriel.

—Lo sé —respondí, sin pensar.

Se giró, curioso.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero lo supe.

Sonrió, esta vez más ampliamente. Y salió.

Cuando la puerta se cerró tras él, me quedé en silencio. No era habitual en mí. Pero nada de eso lo era.

Sandra salió de la trastienda justo en ese momento, con el móvil en la mano.

—¿Y ese tío de portada de revista?

—Un cliente.

—Ajá. ¿Cliente o «cliente»?

—Todavía no lo sé.

Ella me miró con picardía.

—Bueno, si te cruzas otra vez con ese «todavía no lo sé», pídele un clon para mí.

Me reí. Pero por dentro, algo se me había removido.

Y sabía que, aunque no volviera, Gabriel ya no era solo «el del escaparate».

Era el que había abierto una grieta.

Y yo, como tonta, ya estaba mirando por ella.

Capítulo 8



Gabriel

Salí de la tienda con la caja en la mano y una ligera opresión en el pecho que no tenía nada que ver con la corbata. Caminé despacio, como si no quisiera alejarme demasiado. Como si algo dentro de mí, algo que llevaba dormido mucho tiempo, me pidiera quedarme un poco más cerca de ese espacio de madera cálida y olor a jazmín.

No lo entendía del todo.

Era solo una mujer, una desconocida, la dueña de una *boutique* con el don de hablar sin filtro y la sonrisa más peligrosa que había visto en años. Y, sin embargo, algo en ella había logrado desarmarme en menos de quince minutos.

Era ligera, pero no superficial; irónica, pero no mordaz. Te miraba como si supiera que llevabas una coraza y no tuviera intención de quitártela, solo sentarse al lado, a ver si la soltabas tú solo.

No estaba acostumbrado a ese tipo de personas, y mucho menos a sentirme tan expuesto con tan poco.

Giré la esquina y, por un instante, consideré volver. Decirle que tal vez quería otra sugerencia, otra recomendación, otro motivo para quedarme.

Pero no lo hice.

Porque tenía práctica huyendo antes de que algo empezara, y porque llevaba tanto tiempo controlando cada paso que la idea de un salto al vacío me daba náuseas.

Unos días antes, Claudia me había mirado desde el umbral de mi despacho con los brazos cruzados y ese gesto que me recordaba más a una hermana mayor que a una asistente ejecutiva.

—*Gabriel, te vas a romper* —dijo sin rodeos—. *Y cuando lo hagas, ni las juntas de inversión ni tus maravillosos trajes van a recogerte del suelo. Cógelos ya, los días libres. No más excusas.*

Le respondí que no era el momento. Que había informes, cierres, y mil razones lógicas para seguir funcionando como un reloj suizo. Muchos asuntos pendientes. Por no hablar de que estábamos cerca de cerrar un trato con una empresa, que irme en ese momento era «estratégicamente inconveniente».

—*Tú mismo* —dijo ella sin inmutarse—. *Pero luego no me vengas con que «no sabes por qué te sientes así». La coraza emocional también se oxida.*

Esa noche, en casa, abrí el portátil y, sin pensarlo demasiado, alquilé una casa en las afueras de Jerez. Era una casa sencilla, de techos altos, pequeña, con terraza, luz por todas partes y cero conexión con la vida que había dejado en Madrid. Iker siempre me había hablado bien del lugar. Me dijo que la ciudad tenía algo de ritmo antiguo, como si el tiempo allí caminara más lento. Mientras que, en sus palabras —no en las mías—, yo hacía años que corría demasiado. Y justo eso necesitaba. Un cambio de compás.

Volviendo al presente, mientras caminaba hacia el coche, me repetía la misma pregunta en bucle: ¿cómo sabía mi nombre?

—*Lo sé* —había dicho, cuando se lo dije por primera vez—. *No lo sé, pero lo supe.*

Lo supe. Así. Como si lo hubiese leído en las estrellas o en el aire que nos rodeaba.

Y entonces me detuve a mitad de la acera. Claro. La tarjeta.

Había pagado con tarjeta. Mi nombre estaba ahí, grabado justo debajo del chip. La había pasado por el lector y seguramente ella, con su radar de detalles afinado, lo había visto. Sutil. Discreta. Luego fingió haberlo adivinado de algún modo, como si le hubiera llegado algún tipo de ayuda divina.

Me reí solo. Allí, en medio de la calle. No una carcajada, solo ese tipo de risa seca y breve que se te escapa cuando descubres que alguien ha jugado contigo a un nivel que no esperabas.

Alicia era lista y rápida. No de las que corrían, sino de las que pensaban en voz alta sin avisar. Y eso, en mi mundo de silencios estratégicos y frases medidas, resultaba desconcertante a la par que fascinante.

Y, por alguna razón que no comprendía del todo, me había hecho bien hablar con ella. Como si en su presencia no hiciera falta demostrar nada.

—¿Y? ¿Sobreviviste a tu primera compra espontánea? —preguntó Iker esa noche cuando llegué a su casa para cenar con ellos.

—Sí —respondí, dejando una botella de vino sobre la mesa—. Aunque sospecho que fui manipulado emocionalmente con sarcasmo y seda italiana.

—Como debe ser. —Sonrió mientras descorchaba el vino.

Iker me observó con una ceja levantada. Me conocía desde hace más de veinte años, desde los días de universidad en Salamanca. Él eligió el vino. Yo, los números. Él, la tranquilidad. Yo, la velocidad. Pero, de alguna forma, seguíamos sincronizados.

—¿Y la vendedora era tan guapa como dicen?

No respondí. Lo miré sin expresión. Suficiente para que él sonriera con satisfacción.

—Alicia —dijo, como si pronunciara el nombre de una especie de mito local—. La chica de la *boutique*. Me la he cruzado alguna que otra vez. Tiene algo… —Entrecerró los ojos, pensativo—. No me extraña que te tocara.

—¿«Me tocara»? No fue una aparición divina.

—¿Estás seguro?

Me serví una copa de vino. No para emborracharme, sino para aflojar un poco los pensamientos, que llevaban todo el día haciéndose nudos.

—Es simpática —admití al fin—. Aguda. Con una especie de… intuición.

—Ajá.

—Y no sé qué demonios me pasa, pero no puedo dejar de pensar en cómo me miró. Como si pudiera leer algo que ni yo sé que llevo escrito.

Iker asintió despacio, como quien ya lo sabía.

—Eso, amigo mío, se llama «química». Pasa una vez cada quinientos años. Y a ti te ha pasado ahora, con alguien que probablemente no te pidió

la biografía entera antes de hablarte. Por lo que en tu caso podemos decir que es una especie de fenómeno extraño.

—No necesito química. Necesito equilibrio.

—Y tal vez la química sea lo único que te falta para conseguirlo.

No respondí. Porque, por una vez, Iker tenía razón.

Esa noche dormí poco. No por problemas de trabajo, los había dejado a varios kilómetros, sino porque la escena se repetía en mi cabeza como una especie de eco suave.

Ella bromeando sobre el tarot. Ella envolviendo el regalo con el cuidado y la precisión que un cirujano emplearía en una operación. Ella mirándome con esos ojos en los que parecía no haber miedo. Su voz. Su forma de mantenerme la mirada.

Y luego, ese momento. *«Lo sé»*, dijo cuando le dije mi nombre.
Me volví a reír solo. Estaba perdiendo la cabeza.

El jueves por la tarde, mi madre me llamó.

—Gabriel, cariño… —La escuchaba emocionada—. El pañuelo que me has enviado es precioso. De verdad. ¿Dónde lo has comprado?

—En una *boutique* de Jerez —respondí, mientras preparaba un café en la cocina de la casa.

—Ah, claro, porque estuviste con Iker.

—Estoy aquí ahora, llegué ayer. Se me pasó decírtelo —suspiré.

—¿Has vuelto a Jerez? —Sonaba tan sorprendida como yo mismo estaba, porque era raro en mí dejar la empresa entre semana.

—Sí, he decidido coger unos días de descanso.

—Pues me parece muy bien, cariño. Ya era hora… —Sí, sonaba a reproche materno—. ¿Y quién te ayudó a escoger el pañuelo? No parece cosa tuya.

Sonreí. Había algo en la manera que tenían las madres de llegar siempre al centro de la diana sin necesidad de dispararte.

—Una mujer. La dueña. Alicia.

Silencio. El justo para que supiera que estaba procesando más de lo que decía.

—Pues dile que tiene un gusto exquisito. Y que ojalá te ayude a elegir más cosas. No solo pañuelos.

No dije nada. Pero me quedé con esa frase. Como si ella también hubiese notado que algo había cambiado.

Tras hablar un poco más con mi madre —sobre cuánto tiempo me quedaría aquí, que ni yo mismo sabía—, colgué y caminé sin rumbo por el centro de Jerez. Pasé por plazas, por calles con nombres de poetas, por cafés con toldos viejos y gente leyendo sin prisa.

Me pregunté si Alicia estaría trabajando. Si habría alguien más que la hiciera reír como yo, aunque fuese solo un poco. Me pregunté si ella también pensaba en mí o si había pasado página nada más atar el lazo del regalo.

Llegué sin querer hasta su calle. Vi el toldo de la *boutique*. No entré, pero me quedé al otro lado, observando el escaparate. Y desde mi lugar privilegiado, sin que me viera, la vi. Atendía a una señora y lo hacía con una sonrisa en los labios, pero no la que yo había visto; esta era más… profesional. Sí, esa era la palabra.

Me marché antes de ser visto, no fuera a pensar que era un acosador o algo así, y me pasé por un asador a por algo casero para cenar.

Al volver a la casa, encontré la tarjeta otra vez. La había dejado sobre la mesita. La giré entre los dedos, como quien busca valor en un gesto simple.

«Diseño con alma. Atención con corazón».

Sabía que era solo una frase. Pero después de conocerla, parecía una descripción literal de lo que era estar con ella.

Pensé en llamar.

No lo hice.

Pero esta vez, no por miedo, sino porque quería que el próximo paso fuera presencial. Mirarla de nuevo. Ver si su mirada todavía sostenía lo que había despertado en mí.

El viernes por la mañana, llamé a Iker.

—¿Sigues pensando que no hay apariciones divinas?

—¿Estás en la puerta de su tienda?

—No. Pero estoy más cerca de volver que de irme.

—Hazlo. Pocas veces te he escuchado hablar así de alguien. Y ninguna con esa voz.

—¿Qué voz? —Fruncí el ceño.

—La de quien está empezando a desear algo sin planearlo. Y eso, querido y viejo amigo, es el mejor tipo de deseo.

Y así me quedé, con la caja ya entregada, pero con otra cosa mucho más frágil aún entre las manos: una posibilidad.

No sabía si Alicia estaría allí si volvía, no sabía si me recordaría. Pero sabía que, de algún modo extraño, su presencia me había colocado frente a un espejo.

Y por primera vez en mucho tiempo, no quise salir corriendo.

Capítulo 9



Alicia

El aire de aquella tarde tenía ese frescor especial que siempre me hacía pensar en la primavera, como si estuviera justo al borde, mirándome, esperando el momento de entrar con su estallido de colores. Sandra había salido a hacer una ronda por las tiendas vecinas, y Raúl seguía en su mundo, detrás de la pantalla del ordenador, sumergido en sus códigos y diseños.

La *boutique* estaba en calma. Ese tipo de calma que, con el tiempo, había aprendido a reconocer: la que precedía a una pequeña tormenta de clientas en busca de un vestido a última hora.

Estaba de pie frente al espejo, ajustando el drapeado de uno de los maniquíes, vistiéndolo con una de las piezas nuevas de la colección, y sin previo aviso, me vino a la mente el regalo de Gabriel. No entendía por qué. No lo había vuelto a ver desde su visita y, sin embargo, todavía sentía su presencia flotando en algún rincón de la tienda. Como si algo suyo se hubiera quedado entre las perchas.

Pensé en aquel momento en que me entregó la tarjeta. En ese segundo de silencio antes de marcharse. Recordé la forma en que me miró: un gesto contenido, como el de alguien que no estaba acostumbrado a mostrar sus emociones. Pero había algo en sus ojos… algo fugaz, aunque sincero. Una grieta apenas visible entre tantas capas de autocontrol.

Me quedé observando el maniquí vestido de azul claro y me descubrí sonriendo. ¿Qué me pasaba? Era solo un cliente, uno más en esta pequeña *boutique* de Jerez. Y, sin embargo, no lograba sacármelo de la cabeza. ¿Por qué? No era la primera vez que un hombre atractivo o interesante entraba en la tienda. Gente con dinero, con estilo, venía, elegía algo bonito, dejaba una sonrisa y se marchaba, así de simple.

Pero Gabriel no era como los demás.

Había algo en su voz, en su presencia, algo que no encajaba con lo cotidiano. Como si perteneciera a un mundo distinto, uno al que yo no tenía acceso. Tal vez estaba exagerando. Al final, solo había venido a comprar un regalo para su madre, nada más. No significaba nada.

Respiré hondo, intentando despejar la mente. No podía permitir que un encuentro tan breve me afectara de ese modo. ¿Qué era esto? ¿Una crisis adolescente tardía?

Entonces mi móvil vibró en el bolsillo, y me aferré a esa interrupción como a una tabla en medio del mar. Al mirar la pantalla, vi el nombre de Laura.

—Alicia —saludó con su voz desbordante de energía—. ¿Sabes qué? ¡Estoy harta de este frío!

—Laura, cariño, vives en Jerez, no en Siberia. —Y me reí sin poder evitarlo, porque mi amiga era la más friolera del mundo, aunque hiciera una simple brisa de fresco.

—¡Lo sé! Pero estoy en modo bipolar. Necesito sol, tequila y una guía práctica para no volver a enamorarme del tipo equivocado.

Solté una carcajada. Laura tenía el don de sacarme del peor de los estados con solo una frase. Su energía aliviaba incluso los pensamientos más

densos.

—Lo de los hombres, Laura, es terreno resbaladizo. Y créeme, no soy precisamente la persona más indicada para dar consejos.

—Tú siempre tan intensa —dijo entre risas—. Pero, hablando en serio, ¿cómo va la *boutique*?

Suspiré mientras me dirigía a la mesa de las tarjetas de presentación. En ese momento, necesitaba tener las manos ocupadas, aunque fuera en algo tan simple como ordenarlas.

—Todo en orden: novedades, pedidos… lo de siempre.

—¿Y el chico guapo de la tienda? Ese con cara de modelo de catálogo carísimo. ¿Qué tal?

Me detuve de golpe. ¿Cómo sabía ella eso? No le había contado nada.

—¿Qué chico? —pregunté con una tranquilidad demasiado ensayada, y Laura soltó una carcajada al otro lado del teléfono.

—No te hagas la tonta, que no lo eres. El tipo que te hizo sonreír como si acabaras de volver de unas vacaciones románticas. ¡Es el chisme en todas las bocas de la tienda!

Sentí cómo el rubor me subía por el cuello hasta la cara. ¿Se me había notado tanto?

—¿Y qué opinas? —Me atreví a preguntar, solo para medir su reacción.

—¿Qué opino? —Hizo una pausa dramática, como si estuviera buscando la palabra exacta—. Que te lo traigan a casa con lazo y todo. En serio,

Alicia, te mereces alguien así. Estás demasiado centrada en tu trabajo y se te está olvidando lo más importante.

Me mordí el labio, entre la risa y el fastidio. Laura tenía esa manía de imaginarme en historias que ni yo misma me atrevía a contemplar.

—No empieces —le dije, intentando sonar firme—. Fue solo un intercambio de sonrisas.

—A veces una sonrisa es el principio de algo, y lo sabes —insistió—. Pero bueno, ya veremos. ¡Te gusta, y punto!

Resoplé y me dejé caer en el sillón junto al escaparate. Me quedé mirando mi reflejo, con la mente revuelta, sin poder dar nombre a lo que sentía. ¿Me gustaba Gabriel? Tal vez sí. Tal vez no. Pero entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Qué tenía esa mirada suya que había atravesado mi muralla de indiferencia?

—¡Basta, Laura! ¡Es solo un cliente! —dije casi con desesperación, como si necesitara convencerme a mí misma.

Ella se rio, como si pudiera ver a través de mí, sin necesidad de estar presente.

—Si tú lo dices…

Terminamos la llamada poco después, tras hablar de Paula y sus nuevos diseños de moda, pero el eco de sus palabras se quedó dando vueltas en mi cabeza. Mientras doblaba unas blusas recién llegadas, no podía dejar de preguntarme si volvería a ver a Gabriel. O si todo había sido solo eso: un roce fugaz, un cruce de caminos que no volvería a repetirse.

Entonces sonó la puerta.

Me giré de inmediato. Supe que era él incluso antes de verlo. La campanita sonó distinta, como si la tienda misma lo reconociera.

Y ahí estaba. Gabriel.

Con su traje oscuro, su elegancia sobria y esa mirada que, esta vez, parecía tener algo más que decir. Sonrió al verme, una sonrisa más abierta, menos contenida que la vez anterior. Como si también hubiera estado esperando este momento.

—Creo que olvidé algo —dijo con una naturalidad que me desarmó, y mi corazón dio un salto, aunque logré mantener la compostura.

—¿Olvidaste algo?

—Sí. Un detalle más para el regalo.

Avanzó hacia el mostrador, donde seguían algunas de las cajas. No dije nada. Solo lo observé. Pero esta vez, había algo distinto en su forma de estar. Más relajado. Más cercano. Y eso, sin saber por qué, despertó algo dentro de mí que ya creía dormido.

Gabriel se acercó al mostrador con paso firme, y algo en su presencia me hizo detenerme. Había cambiado. No sabía exactamente qué, pero no era el mismo hombre torpe y contenido que había entrado la vez anterior. Entonces parecía incómodo, como si estuviera en territorio desconocido, moviéndose con cierta rigidez, con esa energía de quien no sabía muy bien cómo comportarse. Pero ahora… ahora había algo distinto en él. Una relajación sutil en los hombros, una calma medida en los gestos. Como si hubiera dejado parte de su armadura en la entrada.

Miré hacia el fondo de la tienda. Todo parecía haberse encogido a nuestro alrededor, como si el aire mismo contuviera la respiración. Raúl seguía en

su rincón, absorto en su pantalla, ajeno a lo que ocurría. Pero para mí, todo el mundo se había reducido a ese instante. A Gabriel.

—¿Te gustaría añadir algo más al regalo? —le pregunté, procurando que mi voz sonara natural. Pero sonó más suave de lo que esperaba.

No era mi tono habitual. No era vulnerable exactamente, pero sí distinto. Como si inconscientemente supiera que lo que estaba ocurriendo no era igual a todo lo demás.

Me miró durante un segundo. No fue una mirada cualquiera. Sus ojos vacilaron, como si me buscara, como si esperara que yo tuviera una respuesta para algo que ni él comprendía del todo. Ya no eran tan fríos. Vi, por primera vez, una pequeña grieta en esa fachada perfecta. Una fisura honesta. Ínfima, pero ahí estaba.

—No lo sé —dijo al fin, despacio, como si el significado estuviera más allá de las palabras—. Tal vez algo que haga que mi madre se ría.

No pude evitar reír. No por burla, sino porque me desarmó por completo. Esa frase, tan simple, tenía una ternura inesperada.

—Eso es fácil —respondí, dejándome guiar por el impulso.

Caminé hacia la estantería de los pañuelos y bufandas de colores vivos. No tenía idea de qué podía hacer reír a una mujer que, según él, era tan seria. Pero algo dentro de mí me empujó hacia los tonos más alegres. El color a veces decía lo que las palabras no podían.

Me tomé mi tiempo. Dejé que mis dedos recorrieran las texturas, los estampados. Y aunque no lo veía, sentía su mirada sobre mí. No era una mirada curiosa ni tampoco distante. Era otra cosa. Profunda. Intensa. Como si tratara de leer algo en mí.

Finalmente, elegí un pañuelo de seda con un estampado atrevido, alegre, con naranjas y verdes que parecían danzar en el tejido. Lo llevé al mostrador y lo dejé entre nosotros, como si ofreciera algo más que un simple objeto.

—Este —dije sin pensarlo demasiado.

No sabía si le iba a gustar. Lo había elegido por instinto. Pero cuando vi cómo se le encendieron los ojos al mirarlo, entendí que había acertado. No dijo mucho, pero su expresión lo dijo todo. Un gesto sutil, contenido, pero cargado de significado.

Gabriel lo tomó entre sus dedos, con una lentitud casi reverente. Lo observó sin prisa, como si realmente importara. Como si valorara no solo el objeto, sino el momento en sí. Algo en eso me hizo pensar que tal vez su vida no era tan meticulosa como aparentaba. Que, a veces, también dejaba espacio para lo espontáneo.

—Es perfecto —murmuró, más para sí mismo que para mí.

Esa simple frase me provocó una satisfacción inesperada. Sentí que algo dentro de mí se ablandaba. Una emoción tibia que no tenía nombre. ¿Qué era lo que me pasaba con él?

—Me alegra que te guste —dije, casi en un susurro, conteniendo la sonrisa.

La atmósfera en la boutique se volvió densa, cargada de algo que no sabía definir. La música suave que siempre ponía de fondo ahora parecía latir con otro ritmo. Y yo era consciente de todo: de sus dedos sobre la seda, del leve movimiento de su boca, del silencio que se había instalado entre nosotros como una tercera presencia.

Y entonces, simplemente me miró.

No dijo nada más. Solo me miraba en silencio, como si estuviera buscando algo, y esa intensidad me hizo sentir expuesta, como si pudiera ver más de lo que yo quería mostrar. No me gustaba sentirme así, tan visible.

¿Pero qué estaba buscando?, ¿qué quería de mí? Estaba segura de que no se trataba de una simple conversación casual, ni de un interés superficial, pero entonces, ¿de qué se trataba?

Necesitaba romper el hechizo, no podía con ese silencio.

—Entonces, ¿algo más? —pregunté, con un tono que pretendía ser ligero, aunque yo misma sentía lo poco que me creía.

Él parpadeó, como saliendo de un trance, y su sonrisa apareció lentamente, como una disculpa muda.

—Creo que esto está bien. ¿Cuánto es? —preguntó, buscando su billetera.

Pero algo dentro de mí se resistía, no quería que se fuera tan rápido, no esta vez. Sentía, con una certeza extraña, que si lo dejaba ir sin más, me estaría perdiendo algo importante, algo que aún no tenía forma, pero que ya me habitaba.

—¿Te gustaría quedarte un rato? —pregunté, y la voz me tembló un poco, pero no me detuve. No era curiosidad. Era necesidad.

Me miró, luego miró a su alrededor. La *boutique* estaba en calma, y allá afuera el mundo seguía con su ritmo ajeno, pero aquí dentro parecía que el tiempo se había detenido.

Y entonces, asintió.

—¿Por qué no?

Su voz sonó más suave, más real, como si acabara de ceder, por fin, a algo que no tenía nombre.

Nos sentamos en uno de los sillones al fondo de la tienda. Hablamos poco, pero no hizo falta más. Me contó, sin entrar en detalles, algo de su trabajo, de su rutina. Yo lo escuché sin pensar en el reloj, sin esperar nada concreto. Solo estaba allí, con él, compartiendo un espacio que no nos pertenecía, pero que, por un instante, parecía nuestro.

Cuando por fin se levantó para irse, algo en mí se contrajo. No quería que se marchara. No tan pronto. No así.

¿Y esto qué significaba?, ¿qué sentido tenía este instante? No lo sabía.

Y, aun así, no dije nada. Solo lo vi salir por la puerta con la pequeña caja en la mano y una sombra de él quedándose conmigo.

Me quedé allí, quieta, sintiendo que el aire todavía estaba lleno de su presencia, como si el universo hubiera hecho un pequeño ajuste, apenas perceptible, pero decisivo. Y supe que, pasara lo que pasara, Gabriel ya no era solo un cliente. No para mí.

—¿De quién son estas bragas? —Escuché la voz de Raúl, y miré con el ceño fruncido.

Cuando nos cruzamos la mirada, soltó una carcajada, de esas profundas y largas que resonaron por cada rincón.

—¿Qué dices?

—Que se te han caído las bragas, cariño. Pero no me extraña, menudo bombón envuelto en traje de Armani. —Y soltó un silbidito—. Con ese, yo

repetía el menú completo.

—Madre mía —resoplé, yendo hacia el mostrador.

—Sí, sí, madre tuya y madre mía, ¡cómo está ese hombre!

—¿Y cómo está, si puede saberse? —Arqueé la ceja.

—Como quiere, Alicia, está como quiere. Más bueno que el pan con manteca, no te digo más. Uf. —Y se dio aire con la mano.

No entré en su juego, y aunque no lo admitiría en voz alta, no era ciega y había visto perfectamente que Gabriel estaba muy bueno. Tampoco era tonto, y estaba claro que ese hombre captaba las miradas porque llamaba la atención, y también que debía tener a la mujer que quisiera sin apenas esfuerzo.

Por lo que yo no tenía nada que hacer, no debía ser su tipo, así que…

Suspiré olvidándome de él, o al menos intentándolo, y tuve la suerte de que en ese momento entraron varias clientas, así que me mantuve ocupada.

Aunque él no se iba de mi mente.

Capítulo 10



Gabriel

Iba a terminar comprándole a mi madre media colección de pañuelos, bufandas y prendas solo por volver a verla. A Alicia. Ese pensamiento me cruzó la mente justo antes de entrar en la *boutique* por tercera vez en solo unos días, y me hizo sonreír con una ironía que pocas veces me permitía. ¿Desde cuándo me comportaba así, desde cuándo me tomaba la molestia de cruzar media ciudad para ver a una mujer cuya vida, a todas luces, no tenía por qué entrelazarse con la mía?

El sonido suave de la campanita al abrir la puerta me recibió con una familiaridad que ya no me sorprendía. Había comenzado a asociar ese pequeño sonido con algo mucho más grande: una pausa en la rutina, un espacio donde podía respirar sin tener que sostener el peso de la imagen que había construido durante años.

Y allí estaba ella, Alicia, apoyada con naturalidad en el mostrador, con esa expresión serena que lograba desarmarme antes siquiera de que dijera una palabra. Su cabello caía en ondas ligeras sobre los hombros, y sus ojos me observaron con una mezcla de sorpresa y algo más. ¿Expectativa? No, no podía ser. Seguramente era yo proyectando cosas que no existían.

—Vaya, ¿de nuevo por aquí? —dijo, con una sonrisa que me atravesó como una ráfaga.

No sabía cómo responder sin sonar torpe. Mentir no tenía sentido. Pero tampoco podía decirle que llevaba días deseando encontrar una excusa para volver a verla. Así que recurrí a lo habitual, a la versión de mí que hablaba con soltura, esa que nunca dejaba ver demasiado.

—Mi madre quiere algo diferente, algo nuevo, quizás.

Ella asintió con la cabeza y no dijo nada más, me observó un segundo más de lo necesario, y sentí que lo sabía, que entendía que no se trataba solo de mi madre. Que percibía que, aunque no lo admitiera, había comenzado a buscarla con una inquietud que me resultaba extrañamente familiar, como una nostalgia por algo que aún no había vivido.

Caminé hasta el estante de pañuelos, más para desviar mi atención que por verdadero interés. Aun así, me sorprendí pensando en cuál le haría reír más, cuál suavizaría esa expresión siempre crítica que mi madre solía tener. O tal vez, en el fondo, pensaba en cuál haría sonreír a Alicia si yo lo elegía.

—¿Tienes alguna sugerencia, Alicia?

No necesitaba ayuda, lo sabía. Pero quería escuchar su voz. Quería verla moverse entre las telas, con esa gracia que parecía no ser consciente de tener.

Ella se acercó sin prisa, como si también supiera que ese momento no se trataba únicamente de moda o regalos. Comenzó a tocar los pañuelos, uno por uno, deslizando los dedos con suavidad por los tejidos, como si leyera una historia en ellos. La observé, intentando descifrar qué era lo que me mantenía tan cerca de ella en pensamiento, incluso cuando no estábamos en el mismo espacio.

Quizás era su forma de habitar el mundo. Su manera de estar presente sin invadir. Su risa ligera, que no pretendía seducir, pero que conseguía hacerlo sin esfuerzo. O tal vez era más simple: quizás había encontrado en Alicia un espejo inesperado, una versión de la vida que no sabía que anhelaba.

—Este —dijo al fin, extendiendo un pañuelo de seda con tonos azules y morados.

Lo tomé y lo observé, reconociendo su belleza, pero sintiendo que lo importante no era el objeto en sí, sino la intención con la que me lo ofrecía.

—Tienes buen gusto —comenté.

Ella sonrió, y esa sonrisa… Dios, era como si la habitación se hubiera llenado de una luz que antes no estaba. No fue un gesto estudiado ni medido, fue honesto, puro.

—Es lo que hago todos los días —respondió con una risa breve.

Quise decirle que no, que lo que hacía iba más allá de elegir cosas bonitas para otras personas, que tenía una forma de tocar lo cotidiano y volverlo memorable. Pero me contuve.

En lugar de eso, me limité a asentir y seguirla con la mirada mientras se alejaba apenas unos pasos, regresando tras el mostrador. Su presencia no era ruidosa, pero era imposible de ignorar.

Volvía a la *boutique* con excusas endebles, lo sabía, sintiéndome como un adolescente incapaz de controlar sus impulsos. Pero no podía no entrar en este lugar tan lleno de ella y disfrutar de su presencia, observarla caminar, moverse por su espacio seguro, por su rincón. Me preguntaba si ella lo notaba. Me preguntaba si también contaba los días entre mis visitas.

La segunda vez que vine, acabé hablándole de mi trabajo, solo por encima, pero hoy, cuando me ofreció un café que acepté encantado, le hablé de nuevo del trabajo.

No del producto final, ni de los logros que los demás celebraban, sino del hastío que sentía. De la sensación constante de estar atrapado en una rueda que giraba sin sentido. No supe por qué lo hice. Nadie me preguntaba por eso, nadie quería escucharlo.

—¿Y qué harías si no estuvieras trabajando todo el tiempo? —me preguntó, sin adornos.

No supe qué responder de inmediato. No porque no tuviera ideas, sino porque era la primera vez que alguien me obligaba a imaginarlo en voz alta.

—No lo sé, tal vez necesitaría algo más —dije, sorprendido por la honestidad en mi voz.

Ella no me ofreció soluciones ni consejos, solo me miró como si entendiera, como si ella también supiera lo que era sentirse atado a una estructura que, en algún momento, había dejado de tener sentido. Alicia sonrió, y esa sonrisa fue la respuesta que yo necesitaba, más que cualquier otra cosa. Por un momento, me sentí como si estuviera compartiendo algo muy personal con ella, algo que solo a través de los ojos de alguien **real** podía encontrar.

Ese fue el momento en que comprendí que Alicia no solo me atraía, me aliviaba, me desarmaba sin tocarme, y eso era, al mismo tiempo, reconfortante y aterrador.

Me marché poco después y, al igual que en las visitas anteriores, envié el pañuelo a mi madre para que lo recibiera al día siguiente.

Pasé un rato en casa organizando algo de trabajo con Claudia, porque sí, aunque estaba fuera de la empresa y lejos de todo, no podía mantenerme al margen. Era el CEO de una de las farmacéuticas más importantes, y no podía simplemente desaparecer unos días sin más.

Y a la mañana siguiente volví una vez más a la *boutique*. Mi excusa fue tan débil que me sorprendió que Alicia no la desechara con una carcajada. Pero no lo hizo. Me recibió con la misma calidez de siempre, como si hubiera estado esperándome.

—¿Olvidaste algo? —preguntó, con ese brillo travieso en la mirada.

—Sí —respondí, sin saber muy bien qué estaba diciendo—. Un detalle más para regalar a mi madre.

Ella me observó, midiendo mis palabras, pero no me presionó. Solo asintió y comenzó a buscar entre las estanterías con esa mezcla de precisión y arte que tanto admiraba en ella.

No fue el pañuelo lo que me hizo quedarme más tiempo. Fue el silencio cómodo que se instaló entre nosotros. Ese tipo de silencio que solo se tenía con personas con las que no se necesitaba hablar para sentirse comprendido.

Cuando terminó de envolver el paquete, no quise irme.

—¿Un café? —me preguntó, con esa voz suave que me descolocaba más que cualquier otra cosa.

No lo pensé ni dudé un solo instante, y asentí.

—Por supuesto.

Nos sentamos en el pequeño rincón donde siempre me llevaba y tomamos el café hasta que comenzaron a llegar las clientas, y la dejé trabajar sin mi mirada sobre ella todo el tiempo.

Cuando finalmente me levanté para irme, tuve que hacer un esfuerzo por no quedarme. No quise mirarla demasiado al salir, por miedo a que mi

rostro me delatara. Pero mientras cruzaba la puerta, supe que algo había cambiado.

No podía seguir fingiendo que Alicia era solo la dueña de una *boutique* más. No era solo una conversación agradable, ni siquiera era solamente una atracción.

Era un lugar, un refugio, una posibilidad.

Y eso, para alguien como yo, era más peligroso que cualquier sentimiento.

El simple acto de ir a la tienda había dejado de ser solo una excusa para comprar un regalo. Me di cuenta de que me encontraba buscando a Alicia, buscando esos intercambios que me desarmaban, esos momentos que no podían ser explicados fácilmente.

Y a pesar de la creciente atracción, había algo que me frenaba, algo en lo que no podía dejar de pensar. La distancia emocional que me protegía en otras áreas de mi vida no desaparecía tan fácilmente. Incluso cuando estaba con ella, sentía esa barrera invisible, como un muro que no podía derribar.

Pero lo que más me sorprendió fue la forma en que Alicia me veía. Ella no me miraba como el hombre de éxito que pensaba que era, veía algo más. Y eso, por alguna razón, me inquietaba aún más.

¿Qué significaba todo esto? ¿Era solo una amistad? ¿O había algo más que aún no estaba dispuesto a admitir?

Capítulo 11



Alicia

Esa noche, cuando las luces de la *boutique* se apagaron y la puerta se cerró tras de mí, sonreí de nuevo, aunque ahora me encontraba en casa, sentada en el sofá, con la mente completamente desbordada. El sonido de la lluvia golpeando los cristales era la única compañía que tenía, pero ni siquiera eso lograba calmar los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza. Gabriel.

Desde la última vez que nos vimos en la tienda, algo había cambiado. No era solo que él regresara una y otra vez con excusas que, en el fondo, sabía que no eran más que eso: excusas. Había algo más en juego, algo más profundo. No podía dejar de pensar en la forma en que me miraba, en cómo sus ojos azules parecían descubrir en mí algo que ni yo misma alcanzaba a ver.

Entonces me preguntaba: ¿qué era todo esto? ¿Por qué sentía que, después de tan solo unos encuentros, había algo entre nosotros, algo que no podía ignorar? Nunca había sido tan cauta con mis emociones, pero ahora me sentía perdida, como si estuviera caminando sobre un terreno desconocido y frágil.

Con un suspiro profundo, dejé de lado la copa de vino que había estado sosteniendo sin siquiera darme cuenta. La verdad es que no podía concentrarme en nada. Mi mente no dejaba de regresar a él, a las

conversaciones que habíamos tenido, a esa chispa que comenzaba a encenderse entre nosotros. Había algo en su presencia que me hacía sentir cómoda y, al mismo tiempo, completamente confundida.

Nunca había sido así con nadie, no desde mi última relación. No me había sentido tan vulnerable en años, y eso me asustaba.

Mi teléfono vibró en la mesa: era un mensaje de Laura.

Laura: *¿Cómo vas con el chico de la tienda?*

Sonreí sin querer al leerlo. Laura sabía que, aunque por fuera me mostraba confiada y tranquila, por dentro las cosas no eran tan fáciles. A veces, las emociones me desbordaban, y sabía que ella podía ver eso a kilómetros de distancia.

Alicia: *No lo sé, Laura… es complicado. Es solo que, no sé, todo ha sido tan rápido. No he tenido tiempo de procesarlo.*

No habían pasado ni dos minutos cuando el teléfono volvió a vibrar con una respuesta que me hizo soltar una pequeña risa, aunque también me provocó una extraña mezcla de inquietud y curiosidad. Laura no tenía filtros, y su paciencia con mis indecisiones era prácticamente inexistente.

Laura: *¡Vas a dejarlo escapar! ¿Estás bromeando? Ve a por él, Alicia. Deja de pensar tanto y simplemente hazlo. Los hombres como él no suelen estar disponibles mucho tiempo.*

Su consejo, tan directo como siempre, no me sorprendió. La conocía lo suficiente para saber que ella siempre iba al grano. Pero esa noche, su mensaje me hizo pensar más de lo esperado. ¿Realmente debería ir tras Gabriel? ¿Debería ser tan atrevida y dejar de lado todas las dudas que, como siempre, me rondaban la cabeza?

Puse el teléfono sobre la mesa, dejando que la luz azul del aparato iluminara brevemente la habitación. Cerré los ojos, sintiendo un nudo en el estómago. Sabía que, en el fondo, Laura tenía razón. Algo estaba ocurriendo entre Gabriel y yo, pero **¿**y si era solo una ilusión? La última vez que me dejé llevar por algo que sentí con tanta intensidad, terminé con el corazón roto, y no quería que eso sucediera de nuevo. No esta vez. No con él.

Con el tiempo, me había vuelto una mujer que protegía su corazón con recelo. Ya no había espacio para riesgos innecesarios, especialmente cuando ya había tenido demasiadas decepciones amorosas. ¿Qué pasaría si, después de todo, Gabriel no era lo que parecía? ¿Qué pasaría si solo me estaba haciendo ilusiones?

Mientras pensaba en esas preguntas, la imagen de su rostro apareció una vez más en mi mente. Esa sonrisa que parecía tan auténtica, su manera de mirarme como si me conociera sin necesidad de que le dijera una palabra. ¿Cómo podía alguien que apenas conocía a otra persona causar tal efecto en mí?

Dejé escapar un suspiro frustrado y me recosté en el sofá. Tenía que tomar una decisión, y no podía seguir posponiéndola. Pero la verdad era que no sabía si quería arriesgarme. ¿Por qué él parecía tan diferente de los otros hombres con los que me había relacionado? ¿Qué lo hacía tan especial? No lo entendía. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en él.

Decidí hablar con Raúl. Él siempre había sido mi apoyo incondicional, mi mejor amigo en el trabajo. Cuando la duda me consumía, él era la persona que me decía lo que necesitaba escuchar, aunque a veces sus consejos fueran un poco más atrevidos de lo que me gustaría. Pero de alguna manera, confiaba en él más que en nadie.

Me levanté del sofá, decidida a llamarlo. Cogí el teléfono, busqué su número y lo marqué. Al primer timbre, contestó.

—¿Alicia? ¿Todo bien? —Su voz sonaba algo cansada, pero estaba claro que no le importaba a qué hora lo llamara.

—Necesito hablar contigo. Es sobre… Gabriel —dije, dudando por un segundo.

No me gustaba hablar de mis sentimientos con tanta transparencia, pero sabía que Raúl sería directo y honesto conmigo.

Escuché un leve murmullo al otro lado de la línea.

—Ah, ya veo… —dijo, reconociendo la situación, sin necesidad de que le diera más detalles. Siempre había tenido esa habilidad para leerme entre líneas— Mira, Alicia, tú sabes lo que pienso. Si sientes algo por él, no lo dudes. Ve a por ello.

Me sentí un poco aliviada por sus palabras. No lo decía con el tono exagerado de Laura, pero sí con esa confianza que siempre me había dado. Raúl nunca había sido el tipo de amigo que me decía lo que quería escuchar. Él decía lo que pensaba que era mejor, sin filtros.

Después de colgar, me quedé inmóvil, reflexionando. En las últimas horas, tanto Laura como Raúl me habían impulsado a hacer algo que mi mente ya había decidido no hacer: darme el permiso para sentir. ¿Era tan sencillo? Tal vez, si dejara de resistirme, si soltaba las dudas y el miedo al rechazo… tal vez podría disfrutar lo que estaba ocurriendo en lugar de cuestionarlo todo.

Por fin, cerré los ojos y decidí que, cuando lo viera nuevamente en la tienda, lo enfrentaría de una manera diferente. No más dudas. No más pensarlo demasiado.

¿Sería posible, por una vez, dejar de tenerlo todo bajo control y escuchar lo que mi corazón me pedía?

Seguía recostada en el sofá, mirando al techo, recordando las palabras que Raúl me había dicho. Había algo en su tono que me hacía sentir que, tal vez, estaba dándome el permiso que tanto necesitaba. Pero no era solo eso. Había algo más profundo, algo que resonaba en mí con una fuerza que no podía ignorar. Dejarme llevar. Esa simple frase parecía tan fácil, pero en mi vida no era así.

Había aprendido a tener todo bajo control, a no permitir que mis emociones se desbordaran. La vida me había enseñado a ser cautelosa, a no arriesgarme demasiado, a protegerme, a construir un muro que no dejara que nadie me lastimara. Y ahora, todo eso parecía estar a punto de desmoronarse.

Respiré hondo, con la mente llena de imágenes de Gabriel. Sus ojos, su voz, su sonrisa. La forma en que su presencia en la tienda me hacía sentir tan viva. Había algo en él que me hacía sentir una extraña mezcla de calma y nerviosismo, como si estuviera bailando en una cuerda floja. Y tal vez eso era lo que me asustaba tanto: no saber si lograría mantener el equilibrio o terminaría cayendo.

Recordé cómo se había mirado la última vez que lo vi en la *boutique*, la manera en que sus ojos se habían fijado en mí, esa mirada tan intensa que parecía penetrarme hasta el alma. Había algo en su actitud que no me permitía saber qué pensaba realmente. Siempre tan reservado, tan inaccesible. Pero, por alguna razón, eso solo hacía que me sintiera más atraída por él. Gabriel era como una incógnita, un rompecabezas que me resultaba fascinante. ¿Qué pensaría él de mí?

Me di cuenta de que, aunque su comportamiento hacia mí era amable, siempre mantenía cierta distancia, como si estuviera protegiéndose de algo. ¿Acaso se sentía igual que yo? ¿Había en él una pequeña chispa de duda también? Estaba segura de que no lo sabía todo sobre él, pero había algo que me hacía pensar que no se dejaba conocer tan fácilmente. Y esa idea solo alimentaba mi curiosidad.

El sonido del timbre de la puerta me sacó de mis pensamientos. Había alguien en la entrada. Miré la hora en el reloj, preguntándome quién podría ser a esa hora de la noche. Al abrir la puerta, me encontré con Laura, quien, como siempre, no necesitaba una invitación para entrar en mi vida. Sonrió al verme y, como si supiera que no estaba preparada para enfrentar lo que pensaba, soltó una de sus bromas habituales.

—Pensé que me habías llamado para pedir ayuda con algo más divertido que tus dudas amorosas —dijo, quitándose el abrigo y dejándolo sobre el sillón—. Pero, bueno, ya que estoy aquí, me imagino que no vas a ir a dormir sin que te dé el consejo que tanto necesitas.

Me reí, aunque por dentro sentía esa presión que había estado acumulando durante todo el día. Laura no podía esperar, nunca lo hacía. No podíamos pasar una sola conversación sin que su tono de voz se volviera un poco más incisivo, un poco más directo. Pero en el fondo, eso era lo que más me gustaba de ella. No escondía nada, y me desarmaba con su sinceridad.

—Te juro que no lo sé, Laura —respondí, tumbándome de nuevo en el sofá—. Me está costando mucho procesarlo. Gabriel es… no sé, diferente, pero también extraño. Siento que hay algo, pero a la vez me da miedo que sea solo una ilusión.

Ella se sentó a mi lado, cruzando las piernas. Sus ojos brillaban con una mezcla de comprensión y diversión. Sabía perfectamente lo que pasaba por mi mente.

—Eso es lo que pasa cuando te cruzas con alguien interesante. Si fuera fácil, no estarías aquí preocupándote por ello. Si tienes esa sensación, es por algo. Pero, claro, no te estoy diciendo que te tires de cabeza al agua sin pensarlo. Hazlo a tu manera. Tómate tu tiempo, pero, por el amor de Dios, no lo dejes escapar.

Al escucharla, una parte de mí quería reír por la exageración en su tono, pero la otra, la que de verdad estaba en conflicto, se sentía incapaz de tomar una decisión tan sencilla. Gabriel no era un hombre cualquiera, y yo tampoco era la misma persona que había sido años atrás. Sin embargo, ese miedo a lo desconocido, a que todo fuese solo una ilusión, seguía ahí, anidado en mi pecho.

—Es que no quiero que me vuelva a pasar lo mismo —dije, y mi voz sonó casi como un susurro—, no quiero que, de nuevo, mi corazón termine destrozado.

Laura me miró con seriedad, dejando de lado las bromas por un instante.

—Te entiendo, Alicia. Yo también tengo mis inseguridades, pero, cariño, no puedes vivir solo con miedo a que algo salga mal. Es cierto que las cosas no siempre salen como esperamos, pero, si no lo intentas, nunca sabrás lo que pudo haber sido.

Su voz se suavizó, y de alguna manera me hizo sentir como si mi miedo no fuera tan irracional. Estaba tan acostumbrada a anticiparme a lo peor, a desconfiar, que esa noche sentí que, tal vez, Laura tenía razón. Tal vez, si seguía esperando que todo fuera perfecto, nunca encontraría lo que buscaba. Gabriel podría ser un riesgo, sí, pero la vida misma lo era, ¿no?

—Lo sé, Laura, tal vez tengas razón —suspiré, sintiéndome un poco más ligera, como si un pequeño peso se hubiera despegado de mis hombros.

Me senté más erguida, mirando el reloj. La *boutique* abría temprano al día siguiente, y aún me quedaba una última decisión que tomar: cómo manejar la situación con Gabriel.

Laura se levantó, lanzándome una mirada cómplice antes de marcharse.

—Sea lo que sea, no lo dejes pasar. Hazlo por ti, y por una vez, hazlo sin miedo. Y ahora me voy, que he dejado a mi vecino de dieciséis años al cargo de la niña. —Sonrió antes de darme un beso.

Al cerrar la puerta tras ella, volví a quedarme sola con mis pensamientos. Mi mente ya no era un caos de dudas. Había algo claro: si iba a hacerle frente a lo que sentía, necesitaba dejarme llevar. No más dudas. No más miedo. Gabriel merecía que yo fuera sincera conmigo misma, y si eso significaba dar un paso al frente, entonces, así sería.

Con un suspiro profundo, me levanté del sofá. Mañana sería otro día. Y mañana, si Gabriel entraba de nuevo en la *boutique*, estaría lista para todo.

Capítulo 12



Gabriel

Me encontré con la mirada fija en mi teléfono, observando una notificación de la *boutique* de Alicia. Era la tercera vez esta semana que veía el nombre de su tienda en mi pantalla. En lugar de ignorarlo como normalmente haría con todo lo relacionado con el trabajo, me detuve, de nuevo. No pude evitarlo.

Cada vez que pensaba en Alicia, algo dentro de mí se agitaba. Intentaba racionalizarlo, pero sabía que las emociones nunca se comportaban de manera lógica. Me sentía atrapado entre lo que quería y lo que debía hacer. No era el tipo de hombre que dejaba que sus emociones se interpusieran en su vida profesional, pero últimamente parecía que todo lo que tocaba con Alicia se convertía en un nudo en mi estómago.

Pensar en ella me provocaba una inquietud que no lograba entender. ¿Por qué no podía sacarla de mi cabeza? Me repetía que era solo una atracción pasajera, pero había algo en su presencia que me descolocaba. Debería haberla olvidado ya; había pasado suficiente tiempo desde nuestra última conversación en la *boutique*, y, sin embargo, por alguna razón, me encontraba otra vez preguntándome qué haría si volviera a verla. Y más allá de eso, ¿por qué me importaba?

Seguía en Jerez, lejos de mi empresa, manteniéndome al día con el trabajo mediante llamadas con Claudia y otros responsables, y aunque debería

volver a mi vida, algo me seguía reteniendo aquí, en este lugar, y no era solo el hecho de tener que descansar, como me había dicho mi asistente.

Decidí llamar a Iker. No era una sorpresa que siempre recurriera a él en momentos como este. Si alguien entendía mi necesidad de aclarar las cosas, ese era él. Había sido mi amigo desde la universidad, siempre dispuesto a darme un empujón cuando lo necesitaba. Aunque a veces sus consejos eran un poco… directos, siempre había algo de sabiduría en su irreverencia.

El teléfono sonó unas cuantas veces hasta que escuché su voz relajada al otro lado de la línea.

—Gabriel, ¿qué pasa? Si no me llamas para invitarme a jugar al fútbol, es porque tienes algún drama con alguna mujer, ¿me vas a contar o lo adivino? —bromeó Iker, como de costumbre.

Solté una risa, a pesar de que la situación no tenía nada de graciosa. Estaba tan absorbido por mis propios pensamientos que casi ni recordaba por qué había llamado.

—No es un drama —respondí, con un tono que apenas sonaba convincente—. Es algo… extraño. Es por Alicia. Últimamente, no puedo dejar de pensar en ella.

Iker guardó un breve silencio antes de contestar.

—¿Pensando en ella? Vaya, amigo, eso suena como algo más que un simple «pensamiento». ¿Ya no puedes dormir por las noches o qué? —Su tono era de pura diversión, pero yo podía escuchar la curiosidad detrás.

—No es tan grave, pero sí, me siento algo… distraído —admití, frunciendo el ceño. No estaba seguro de cómo explicarlo.

Nunca me había gustado mostrarme vulnerable, pero sentía que necesitaba desahogarme. Iker conocía todos los aspectos de mi vida, aunque esto era nuevo incluso para mí.

—Espera un segundo… ¿Alicia? ¿La misma de la *boutique*? —preguntó Iker, claramente ubicándola.

Asentí, sabiendo que no podía verme.

—Sí. La misma. Cada vez que la veo o incluso cuando pienso en ella, me siento raro. Como si me estuviera perdiendo en algo que no tengo tiempo para explorar. Mi vida está llena de trabajo, responsabilidades y decisiones que no me dejan espacio para distracciones. Y ni siquiera sé si esto es algo que vale la pena. Tal vez solo estoy buscando una excusa para no hacer frente a mi propia soledad.

Iker soltó una risa burlona, como si se estuviera conteniendo, pero sabía que no se burlaba de mí. Estaba intentando quitarme la carga emocional que había empezado a acumular.

—Gabriel, estás tan atrapado en tu cabeza que no ves lo obvio. Tú no eres una persona que se distrae fácilmente. Sabes que hay algo allí, y eso te asusta. Pero lo que tienes que entender es que, si nunca haces algo fuera de tu zona de confort, jamás sabrás lo que podrías estar perdiéndote. ¿Qué pierdes, tío? ¿Tiempo? ¿Un par de citas incómodas? Si resulta ser un desastre, al menos habrás hecho algo por ti mismo. Y sinceramente, creo que ya te lo mereces. Además, Alicia es un encanto, y eso no lo digo solo yo, sino que también lo dice mi mujer.

Mi mente giró con sus palabras. ¿Qué podía perder? Esa simple pregunta me sacudió de mi letargo. Había estado tan concentrado en lo que no podía permitir que pasara, el riesgo, la incertidumbre, la vulnerabilidad, que nunca me había detenido a pensar en lo que podría ganar. Tal vez había estado evitando lo inevitable, esperando que mi vida siguiera siendo una rutina

controlada, donde las emociones se mantenían a raya. Pero ¿y si, al final, no estaba viviendo?

¿Qué pasaría si daba ese paso, aunque fuera pequeño, y me permitía experimentar algo fuera de lo común?

Me quedé pensativo, mirando el horizonte a través de la ventana de la habitación. El mundo, como siempre, seguía su curso. La vida seguía sin detenerse, y yo, parado en el mismo lugar, dudando si era hora de avanzar o si, una vez más, dejaba pasar la oportunidad.

—Lo sé, Iker, pero… —Mi voz se apagó mientras procesaba sus palabras —. No tengo tiempo para pensar en algo que podría acabar como una distracción. Mi vida está demasiado centrada en el trabajo. No puedo permitirme dejarme llevar por algo que no sé si vale la pena.

Iker suspiró, y me imaginé que estaba sacudiendo la cabeza al otro lado de la línea.

—Gabriel, amigo, siempre encuentras una excusa para no dar el salto. Y te lo digo por experiencia: todo se reduce a una decisión. Si no tomas la decisión de intentar algo, ya has perdido, sin siquiera saberlo. No te estoy diciendo que te lances a lo loco, pero al menos hazlo. Si la mujer te interesa, ve y díselo. Hazlo a tu ritmo, como siempre haces las cosas, pero no dejes que el miedo te controle. Es solo una mujer. Si resulta ser algo más, perfecto. Y si no, no pasa nada, ya llegará la adecuada.

Sabía que tenía razón. Todo el tiempo había creído que lo controlaba todo, que mis decisiones eran calculadas, seguras. Pero había algo en Alicia, en su risa, en la forma en que veía el mundo que desbordaba mi capacidad para mantener todo bajo control. Cada vez que pensaba en ella, me sentía menos seguro de mi capacidad para controlar mis emociones. Y tal vez eso era lo que más me asustaba: perder el control.

—Está bien —dije finalmente, aceptando lo que Iker me había estado diciendo todo el tiempo—. Hablaré con ella. Pero no sé qué va a salir de esto.

Iker rio, casi con alivio, como si hubiera estado esperando esa respuesta.

—Esa es la actitud. No lo pienses demasiado, solo actúa. Y cuando lo hagas, llámame y cuéntamelo todo. Recuerda, Gabriel, no eres el único que está buscando algo más en la vida. Todos estamos un poco perdidos, pero eso no significa que debamos quedarnos quietos. A veces, la vida te sorprende cuando menos lo esperas.

Colgué el teléfono con una sensación extraña en el estómago. Un nudo que había estado ahí durante días, pero que ahora comenzaba a aflojarse. Tal vez no podía seguir ignorando lo que sentía por Alicia. No tenía todas las respuestas, y tal vez nunca las tendría. Pero lo que sí sabía es que, si no lo intentaba, me arrepentiría. Iba a hacerle frente a mis dudas, aunque eso significara dar un paso fuera de mi zona de confort.

El día siguiente fue un reto. Me levanté temprano, como siempre, para seguir con mi rutina habitual. El aire de la mañana tenía una frescura que me recordaba que el verano cada vez estaba más cerca y que, aunque mi vida seguía siendo la misma, algo en mi interior comenzaba a cambiar.

Mientras tomaba mi café, observaba a través de la ventana de la cocina, buscando alguna señal de lo que debía hacer. Pero lo único que veía era el cielo, el sol queriendo comenzar el día. El silencio me rodeaba, pero no era el silencio de la paz, sino el silencio de una vida que había estado tan ocupada y llena de trabajo que nunca se había detenido a mirar hacia otro lado.

Debería estar en la oficina. Era lunes, y mi jornada sería la usual: reuniones interminables, informes que revisar, decisiones que tomar. Pero estaba en algo parecido a unas vacaciones, en una especie de retiro para descansar, por lo que este no era un lunes más en mi ajetreada vida.

Y la conversación con Iker seguía resonando en mi cabeza.

«Hazlo, Gabriel. Ve a por ella. No tienes nada que perder». ¿Qué perdería realmente? No era tan simple. La vida no era una serie de decisiones sin consecuencias. Yo había trabajado demasiado para llegar hasta aquí; había puesto todo lo que tenía en mi carrera. Pero había algo en Alicia, una energía contagiosa, una forma de ser que no me dejaba en paz.

¿Por qué me sentía tan atraído por Alicia? Había muchas mujeres que se acercaban a mí por mi posición, mi trabajo, mi éxito. Pero Alicia no estaba interesada en mi dinero o mi estatus; estaba interesada en algo mucho más auténtico, en algo más simple. Y eso me aterraba.

Pensé en ella otra vez. Su risa, su mirada curiosa, la forma en que me observaba con una mezcla de empatía y picardía. Podía ver cómo se esforzaba por mantener la profesionalidad, pero había algo en sus ojos que me decía que había más de lo que quería admitir. Me gustaba. No lo podía negar más. Pero, al mismo tiempo, me sentía vulnerable, y no estaba acostumbrado a esa sensación. El miedo a lo desconocido, a lo que podría significar si me atrevía a dar el siguiente paso.

Decidí trabajar un rato. La rutina siempre me ofrecía un consuelo momentáneo, una distracción de mis pensamientos. Pero, a medida que avanzaba el día, mis pensamientos volvieron a Alicia. ¿Qué quería realmente? ¿Qué esperaba encontrar? No lo sabía. Quizás era solo una cuestión de curiosidad. De alguna manera, todo lo que había sucedido hasta ahora con ella había sido como una secuencia de coincidencias, pequeñas interacciones que me habían dejado pensando.

Por la tarde, mientras me tomaba un café en la terraza de la casa de Jerez, me di cuenta de que había olvidado por completo que había planeado revisar las finanzas de la empresa. Pero era lo que tenía estar pensando en esa mujer que me había cautivado con una sonrisa.

Y cuando quise darme cuenta, estaba saliendo de casa, caminando por esas calles que me llevarían hacia la *boutique* que parecía atraerme como si fuera un gran imán.

¿De veras iba a hacer esto? ¿Presentarme allí, en la *boutique* de Alicia, sin motivo, solo porque no podía dejar de pensar en ella? Estaba fuera de control, y ese pensamiento me hizo sentir incómodo. Pero también me dio una pequeña chispa de adrenalina, algo que había estado buscando en mi vida, sin saberlo.

Sí, iba hacia la *boutique*, ese lugar que ya había visitado varias veces, pero esta vez no era con la excusa de comprar un regalo para mi madre. Era por mí mismo.

Entré en el local, y el tintineo de la campanita sobre la puerta me dio la bienvenida. El lugar estaba lleno de esa atmósfera encantadora que solo las *boutiques* pequeñas podían ofrecer. Me sentí fuera de lugar, sin saber exactamente qué hacer, hasta que vi a Alicia al fondo, organizando algunas prendas en una de las mesas.

Cuando me vio, su rostro se iluminó con una sonrisa cálida, y esa simple sonrisa hizo que me olvidara del resto del mundo por un momento.

—Gabriel —saludó, con ese tono amable que siempre llevaba—. Qué sorpresa verte por aquí.

Me acerqué a ella, intentando controlar los nervios que comenzaban a acumularse en mi pecho. Me sentí extraño, como si fuera un adolescente de nuevo, nervioso por la presencia de alguien que realmente me importaba.

—No esperaba verte hoy —dije, manteniendo la calma, aunque mis palabras sonaban más desconcertadas de lo que me gustaría. No sabía por qué había venido, ni siquiera sabía qué quería.

Alicia levantó una ceja, curiosa, pero no hizo ningún comentario sobre mi tono.

—¿Algo en particular que busques? —preguntó, sonriendo con su típico aire travieso.

No sabía qué responder. Había miles de cosas que podría decir, pero la verdad era que solo quería estar allí con ella. Quería disfrutar de la conversación, ver cómo sus ojos brillaban cuando hablaba, sentirme como una persona normal, lejos del peso de mis responsabilidades. ¿Qué quería realmente? No lo tenía claro.

—Ya sabes, un detalle para mi madre. No estoy yendo a verla últimamente —respondí finalmente, aunque sabía que mi excusa sonaba débil.

Alicia asintió, sin juzgarme. No me sentí presionado por sus ojos, pero sí noté que ella me observaba con una curiosidad leve, como si intentara adivinar lo que realmente me traía allí. Quise decir algo más, pero me detuve.

¿Por qué no decirle la verdad? Pero al mismo tiempo, me aterraba. No sabía si estaba listo para compartir lo que realmente pensaba, lo que realmente sentía. Sabía que las palabras, una vez dichas, no había manera de que las pudiéramos hacer retroceder.

A mis cuarenta y dos años, me encontraba tan inseguro como cuando tenía veinte y me gustaba esa chica de la universidad. Nervioso, con dudas, con miedos. Pero, joder, es que Alicia era una entre un millón, y quería conocerla bien.

Al final, decidí no presionar. Opté por hablar de lo que sí podía controlar: la compra para mi madre. Mientras recorríamos las estanterías, nuestras conversaciones fueron fáciles, naturales. Había algo en su manera de ser, en

su risa, que me hacía sentir cómodo. Sin embargo, en el fondo, algo seguía flotando, como una barrera invisible entre nosotros.

Al final, después de un rato de hablar y elegir varios regalos para mi madre, me sentí más tranquilo. Pero también me sentí más confuso. ¿Estaba tomando la decisión correcta al seguir viéndola?

Lo cierto era que mi mente ya estaba en una espiral, y lo peor de todo era que no quería salir de ella. Al contrario, quería explorar más, aunque sabía que hacerlo significaría arriesgarme a perder el control de todo lo que había construido.

La conversación terminó y, con una sonrisa, le pagué el regalo. Pero antes de irme, nos quedamos mirándonos en silencio durante un segundo que parecía eterno.

—Nos vemos pronto —dijo Alicia, su voz suave, pero llena de significado.

Y, sin saber por qué, la respuesta que le di fue simple, sincera.

—Sí, nos vemos.

Salí de la tienda con la sensación de que, aunque estaba dando un paso hacia lo desconocido, también me estaba acercando a algo que valía la pena.

Iker me mandó un mensaje para ver si me apetecía tomar una cerveza, dije que sí y me pasé por su casa. Elena me recibió con esa sonrisa sincera y un abrazo cálido, y cuando mi amigo me vio aparecer por el jardín, con la bolsa de la *boutique* en la mano, se echó a reír.

—Como sigas comprando regalos para tu madre, Alicia te hace accionista del negocio —dijo entre bromas.

—Eres un capullo —negué mientras me sentaba.

—Y tú, un idiota por no invitarla, aunque sea a un café. Tío, lánzate a la piscina que igual tienes suerte, y la encuentras llena.

Y en ese momento supe que tenía razón. Ya no era un crío para dejarme llevar por miedos. Pero había pasado por demasiadas relaciones fallidas como para no tener dudas.

Aunque también es cierto que quien no arriesga, no gana. Y yo nunca había sido un cobarde.

Capítulo 13



Gabriel

No podía dejar de pensar en ella.

Al principio, pensé que sería una de esas pequeñas distracciones pasajeras: Alicia, con su energía vibrante y su manera de hacerme sentir cómodo. Pero la verdad es que la incomodidad que sentí la primera vez que nos vimos se había convertido en una inquietud persistente. ¿Cómo era posible que una simple tienda de ropa, una conversación trivial sobre un regalo, hubiera hecho que mi cabeza no dejara de dar vueltas?

Quizá había algo en el aire ese día. Tal vez había algo en su risa, o en la forma en que me miraba con esa mezcla de simpatía y curiosidad. No lo sabía. Solo sabía que, desde entonces, mi mente había estado ocupada con sus ojos, con la forma en que se le iluminaba la cara cuando hablaba, con la calidez que irradiaba.

Eso me había llevado a este momento en el que me encontraba ahora, sentado en la terraza de un bar en el centro, con una copa de vino frente a mí y la necesidad de hablar con alguien que pudiera entenderme. Necesitaba consejo. Algo me decía que, si seguía sin hacer nada, terminaría abrumado por mis propios pensamientos, y si había algo que no podía permitir, era quedarme atrapado en un círculo de dudas.

—Vamos, hombre, ¿qué te pasa? Pareces un chico enamorado.

La risa de Iker me sacó de mis pensamientos. Él estaba sentado frente a mí, mirando su teléfono, como siempre, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que su tono de voz indicaba que ya había notado que algo no iba bien.

—No es eso —respondí rápidamente, un poco incómodo—. Solo… estoy confundido, ¿sabes?

Iker levantó una ceja y dejó el teléfono sobre la mesa. Su mirada se endureció con una ligera sonrisa de suficiencia.

—¿Confundido? Vamos, no me digas que estás dudando. Ya sabemos cómo eres: si algo te incomoda, prefieres evitarlo, ¿no?

Me sentí algo atrapado. ¿Cómo podía explicarle lo que sentía? ¿Cómo podía poner en palabras algo que ni yo entendía bien?

—No es solo incomodidad. Es que no estoy seguro de lo que siento. Todo comenzó de forma tan inocente, y ahora no puedo dejar de pensar en ella. Es… diferente. Ella es diferente. Y no sé qué hacer con eso.

Iker se recostó en la silla y cruzó los brazos, observándome con una expresión mezcla de curiosidad y diversión.

—Ya veo. El tipo que controla todo, que tiene su vida perfectamente organizada, ahora se siente… ¿desbordado por una mujer?

—No es gracioso, Iker. Esto no es algo que pueda resolver con una decisión lógica. No sé cómo manejarlo.

Iker se rio ligeramente, dándole un sorbo a su copa.

—Gabriel, no todo se resuelve con lógica. De hecho, lo que dices ahora es la razón por la que siempre terminas solo. Quieres pensar tanto en todo, que ni siquiera te das permiso para sentir. —Su mirada se suavizó un poco—. Mira, no soy ningún experto en amor, pero si algo he aprendido de mis años de matrimonio y mis fracasos en otras relaciones es que siempre hay algo que aprender, incluso si las cosas no salen como esperas.

Estaba claro que Iker tenía una forma diferente de ver las cosas. Pero algo en sus palabras me resonaba. Quizás porque, en el fondo, lo que estaba diciendo tenía sentido. Siempre había jugado a lo seguro y, sin embargo, ese enfoque me había dejado vacío en muchos aspectos. Nunca me había arriesgado realmente.

—Tú siempre dices eso —comenté con algo de sarcasmo—. Pero tus consejos nunca han sido lo que más me ha motivado. Dices que hay que lanzarse, pero yo… no sé si puedo. Ya pasé por una relación que estaba muy lejos de ser lo que esperaba.

Iker me observó detenidamente, como si estuviera evaluando mi alma.

—Sí, claro. El miedo al fracaso, el miedo a que algo salga mal. Te conozco, Gabriel. Lo que realmente temes no es que las cosas no funcionen con ella. Lo que te da miedo es que, si te involucras de nuevo, termines tan expuesto como estuviste la última vez. Y no es por el dolor de perder, sino por la vergüenza de que algo fuera de tu control pueda arruinar la perfecta burbuja de seguridad que has creado para ti mismo.

—No es eso —respondí en voz baja, casi a la defensiva—. Solo… no sé si puedo hacerlo de nuevo. Es trabajo suficiente solo mantener mi vida profesional en pie. Y ahora que todo parece… ¿bien? ¿Por qué complicarlo?

Iker se rio con suavidad, un poco más burlón, pero con cariño.

—¿Complicado? Lo que estás buscando es una excusa. Siempre dices que no puedes, que no tienes tiempo, que tu vida está demasiado enfocada en tu

carrera, pero, en realidad, lo que te pasa es que te da miedo estar vulnerable. Te da miedo abrirte, porque la última vez que lo hiciste, te rompieron el corazón.

»Y aunque puedas ocultarlo bajo el trabajo, bajo tu estatus, siempre hay algo dentro de ti que te dice que lo intentes. Que te arriesgues. Pero claro, tú prefieres guardarte las emociones detrás de ese muro frío que has construido, ¿verdad?

»Ahora hazte una pregunta: ¿por qué llevas aquí varios días? Sí —me cortó levantando la mano cuando abrí la boca para contestar—, estás haciendo caso a tu asistente y descansando del trabajo —que falta te hacía, todo hay que decirlo—, pero ¿por qué aquí? Y no me digas que es porque estoy yo, porque eso no se lo cree nadie.

Las palabras de Iker fueron como un golpe directo al corazón. Me sentí expuesto, vulnerable, y eso me molestó. Pero, al mismo tiempo, no podía negar la verdad en lo que decía. Siempre había guardado mis emociones bajo llave, siempre había preferido tener el control, ser el hombre que sabía lo que quería y cómo obtenerlo, sin importar lo que sucediera con las personas en el proceso.

—No lo sé —susurré, más para mí mismo que para él.

Iker suspiró, como si no estuviera dispuesto a dejar que me escapara de esta conversación.

—Gabriel, ¿no crees que a veces es justo lo que necesitamos, lo que más nos asusta? Mira, si te quedas aislado, siempre haciendo lo que sabes que funciona, te vas a perder lo que realmente importa. El amor, las relaciones, esas son las cosas que nos permiten crecer. Claro, a veces duelen, pero son parte de la vida. Si no te arriesgas, ¿qué ganas? —dijo, levantando una ceja — ¿Vas a vivir toda tu vida con el miedo a ser herido? Eso no es vivir. Eso es simplemente existir.

Me quedé en silencio, pensando en sus palabras. Tal vez tuviera razón. Tal vez había estado tan obsesionado con mantener el control que me había

perdido lo que realmente podría ser una oportunidad única. Alicia no era como las demás mujeres con las que había tenido una relación fugaz. Ella me hacía sentir que había algo más, algo que valía la pena.

Me incliné hacia delante, mirando la copa de vino mientras tomaba una decisión.

—Está bien —dije—. Voy a intentarlo. No sé qué saldrá de todo esto, pero voy a ver qué pasa.

Iker sonrió ampliamente.

—¡Eso es lo que quería escuchar, amigo! ¡A veces, solo tienes que lanzarte al agua! Te lo dije, siempre habrá algo valioso en el proceso, incluso si las cosas no terminan como esperabas.

Me sentí como si un peso se hubiera levantado de mis hombros. Lo había decidido. Ahora solo quedaba ver si Alicia estaba dispuesta a dar el siguiente paso también.

El sonido del bar a nuestro alrededor parecía distorsionado, como si el ruido de los demás estuviera a una distancia lejana. Solo estábamos Iker, yo y la conversación que, sin querer, se había convertido en un punto de inflexión.

Porque era verdad eso que decía. Eso de que a veces únicamente había que lanzarse al agua. Era irónico, porque siempre había sido el tipo que tomaba decisiones calculadas. Cada movimiento había sido analizado, cada riesgo ponderado. Pero ahora, el riesgo que enfrentaba no era más que un salto al vacío emocional.

Mientras observaba la copa frente a mí, la copa de vino ahora vacía, sentí como si una nueva capa de vulnerabilidad hubiera sido desvelada. Algo que no quería admitir, pero que ahora era tan evidente como la luz del día: había

algo en Alicia que me atraía de una manera que no podía entender. Algo que me desarmaba sin que yo lo pidiera, algo que ponía en peligro el orden en el que había vivido los últimos años de mi vida.

Iker sonrió con ese aire de suficiencia que tanto me irritaba, pero que también apreciaba. Porque Iker siempre había sido el amigo que veía lo que yo no podía. Y en este caso, parecía tener razón. Quizá todo lo que necesitaba era dar un paso atrás y mirar las cosas desde una perspectiva diferente. No todo en la vida era trabajo, objetivos, control. A veces, las cosas simplemente sucedían, y lo mejor era dejarlas fluir.

—Tienes más corazón del que crees, Gabriel. Solo tienes que permitirte sentirlo. Y lo que sea que pase, será una lección. Eso es lo que me dijo mi terapeuta, y yo me lo creí —bromeó Iker, sin perder la oportunidad de agregar un toque de humor para aligerar la conversación.

Me reí, a pesar de que lo que había dicho tenía una parte de verdad. Las relaciones, el amor, no siempre eran una ciencia exacta. No importaba cuánto tratara de controlarlo todo; a veces, lo mejor que podía hacer era rendirme ante la incertidumbre y ver qué sucedía.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, ambos con nuestras propias reflexiones. La luz tenue del bar me envolvía en una atmósfera casi introspectiva. Miré a Iker, que estaba claramente esperando que yo hablara de nuevo, que tomara la iniciativa para hablar sobre lo que realmente me rondaba en la cabeza. Pero no podía.

—¿Sabes? Creo que no quiero seguir viviendo con miedo. —La declaración salió casi sin pensarlo, pero cuando las palabras estuvieron fuera, entendí que había algo de cierto en ellas—. No quiero seguir viviendo con este miedo a la vulnerabilidad, a ser herido. Ya he pasado demasiado tiempo rodeado de paredes, y aunque me da miedo, creo que podría valer la pena abrirlas.

Iker sonrió, genuinamente complacido.

—Eso es lo que quería escuchar. Ya no eres solo el tipo de la corbata y la oficina, Gabriel. Estás empezando a ser algo más que eso. Y créeme, eso es un gran paso. Así que ve por ella. Habla con ella. Haz lo que tengas que hacer, pero no sigas dando vueltas sin hacer nada. Estás aquí por ella, y lo sabes.

Había tomado la decisión. Ya no iba a quedarme atrapado en el miedo a lo que podría pasar. Lo que fuera que Alicia y yo pudiéramos ser, valía la pena intentarlo.

Me levanté de la silla, dispuesto a hacer lo que Iker había sugerido, sin más excusas.

—Gracias, Iker. En serio. Por todo esto.

Iker me dio una palmada en la espalda y se levantó también, con una sonrisa que me hizo pensar que quizás, en el fondo, él sabía algo que yo no había entendido hasta ahora.

—No tienes que agradecérmelo, amigo. Solo sé que te estoy empujando hacia lo que creo que es lo mejor para ti. Y ahora, ve y hazlo. Haz algo que te haga sentir vivo, algo que te haga sentir que, tal vez, la vida tiene más de lo que solo el trabajo puede ofrecerte.

Esa noche, después de dejar a Iker en su casa, mi cabeza seguía dando vueltas. ¿Y ahora qué? Me sentía como si todo lo que había estado construyendo durante años se hubiera desmoronado en un solo paso. Estaba a punto de lanzarme a lo desconocido, pero aún no estaba seguro de cómo hacerlo.

Capítulo 14



Alicia

La tarde había comenzado como cualquier otra. Estaba en la *boutique*, reorganizando algunas prendas que Sandra había dejado en la mesa después de su turno. Había una mezcla de tranquilidad y caos que, por alguna razón, siempre acompañaba el final de la tarde.

Los clientes se iban, y con ellos se iban también las conversaciones ligeras y las sonrisas falsas, dejando solo la quietud de la tienda y un leve aroma a incienso que Sandra había dejado encendido. Sin embargo, mi mente no estaba en la *boutique*. Mi mente estaba con Gabriel.

Los últimos días habían sido un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias. Gabriel… Él había vuelto a la tienda varias veces, y aunque siempre había intentado mantener las cosas profesionales, la realidad era que las interacciones entre nosotros habían ido cambiando. Antes, nuestras conversaciones eran distantes, formales, incluso un poco incómodas. Pero ahora… ahora se sentían naturales. Como si algo invisible nos empujara a acercarnos, sin que ninguno de los dos lo buscara, pero con la certeza de que algo estaba ocurriendo.

La verdad es que, a pesar de mis intentos por mantener mi profesionalidad, no podía dejar de pensar en él. Ya no era solo la presencia de Gabriel lo que me atraía, sino la manera en que me hacía sentir. Había

algo en su mirada, algo en la forma en que hablaba, que me desarmaba. Y no podía explicarlo, no lo entendía del todo, pero algo estaba pasando.

—¡Alicia, no seas tonta! —me regañó Laura, sacándome de mis pensamientos.

Laura había entrado sin que me diera cuenta, y su voz, tan directa y sin filtro, me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando disimular que me había pillado fuera de juego.

Laura se dejó caer en la silla frente al mostrador, mirándome con una sonrisa cómplice. Había algo en esa sonrisa que me decía que ya sabía todo lo que necesitaba saber.

—Te he visto. Te he visto mirarlo. Te he visto pensar en él. Y lo que más me preocupa es que tú misma te lo estás callando —dijo, cruzando los brazos y levantando una ceja.

Suspiré, como si estuviera tratando de sacarme la presión del pecho. Laura me conocía demasiado bien. Demasiado**.** En cuanto me sentía vulnerable, ella lo notaba, y en cuanto detectaba que algo me preocupaba, ahí estaba ella, lista para darme su opinión.

—No sé de qué hablas —contesté, restándole importancia mientras me dedicaba a acomodar una blusa en el estante, evitando sus ojos.

Laura se rio, y no pude evitar sonreír también, aunque intentaba mantener una fachada de indiferencia.

—Por favor, no soy tonta. Sé que te gusta, y si no fuera suficiente con eso, te quedas mirando la pantalla del móvil esperando algo desde que te dio su número. —Laura, siempre tan directa. Siempre tan… Laura—. Te lo dio por

si alguna vez necesitabas algo, y sí, necesitas algo. Un café, una comida, una cena, un polvo. Lo que sea.

La miré con una mezcla de sorpresa y vergüenza. ¿Cómo sabía eso? Había intentado ser discreta, pero sabía que, al final, no había nada que pudiera esconderle a ella. Era como si tuviera una conexión especial con mi vida, como si pudiera leerme en cada pequeño gesto.

—Laura… no sé. No sé si es buena idea. Estoy confundida. Además, yo… tengo mi negocio, mi vida. No sé si quiero abrirme a algo más —dije, buscando una excusa, algo que me ayudara a justificar mi miedo.

Laura se inclinó hacia delante y me miró con esa intensidad que solo ella sabía tener.

—¿Y si no se trata de algo serio? ¿Qué pasa si solo es un poco de diversión? Alicia, la vida es corta. Tú misma lo dices todo el tiempo. Estás tan concentrada en tu negocio y en cuidar a los demás que te olvidas de ti misma. Y en cuanto a él, Gabriel… —Hizo una pausa—. No es como los demás. No es solo un hombre de negocios más.

Sus palabras me dejaron pensativa. Era cierto, siempre le había dado prioridad a la *boutique*, al trabajo, a los demás. Siempre había pensado que el amor y las relaciones eran cosas que podían esperar. Pero, últimamente, esa postura se había ido desmoronando. ¿Estaba dejando pasar algo importante? ¿Y si Gabriel era esa oportunidad que no debía dejar escapar?

—Lo peor que puede pasar, Alicia, es que sea una aventura divertida. Lo que te digo es que te arriesgues. ¿Qué tienes que perder? —insistió Laura.

Me quedé en silencio, saboreando sus palabras. Lo peor que podía pasar…

Eso era cierto. Al fin y al cabo, no perdía nada si simplemente me dejaba llevar, si dejaba que las cosas fluyeran. Pero, por otro lado, ¿qué tal si me involucraba y terminaba con el corazón roto, como siempre había temido? Era un riesgo. Un riesgo del que no podía estar segura, pero el deseo de saber más sobre Gabriel, de conocer esa parte de él que parecía tan misteriosa, era más fuerte que cualquier duda.

—No puedo negar que me atrae —dije en voz baja, como si confesara algo que no había querido admitir, y Laura sonrió ampliamente.

—Eso es lo que quería escuchar —respondió con entusiasmo—. Vas a hacer esto. Si no lo haces, te lo voy a recordar cada vez que te vea. Estás condenada a ser feliz. No te dejes llevar por la rutina, por el miedo. No dejes que pase el tiempo y luego te arrepientas.

¿Y si tenía razón?

—Lo pensaré —respondí, pero mi tono ya no tenía la firmeza de antes.

Ya no podía seguir negando lo que sentía. Laura tenía razón: no podía seguir esperando el momento perfecto. La vida no esperaba. Y yo tampoco.

Laura me miró con una sonrisa satisfecha, como si ya hubiera ganado la batalla. Y, en cierto modo, lo había hecho. Pero no se trataba de ganar o perder. Se trataba de abrirme a una nueva posibilidad, a algo que, al menos por una vez en mi vida, no controlaba.

—Te estoy diciendo que es hora de dejar que las cosas pasen. Y si es Gabriel quien te hace sentir algo, entonces, que sea él.

La última frase de Laura me dio vueltas en la cabeza durante el resto del día. «Que sea él».

No sabía si eso significaba algo más, pero lo cierto era que, en ese momento, no me importaba. Lo que importaba era que me estaba abriendo a la posibilidad de dejar de controlar cada aspecto de mi vida, de soltar un poco las riendas y ver qué sucedía.

La *boutique* ya estaba vacía, la tarde había caído y la luz suave del atardecer reflejaba su color dorado en los estantes de la tienda. Miré por la ventana y pensé en Gabriel. Sí, lo pensaría. Lo pensaría seriamente.

La noche había caído por completo, y la *boutique*, ahora vacía y tranquila, reflejaba en las luces cálidas el eco de mi confusión. Había estado trabajando hasta tarde, reorganizando las últimas piezas de la nueva colección para la próxima temporada, pero mi mente, lejos de concentrarse en las telas y los patrones, se deslizaba constantemente hacia una imagen que me era cada vez más familiar: Gabriel.

La idea de él seguía presente, como un susurro que se infiltraba en cada rincón de mi mente, no importaba lo que intentara hacer para ignorarlo. ¿Cómo podía ser tan persistente?

Laura había tenido razón en muchas cosas. «La vida es corta», había dicho, y no podía dejar de pensar en esa frase. De algún modo, esa verdad me golpeaba con más fuerza cada vez que la repetía. Siempre había sido tan práctica, tan enfocada en mi tienda y en mis responsabilidades, que había olvidado lo que se sentía al querer a alguien o simplemente dejarse llevar.

Siempre me había convencido de que podía posponer el amor, como si fuera algo que podría esperar a que tuviera «tiempo libre», como si fuera algo que se pudiera controlar. Pero la vida no funcionaba así, ¿verdad?

Sabía que no podía seguir ignorando lo que estaba sucediendo entre nosotros, aunque intentara disimularlo cada vez que nos veíamos. No, no podía negarlo más. La verdad era que pensaba en él constantemente. Su mirada, su tono de voz, las conversaciones inesperadas entre nosotros que parecían tan sencillas, pero que a la vez contenían una carga emocional que

nunca había sentido con nadie más. Gabriel no era como los demás. Era… diferente.

Un suspiro escapó de mis labios mientras me dejaba caer sobre el sofá que tenía en la pequeña oficina de la *boutique*. Me sentía agotada, pero no de trabajo. Me sentía agotada de estar constantemente en una lucha interna.

¿Qué hacía? ¿Debería escribirle? ¿Debería esperar a que él diera el paso? ¿Y si todo esto no era nada más que una fantasía pasajera? ¿Y si Gabriel no estaba buscando lo mismo que yo? ¿Y si me arriesgaba y me rompía el corazón, como tantas veces antes?

—¡Qué drama! —me dije a mí misma en voz baja, sintiendo cómo la frustración se apoderaba de mi pecho.

Estaba cansada de mis propios miedos, de las dudas que siempre me detenían. ¿Y si era el momento?

Me levanté del sofá y caminé hacia el espejo, mirando mi reflejo. A veces, sentía que me veía como una versión más madura de la joven insegura que había sido en mis años universitarios. A veces, parecía que todo mi ser se centraba solo en mis miedos. Pero allí, frente al espejo, intentaba encontrar un poco de valentía, aunque la duda me aplastara.

La vida no podía seguir siendo solamente trabajo.

Rebusqué en la memoria y, aunque trataba de no ser tan dramática, recordé la última conversación con Laura. Había algo en sus palabras que me había quedado grabado, algo que me decía que no podía seguir viviendo con miedo al fracaso emocional.

A lo largo de los años, había visto de todo. Había tenido amigas que se entregaban a relaciones que al final no resultaban ser lo que esperaban, y había tenido momentos en los que el miedo a ser vulnerable me había

frenado. Pero nunca había tenido una oportunidad como esta. Gabriel no era solo uno más. No lo veía así.

No se trataba solo de lo físico. Se trataba de lo que había comenzado a percibir en él: esa amabilidad oculta tras su imagen de hombre de negocios exitoso, esa fragilidad en sus ojos que, por alguna razón, me hacía querer conocerlo más. Nunca había conocido a alguien así.

De repente, el teléfono vibró en mis manos, y un mensaje apareció en la pantalla. El nombre de Gabriel brillaba en la parte superior, y mi corazón dio un pequeño brinco. Miré la pantalla, sorprendida, como si estuviera buscando una señal. ¿Era el momento adecuado para responder? ¿Debía simplemente seguir el flujo de la conversación, o debería hacer algo más?

Gabriel: *Hola, Alicia. Estaba pensando en ti y me preguntaba si te gustaría salir a tomar algo este sábado. Me encantaría que nos viéramos fuera de la «boutique».*

Mi respiración se aceleró mientras mis dedos se detuvieron sobre la pantalla. Lo había hecho. Gabriel había dado el primer paso. ¡Estaba invitándome! No sabía por qué, pero algo en su mensaje me hizo sonreír, algo que sentí en el estómago que me decía que no podía dejar pasar esta oportunidad.

Entonces, ¿por qué seguir con el miedo?

Tomé una decisión rápida y decidí que no podía dejar que mi inseguridad me frenara esta vez. De todos modos, ¿qué tenía que perder? Lo peor que podía pasar es que disfrutara de un buen rato. Y, al menos por ahora, me sentía dispuesta a arriesgarme.

Escribí una respuesta sencilla, pero cargada de una emoción que casi podía tocarse:

Alicia: *Me encantaría, Gabriel. Este sábado suena perfecto. ¿A qué hora?*

El dedo en la pantalla temblaba ligeramente al presionar «enviar». Sabía que, en ese preciso momento, estaba tomando una decisión. Tal vez pequeña, tal vez sin importancia, pero para mí, esa decisión representaba algo más grande: el comienzo de una aventura. Tal vez maravillosa, tal vez no, pero al menos no me arrepentiría de intentarlo.

Con una mezcla de nervios y emoción recorriéndome el cuerpo, dejé el teléfono sobre la mesa y respiré profundamente. Sabía que este era un paso importante para mí. Sabía que las cosas estaban cambiando.

Entonces, como una señal de que las cosas iban bien, el teléfono vibró nuevamente.

Gabriel: *Perfecto, entonces. Te espero el sábado a las ocho en el restaurante de la plaza. Estoy deseando verte.*

El simple hecho de saber que estaba esperando con ansias nuestra cita hizo que mi pecho se expandiera. Estaba nerviosa, sí, pero había algo más allá del miedo: una emoción nueva, una anticipación que no sentía hace mucho.

Me recosté contra la pared y dejé escapar una risa nerviosa. No podía creerlo. ¡Iba a salir con Gabriel este sábado!

Mi corazón dio un vuelco. El miedo seguía ahí, en algún rincón de mi mente, pero la emoción lo estaba desplazando.

Finalmente, había tomado una decisión: ya no quería quedarme con la duda, quería vivir, disfrutar del presente y, quizás, descubrir qué podía surgir entre nosotros.

Capítulo 15



Alicia

El día había sido largo, demasiado largo, y aunque la *boutique* había estado llena de clientes, mi mente no dejaba de regresar al mismo pensamiento: Gabriel.

Desde aquella última vez que lo vi en la tienda, algo había cambiado entre nosotros. Había una nueva tensión, algo casi palpable en el aire cada vez que nuestras miradas se cruzaban, pero también había una chispa, una que no podía negar. Me atraía. Pero ¿cómo podía ser tan fácil dejarse llevar por la atracción? ¿Y si solo era una fantasía?

Cuando me envió aquel mensaje para invitarme a salir con él, sentí que no era algo que solo veía yo, sino que definitivamente él también lo veía. Él también sentía que algo empezaba a formarse entre nosotros.

La cita llegó rápido, demasiado rápido, como si el tiempo hubiera jugado a hacernos esperar solo para aumentar la anticipación. A medida que me preparaba, me preguntaba qué era lo que sentía exactamente por él. ¿Era una atracción simple o había algo más? De todas formas, no podía dejar de imaginar cómo sería estar más cerca de él, sin esa barrera de la tienda entre nosotros, sin esos muros invisibles que poníamos para mantenernos a salvo. Aunque ya sabía que, sin esos muros, lo que quedaba sería aún más complicado.

El restaurante era íntimo, con luces tenues y música suave que llenaba los espacios vacíos. Cuando Gabriel llegó, casi no tuve que mirar hacia la puerta para saber que estaba allí. Había algo en su presencia, en la forma en que se movía, que me hacía sentir como si el mundo se desacelerara. Lo vi acercarse a la mesa, con su traje oscuro y esa mirada de hombre seguro, pero hoy había algo más.

No parecía el mismo Gabriel de siempre, el CEO serio y distante. Hoy era solo un hombre que me invitaba a cenar, y eso, por alguna razón, me hizo sentir nerviosa.

—¿Todo bien? —preguntó Gabriel, notando mi leve incomodidad mientras tomaba asiento.

—Sí, todo bien. Solo… —Vacilé un momento, intentando encontrar las palabras correctas— Creo que estoy más nerviosa de lo que pensaba.

Él soltó una risa suave, y por un instante, ese sonido, tan genuino, me hizo sentir más a gusto. ¿Cómo podía ser tan fácil hablar con él?

—Yo también —admitió Gabriel con tono relajado, pero con ese brillo en los ojos que delataba que estaba disfrutando del momento. De alguna manera, los dos estábamos en la misma página, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta.

El camarero vino a tomar nuestra orden y, mientras hacíamos nuestras elecciones, comenzamos a charlar sobre temas más ligeros, como el clima y lo que habíamos hecho durante la semana. Todo parecía normal, pero la tensión entre nosotros no desaparecía. Cada vez que nuestras manos se cruzaban accidentalmente al alcanzar el pan, una corriente eléctrica me recorría, y sentía que todo lo que flotaba en el aire éramos nosotros. Como si ya no pudiéramos ignorarlo.

Y entonces me surgió la curiosidad de cuánto tiempo iba a quedarse en Jerez, dado que sabía que él tenía su vida en Madrid, no solo su empresa.

Según dijo, esa era una pregunta para la que aún no tenía respuesta, porque su asistente le había recomendado encarecidamente tomarse unos días de descanso, y aunque le costaba mantenerse alejado del trabajo y la rutina, y había días en los que trabajaba desde la casa que tenía alquilada, sentía que necesitaba un tiempo para estar alejado de todo eso y simplemente disfrutar un poco más de la vida, como le había recomendado su mejor amigo, que, por cierto, me dijo que vivía aquí.

Durante la cena, las palabras fluían más naturalmente, estábamos bromeando, riendo, casi compitiendo en quién contaba la historia más graciosa o absurda. En algún momento, me sentí tan cómoda con él, tan segura en su presencia, que me olvidé de todo lo demás: de mi tienda, de las preocupaciones, de las expectativas, éramos solo Gabriel y yo, compartiendo una noche en la que los silencios eran más cómodos que las palabras.

Reímos por algo tonto que dijo sobre sus años en la universidad, y cuando me miró con esos ojos azules que ya conocía tan bien, algo cambió. De repente, el aire parecía denso, y nuestras sonrisas se suavizaron, como si ambos supiéramos lo que estaba a punto de suceder. El roce de nuestras manos se volvió más frecuente, nuestras miradas más intensas.

Me sentí como si el mundo entero hubiera desaparecido a nuestro alrededor, y lo único que quedaba era ese espacio entre él y yo. Había algo en sus ojos que me decía que pensaba lo mismo, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a dar el siguiente paso. ¿Deberíamos?

El momento se estiró, como si todo esperara a que uno de nosotros se decidiera, y cuando menos lo esperaba, Gabriel se inclinó ligeramente hacia mí, su respiración rozando mi rostro. Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel al rozar la mía. Casi… casi.

Mis labios se separaron ligeramente, y sus ojos se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo perder el aliento. ¿Por qué no?, pensaba

mientras mi corazón latía con fuerza, pero, de repente, como si ambos lo supiéramos, nos detuvimos. Un suspiro colectivo. Algo en el aire nos frenó, y aunque la tensión era palpable, la distancia entre nosotros permaneció. No fue el momento, no esta vez. Y no sabía por qué, pero, de alguna manera, eso me dejó con un nudo en el estómago.

La cena terminó, y el camarero vino para retirar los platos vacíos y preguntar si queríamos postre. Ambos nos decantamos por el pudin.

Y finalmente me atreví a hacer la pregunta que había rondado por mi mente durante días.

—¿Volviste solo a por otro pañuelo? —pregunté, fingiendo una ligereza que no sentía.

Sabía que era una provocación suave, pero también sabía que no era una pregunta banal.

Gabriel me miró durante un segundo demasiado largo. Sus ojos, que solían tener ese tono gélido de control y distancia, ahora parecían contener algo más. Una tormenta contenida. Un peso que no terminaba de soltar.

—No —respondió por fin, con una honestidad que me pilló desprevenida —, volví porque me cuesta no hacerlo.

Hubo un silencio, uno espeso, denso, lleno de palabras que ninguno de los dos se atrevía a decir. Sentí cómo el aire entre nosotros se tensaba, ya no había excusas, ya no quedaban bufandas ni envoltorios detrás de los cuales esconderse.

—¿Por qué? —Me oí decir. Era mi voz, pero parecía venir de otro lugar, de una parte de mí que quería entender, que necesitaba escuchar algo real.

Gabriel se apoyó ligeramente en la mesa. Ya no era el hombre que había entrado a la tienda por primera vez, incómodo entre telas y escaparates. Ya no estaba a la defensiva. O tal vez lo estaba, pero había decidido rendirse, al menos por un momento.

—Porque contigo no tengo que fingir que todo está bien, porque cuando estoy contigo me siento más cerca de mí mismo de lo que me he sentido en mucho tiempo. Y eso me asusta, más de lo que te imaginas.

Tragué saliva, nadie me había dicho algo así antes. No así, con esa mezcla de vulnerabilidad y claridad. Y, sin embargo, lo entendía. Lo entendía mejor de lo que podía explicar, porque algo muy parecido me estaba pasando a mí.

—No debes tener miedo, Gabriel —dije, bajando la voz—. Aquí no estás obligado a ser nadie más que tú.

Él sonrió, esa sonrisa que parecía construida con mil capas de duda y deseo. Y entonces se hizo el silencio otra vez, pero esta vez fue distinto. Ya no era incómodo. Era un espacio compartido, íntimo, donde no hacían falta palabras.

La cena terminó, y el camarero trajo la cuenta. Gabriel pagó sin pensarlo dos veces, y nos levantamos.

—¿Tienes tiempo? —preguntó de pronto, como si se diera permiso para quedarse un poco más dentro de ese momento que habíamos creado.

—Siempre.

Mientras caminábamos hacia la salida, algo más sucedió. Un roce de nuestros cuerpos, un cruce de miradas, y de repente, él me miró fijamente, como si quisiera decir algo. No lo dijo, pero sus ojos lo decían todo: «No me resisto a ti».

Y caminamos juntos, sin prisa, sin rumbo, hasta que acabamos en la puerta de la *boutique*. Al verla, los dos nos reímos con ganas, pero acabamos entrando allí, donde estaríamos solos.

Fuimos al rincón del fondo, donde había un par de sillones junto a una pequeña mesa con catálogos. Nos sentamos, y durante un buen rato hablamos. O no, porque en realidad no hablábamos de nada importante, pero cada frase era una excusa para seguir en ese espacio, para sostener la cercanía que se había vuelto adictiva.

Él me habló de su padre, de la distancia emocional que siempre había existido entre ellos. Yo le hablé de la tienda, de lo difícil que había sido construir algo mío en un lugar donde nadie esperaba mucho de mí. Compartimos cicatrices invisibles, historias que no siempre contábamos. Y cuanto más hablábamos, más entendía que lo que estaba naciendo entre nosotros no era algo que pudiera ignorarse.

—Siempre has tenido este lugar, Alicia —dijo en algún momento, mirando a su alrededor—, un refugio, algo tuyo.

—Sí. Aunque a veces me he sentido sola en él —admití—. Pero también me ha dado paz. Me ha enseñado a estar bien conmigo misma.

—Yo no tengo un lugar así —murmuró Gabriel, casi en voz baja—, o no lo tenía… hasta ahora.

Esa frase me atravesó. Sentí que estaba hablando de mí, aunque no lo dijera de forma directa. Y supe, en ese instante, que no era solo un juego. Que esto no iba a pasar desapercibido en nuestras vidas, que, aunque no supiéramos a dónde nos llevaría, ambos habíamos cruzado un umbral invisible.

—Tengo que irme —dijo él de pronto, pero sin moverse.

—Lo sé —susurré.

Se levantó despacio. Lo acompañé hasta la puerta, y por un instante, nos quedamos frente a frente. No hubo besos, no hubo caricias. Solo una mirada larga, cargada de cosas que aún no sabíamos cómo decir.

—Gracias por quedarte —dije.

—Gracias por dejar que me quede —respondió, con una suavidad que no le había oído antes.

Y Gabriel me miró, su rostro a unos pocos centímetros del mío, y con una suavidad que me hizo temblar, me dio un beso ligero en la comisura de los labios**.** Fue breve, apenas un roce, pero el deseo que compartimos en ese momento fue evidente. ¿Me gustaba más ahora? Sí.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y en ellos vi lo mismo que sentía: una necesidad, una chispa de algo que ambos queríamos, pero que no estábamos dispuestos a apresurar. Y con una sonrisa tímida, casi como si no quisiéramos dejarlo ir, se despidió de mí.

—Hasta pronto, Alicia —dijo con voz suave pero cargada de promesas.

Me quedé allí, mirando cómo se alejaba, mi corazón palpitando con la misma intensidad que antes. ¿Qué iba a pasar ahora?

Salió con ese paso firme, pero algo en sus hombros, en su espalda, me dijo que tampoco quería irse. Cerré la puerta detrás de él y me apoyé en ella por unos segundos. Sentí mi cuerpo temblar ligeramente, no de frío, sino por todo lo que se había movido dentro de mí en tan poco tiempo.

Había algo inevitable en lo que estaba sucediendo. Y aunque todavía no sabía cómo ponerle nombre, sabía que no era pasajero.

Sabía que Gabriel había cruzado el umbral de mi vida no como una brisa, sino como un viento capaz de reescribir mis cimientos.

Y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo. Tenía esperanza.

Capítulo 16



Alicia

El sol aún no se había puesto del todo cuando vi su coche aparcado frente a la *boutique*, y un mal presentimiento se apoderó de mí al instante. Él estaba aquí.

No hacía falta que lo confirmara, lo sabía tan bien como conocía el sonido de la campanita que sonaba cada vez que alguien cruzaba la puerta de la tienda. Pero a pesar de mi intuición, mi corazón dio un vuelco cuando lo vi aparecer, caminando hacia mí con esa seguridad que me había atormentado durante tanto tiempo.

Mi exmarido, Daniel. De alguna manera, aún no me acostumbraba a la idea de que nuestra historia había llegado a su fin. Había sido un golpe tan duro, un proceso tan doloroso, que nunca había logrado entender completamente cómo pasamos de ser una pareja tan unida a ser dos personas tan distantes.

—Alicia —me saludó con esa sonrisa que tanto odiaba. La misma sonrisa de siempre, la que escondía tantas mentiras.

Lo miré, intentando mantener la compostura, pero no pude evitar sentirme vulnerable al verlo. De alguna manera, su presencia siempre tenía ese efecto en mí. ¿Cómo era posible que, después de tanto tiempo, aún pudiera

provocarme esa sensación? La tristeza, la frustración, el dolor del pasado… Todo parecía resurgir en un instante.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —pregunté, tratando de sonar firme, aunque mi voz traicionaba la pequeña duda que aún guardaba en mi interior.

Él dio un paso hacia mí, y al instante noté la tensión en el aire. No era una simple visita casual. Había algo más, una intención detrás de sus ojos que no podía ignorar.

—Solo pasaba a ver cómo estás —respondió, con un tono demasiado suave para mi gusto.

De inmediato, me sentí incómoda. ¿Qué quería de mí ahora? Había pasado más de un año desde nuestro divorcio, y aunque había intentado seguir adelante, el simple hecho de verlo frente a mí me descolocaba.

—Estoy bien —respondí rápidamente, sin saber qué más decir.

Intenté mantener mi distancia, tanto física como emocional. Era lo mejor, ¿verdad? Daniel dio un paso más cerca, y el aire se volvió aún más denso.

—¿Sí? Me alegra oír eso —dijo, pero su mirada se desvió brevemente hacia los estantes llenos de ropa, como si estuviera buscando algo en lo que concentrarse, aunque yo sabía que no era eso lo que realmente le importaba.

Luego, sus ojos volvieron a fijarse en mí. Esos ojos, que alguna vez pensé que conocía tan bien y hoy solo me parecían fríos y distantes.

—Daniel, ¿qué quieres de mí? —No pude evitarlo. Mi paciencia había llegado a su límite.

Si venía a buscar algo, que fuera directo, que no jugara con mis emociones. Ya no quedaba espacio para juegos.

Él suspiró, un gesto que me resultaba tan familiar, como si estuviera cansado de toda la situación, pero a la vez, se sentía tan seguro en su postura. Era como si no entendiera que ya no tenía poder sobre mí.

—Solo quería hablar, Alicia. ¿No me vas a invitar a un café? —Su voz sonaba suave, pero no se podía disimular el toque de arrogancia que solía tener.

Negué con la cabeza, evitando que mi rabia tomara el control. Este no era el momento. Pero el hecho de que aún se atreviera a aparecer en mi vida, como si no hubiera pasado nada, me sacaba de quicio.

—No creo que tengamos mucho de qué hablar. El pasado es pasado, Daniel —le respondí, sin pensarlo.

Tenía razón, ya no quedaba nada entre nosotros. Pero a veces, cuando estaba frente a él, me preguntaba si realmente lo había superado. ¿De veras había olvidado todo lo que había hecho? ¿Todas las mentiras? ¿La traición?

Él levantó una ceja, como si no entendiera mi actitud.

—¿Tan rápido lo has olvidado, Alicia? —dijo, sonriendo de manera irónica. Sus palabras fueron como un golpe, una punzada directa al corazón.

Claro que no lo había olvidado. ¿Cómo podría? Pero ya no podía permitirme quedarme atrapada en el pasado.

Me armé de valor, lo miré fijamente y le respondí con firmeza.

—Lo que ocurrió entre nosotros no tiene vuelta atrás. Lo que me hiciste… nunca lo podré olvidar, pero tampoco quiero que me sigas arrastrando a ese lugar.

El silencio que se hizo entre nosotros fue incómodo, denso, pero a pesar de lo que había dicho, algo en sus ojos me decía que él no lo entendía. Seguía allí, esperando una reacción de mí que ya no podía dar.

—Sé que fue difícil, Alicia. Lo que ocurrió, todo lo que pasó… —siguió, con un tono que parecía intentar ser más conciliador, pero no lo conseguía.

Sin embargo, lo que dijo después me hirió profundamente. Parecía que, aun después de todo, seguía pensando que tenía algo que ver en mi vida.

—He oído rumores sobre ti. Sobre tu nueva… relación. Gabriel, ¿verdad? —pronunció su nombre como si fuera una amenaza, y yo sentí que el aire se volvía aún más pesado.

Mis manos se apretaron contra el mostrador de la tienda, buscando algo de estabilidad en medio de toda esa presión.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar el nombre de Gabriel. ¿Qué quería insinuar con eso? ¿Era eso lo que me preocupaba realmente? Mi mente comenzó a formular preguntas sin respuesta**.** ¿Era Gabriel una distracción?

Lo que más me molestaba era que su comentario me hizo sentir insegura. ¿Por qué me afectaba lo que él pensaba de mi vida? Habíamos terminado. ¿Por qué me costaba soltar?

Además, no había ninguna relación con Gabriel. Solo había venido a comprar unos pañuelos, habíamos tomado café, hablado y sí, salimos a cenar una noche, pero nada más.

—Eso no te incumbe, Daniel —respondí, sin dar más detalles. Era lo único que podía decir.

Él guardó silencio, y aunque intentó fingir indiferencia, su rostro reveló claramente su intención. Quería hacerme sentir culpable, que dudara de

todo lo que había logrado desde nuestra separación, que creyera que siempre estaría atada a él.

Sin embargo, algo cambió en ese instante. Cuando Daniel dio un paso atrás, como si decidiera que su juego ya había terminado, me di cuenta de que no me importaba. Ni lo que pensara de mí, ni de Gabriel, ni de nadie.

Daniel suspiró, como si hubiera aceptado mi rechazo. No dijo nada más, solo dio media vuelta y se fue sin mirar atrás. Su presencia, aunque siempre me perturbaba, comenzó a desvanecerse en mi mente. Ya no tenía poder sobre mí.

Minutos después, me encontraba en la tienda, de nuevo sola, pero con la mente en otro lugar. La conversación con Daniel me había dejado inquieta, sí, pero también me había hecho reflexionar.

Gabriel era diferente. Me sentía atraída por él, más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero la duda que había sembrado Daniel en mí se negaba a desvanecerse. ¿Era Gabriel solo una distracción?

Fue en ese momento cuando mi padre entró en la *boutique*. Siempre sabía cuándo me encontraba perdida en mis pensamientos. Él me miró con una mezcla de preocupación y amor paternal.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó con suavidad, con tono cálido, como siempre.

Me senté en una silla cerca del mostrador, con una mano apoyada en mi cara, tratando de calmarme. El rostro de mi padre, siempre tan sereno, me dio una sensación de consuelo inmediato.

—Daniel, ha estado aquí —dije con la voz aún temblorosa. No quería entrar en detalles, pero sabía que mi padre me entendería.

Mi padre asintió, como si lo supiera. Me había visto sufrir por el divorcio, pero también me había apoyado para que siguiera adelante.

—Sabes que no pinta nada en tu vida, Alicia —dijo con suavidad, pero con la firmeza que solo él podía tener—. No importa lo que haga o diga. Ya no tiene poder sobre ti. Recuerda lo que sufriste cuando te engañó y te robó dinero de la *boutique*. No dejes que te haga dudar.

Sus palabras me sacudieron. Tenía razón. Daniel ya no formaba parte de mi vida, y si alguna vez lo hizo, ya era historia.

Me levanté y me acerqué a él, agradecida por su apoyo. Lo que más necesitaba ahora era sentirme respaldada.

Él me abrazó con fuerza, como solo un padre sabe hacerlo. No había lugar para más dudas ni inseguridades. Solo quedaba confiar en mí misma… y tal vez en alguien más.

—No te preocupes, hija. Lo mejor está por venir.

Con esas palabras, mi corazón se tranquilizó. Era hora de seguir adelante.

Mi padre me sostuvo durante unos segundos más, como si supiera que lo necesitaba. Sentí el calor de su abrazo, esa seguridad que solo él podía darme, y pude respirar profundamente. Al fin y al cabo, no había sido yo quien había cometido los errores, y tampoco era mi responsabilidad cargar con la culpa por ellos.

—Gracias, papá. —Me separé de él y sonreí, aunque todavía sentía una mezcla extraña de emociones.

La conversación con Daniel me había dejado una marca. Algo dentro de mí no podía evitar pensar en lo que había dicho sobre Gabriel. ¿Realmente

podía ser una distracción? ¿Era un error salir con alguien que parecía tan... ajeno a mi vida?

Mi padre asintió, notando la duda en mi rostro, y se sentó en una de las sillas cerca del mostrador. Era un hombre serio y tranquilo, pero sus ojos siempre reflejaban una sabiduría que solo los años podían dar.

—Alicia, sé que las cosas no fueron fáciles entre tú y Daniel. Sé que aún sientes el peso de todo lo que vivisteis juntos. —Me miró fijamente, con esa intensidad que solo un padre sabe tener—. Pero lo que te hizo, lo que te robó, eso no tiene cabida en tu vida ya. Ni en la tuya, ni en la de tu futuro.

Sus palabras me calaron profundamente. Lo que me robó... mi confianza, mis sueños de un futuro en pareja, mi negocio. Todo eso había sido parte de un daño mucho más grande del que había comprendido entonces. Pero ahora era diferente.

—Tienes razón —dije, y un suspiro escapó de mis labios—. No quiero seguir atada a lo que pasó con él. Y… —Me detuve por un momento, pensando bien lo que iba a decir. Mi padre me observó con una leve sonrisa, como si supiera exactamente lo que quería decir. Siempre lo hacía.

—¿Y?

—Y estoy conociendo a alguien —comencé a decir, y aunque no había nada serio entre nosotros, le hablé a mi padre de ese hombre que venía con excusas de comprar algo para su madre.

Llevaba más de un año oficialmente divorciada, pero algo más de dos desde que inicié todos los trámites y dejé de vivir con mi ex. En todo este tiempo, nunca le había hablado a mi padre de otro hombre.

Pero ahora, a pesar de que nuestra relación no era la de un padre y una hija demasiado unidos, a pesar de que sus muestras de cariño eran…

escasas y escuetas, sabía que estaría ahí para mí si lo necesitaba. Como hoy. Y solo por eso sentí la necesidad de hablarle de Gabriel.

—¿Y qué pasa con Gabriel? —preguntó suavemente, como si quisiera ayudarme a entender mis propios sentimientos sin presionarme.

Gabriel. Su nombre resonó en mi mente como un eco. ¿Qué pasaba con él? Me sentía como si estuviera flotando en una nube, sin saber si debía dejarme llevar o si debía frenar mis sentimientos. La atracción que sentía por él era innegable, pero el miedo a repetir los errores del pasado me hacía dudar. ¿Y si Gabriel también me rompía el corazón?

—No lo sé, papá. Es complicado. Me siento atraída por él, claro, pero tengo miedo de abrirme otra vez. —Bajé la mirada, no quería que mi padre viera el destello de inseguridad que me invadía al pensar en todo lo que podía significar una relación con Gabriel.

Mi padre se acercó un poco más y me miró con ternura, como solo él sabía hacerlo. Nunca había sido un hombre de grandes palabras, pero sus gestos siempre tenían un poder inmenso sobre mí.

—Hija, el miedo siempre estará ahí. No podemos vivir sin él, porque significa que estamos realmente vivos. Pero si dejas que el miedo te controle, nunca sabrás lo que puede haber al otro lado. —Hizo una pausa, dándome tiempo para procesar sus palabras—. El amor es una apuesta, siempre lo ha sido. A veces sale bien, a veces no. Pero si no arriesgas, te quedarás con la duda para siempre.

Su consejo era claro, y aunque me asustaba, sentía que tenía razón. ¿Qué estaba haciendo si no estaba dispuesta a arriesgarme? Gabriel ya había mostrado un lado diferente, algo que nadie más había visto. ¿Era suficiente? ¿O debería mantenerme alejada para protegerme del dolor?

Mi padre no esperó a que le respondiera. Como si supiera que necesitaba tiempo para procesar todo lo que estaba sintiendo, se levantó y me dio una

última mirada.

—Piensa en ello, hija. No te apures. Hagas lo que hagas, lo importante es que seas feliz. No dejes que el miedo decida por ti.

Asentí, aunque la incertidumbre seguía ahí, en mi pecho. ¿Ser feliz? Esa palabra, tan simple, se me antojaba cada vez más difícil de alcanzar. Mi vida había estado llena de trabajo, sacrificios y desafíos. Pero nunca de amor. ¿Podía realmente ser feliz con alguien como Gabriel?

Después de un rato hablando sobre lo mucho que se alegraba de que la *boutique* fuera bien —muchos conocidos suyos lo habían felicitado por el reportaje en la revista—, mi padre se fue y me dejó sola, de pie, mirando las estanterías de la tienda vacía. Todo parecía tan tranquilo.

Pero en mi interior, una tormenta de pensamientos no dejaba de dar vueltas. ¿Y si Gabriel me enseñaba lo que realmente significaba ser feliz?

Pensaba en sus ojos, en sus sonrisas, en las conversaciones que habíamos tenido. Todo era diferente cuando estábamos juntos. Era como si el tiempo se detuviera y solo existiera el presente. Pero, por otro lado, también sabía que era un hombre con una vida llena de responsabilidades y de momentos que no podía compartir fácilmente. ¿Cómo de fácil sería para él abrirse? ¿Y para mí?

Al final, decidí a salir de la *boutique*. No podía quedarme allí, atrapada en mi propia mente. Tenía que despejarme, hacer algo para liberar mis pensamientos.

Por eso cuando Sandra regresó de tomarse un pequeño descanso, decidí dar un paseo. Necesitaba caminar, sentir el aire fresco en mi rostro y alejarme de las preguntas que se me acumulaban. Mientras caminaba por las calles de Jerez, algo me decía que lo que estaba por venir podría cambiar mi vida. ¿Sería Gabriel la persona que finalmente me enseñaría a confiar otra vez?

A medida que caminaba, mi teléfono vibró en el bolso. Miré la pantalla y vi que era un mensaje de Gabriel. ¿Lo habría hecho con intención de darme un poco de paz o era solo una coincidencia más? Apreté el móvil contra mi pecho, sintiendo la calidez que su mensaje me provocaba, y decidí que, por ahora, las preguntas podían esperar.

Capítulo 17



Gabriel

La última vez que vi a Alicia, todo parecía estar bien.

Habíamos compartido una conversación tranquila, quizás un poco más profunda de lo que esperaba, pero no había indicios de que algo estuviera mal. Sin embargo, desde aquella noche, su actitud cambió. Se volvió distante, como si algo en su interior hubiera hecho clic y no estuviera dispuesta a decirme qué era.

Tal vez fue una conversación sin importancia o quizás un gesto que no supe interpretar, pero no podía quitarme la sensación de que algo estaba fuera de lugar.

Hoy, al entrar en la tienda, la vi detrás del mostrador, organizando unas blusas con una concentración casi feroz. Sus movimientos eran más rápidos de lo normal, pero no era solo eso. Había algo en su mirada que me decía que no estaba completamente ahí. Algo había cambiado y, por alguna razón, me sentí desconectado de ella, como si me estuviera viendo, pero no me viera realmente.

La tienda estaba más tranquila de lo habitual, sin los murmullos de las clientas que normalmente le daban vida. Miré a mi alrededor y me dirigí hacia ella, sintiendo que, de alguna manera, mi presencia era lo que la mantenía distante.

—Hola, Alicia —saludé con una sonrisa forzada. Me pregunté si mi tono había sonado demasiado cortante, como siempre me pasaba cuando estaba nervioso o incómodo.

Alicia levantó la vista, pero no sonrió. Sus ojos se encontraron con los míos, pero había algo distinto en su mirada, algo que no había notado antes. Era como si estuviera mirando a otra persona. Su expresión era neutral, pero no con la neutralidad relajada a la que me tenía acostumbrado, sino distante, cautelosa.

—Hola, Gabriel —respondió, y su voz sonaba diferente, más apagada. No era la misma calidez con la que siempre me recibía.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. ¿Qué había pasado? Habíamos compartido tantas risas, tantas pequeñas bromas, y ahora todo parecía haber desaparecido, como si nunca hubiera existido. Me sentí como un idiota, como si hubiera hecho algo mal, aunque no sabía exactamente qué había sido.

—¿Te gustaría ver algo nuevo que tenemos? —preguntó, cogiendo una de las camisas con la que estaba trabajando, pero su tono era tan automático que casi me hizo sentir que no le interesaba realmente.

Decidí intentar algo diferente. No quería que la conversación se quedara atrapada en esa atmósfera tensa. No quería que todo se rompiera sin saber siquiera si había algo real entre nosotros.

—Alicia, ¿va todo bien? —pregunté, buscando sus ojos. Sabía que a veces no era el mejor para expresar mis pensamientos, pero sentía que tenía que hacerlo ahora. Algo no estaba bien, y lo sabía.

Ella dejó caer la camisa sobre el mostrador y respiró profundamente antes de responder. El silencio que siguió fue pesado, y me costaba creer que

alguien tan cercano a mí, alguien con quien había compartido tantas risas y miradas cómplices, pudiera parecer tan lejana ahora.

—Sí, todo bien —contestó, pero sus palabras fueron vacías. No era el tipo de respuesta que esperaba.

Me quedé en silencio, evaluando la situación. ¿Qué había dicho o hecho para que se distanciara de esa manera? Había algo que no me cuadraba. Normalmente, Alicia solía ser abierta, espontánea. Hoy estaba cerrada, inaccesible. ¿Acaso había hecho algo que la hiciera sentirse incómoda conmigo?

¿Acaso el beso que le di la noche que cenamos la hizo sentirse incómoda? Fue un beso suave, y no el beso que de verdad quería darle en ese momento, o en muchos otros durante aquella cena.

Por no hablar de que le envié un mensaje para ver cómo estaba, hacía un par de días, y no me había respondido. Tal vez era eso, que le incomodaba que estuviera tan cerca, tan pendiente de ella. Joder, me iba a volver loco con tanto pensar.

Pero es que no podía dejar de pensar en lo que había pasado en aquella noche. Había habido una ligera tensión, una chispa que apenas había notado, pero que ahora me parecía mucho más evidente. Quizás algo que dije la había hecho sentir vulnerable o incómoda. Pero ¿qué? ¿Era yo el problema?

Decidí intentar cambiar el rumbo de la conversación, tratando de sacarla de esa barrera invisible que había levantado entre nosotros.

—¿Te pasa algo, Alicia? —pregunté nuevamente, esta vez con un tono más suave.

Quería que supiera que no iba a presionarla, pero también quería que me hablara. Quería que supiera que estaba aquí si me necesitaba.

Alicia suspiró, como si la pregunta fuera una carga difícil de llevar. Sus ojos evitaban encontrarse con los míos, enseguida los apartaba de nuevo. ¿Por qué era tan difícil hablar? Habíamos sido capaces de hablar de tantas cosas con facilidad, y ahora parecía que se había levantado una muralla de silencio entre nosotros.

—No es nada, Gabriel. No te preocupes —dijo, intentando sonar convincente, pero no lo conseguía. Era evidente que había algo que la estaba preocupando.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar sus palabras. «No es nada». ¿Cuántas veces había escuchado esa frase antes? Era la respuesta que yo siempre daba cuando no quería abrirme, cuando había algo que no quería compartir. ¿Y si se trataba de algo relacionado conmigo?

El ambiente se tornó aún más incómodo. ¿Qué estaba pasando? Estaba seguro de que lo que fuera que estuviera pasando, no era por mi culpa. Sin embargo, sentía que me estaba alejando de Alicia, y eso no podía ser bueno.

—Si necesitas hablar, ya sabes que estoy aquí —dije finalmente, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera romper ese muro invisible que se había levantado entre nosotros.

Ella me miró entonces, por un instante, sus ojos se suavizaron, pero algo en su expresión me dijo que, aunque estaba agradecida, no quería hablar. ¿Qué había cambiado en unos días?

Había tenido que irme a Madrid por una reunión urgente y hacía días que quería verla, por eso estaba aquí ahora. Pero ella… Ella estaba más distante que ninguna de las veces que nos habíamos visto hasta ahora.

—Gracias —respondió en voz baja. Pero no dijo más, y yo supe que no podía insistir más.

Salí de la tienda, sintiendo una mezcla de frustración y desconcierto. ¿Qué había hecho mal? Algo en su actitud había cambiado, y no sabía si era porque ella no quería estar conmigo o si se sentía confundida por algo que había dicho.

Me quedé parado en la acera, mirando la tienda, sintiéndome un tonto. Había llegado a pensar que entre nosotros había algo especial, algo genuino, pero ahora no estaba tan seguro.

Lo que más me dolía era que no sabía cómo arreglarlo. Alicia me gustaba, y no era solo algo físico, era mucho más que eso. Y no, no quería perderla, pero parecía que estaba haciéndolo sin saber cómo detenerlo.

Volví a casa con esa sensación de vacío que solo dejaba una conversación inconclusa, o peor aún, una conversación que nunca llegó a ser. Pasé el resto de la tarde repasando mentalmente cada uno de nuestros últimos encuentros. Intentaba buscar algún signo, una palabra fuera de lugar, un gesto malinterpretado. Pero no encontraba nada.

Encendí la radio para distraerme, pero incluso la música sonaba ajena, artificial. Me preparé un café, aunque no tenía hambre ni sed. Solo necesitaba algo que ocupara mis manos, algo que detuviera esa sensación de inquietud. Me senté frente a la ventana, con la taza caliente entre las manos, observando cómo la tarde iba avanzando.

Pensé en llamar a Alicia, en enviarle un mensaje. Pero no lo hice. No quería presionarla. Sabía que, si la empujaba demasiado, se alejaría aún más. Era una contradicción dolorosa: la persona con la que más quería hablar era la misma que me cerraba la puerta.

Me pregunté cuánto tenía que ver su pasado en todo esto. Alicia había sido reservada con ciertos temas. Aunque hablábamos con una aparente

apertura, había límites invisibles que nunca se cruzaban cuando se mencionaba el pasado. Era una mirada sutil, pero se notaba que ella no quería hablar de ese tema. Yo tampoco del mío, siendo sincero.

Y yo los respetaba, claro, pero en momentos como este me preguntaba si, quizás, había sido demasiado pasivo, si no había intentado realmente conocer las heridas que ella cargaba.

Recordé una de las tardes que estuve con ella hablando en la *boutique*. En un momento, sin razón aparente, se quedó en silencio. Sus ojos se perdieron en la ventana. Le pregunté en qué pensaba y ella dijo simplemente: «En cosas que es mejor dejar quietas». No insistí. Me limité a darle un apretón en la mano, y ella sonrió. Pero ahora me preguntaba si debí haber indagado más.

Esa noche me acosté tarde, incapaz de dormir, y soñé con Alicia. En el sueño, ella caminaba por un pasillo largo y oscuro. Yo la llamaba, pero no se giraba. Cada vez que intentaba alcanzarla, el pasillo se alargaba. Al final, desaparecía por una puerta que yo no podía abrir.

Me desperté sudando, con una ansiedad que me apretaba el pecho. A veces, los sueños dicen más de lo que uno se atreve a pensar durante el día.

Pasaron tres días sin saber de ella. Intenté ocuparme en el trabajo, en asuntos sin demasiada importancia, incluso pasé tiempo con Iker y su familia, hablando con mi mejor amigo sobre lo que ocurría, escuchando sus sabios consejos de hombre que una vez se enamoró hasta la médula de la que ahora era su mujer y que también cargó con un pasado del que no quiso hablar.

Pero todo lo que hacía me llevaba de vuelta a ella.

El cuarto día, decidí volver a la tienda. No sabía si era una buena idea, pero necesitaba verla.

Al llegar, el local estaba cerrado. Un cartel en la puerta anunciaba: «Cerrado por mantenimiento. Disculpe las molestias». Me asomé por el escaparate, pero no vi a nadie. Solo las luces tenues del fondo, como si alguien hubiese estado allí y se hubiese ido con prisa.

Me senté en un banco al otro lado de la calle, esperando. No sabía exactamente qué esperaba. Que apareciera. Que me llamara. Que algo tuviera sentido.

Pasé allí sentado algo más de veinte minutos, y vi a Alicia salir por la puerta trasera, con una caja en las manos. No me vio de inmediato. Caminaba rápido, como si no quisiera ser vista. Cuando me vio al cruzar la calle, se detuvo, sorprendida. Su expresión era una mezcla de incomodidad y resignación.

—Gabriel… —dijo sin entusiasmo.

—Hola. He venido a ver cómo estabas y… he visto el cartel. —Señalé con la cabeza.

Asintió, bajando la mirada.

—No me sentía con ganas de abrir hoy.

Quise preguntar más, pero su tono cerraba cualquier posibilidad de conversación profunda.

—¿Puedo ayudarte con la caja? —Ofrecí.

—No hace falta, gracias.

Aun así, me acerqué y cogí la caja sin pedir permiso. No pesaba mucho, pero el gesto parecía significar algo más. Alicia no protestó.

Caminamos en silencio hasta su coche. Ella abrió el maletero y yo coloqué la caja con cuidado. Cerró con un suspiro, como si fuera el punto final a una conversación que nunca habíamos tenido.

—¿Podemos hablar, aunque sea unos minutos? —pregunté.

Me miró con ese gesto que tantas veces había visto en ella: la lucha interna entre protegerse o abrirse.

—No sé si sea buena idea.

—Solo quiero entender por qué me evitas. —Ya está, lo había dicho.

Dudó un momento. Luego señaló con la cabeza hacia un banco cercano. Caminamos sin hablar y nos sentamos.

—No es que no quiera verte, Gabriel. No es eso. —Empezó a decir, mirando al suelo—. Es solo que… hay cosas que no he terminado de resolver. Y me he dado cuenta de que… —suspiró de nuevo y guardó silencio.

—Sea lo que sea, preciosa, puedes contar conmigo. Como amigo, si es lo que necesitas. Como algo más, si tú también lo quieres.

Ella negó con la cabeza.

—Eso es lo peor. Que sí lo quiero. Pero sé que no estoy lista. Y fingir que sí… sería traicionarte.

Tragué saliva. Las palabras me dolieron más de lo que había esperado. Pero también comprendía la honestidad que había en ellas. Y eso, de alguna manera, me daba una extraña paz.

—¿Es por alguien en particular? —pregunté, porque todos en esta vida teníamos a alguien, del pasado o del presente, que no nos permitía avanzar, de un modo u otro.

Ella dudó unos segundos, luego asintió.

—En parte. Por mi ex —respondió—. No por él como persona, sino por lo que dejó en mí. A veces creo que todavía vivo con fantasmas. Que tengo miedo de volver a confiar. Y tú… tú eres alguien que no merece cargar con eso.

—Tú tampoco.

Nos miramos y vi que en sus ojos había tristeza, pero también una ternura que no había desaparecido del todo. Me pregunté si eso sería suficiente para que volviéramos a conectar como lo habíamos hecho antes.

—No voy a insistir, Alicia. Solo quiero que sepas que aquí estoy. Cuando estés lista, si lo estás, seguiré aquí.

Ella asintió, conteniendo las lágrimas.

—Gracias. De verdad.

Nos levantamos. Nos abrazamos. Le di un beso en la frente antes de mirarnos fijamente. Fue un intercambio de miradas que llevaba todo lo que las palabras no podían decir.

Y mientras la veía alejarse, comprendí que a veces amar a alguien también significa saber esperar. O incluso saber soltar. Aunque doliera. Aunque no tuvieras garantías de que volvería.

Me quedé en el banco un rato más. El sol se había escondido tras las nubes, y el viento comenzaba a soplar con más fuerza. El mundo seguía su

curso, indiferente a todo lo que yo pensara en ese momento. Pero yo sabía que algo en mí había cambiado. Ya no podía fingir que no me importaba. Ya no podía ignorar lo que sentía.

Alicia había entrado en mi vida con la delicadeza de una melodía inesperada. Y aunque ahora esa música se hubiera detenido, seguía resonando en mi interior.

No sabía qué pasaría después. Pero sí sabía que, pasara lo que pasara, esa historia… no había terminado todavía.

Capítulo 18



Gabriel

Había pasado una semana desde que vi a Alicia por última vez, y estaba convencido de que no volvería a verla. Algo en lo más profundo de mi ser, me lo decía.

Pero al parecer, estaba equivocado, porque me envió un mensaje para disculparse por haberse mostrado tan esquiva conmigo durante aquellos días. Me dijo que no estaba pasando por un buen momento —aunque no quería hablar del tema—, y que, por más que intentaba, no podía dejar de pensar en mí. Decía que quería volver a tener esas charlas conmigo en la *boutique*, tomando un café y haciendo que el mundo y sus problemas cotidianos desaparecieran por un breve instante.

Sonreí al leer aquello, porque justo así me sentía yo.

Durante esa última semana había estado en Madrid, centrado en el trabajo, inmerso en reuniones interminables, y pensando en ella. Yo tampoco podía sacármela de la cabeza.

Y ahora iba a volver a verla. Después de una semana, nos encontraríamos en casa de mi mejor amigo, que celebraba el cumpleaños de su esposa. Alicia también estaba invitada.

La música de fondo ya estaba sonando cuando llegué a la casa de Iker. Un murmullo de risas y conversaciones llenaban el ambiente, y el olor a comida, a viernes sin preocupaciones, me hizo soltar un suspiro con alivio. Iker siempre había tenido el don de organizar fiestas que parecían estar hechas a la medida de cada invitado, y esta no era la excepción. Sabía cómo hacer sentir a todos como en casa, dentro de una burbuja de diversión.

Estaba nervioso. No podía evitarlo. La idea de encontrarme con Alicia otra vez me tenía en ese estado desde que supe que estaba invitada también. Y por eso, cuando las puertas de la casa se abrieron ante mí y vi a todos los conocidos, lo primero que hice fue buscarla con la mirada. Y la encontré.

Estaba cerca de la barra improvisada, con una copa en la mano y una sonrisa en el rostro. Su risa —esa que era capaz de hacer que se me olvidara el mundo— resonó en mis oídos. Ella no me había visto, y por alguna extraña razón me gustaba poder contar con el factor sorpresa.

Me acerqué al grupo con el pretexto de saludar a Iker, pero en el fondo solo quería acercarme a Alicia. Ella me vio llegar, y por un segundo se quedó en silencio, algo que me pareció extraño. ¿Qué estaba pasando? Su mirada se cruzó con la mía, y me sorprendió el brillo en sus ojos.

—Gabriel, ya creí que no llegabas —dijo Iker al verme.

—¿Y perderme el cumpleaños de tu mujer, para que luego te pases un mes sin hablarme? No, gracias — bromeé, haciendo que todos rieran, aunque yo no podía apartar los ojos de Alicia.

Felicité a Elena, le di un par de besos y una cajita con mi regalo: unos pendientes que Iker me había dicho que le gustarían. Luego me presentó a Laura, su compañera de trabajo y además mejor amiga de Alicia, y es que, tal como me dijo Iker, el mundo era un pañuelo.

Nos saludamos con cordialidad, pero esa mujer me miraba con una sonrisilla en los labios, señal inequívoca de que sabía quién era yo en la

vida de su mejor amiga.

Cogí una copa de vino, di un sorbo y me acerqué a Alicia, a quien saludé con un beso en la mejilla, uno más largo de lo que debería, mientras ella mantenía la mano en mi brazo.

Y ahí fue cuando sucedió: ese contacto sutil, pero que al mismo tiempo hizo que el mundo se detuviera por un segundo. La química estaba ahí, flotando en el aire entre nosotros, como un hilo invisible que nos conectaba de una manera inexplicable. El roce de su mano en mi brazo fue suficiente para que me diera cuenta de que estábamos compartiendo algo más que un simple saludo cordial.

Intenté relajarme, seguir con la conversación y actuar como si todo estuviera bien. Pero no lo estaba. Cada vez que nuestras manos se tocaban accidentalmente, la tensión aumentaba. Nos mirábamos, sonreíamos, nos tocábamos más, y en algún momento me di cuenta de que la situación ya era un poco incómoda, pero de la mejor manera posible. No podía dejar de pensar en ella, en su risa, en su mirada, en la manera en que se mordía el labio inferior cuando estaba nerviosa.

Al principio, la fiesta fue divertida, llena de bromas y conversaciones divertidas. Pero, poco a poco, la conversación se fue apagando, y solo quedamos Alicia y yo en un rincón del jardín, donde la música era más baja y la luz más tenue. Estábamos riendo de algo que Laura había dicho, y aunque yo era muy consciente de la cercanía de Alicia, no podía evitar la sensación de que había algo más entre nosotros. La química, como dije antes, estaba ahí. En cada mirada, en cada palabra que cruzábamos.

Un movimiento torpe de Alicia hizo que su copa se derramara sobre mí, y la expresión en su rostro fue tan de disculpa que me hizo reír a carcajadas.

—¡Ay, por Dios! ¡Perdón, perdón! —exclamó, intentando secar la mancha de mi camisa, pero lo único que hacía era empeorar las cosas.

—No pasa nada —respondí entre risas—. Creo que la mancha le da carácter a mi atuendo, ¿no?

Alicia se sonrojó, pero justo en ese momento, nuestros rostros quedaron tan cerca que la tensión era casi insoportable. Sin querer, me incliné hacia ella para acercar mi cara a la suya, y fue entonces cuando sucedió. Un movimiento, un choque, y nuestros labios se encontraron en un beso accidental. Un beso que no era planeado, ni deseado en ese momento, pero que, al mismo tiempo, tenía la intensidad de algo que no podíamos evitar.

Nos quedamos quietos, atónitos, mirando al otro como si el mundo entero se hubiera detenido. El aire se volvió denso por un segundo, y lo único que pude escuchar fue el acelerado ritmo de mi corazón. Nos separamos rápidamente, y aunque ambos estábamos algo avergonzados, no pude evitar sonreír. ¿Cómo había llegado a esto?

—Perdón, no era… —comencé a decir, pero ella me cortó.

—No, no, está bien. Yo… no sé qué decir —respondió, sonrojándose aún más.

Reí nerviosamente, como si de alguna manera eso pudiera aliviar el momento, pero en realidad solo lo hacía más incómodo. Me froté la nuca, buscando qué decir, cómo salir de esa situación que me tenía completamente descolocado.

—Creo que… —dije, tratando de recuperar el control de la situación— Si me dejas, voy a intentar ponerle algo de sentido a este desastre. ¿Qué te parece si tomamos una copa y hablamos de esto como adultos?

Ella asintió, aún algo ruborizada, pero con una mirada que ya no tenía nada de duda. La tensión seguía, sí, pero había algo más en el aire. No era solo incomodidad; era la sensación de que había algo más entre nosotros, algo que ni ella ni yo podíamos negar.

—Sí, claro —respondió, con una sonrisa tímida.

Nos levantamos y fuimos hacia la casa, donde la música y la charla seguían a todo volumen. Laura, al vernos entrar, nos lanzó una mirada rápida y luego una sonrisa enorme, como si supiera exactamente lo que acababa de suceder. Alicia se sonrojó, y la sonrisa de su mejor amiga se amplió.

—Pero qué buena pareja hacéis —dijo Laura, con tono juguetón.

Alicia me miró a los ojos, y vi que no era solo incomodidad lo que había en su mirada, sino también una chispa de curiosidad. En algún lugar, entre la risa y la vergüenza, algo nos unía. Algo había cambiado.

Nos sentamos en el salón, y en ese momento, no importaba lo que los demás pudieran pensar. Lo único que importaba era que esa noche, Alicia y yo compartimos algo mucho más que risas y bromas. Habíamos compartido un momento que, aunque incómodo, había marcado el comienzo de algo nuevo. Algo que ninguno de los dos estaba listo para enfrentar completamente, pero que definitivamente ambos queríamos explorar.

—¿Me acompañas a mi casa a tomar una última copa? —le pregunté, casi sin pensarlo.

Ella se mordió el labio inferior, mirando la copa en su mano, antes de mirar de nuevo hacia mí, como si estuviera decidiendo si aceptarlo o no. Finalmente, sonrió.

—Sí, claro.

Y con eso, ambos salimos, sin saber realmente qué pasaría, pero con la certeza de que ese beso, ese momento, era solo el comienzo de algo mucho más grande.

La noche continuó, pero para mí, la casa de Iker ya no era el centro de mi atención. Solo existían esos pocos pasos entre Alicia y yo. El aire parecía cargado de electricidad. No sabía si lo que había pasado entre nosotros era un accidente o algo más, pero no podía negar que algo había cambiado. Tal vez lo mejor era no pensarlo tanto y simplemente disfrutar de la noche.

Alicia caminaba a mi lado, sus pasos un poco más rápidos que los míos, lo que me hacía querer alcanzarla. Pero no era solo eso. El roce de sus brazos contra los míos cuando se giraba para decirme algo, sus ojos brillando de una manera que nunca había notado antes. Parecía que el mundo a su alrededor había desaparecido.

—Oye, Gabriel —me dijo, con la voz un poco más suave de lo normal—, ¿estás seguro de que quieres ir a tu casa a tomar una copa? No sé si es una buena idea…

Su rostro mostraba una mezcla de nerviosismo y curiosidad. La situación era incómoda, lo sabía. Los dos sabíamos que había algo entre nosotros que no se podía ignorar. El beso había sido un accidente, sí, pero también era algo que nos había marcado. Algo que había quedado en el aire, flotando entre nosotros como una promesa tácita de que había algo más por explorar.

Y la miré. Mis ojos recorrieron su rostro, viendo los pequeños detalles que antes quizá había pasado por alto: las pequeñas pecas sobre su nariz, la forma en que su cabello caía en ondas suaves sobre sus hombros, cómo sus labios se curvaban ligeramente cuando sonreía.

—No te preocupes, no pasa nada —le respondí, sonriendo de forma relajada para intentar aliviar un poco la tensión—. Solo quiero pasar un rato tranquilo contigo. Un poco de tiempo a solas, sin todas las miradas de la fiesta.

Alicia me miró con una mezcla de duda y fascinación, como si no pudiera decidir si quería seguirme en esta locura o si debería dar marcha atrás. Pero al final, fue su sonrisa la que me dio la respuesta que ya esperaba.

—Está bien. Acepto —dijo, y aunque su tono era tranquilo, podía ver la chispa de emoción en sus ojos.

La pequeña victoria fue tan dulce que casi me hizo olvidar lo que realmente había sucedido entre nosotros hacía solo unos minutos. Pero al caminar hacia la puerta, no pude evitar sentir que estábamos, en cierto sentido, caminando en terreno desconocido. Sin embargo, de alguna manera, esa incertidumbre no me aterraba.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en voz baja, cuando nos estábamos alejando lo suficiente como para que nadie más escuchara.

—Nada, nada —respondió Alicia, pero no podía evitar reírse. Sus manos se metieron en los bolsillos de su pantalón, y su mirada era curiosa, expectante.

El camino hasta la casa que tenía alquilada no era largo, pero el silencio entre nosotros parecía interminable. No había incomodidad, ni tensiones raras, solo la sensación de que, al fin y al cabo, este paseo nocturno era solo el preludio de algo más grande. Algo que no podíamos dejar de explorar.

Cuando llegamos, la puerta se cerró detrás de nosotros con un suave clic, y el ambiente cálido y acogedor de la casa fue como una burbuja protectora en medio del frío exterior. Dejé la chaqueta en el perchero y, antes de que pudiera decir algo, Alicia ya estaba mirando la sala con una sonrisa ligera.

—Vaya, esta casa no está tan mal —comentó, con una risita nerviosa.

—Es solo algo temporal, un alquiler vacacional para desconectar del trabajo. Iba a ser nada más por unos días, y he llegado a un acuerdo con los dueños —le respondí, mientras me dirigía hacia la cocina a sacar una botella de vino—. Y aquí tienes todo el espacio para relajarte, si eso es lo que quieres.

Ella asintió, aunque con una mirada que me hacía pensar que tenía algo en mente. Lo que fuera, me sentía más tranquilo. La tensión que había estado acumulándose entre nosotros comenzaba a disiparse, y la cercanía que sentía era cómoda, pero al mismo tiempo, no podía evitar la sensación de que algo más estaba a punto de suceder.

El vino se sirvió, y las copas tintinearon con suavidad cuando nos sentamos en el sofá. Al principio, hablamos del trabajo que habíamos tenido en los últimos días, cosas que no importaban, pero que ayudaban a suavizar la situación.

De vez en cuando, nuestras miradas se encontraban, y por un segundo, el aire se hacía espeso. Era como si todo el espacio entre nosotros se estuviera reduciendo poco a poco, como si las palabras ya no fueran necesarias para expresar lo que ambos estábamos sintiendo.

Y entonces, en un momento tan simple como ese, me di cuenta de algo. La distancia entre nosotros había desaparecido por completo. No había barreras. No había dudas. Nos miramos con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara un poco más.

Alicia sonrió, y el brillo en sus ojos me hizo saber que ella también lo sentía. Aquel beso accidental, ese leve roce que nos había dejado atónitos, ya no era una sorpresa. Ya no era algo incómodo. Era un reflejo de todo lo que estábamos evitando, pero al mismo tiempo, deseando.

Entonces, ella se acercó un poco más. Podía sentir su aliento cerca de mi rostro, y sus dedos robaron un cabello de mi frente, apartándolo con suavidad. La conexión entre nosotros parecía estar fuera de control, pero no me importaba.

—Gabriel —dijo, casi en susurro, y por primera vez, no era una pregunta lo que salía de sus labios, sino una afirmación—. Esto… ¿Esto significa algo?

La pregunta flotó en el aire. No había respuesta correcta, no había respuesta equivocada. Solo estábamos nosotros, en ese instante, sin más. Solo el deseo de acercarnos aún más, sin dejar que nada nos separara.

Y en ese momento, sin más palabras, me incliné hacia ella, y sus labios encontraron los míos otra vez, esta vez de manera más lenta, más profunda, más intensa. Y el resto del mundo simplemente desapareció por completo.

Capítulo 19



Alicia

Me gustaban sus besos: tiernos, pero al mismo tiempo apasionados.

Nuestras manos parecían tener vida propia, moviéndose de un lado a otro, tocando cada parte del cuerpo que encontraban, y el mío se estremecía con cada una de las caricias que Gabriel dejaba sobre mi piel.

Se apartó, mirándome fijamente, y sin que dijera una sola palabra, supe cuál era su pregunta. Y sin hablar, solo con una leve sonrisa y otro beso en sus labios, le hice saber que sí, que estaba segura de lo que quería que pasara esa noche.

Entrelazó su mano con la mía y fuimos hasta la habitación, donde continuamos besándonos y acariciándonos, sintiendo el calor que desprendían nuestros cuerpos.

El beso se tornó más hambriento, más urgente y apasionado que antes. Me escuché gemir cuando noté la mano de Gabriel, deslizándose por mi muslo, subiendo la tela del vestido a su paso.

En el momento en el que esa mano se adentró hacia mi entrepierna, dejé caer la cabeza hacia atrás, gimiendo de nuevo. Gabriel me besó el cuello y descendió con sutiles besos por el escote del vestido, hasta que sentí sus labios sobre mi pecho, aún cubierto por la tela.

No tardó en apartarla con una mano, liberando el pecho. Lamió el pezón y se lo llevó a la boca, succionándolo al mismo tiempo que su mano se deslizaba dentro de mi tanga. Gemí al notar el contacto sobre mi clítoris, ese que ya estaba más que expectante, por lo que sabía que ocurriría.

Comenzó a tocarme despacio, deslizando los dedos entre mis labios vaginales, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera. Me notaba muy húmeda, excitada y deseosa de que ese hombre me hiciera sentir aún más placer del que ya estaba sintiendo.

Me pasé la lengua por los labios cuando noté sus dedos penetrándome, y grité cuando llevó los labios a mi otro pezón para excitarlo de igual manera.

Se notaba que Gabriel era un hombre experimentado, que había estado con varias mujeres y sabía exactamente cómo y dónde tocar para que una sintiera que el placer le nublaba la mente.

Siguió lamiendo mis pezones mientras sus dedos jugaban en mi sexo, penetrándome mientras su pulgar trazaba círculos sobre mi clítoris, llevándome al borde de la locura.

Comenzó a mover la mano más y más rápido cada vez, penetrándome con fuerza mientras yo me mantenía aferrada a sus hombros, moviendo las caderas al ritmo que él marcaba, sintiendo que, de un momento a otro, acabaría estallando en mil pedazos en un orgasmo intenso como nunca había experimentado.

Y no me equivoqué: apenas unos minutos después estaba gritando presa del placer mientras liberaba el clímax al que Gabriel me había llevado sin prisa, pero sin pausa y con determinación.

Me desnudó entre besos y yo le desnudé a él. Nos abrazamos, sintiendo el calor que compartíamos, notando cómo mi cuerpo aún temblaba por ese

orgasmo que había tenido y el modo en el que su miembro, duro y erecto, palpitaba junto a mi propio sexo.

Gabriel me recostó en la cama y, tras acomodarse entre mis piernas, me miró con ese brillo de deseo en los ojos antes de comenzar a lamer mi sexo. Su lengua se deslizaba lentamente entre mis labios vaginales, de abajo arriba, haciendo que me estremeciera, hasta que comenzó a mover ese músculo húmedo más rápido, con lamidas constantes mientras mi cuerpo se sacudía en la cama, mientras me agarraba a las sábanas y notaba que me estremecía de puro placer.

Introdujo dos dedos en mí, y mis gemidos resonaron por toda la habitación, rompiendo con el silencio que nos rodeaba. Gabriel siguió lamiendo sin parar, sin detenerse ni un solo instante, haciendo que me acercara de manera inevitable a un segundo orgasmo, hasta que lo consiguió.

Grité con todas mis fuerzas mientras volvía a correrme sin que él se detuviera, mientras seguía sintiendo su lengua deslizándose rápidamente sobre mi clítoris y sus dedos me penetraban con fuerza, una y otra vez.

Cuando liberé el clímax por completo, Gabriel se inclinó sobre mí para besarme. Sentí su miembro en mi sexo, palpitante y ardiente, pero no me penetró.

Siguió besándome hasta que me hizo arrodillar sobre la cama, y entonces comenzó a penetrarme desde atrás, despacio.

—Gabriel… —Jadeé.

—Dime, preciosa —susurró en mi oído, mordiendo suavemente el lóbulo.

—Más deprisa, por favor.

Le escuché reír junto a mi oído; una risa suave y breve, y entonces comenzó a moverse con más rapidez y también más profundamente.

Se embestía de tal manera que mis propias caderas comenzaron a moverse de forma acompasada con las suyas, yendo al encuentro de cada empuje. Gemía, gritaba, sentía cómo el placer crecía con cada movimiento, cada roce, cada jadeo.

Antes de que pudiera alcanzar el clímax, se retiró, sentándose sobre sus talones para que yo me acomodara sobre sus piernas. Me deslicé lentamente sobre su pene erecto, sintiéndolo de nuevo en mi interior, y comenzamos a movernos al unísono mientras nos besábamos con ansia.

Nos compenetrábamos de tal modo, que parecía que lleváramos años juntos, que nos conociéramos bien, como si siempre hubiésemos sabido qué y cómo le gustaba al otro.

Las manos de Gabriel se aferraban con firmeza a mis caderas mientras mi cuerpo se movía sobre el suyo, subiendo y bajando, disfrutando del placer y del momento.

Me recostó de nuevo en la cama, colocándose sobre mí. Me penetró mirándome a los ojos, mientras me acariciaba el cabello y la mejilla. Cuando volvimos a estar completamente unidos, me besó.

Fue un beso hambriento, lleno de deseo. Nuestros cuerpos comenzaron a moverse de nuevo, deprisa, perfectamente acompasados, compenetrados, como si de uno de esos espectáculos de natación sincronizada se tratase.

Mis manos se deslizaban despacio por todo su cuerpo, acariciándole la espalda, los brazos, arañando sutilmente su piel, mientras sentía cómo la presión crecía dentro de mí, empujándome de nuevo al borde del éxtasis. Cuando supe que ambos estábamos cerca del clímax, me aferré con fuerza a sus brazos y él comenzó a moverse más rápido, más profundo.

Seguíamos besándonos mientras él me penetraba y yo le buscaba con las caderas, deseando sentirlo aún más. Gemí en su boca, le escuché gemir también, y justo cuando estábamos a solo unos segundos del clímax, rompimos el beso.

Grité al liberarme en un orgasmo intenso y fuerte, mientras él dejaba caer la cabeza hacia atrás, gimiendo, alcanzando su propio clímax.

Cuando todo acabó, se dejó caer sobre mí. Nos quedamos allí abrazados, jadeando y sudorosos, intentando recobrar el aliento.

Tenía los ojos cerrados, y podía sentir su pecho subiendo y bajando rápido sobre el mío. Incluso percibía el fuerte latido de mi corazón rebotando sin parar en mi pecho.

¿Cuánto hacía que no me sentía así con un hombre? Y no me refería solo al hecho de haber tenido sexo —un sexo increíble, por cierto—, sino a esto: estar abrazada, sin querer separarme.

Pero debía hacerlo, porque si algo sabía de los hombres es que no les gustaba mucho compartir cama después de una noche de sexo casual.

Así que, con un leve suspiro, tras abrir los ojos cuando Gabriel comenzó a incorporarse, supe lo que tenía que hacer ahora.

—Debería irme —dije cuando me miró.

—A dormir, sí. A tu casa, no. Así que… —Hizo que me acomodara de lado y se pegó a mi espalda para abrazarme, dándome un beso en el cuello —. Buenas noches, preciosa.

Sonreí. No podía evitarlo. Estaba claro que, esta noche, ni él ni yo queríamos separarnos.

—Buenas noches, Gabriel.

Me apretó con más fuerza entre sus brazos, y por extraño que pudiera parecer, por primera vez en mucho, mucho tiempo, me sentí bien, me sentí cómoda. Me sentí, por fin, en casa.

Capítulo 20



Alicia

Aquella había sido una de las mejores noches de mi vida, y ese despertar… aún mejor.

Gabriel me rodeaba la cintura con el brazo, manteniéndome pegada a su pecho, ese que notaba subiendo y bajando en mi espalda con cada una de sus suaves respiraciones.

Llevaba unos minutos despierta y no quería moverme, pero tenía que ir a la *boutique*, así que…

Suspiré, y mientras me movía despacio, noté cómo Gabriel me abrazaba un poco más fuerte.

—¿Tienes prisa, preciosa? —preguntó en tono juguetón, y no tardé en tenerle de nuevo recostado sobre mí, mirándome con esos ojos azules que me atravesaban el alma.

—Tengo que ir a trabajar —respondí mientras mis manos iban a su cabello, ese que estaba alborotado.

—¿Y si te pido que te tomes la mañana libre?

—No puedo. —Sonreí—. Hoy tengo un par de clientas que vienen a la prueba del vestido para la boda de sus hijos.

—Me voy a poner celoso —dijo, y se inclinó para besarme en los labios.

Aquello era peligroso, porque ya habíamos descubierto la noche anterior que un beso siempre nos llevaba a otro, y a otro y…

Sí, en ese momento, los dos estábamos dejándonos llevar de nuevo por las ganas y el deseo.

Mis manos recorrían su cuerpo, y sin poder evitarlo, mientras una de las suyas se detenía entre mis piernas, tocando mi zona más íntima, una de las mías hizo lo propio, envolviendo su miembro, subiendo y bajando despacio, en ese mismo ritmo pausado que él marcaba.

Sin poder evitarlo, jugamos con el sexo del otro durante unos minutos, hasta que Gabriel, al notar que iba a llegar al orgasmo, se apartó y comenzó a lamer entre mis labios vaginales. Gemí, arqueando la espalda, dejándome llevar, hasta correrme poco después.

Fue entonces cuando se acomodó entre mis piernas y me penetró de una certera embestida, fuerte y profunda, haciendo que mi cuerpo temblara entre sus brazos.

Nos movíamos al unísono, acompasados, jadeando, besándonos y sintiendo el modo en el que nuestros cuerpos ardían en ese momento, hasta que ambos llegamos al clímax.

Volvió a besarme y me miró con una intensidad que me sobrecogió en ese instante. Después salimos de la cama, nos duchamos y desayunamos antes de despedirnos, quedando en hablar más tarde.

Fui a casa y, en cuanto me cambié de ropa, salí para ir a la *boutique*.

Como muchos otros sábados, tuvimos mucho trabajo. Sandra y yo apenas descansamos y, cuando se marchó a casa, me quedé terminando de hacer caja e inventario para pedir algunas cosas.

En ello estaba cuando escuché la campanita al abrirse la puerta.

—Está cerrado —dije, mirando hacia la puerta, y vi a Daniel.

—Hola. —Sonrió.

—¿Qué haces aquí?

—¿Es que de verdad no puedo pasar a saludar a mi exmujer?

—No, Daniel. No cuando me hiciste lo peor que podrías haberme hecho —suspiré, y terminé de hacer el pedido a uno de los proveedores.

—Vamos, Alicia, por los viejos tiempos…

—Esos prefiero olvidarlos, Daniel. Y ahora, si no te importa, he cerrado y me voy a casa.

—¿Tienes prisa para quedar con tu nuevo novio?

—No te importa para lo que tenga prisa o no. Vete, porque no quiero hablar contigo.

—Vamos, nena, no seas así. —Sonrió de nuevo, y vi que se acercaba, pero me aparté.

—Que te vayas, Daniel. No quiero verte.

—Me parece increíble que me digas eso, con lo que fuimos el uno para el otro. ¿Es que no recuerdas lo que teníamos? ¿O es que ahora, como sales en las revistas de moda, te crees más importante que nadie?

Y ahí estaba, el motivo por el que había venido justo ahora, porque me había visto en ese reportaje.

—No me creo más importante que nadie, porque lo que tengo me lo he ganado a pulso con mi esfuerzo —contesté.

Él se quedó en silencio. Aunque trató de mostrar indiferencia, había algo en su expresión que me dejó clara su intención. Quería que me sintiera culpable, que dudara de todo lo que había logrado desde nuestra separación. Quería que creyera que, al final, siempre estaría atada a él de alguna manera.

—Escucha, Alicia —dijo, cambiando de tono. Sus ojos se volvieron incluso más serios, casi suplicantes—. Te necesito. Estoy en una situación complicada. Le debo mucho dinero a algunas personas, y tú… tú eres la única que puede ayudarme.

El aire se volvió más denso, como si la tienda se estuviera cerrando a nuestro alrededor. Lo miré sin poder evitar que mi estómago se tensara. Otra vez el dinero de por medio entre nosotros. Como si no le hubiera bastado con todo lo que me robó antes de que descubriera sus mentiras. Como si no le importara que mi esfuerzo fuera el que hacía posible que la *boutique* fuera el éxito que era y que me ganara la vida honradamente. La historia de nuestro matrimonio ya me había costado mucho, pero esta vez me sentía más fuerte. No estaba dispuesta a caer en sus manipulaciones.

—No voy a ayudarte en nada, Daniel —dije con voz firme. No pensaba volver a caer en su juego. Había llegado el momento de poner fin a este capítulo, de una vez por todas.

Daniel parecía no haberlo esperado. Dio un paso hacia mí, pero esta vez no le permití acercarse. Me aparté, y sentí el peso de mis palabras calando hondo en él.

—Me lo vas a dar, Alicia —dijo mientras me cogía del brazo para evitar que me apartara.

En ese preciso instante, escuché la campanita de la puerta. Al girarme, vi a Gabriel entrar. Su presencia era una bocanada de aire fresco en medio de aquel ambiente sofocante. Gabriel había llegado en el momento perfecto, y no pude evitar un leve suspiro de alivio. Pero al ver la escena entre Daniel y yo, la tensión en su rostro fue inmediata. Su mirada se clavó en la forma en que Daniel me sujetaba, y algo en él cambió.

Daniel notó la reacción de Gabriel y, por un segundo, sus ojos se estrecharon, como si estuviera evaluando la situación. Yo estaba tan enfadada y confundida por lo que Daniel acababa de decirme que ni siquiera me había dado cuenta de lo que acababa de pasar.

Gabriel avanzó un par de pasos hacia mí y, sin pensarlo, se plantó entre Daniel y yo. Su tono fue firme, autoritario.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con una voz grave que resonó en toda la *boutique*.

La postura protectora de Gabriel me sorprendió. Sentí una mezcla de alivio y gratitud al verlo tomar partido por mí. Pero también, en lo más profundo, algo se agitó dentro de mí. La forma en que se estaba comportando, tan seguro de sí mismo, tan dispuesto a defenderme… Era mucho más de lo que esperaba.

Daniel, visiblemente incómodo con la intervención de Gabriel, dio un paso atrás.

—Esto es entre ella y yo —dijo con frialdad.

—Lo que sea que tenga que ver con ella, también tiene que ver conmigo —respondió Gabriel con firmeza.

Daniel me lanzó una última mirada, con el ceño fruncido.

—Ya hablaremos —dijo antes de marcharse, y suspiré.

Gabriel se volvió hacia mí, con expresión de preocupación en el rostro. Sus ojos me buscaron, intentando entender lo que había ocurrido, lo que realmente me estaba pasando.

—¿Qué ha pasado, Alicia? —preguntó con tono suave, pero su mirada era intensa.

Sentí un nudo en el estómago. No quería hablar de lo sucedido. No quería que Gabriel tuviera que cargar con mi pasado, con lo que Daniel había significado en mi vida. Pero la verdad era que no podía seguir ocultándolo.

—No es nada, Gabriel —respondí con una sonrisa forzada. Pero la verdad es que era todo, menos nada. Había una tormenta en mi interior que no podía controlar. Sin embargo, Gabriel no se conformó con mi respuesta.

—No me mientas. Sé que algo ha pasado —dijo, acercándose un poco más, con esa seguridad que me tranquilizaba, pero al mismo tiempo me desconcertaba.

Suspiré, cerrando la puerta de la *boutique* con un suave clic. Ya era hora de terminar con todo esto. Ya era hora de alejarme de Daniel y dejar que Gabriel fuera mi único apoyo.

Pero no hablé. No aún. Él tampoco me presionó para que lo hiciera.

Cuando le pregunté qué hacía allí, dijo que venía a invitarme a cenar. Acepté.

Me cogió de la mano y caminamos así por las calles de Jerez hasta llegar a un restaurante acogedor, cerca de mi casa. Allí cenamos mientras hablábamos de mi día en la *boutique*, de cosas sencillas, de cosas que me hicieron sentir ligera por un rato.

Después de la cena, simplemente me acompañó a casa. Durante el trayecto quise hablar con él sobre mi ex, pero no me sentía con fuerzas. No esa noche. No aún.

—No tienes que contármelo si no quieres —dijo cuando llegamos—. Pero que sepas que puedes hacerlo, que estoy aquí si me necesitas.

Me dio un beso en los labios. Fue un beso suave, honesto, que me hizo sentir que, con él, todo sería mejor.

Nos despedimos y le dije que lo haría, que cuando me sintiera preparada, prometía hablar con él. Y pensaba hacerlo. Porque, si quería que esto funcionara —fuera lo que fuera lo que estaba naciendo entre nosotros—, no quería tener ningún secreto con él.

Capítulo 21



Gabriel

Era un día como cualquier otro. Las luces del atardecer se filtraban a través de las ventanas de la casa, tiñendo todo de un color cálido que, en circunstancias normales, me hubiera parecido reconfortante. Pero no esa tarde. Mi mente no podía despejarse de lo que había visto dos días atrás, cuando fui a buscar a Alicia para sorprenderla.

Sin duda, el sorprendido fui yo.

Observaba cómo las sombras comenzaban a alargarse y el ruido fuera de la casa se calmaba con el avance de la noche, mientras yo pensaba en lo que habían sido estos días en mi vida.

Desde que conocí a Alicia, mi mundo había dado un giro tan inesperado como certero. Llegué a Jerez con la idea de desconectar, de tomar un respiro de la presión constante de mi empresa, del ruido de Madrid y, en parte, de mí mismo. Pero ella… ella apareció con su voz serena, sus gestos sencillos, sus ojos llenos de historias sin contar, y me desmontó todos los planes. Me hizo recordar quién era, lo que podía sentir.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, tenso como una cuerda, recordando al hombre que vi en la *boutique* unos días atrás.

Era imposible borrarlo de mi cabeza. Lo había visto apenas unos segundos, pero fue suficiente. Aquella mirada de desprecio, esa forma agresiva de agarrar a Alicia del brazo. Y lo peor no fue lo que hizo, sino cómo reaccionó ella. El miedo en sus ojos, la forma en que se quedó inmóvil, tragándose las lágrimas. Esa imagen me perseguía. Porque había visto a muchas personas rotas en mi vida, pero lo de Alicia era distinto. Ella estaba recomponiéndose poco a poco, y algo me decía que ese hombre era como un puñal que amenazaba con rasgar todo lo que estaba reconstruyendo.

El teléfono en mi bolsillo vibró, sacándome del remolino de pensamientos. Era un mensaje de Alicia, corto pero suficiente para devolverme la calma.

Alicia: *¿Nos vemos en una hora? Necesito hablar contigo*.

Respondí sin dudar, asegurándole que sí, que la esperaba en mi casa.

Mientras tanto, me senté en el sofá y dejé que mis pensamientos volvieran a ella. Alicia. No era como ninguna mujer que hubiera conocido. Y no lo decía solo por romanticismo barato. Era diferente en lo esencial. En su forma de mirar, de hablar, de reírse de forma casi tímida y, sin embargo, tan honesta.

Con ella no tenía que fingir. No tenía que ser el empresario exitoso, ni el hombre siempre seguro de sí mismo. Con Alicia podía sentarme en silencio y, aun así, sentir que ese silencio decía más que mil palabras. Podía reírme, dudar, mostrar mis propias cicatrices, porque sabía que ella no me juzgaría. Y eso… eso era algo que no me pasaba desde hacía mucho, quizás nunca.

¿Era esto lo que significaba enamorarse otra vez?

Era extraño pensar en esos términos. Me consideraba alguien realista, incluso cínico en algunas cosas. Después de lo que viví con mi ex, me prometí no volver a confiar tan ciegamente. Y, sin embargo, ahí estaba,

deseando con cada parte de mí que Alicia me dejara entrar. Que me permitiera ser parte de su vida.

No porque necesitara salvarla, sino porque quería caminar a su lado. Verla crecer, sanar, reír más. Porque me gustaba cómo me sentía cuando ella estaba cerca. Me gustaba quién era yo con ella.

Minutos después, llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré con ella, preciosa como siempre, pero con una tristeza en los ojos que me desarmaba.

Entró y no dijo nada al principio. Su rostro estaba pálido, y la tensión en sus hombros era visible. Caminó hacia mí con paso lento, como si cada zancada fuera un esfuerzo.

—¿Estás bien? —pregunté con suavidad.

Ella dudó antes de responder. Luego asintió con un gesto casi imperceptible y, al segundo siguiente, comenzó a hablar:

—El hombre de la otra noche es mi exmarido.

Esa palabra cayó como un golpe seco en medio del silencio. Sentí que el estómago se me tensaba.

—¿Qué quería? —pregunté, controlando el tono de mi voz, aunque por dentro el fuego de la rabia se encendía sin freno.

Alicia me contó lo que había pasado, y que esa era su segunda visita en pocos días. No todo, pero lo suficiente: cómo la había presionado, insultado, cómo la había hecho sentir de nuevo pequeña. La forma en que sus manos temblaban mientras hablaba me hizo odiar a ese hombre con una intensidad que me sorprendió.

Me acerqué y cogí sus manos, esas que estaban frías. Las cubrí entre las mías, buscando devolverles algo de calor. Algo de seguridad.

—No va a volver a hacerte daño —le dije, mirándola a los ojos—. No mientras yo esté aquí.

Ella sonrió levemente. Una sonrisa triste, fugaz, como si no acabara de creerse que merecía protección.

—No tienes por qué quedarte, Gabriel. No estás obligado a nada de esto.

—¿Obligado? —negué con la cabeza, con una risa seca— Alicia, si me quedo es porque quiero. Porque cuando estoy contigo, no siento que esté huyendo del mundo. Siento que estoy en casa.

Sus ojos se abrieron ligeramente. No dijo nada, pero supe que aquellas palabras habían llegado a un lugar profundo en su interior.

—Mira —continué—. No voy a pedirte que confíes en mí de un día para otro. Pero tampoco quiero que pienses que esto es algo pasajero. Yo… estoy sintiendo cosas por ti que hace tiempo creí imposibles. Cosas reales. Fuertes.

Me quedé mirándola, esperando. No sabía si la estaba abrumando con esa confesión, si era demasiado pronto para decirlo. Pero ya no podía callarme más. Lo sentía. Y aunque tenía miedo, un miedo feroz de perderla o de que me cerrara la puerta, sabía que era mejor ser honesto.

Alicia bajó la mirada y luego la levantó despacio. En sus ojos vi el brillo que dejaban las lágrimas contenidas. No lloraba, pero estaba a punto.

—Yo también siento cosas —dijo en un susurro—. Pero me cuesta creer que todo esto no vaya a romperse en algún momento. Que alguien como tú quiera de verdad quedarse con alguien como yo.

Me acerqué más y acaricié su mejilla. Era tan suave, tan frágil y tan fuerte al mismo tiempo.

—¿Alguien como tú? Alicia… tú eres lo mejor que me ha pasado en años. Me haces sentir vivo. Me haces querer quedarme, no porque deba, sino porque no puedo imaginarme irme.

Nos abrazamos. Un abrazo largo, de esos que no pedían permiso. Que no necesitaban explicación. Me perdí en el aroma de su cabello, en la forma en que su cuerpo encajaba con el mío.

Y ahí, en ese instante, supe que no importaba cuánto doliera el pasado, cuántos obstáculos nos pusiera la vida. Yo estaba dispuesto a enfrentar todo eso si era con ella.

Pero también supe otra cosa. Que su exmarido aún era un peligro. Y no podía permitir que ella lo enfrentara sola.

Pensé en su rostro, en su mirada cruel, en esa sonrisa torcida que vi cuando la agarró del brazo. Y sentí que algo en mí se endurecía. Nadie tenía derecho a tratarla así. Nadie.

Mientras Alicia apoyaba la cabeza en mi pecho, hice una promesa silenciosa. No solo la protegería, sino que me aseguraría de que su exmarido no volviera a entrar en su vida. No mientras yo respirara.

Porque ahora ella era mi mundo. Y por ella, haría cualquier cosa.

Después de aquel abrazo, de ese instante en el que sentí que nuestras heridas empezaban a encajar como piezas de un mismo rompecabezas roto, Alicia se separó un poco de mí. No mucho. Lo justo para que nuestras miradas volvieran a encontrarse. Había en sus ojos algo nuevo. Una calma

que no había visto antes. Como si, por un instante, el pasado no pesara tanto.

—Tengo miedo, Gabriel —susurró—. Miedo de creer en esto y que se rompa. Que tú te rompas.

Le acaricié la mejilla con el dorso de la mano.

—No soy de cristal, Alicia. Y tú tampoco. Estamos hechos de cicatrices. Pero no hay nada malo en eso.

Quise besarla otra vez, pero ella se adelantó. Sus labios buscaron los míos con una mezcla de desesperación y dulzura. Como si temiera que aquello fuera un sueño del que despertaría.

Y, honestamente, yo también lo temía.

La invité a quedarse a cenar y aceptó. Pedimos comida china y disfrutamos de la compañía del otro.

Todo lo que me había contado de su exmarido, lo que él hizo y cómo la traicionó, hizo que me hirviera la sangre. Desde luego que a veces podíamos ver la peor cara de otro ser humano cuando menos lo esperábamos, y ella había tenido que verla de la persona que había prometido amarla y respetarla hasta la muerte.

Esa noche, cuando me metí en la cama después de despedirme de ella con un beso y la firme promesa de vernos de nuevo, no pude dormir. Daba vueltas en la cama como si el colchón estuviera lleno de piedras. Tenía el móvil en la mano, viendo una y otra vez las fotos de las redes de la *boutique*. En algunas de ellas aparecía Alicia.

Era preciosa. Pero más allá de eso, era la mujer más valiente que había conocido. Y no porque no tuviera miedo, sino porque, pese a él, seguía

adelante.

Pensé en lo que sentía. No podía negarlo más. No era solo atracción. Ni siquiera era solo cariño. Era algo más grande, más profundo. Algo que me removía por dentro. Me estaba enamorando de ella. De verdad.

Y eso me asustaba.

Porque si la perdía, si su exmarido volvía a hacerle daño… si ese pasado regresaba con más fuerza, yo no sabía si podría soportarlo.

Capítulo 22



Gabriel

Pasaron varios días, y las cosas parecían estabilizarse. Alicia volvió a centrarse en su trabajo, aunque nunca del todo. Seguía mirando por encima del hombro, cerrando las puertas con doble llave. Yo sabía que eso era por la sombra de su exmarido.

Intentaba compensar esa tensión con todo lo que podía ofrecerle: llevaba café a la *boutique*, almorzábamos juntos o simplemente me quedaba en silencio mientras ella atendía las clientas, observándola con una mezcla de orgullo y ternura.

Esa tarde, mientras ella estaba en la trastienda con Sandra y Raúl organizando nuevas telas, entró una clienta habitual, una mujer mayor que la abrazó como si fuera su nieta.

—Mi niña bonita —le dijo—, qué alegría verte otra vez con esa luz en la cara.

Alicia rio, no fingió. Y fue entonces cuando lo supe con más claridad que nunca: quería ver esa luz siempre. Quería ser parte de lo que la mantenía encendida.

Pero no todo era paz.

La imagen de su exmarido seguía siendo un fantasma en mis pensamientos. A veces, al girar una esquina o ver a alguien alto con chaqueta oscura, sentía el cuerpo tensarse. Estaba esperando un golpe que no había llegado aún. Pero algo me decía que no tardaría en hacerlo.

Y ahora, mientras Alicia dormía sobre mi pecho, con su respiración cálida marcando el ritmo de mi propia calma, recordé una conversación que había tenido con Iker días atrás.

—*Estás distinto* —me dijo mientras tomábamos una cerveza—. *Más… humano. Como si hubieras bajado la guardia.*

—*Tal vez la he bajado* —respondí—. *O tal vez por fin encontré un lugar donde no necesito tenerla todo el tiempo en alto.*

Iker me miró con esa expresión suya, entre sarcástica y sincera.

—*¿Y si te rompen el corazón otra vez?*

—*Entonces lo recogeré de nuevo. Pero no pienso vivir con miedo.*

Y era verdad. Por primera vez en mucho tiempo, no me sentía un hombre con muros. Me sentía abierto. Vulnerable, sí —no iba a negarlo—, pero vivo.

Alicia me lo había devuelto todo sin proponérselo: mi fe en el amor, mi risa, mi capacidad de querer sin condiciones.

Y aunque aún no lo habíamos dicho en voz alta, sabía que lo que había entre nosotros era amor. Un amor que había nacido del dolor, sí. Pero que estaba creciendo fuerte y sincero.

No sabía lo que se avecinaba. Pero sabía que no quería enfrentarlo sin ella.

Y eso era todo lo que necesitaba.

En ese momento, sentí cómo una oleada de calma se instalaba en mí. Estábamos en su casa, en su mundo, y ella me había dejado entrar en él de lleno. La veía dormir y pensaba en todo lo que había pasado en tan poco tiempo: desde aquella primera conversación en su *boutique* hasta las lágrimas que compartimos, las risas, los miedos, la amenaza de su exmarido… y, aun así, estábamos allí, juntos.

Le acaricié suavemente el cabello, deslizándome con delicadeza entre los mechones sueltos que caían sobre su frente. Ella frunció el ceño un poco, se removió y luego volvió a relajarse con un suspiro que casi parecía un «gracias» dicho en sueños.

Mi pecho se apretó. No por angustia, sino por lo que crecía dentro de mí. Era amor. Lo supe entonces con una certeza absoluta. No había vuelta atrás.

Me levanté con cuidado, sin despertarla, y fui a la cocina. Necesitaba aclarar mis pensamientos. Preparé un café y, mientras lo bebía, recordé algo que me había dicho mi madre tiempo atrás, cuando pasé por uno de los peores momentos de mi vida.

—El amor no siempre es un rayo de sol, hijo. A veces es una vela en mitad del viento. Si no la proteges, se apaga.

Eso era Alicia. Mi vela. Y su exmarido era el viento que amenazaba con apagarla.

A la mañana siguiente me desperté con el olor de su piel impregnado en la almohada. Alicia ya estaba levantada. Escuché su voz en la cocina,

hablando por teléfono, dando instrucciones sobre algunos pedidos para la *boutique*.

—No, dile a Sandra que se asegure de que ese pedido llegue antes del viernes. Sí, sí, perfecto. Gracias.

Caminaba descalzo por la casa y me apoyé en el marco de la puerta mientras la veía moverse de un lado a otro, llevando solo una camiseta y con el pelo recogido en un moño algo deshecho. Sonreí ante aquella imagen cotidiana, tan simple y perfecta, y la observé en silencio.

—¿Desde cuándo es sexi ver a alguien hablar con un proveedor? —pregunté en tono bajo.

Alicia giró sobre sí misma y sonrió.

—Desde que tú lo miras con esos ojos —respondió.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, jefa.

—Buenos días, mi farmacéutico favorito.

—¿Me estás usando por mi dinero? —pregunté en tono de broma, arqueando la ceja.

—Absolutamente —dijo, y ambos reímos.

La risa se sintió diferente. Era libre. Ya no había tanto peso sobre nosotros, aunque sabíamos que todavía quedaban cabos sueltos. Su exmarido seguía siendo una sombra en el fondo, pero por ahora, la luz nos envolvía.

Nos despedimos cuando ella se fue a la *boutique*, y yo regresé a casa para una videollamada de trabajo que tenía programada. El día pasó entre trabajo y pensamientos constantes en la mujer que me hacía sonreír, y no dudé en ir a verla de nuevo por la tarde.

Me gustaba observarla cuando creía que nadie la miraba. Su concentración, la forma en que se mordía el labio inferior al revisar una factura, o cómo se agachaba para hablarle con dulzura a Paula cada vez que la niña venía de visita.

Después de cerrar, estábamos solos en la trastienda, acomodando unas cajas de ropa nueva. Alicia se subió a una escalera para alcanzar una estantería alta, y al verla allí, de espaldas, sin que se diera cuenta, me vi sonriendo como un idiota.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente, sin girarse.

—En lo mucho que me gustas.

Se giró, aún subida al segundo escalón, y me miró con esa mezcla de picardía e incredulidad que tanto me gustaba.

—¿Solo gustar?

Me acerqué y puse las manos en su cintura, con cuidado.

—No. En lo mucho que me gustas. Toda tú, no solo tu físico.

—Ah, vale, creí que estabas conmigo solo por eso. —Sonrió.

—Me vuelves loco, Alicia.

Y no hubo más palabras. Únicamente besos.

La besé como deseaba hacerlo, como a ella le gustaba, con esa mezcla de pasión y ternura que únicamente ella despertaba en mí.

Fui desabrochando su blusa, botón a botón, y la deslicé por sus hombros. Me incliné para besar su cuello, los hombros, mientras mis manos bajaban despacio los tirantes del sujetador. Llevé las manos a su espalda para desabrocharlo, dejándolo caer son suavidad.

Liberé sus sedosos y turgentes pechos. Los acaricié con los labios, y al lamer uno de sus pezones, ella gimió, mientras llevaba ambas manos a mi cabello.

Ese sonido me hizo perder el control, me excitaba y quería más.

Mientras desabrochaba la cremallera de su falda, ella comenzó a quitarme la camisa. Sus dedos recorrían mi torso con la yema de tal modo, que me estremecí ante ese contacto.

Dejé caer la falda a sus pies, me arrodillé ante ella y comencé a quitarle el tanga mientras la besaba suavemente en el vientre, bajando poco a poco hasta encontrarme con su monte de Venus.

Volvió a gemir al sentir mis labios. Tembló cuando lamí su sexo despacio, sin prisa, saboreando cada respuesta de su cuerpo. Coloqué una de sus piernas sobre mi hombro y comencé a lamer y darle placer, a hacerla olvidarse por un momento de todo, para centrarse en sentir, nada más que eso.

No me detuve hasta que la llevé al orgasmo, y cuando la escuché gritar presa del placer, me terminé de desnudar mientras nos besábamos. La recosté en el suelo y me acomodé sobre ella, llevando la punta de mi miembro hacia su entrada. Me recibió cálida, húmeda, como si cada parte de ella me estuviera esperando.

Gemimos ante el contacto, nos seguimos besando y comenzamos a movernos al unísono, entregándonos al momento sin prisa, pero sin pausa, disfrutando de cada segundo que pasaba.

Nos perdimos el uno en el otro como si el mundo fuera a desaparecer. Entre cajas, telas y etiquetas, hicimos el amor allí mismo. Fue lento. Profundo. Lleno de emoción. Cada caricia fue un compromiso silencioso. Cada beso, una promesa sin palabras.

Nos entregamos sin reservas, como si por fin ambos hubiésemos entendido que el pasado no podía definirnos.

Después, tumbados en el suelo, entre cojines y restos de risas, Alicia me miró con la cabeza sobre mi pecho.

—¿Sabes? Siempre pensé que el amor era algo complicado. Que dolía más de lo que sanaba.

—¿Y ahora? —pregunté, acariciándole el brazo.

—Ahora sé que el amor real te hace sentir segura. Me haces sentir segura —dijo, mirándome con una claridad nueva en los ojos.

Besé su frente con ternura.

—Y tú… tú me haces sentir en casa —confesé.

Capítulo 23



Alicia

Había días en los que la vida parecía más sencilla. Días en los que las decisiones eran fáciles y las emociones no se sentían tan pesadas. Pero ese no era uno de esos días. Mi mente no dejaba de dar vueltas, una y otra vez, sobre lo que había sucedido en los últimos días, sobre lo que había dicho Daniel y lo que eso significaba para mí.

Mi cabeza estaba llena de preguntas que no sabía cómo responder. ¿Realmente estaba lista para un compromiso serio con Gabriel? Después de todo lo que había pasado con Daniel, con lo que me había hecho, ¿cómo podía confiar de nuevo? ¿Cómo podía abrir mi corazón a alguien más sin temer que me rompieran el alma una vez más? Aunque Gabriel no me iba a hacer lo mismo que mi ex —al menos en cuanto a robarme dinero se refería —.

A pesar de que Gabriel había sido una constante en mi vida desde nuestra primera cita, y aunque sentía que algo especial había crecido entre nosotros, no podía evitar sentir miedo. La duda me acechaba. Me sentía como si estuviera caminando por un terreno desconocido, un terreno que nunca había recorrido antes, pero que parecía ofrecerme una esperanza que, al mismo tiempo, me aterraba.

En esos momentos de incertidumbre, lo único que quería era hablar con alguien que me entendiera, alguien que no juzgara mis sentimientos ni mis

dudas. Mi amiga Laura había sido mi confidente desde siempre, la persona que había estado a mi lado en los momentos más oscuros, no solo en los buenos, y sabía que no podía guardar todo esto para mí misma.

Así que decidí llamarla. La escuché al otro lado de la línea, con esa voz cálida y reconfortante, como siempre.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó, notando al instante el tono preocupado en mi voz.

No pude evitar soltar un suspiro largo antes de responder. Estaba agotada de tanto pensar, de tanto dudar, de no saber qué hacer.

—No sé si debería estar viéndolo de esta manera. —Comencé, pero mi voz se fue rompiendo a medida que hablaba, y aunque intenté mantener la compostura, la inseguridad me ganó—. Gabriel me hace sentir algo que no había sentido en mucho tiempo, pero… no sé si debería dejarme llevar por eso. Después de todo lo que pasó con Daniel, ¿cómo puedo estar segura de que esto es lo correcto?

El silencio al otro lado de la línea era tan denso que me eché a temblar. Por un momento, creí que Laura no iba a decir nada. Pero entonces su voz, firme, pero suave, resonó de nuevo.

—Alicia, sabes que no soy de dar consejos fáciles. Pero lo que puedo decirte es que nadie tiene la receta perfecta para el amor. Nadie te garantiza que no te vayan a hacer daño. Pero también te puedo decir que el amor verdadero, el que vale la pena, no siempre es perfecto. No siempre es fácil. A veces es difícil, y a veces duele, pero eso no significa que no sea real.

Esas palabras me calaron hondo. No pude evitar cerrar los ojos por un momento, dejando que sus palabras se filtraran en lo más profundo de mi ser. Laura tenía razón. Nadie me garantizaba que todo sería perfecto, y no me podía aferrar al miedo de lo que había vivido en el pasado. Tal vez no

tenía todas las respuestas, pero sí tenía que ser honesta conmigo misma y con Gabriel. Y si no lo hacía, ¿cómo podría seguir adelante?

—¿Y si me vuelvo a equivocar? —pregunté, y escuché mi voz en un leve susurro.

—Alicia, el miedo a equivocarte es completamente natural. Pero no puedes vivir tu vida con ese miedo. Si te dejas atrapar por eso, nunca sabrás lo que podría haber sido. Mira, yo te he visto en tus peores momentos, y te he visto salir adelante, más fuerte que nunca. No porque te hayas protegido, sino porque te has permitido sentir. Te has permitido arriesgarte. Y eso es lo que te ha hecho ser la persona increíble que eres. No dejes que el miedo te frene.

Las palabras de Laura me hicieron pensar más de lo que quería admitir, y es que ella me conocía bien, mucho más de lo que yo misma a veces me entendía. Conocía hasta los rincones más oscuros de mi alma, y sabía que mi mayor lucha siempre había sido esa: dejarme llevar, arriesgarme, ser vulnerable.

—¿Y si me rompen el corazón otra vez? —pregunté, como si fuera la única pregunta que realmente importaba.

—Alicia, no te estoy diciendo que no te vayan a hacer daño. Te estoy diciendo que, aunque te lo hagan, eso no define tu vida. Lo que define tu vida es cómo te levantas. Lo que define tu vida es cómo eliges seguir adelante.

»Y si te rompen el corazón, que te lo rompan. El dolor pasa, pero lo que importa es lo que aprendes de todo eso. Nadie puede garantizarte que el amor no dolerá alguna vez, pero lo que sí puedo decirte es que el amor vale la pena, incluso en medio del dolor.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Mi amiga tenía razón. No podía seguir viviendo con el miedo a repetir mis errores. ¿Qué clase de vida era esa? Estaba atrapada en el pasado, aferrándome a un dolor que ya no tenía

poder sobre mí, pero que de alguna forma me mantenía cautiva. Gabriel me había mostrado una forma diferente de vivir, una forma en la que me sentía aceptada, querida y valiosa. Y, aunque me asustaba, tal vez era el momento de arriesgarme, de dejar atrás las sombras de mi exmarido y abrirme a algo nuevo.

—Laura, creo que estoy lista para intentarlo —dije, aunque mis palabras salieron con una mezcla de miedo y determinación.

—Eso es todo lo que necesitas, Alicia. Estar lista para intentarlo. Y recuerda, no estás sola en esto. Tienes a Gabriel, tienes a tus amigos. Y me tienes a mí. Siempre estaré aquí para recordarte que el amor no es perfecto, pero siempre vale la pena.

Colgué el teléfono con una sensación de alivio. Tal vez no tenía todas las respuestas, pero estaba dispuesta a dar un paso hacia lo desconocido. Gabriel me había demostrado que había algo más allá de mi miedo, algo que valía la pena explorar. Y aunque el camino sería incierto, estaba dispuesta a recorrerlo.

Me levanté de la silla, mirando por la ventana de la *boutique*. El sol ya comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos cálidos y dorados. La ciudad se sumía poco a poco en silencio, como si la vida misma se tomara un respiro. En ese instante, me sentí decidida.

Ya no quería vivir con el peso del pasado. No quería que Daniel siguiera teniendo poder sobre mi vida. Estaba lista para abrirme a algo nuevo, algo que me hiciera sentir viva otra vez.

Le mandé un mensaje a Gabriel para vernos y tomar café. Aceptó encantado.

A la hora de cerrar, salí de la tienda y comencé a caminar por las calles. La brisa fresca acariciaba mi rostro, despejando mi mente. No sabía qué me

depararía el futuro, pero una cosa estaba clara: no iba a dejar que el miedo me detuviera.

No estaba sola en esto. Gabriel estaba allí, y yo estaba dispuesta a arriesgarme. Si el amor valía la pena, como decía Laura, entonces tenía que dejar de lado mis inseguridades y permitir que ese amor creciera. Y si me dolía, que me doliera. Pero ya no iba a dejar que el miedo controlara mi vida.

Al final, lo único que importaba era que estaba dispuesta a intentarlo. Y eso, al menos, ya era un comienzo.

Al llegar a la cafetería, Gabriel ya estaba allí, sentado junto a una mesa en la esquina, esperándome. Su presencia me reconfortó de inmediato. Vi su sonrisa al levantar la mirada y, por un momento, sentí que todo sobre lo que había estado dudando se desvanecía. No estaba sola en esto.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba en el camino correcto.

Me acerqué a él y, sin decir palabra, se levantó y me abrazó. No necesitábamos más palabras en ese momento. A veces, lo único que necesitaba era simplemente sentir que estaba a salvo, saber que no había nada que temer.

—¿Todo bien? —me preguntó con suavidad, tras darme un beso tierno en los labios. Sus ojos, cálidos y serenos, me devolvieron la tranquilidad que había estado buscando.

Asentí con una sonrisa. Mi corazón ya no estaba tan pesado, ya no sentía ese nudo en el estómago. Todo lo que había dicho Laura comenzaba a cobrar sentido. La vida no era perfecta, pero eso no significaba que no valiera la pena vivirla.

—Sí —respondí con una sonrisa—, todo bien.

Y, por fin, lo supe con certeza. Estaba lista. Lista para caminar hacia un futuro incierto, pero también lleno de posibilidades. Lista para amar de nuevo. Estaba lista para Gabriel.

Capítulo 24



Alicia

Estaba sentada en el sofá de la casa de Laura, mirando la taza de té humeante en mis manos, pero sin ver realmente nada. Mi mente seguía dando vueltas a la aparición de Daniel, a lo que había dicho, a lo que había hecho. La pesadilla del pasado parecía haberse materializado de nuevo, y no sabía si estaba lista para enfrentarlo. No sabía si quería enfrentarlo.

A mi lado, Laura me observaba en silencio. Ella había sido mi amiga durante años, la persona en la que más confiaba y la que siempre sabía cómo sacarme de mi zona de confort, aunque muchas veces no quería ser sacada de allí. Hoy, sin embargo, no podía decirle a Laura lo que realmente quería escuchar. Necesitaba algo más, algo que me diera fuerzas, algo que me ayudara a salir de este lío emocional.

—No puedo creer que haya vuelto —murmuré sin mirarla, susurrando las palabras. Mi voz sonaba rota, como si todo el peso de la conversación me aplastara el pecho.

Laura no dijo nada al principio; simplemente me miró, comprendiendo que lo que había sucedido me había golpeado de una manera que no había anticipado. Sabía lo que Daniel significaba para mí, lo que su traición me había costado y cómo mi vida se había desmoronado después de su engaño. A veces pensaba que si no hubiese sido por él, mi vida habría sido diferente.

Pero, sobre todo, me habría protegido de la tristeza y el vacío que me dejó cuando todo acabó.

—¿Qué te dijo exactamente? —preguntó Laura con voz suave, como si intentara leer en mis pensamientos sin presionarme demasiado.

Suspiré profundamente, buscando las palabras para describir lo que había sentido. Cada vez que pensaba en ese momento, algo dentro de mí se removía, como si aún pudiera sentir el peso de su presencia. En cuanto lo vi, algo dentro de mí despertó, pero no fue la sensación de amor ni la de cariño. Fue un recuerdo doloroso, una nostalgia amarga por un amor que nunca fue lo que pensaba.

—Me pidió que le ayudara, Laura —respondí, con un tono en el que casi no me reconocía.

Pensé en la expresión de su rostro, en cómo me había mirado, tan seguro de sí mismo, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si pudiera simplemente pedir ayuda y esperar que yo estuviera dispuesta a ofrecerla.

Laura frunció el ceño, claramente indignada por la poca vergüenza de Daniel.

—¿Ayudarlo? —repitió, como si la idea fuera absurda— Después de todo lo que te hizo, ¿piensa que tú querrías ayudarlo?

Bajé la mirada hacia la taza que aún tenía en mis manos, y me quedé en silencio por un momento. La verdad era que, en el fondo, no quería tener nada que ver con él, pero mi sentido de la responsabilidad, mi necesidad de ayudar a las personas que alguna vez fueron importantes para mí, me había hecho dudar. Si fuera alguien más, le diría que no, que no debía ceder, que no merecía ni mi tiempo ni mi compasión. Pero era mi exmarido, el hombre con el que compartí años de mi vida, y, aunque no lo aceptara, había algo en mi interior que todavía sentía que le debía algo.

—Dijo que, si no le ayudaba, tendría que atenerme a las consecuencias —dije, bajando la voz. No quería que Laura me viera tan vulnerable, tan asustada.

No quería que me viera dudar. Pero las palabras de Daniel seguían retumbando en mi mente, como una amenaza silenciosa, y no podía quitarme la sensación de que las consecuencias no serían agradables.

Laura me miró con dureza, como si cada palabra de Daniel la enfureciera tanto como a mí. Ella nunca había tenido paciencia con las manipulaciones de mi exmarido, y se notaba que el odio que sentía por él no había desaparecido con el tiempo.

—Mira, Alicia —dijo con firmeza—, no puedes dejar que un tipo como él te vuelva a controlar. Ya te hizo suficiente daño en el pasado. No puedes permitir que vuelva a invadir tu vida. Y mucho menos que te chantajee con sus amenazas.

Me sentí completamente derrotada en ese momento. Parte de mí sabía que Laura tenía razón, pero otra parte no podía dejar de pensar en las posibles consecuencias de rechazarlo. Lo que me decía parecía lógico, pero las amenazas de Daniel me dejaban desbordada, sin saber qué camino tomar.

—Gabriel dijo que me ayudaría. Pero no quiero que se involucre, que se ponga en peligro. Él está dispuesto a ayudarme, pero no quiero arrastrarle a este lío —le conté, mirando a Laura por primera vez. Ella levantó las cejas, sorprendida.

—¿Gabriel te ofreció ayuda? —preguntó asombrada, pero al mismo tiempo una pequeña sonrisa apareció en su rostro. Sabía lo que Gabriel significaba para mí.

—Sí, pero no puedo involucrarlo en esto. No quiero arrastrarlo a mi caos. Gabriel tiene su propia vida, y no quiero que se sienta atrapado en todo esto por mí —dije, sintiéndome extraña mientras lo expresaba en voz alta. A

veces parecía tan egoísta el hecho de que Gabriel se ofreciera a ayudarme, pero la realidad era que no podía dejar de sentirme agradecida por su apoyo, aunque no me atreviera a aceptarlo completamente.

Laura me miró con una intensidad que me hizo sentir incómoda, pero a la vez me dio la sensación de que estaba a punto de decirme algo importante.

—Alicia, por favor, escúchame. Déjate ayudar por una vez en tu vida —me dijo, quitándome la taza antes de coger mis manos entre las suyas. Sus ojos, llenos de sinceridad, me miraban con esa mezcla de cariño y determinación que solo una amiga cercana podía ofrecer—. Lo has hecho todo sola durante mucho tiempo.

»Siempre has sido la que ayuda a los demás, la que pone los intereses de los demás antes que los propios. Pero ¿qué hay de ti? ¿Qué hay de lo que tú necesitas? Si Gabriel quiere ayudarte, déjate ayudar. No es un signo de debilidad. Es una oportunidad para ser fuerte de una manera diferente.

Sus palabras me tocaron profundamente, y algo dentro de mí se removió. No sabía si estaba lista para rendirme, pero sabía que Laura tenía razón en una cosa: siempre había sido la que ayudaba, la que hacía todo por los demás. Y nunca, o casi nunca, me había permitido recibir esa ayuda de vuelta. No quería que esa forma de vivir fuera la que determinara mi futuro.

Antes de que pudiera responderle, la puerta se abrió con un fuerte golpe, y una voz aguda y llena de energía irrumpió en la habitación.

—¡Mamá, tía Alicia! —gritó Paula, la hija de Laura, mientras entraba corriendo al salón, con sus ojos brillando de emoción. Tenía solo ocho años, pero era un torbellino de energía y alegría que siempre me sacaba una sonrisa— ¿Podemos comer *pizza* y helado? ¡Tengo hambre!

Las tensiones del momento desaparecieron instantáneamente. Paula había logrado algo que nadie más podía: me hizo olvidar, aunque fuera por un instante, mis problemas y preocupaciones. Mi mente dejó de girar en torno a lo que me había dicho Daniel y se centró solo en la niña que tenía delante.

—¿*Pizza* y helado? —pregunté con una sonrisa, mientras Laura me miraba con cara de incredulidad— ¿De verdad tienes hambre?

—¡Sí, tía Alicia! Quiero *pizza*, y… ¡helado de chocolate! —dijo Paula, saltando en su lugar.

Laura suspiró y se levantó, sonriendo de forma exasperada pero amorosa.

—Está bien, está bien, pero no te pongas tan nerviosa. Vamos a la pizzería, pero después de eso, no más helado por un mes —dijo, mientras Paula ponía su mejor cara de desilusión, lo que nos hizo reír a ambas.

Y así, sin pensarlo demasiado, nos pusimos en marcha. A pesar de mis preocupaciones, no pude evitar disfrutar del momento. Paula se mostró tan emocionada con la idea de la *pizza* que su alegría era contagiosa.

Fuimos a la pizzería favorita de nuestra niña, y mientras nos sentábamos en la mesa, su risa y sus historias me hicieron olvidar, aunque solo fuera por un rato, el dolor que sentía.

Nos divertimos mucho. La niña era un torbellino de energía, y no dejaba de hacer chistes sobre la *pizza*, el helado y lo mucho que le gustaba pasar tiempo con nosotras. Cada vez que Laura o yo le pedíamos que probara un poco más de *pizza*, ella respondía con una sonrisa amplia y una mueca de satisfacción.

Capítulo 25



Alicia

El rato pasó volando y, antes de que nos diéramos cuenta, ya habíamos comido y reído más de lo que imaginábamos que haríamos cuando llegué a casa de mi mejor amiga unas horas antes. Sin embargo, cuando volvimos a la calle, la sorpresa nos esperaba. Ahí, parado frente al restaurante, estaba él: Daniel.

Su presencia me heló la sangre. Sonrió al vernos, y esa sonrisa me pareció más una amenaza que una muestra de cordialidad.

—Alicia, parece que no me has entendido —dijo con voz suave, pero cargada de veneno—. O me ayudas, o las consecuencias no serán nada agradables para ti. Ya sabes de lo que hablo.

Laura se adelantó, enfrentándose a él sin dudarlo.

—Déjala en paz, Daniel —dijo con firmeza—. Ya basta de jugar con su vida, que ya te has metido en su camino lo suficiente. Lárgate antes de que me enfade de verdad.

Pero no se fue. Daniel nos miró con una sonrisa maliciosa, como si disfrutara de la situación.

—Este no es el final, Alicia. Lo recordarás. Y cuando lo hagas, sabrás que lo que hago siempre tiene consecuencias —dijo, antes de girarse y alejarse.

Cuando desapareció, sentí como si el peso del mundo cayera sobre mis hombros. Miré a Laura; mis palabras apenas salieron de mi boca, temblorosas.

—Al final, no me quedará más remedio que ceder.

La frase me salió de la boca sin que pudiera controlarla, y al decirla, me sentí vacía, como si esa idea fuera un peso insoportable que me caía encima. La verdad es que, aunque me doliera, no veía otro camino. Daniel tenía una forma de presionar que no dejaba espacio para las dudas ni negativas. A lo largo de los años, había aprendido a leer sus tácticas de manipulación y sabía que no se detendría hasta conseguir lo que quería. En ese momento, lo único que me importaba era proteger lo que me quedaba: mi vida, mi paz, mi negocio. Y él siempre había sido una amenaza para todo eso.

Laura me miró, y pude ver el malestar reflejado en sus ojos, aunque también había algo de determinación. Su mano encontró la mía, apretándola con fuerza, como si quisiera transmitir todo su apoyo a través de ese gesto. Yo sabía que estaba luchando contra sus propias emociones, contra sus ganas de protegerme a toda costa. Pero no iba a permitir que cayera en su trampa. No quería que se sintiera responsable de nada de esto. Después de todo, era mi vida, mi lucha, y debía encontrar la manera de sobrellevarla.

—Alicia, no. No cedas. No puedes volver a caer en sus manos. Si cedes, lo que venga después será aún peor —me dijo, con un tono lleno de firmeza, y vi cómo su mirada se endurecía, cómo sus ojos, normalmente tan suaves, se volvían una barrera de protección—. Lo que sea que necesites, lo resolveremos juntas, pero no con él.

Su voz sonó tan segura, tan decidida, que, por un momento, sentí que podía enfrentar a Daniel de nuevo. Pero algo dentro de mí me decía que no

sería tan fácil. Daniel no era cualquier persona. Era mi exmarido. Había compartido una vida con él, creí en sus promesas, en su amor, en que éramos un equipo. Pero ahora solo quedaba un hombre al que ya no reconocía. Un hombre dispuesto a hacer lo que fuera para conseguir lo que quería, incluso si eso significaba arrastrarme de nuevo a su mundo de mentiras y manipulaciones.

Me senté en el banco frente a la pizzería, mirando hacia la carretera con la cabeza entre las manos. Sentía que el aire se me escapaba de los pulmones, como si todo lo que había intentado construir se desmoronara a mi alrededor. No sabía qué hacer, no sabía cómo salir de este ciclo. Solo sabía que Daniel no dejaría de presionar, y que, si no tomaba una decisión pronto, podría perder todo lo que había logrado.

—Laura, ¿qué hago? —le pregunté en apenas un susurro. Las lágrimas amenazaban con salir, pero me las tragué; no quería ceder a la desesperación. No quería darle a Daniel la satisfacción de ver que me había derrotado— Siento que no tengo salida.

Laura se sentó a mi lado, sus ojos suaves, pero llenos de una firme determinación que me hizo sentir algo de consuelo. Me miró un momento en silencio, y luego sus palabras me llegaron como un soplo de aire fresco en medio de mi tormenta interna.

—Lo que no tienes que hacer es volver a caer en las garras de Daniel. No te dejes envolver por su veneno. Tienes el derecho de decidir, Alicia. No estás sola en esto. Gabriel quiere ayudarte, y tú también necesitas permitirte ser ayudada. No estás pidiéndole a nadie que te salve, solo estás aceptando el apoyo que te ofrecen. No es debilidad, es valentía.

Sentí un nudo en el estómago, pero la forma en que Laura hablaba me hizo recordar algo que había olvidado por completo: mi derecho a decidir. Durante tanto tiempo había vivido bajo la sombra de la culpa, del remordimiento, de la presión. La gente siempre esperaba algo de mí, pero

yo nunca me había permitido pensar en lo que realmente necesitaba, en lo que quería para mi vida.

—¿Y si me arriesgo y todo sale mal? —pregunté, con el miedo aún anidando en mi voz— ¿Y si todo esto se vuelve más difícil de lo que ya es?

Laura suspiró, y cuando me miró, su expresión se suavizó, pero seguía siendo firme.

—Si te arriesgas, al menos habrás dado un paso hacia algo mejor. Si te quedas esperando que todo se solucione solo, siempre vas a vivir con la duda, con la pregunta de qué habría pasado si hubieras dado ese paso. Lo peor que puede pasar es que tomes una decisión equivocada, pero eso no significa que no puedas rectificar.

»Y si las cosas no salen bien, siempre estaremos aquí para ayudarte a levantarte. Pero lo que no puedes hacer es vivir en ese miedo, porque eso solo te va a atrapar más.

La miré, tratando de digerir sus palabras, pero por dentro me sentí como si hubiera dado un pequeño paso hacia una nueva comprensión. No tenía que hacerlo todo sola, no tenía que ser perfecta. Solo necesitaba ser honesta conmigo misma y hacer lo que me pareciera correcto en ese momento. No tenía que buscar aprobación de nadie más. Y aunque el miedo seguía acechándome, también me di cuenta de que, si no me enfrentaba a esa sensación de incertidumbre, nunca sería capaz de avanzar.

En ese momento, Paula apareció de nuevo, esta vez con una gran sonrisa en su rostro, ese rostro brillante de emoción.

—¡Mamá, mira! —gritó con unas cuantas flores en su mano— Para vosotras, por ser la mejor mamá y la mejor tía. —Sonrió.

La vi ahí, con esa inocencia y alegría tan propias de los niños, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Me di cuenta de que, a pesar de todas las complicaciones y miedos, había momentos de felicidad que no podía dejar

de lado. Paula me recordó lo que realmente importaba: lo que podía hacer con lo que tenía, las pequeñas alegrías que a veces pasaban desapercibidas en medio de los días grises.

—Son preciosas, Paula. ¡Me encantan! —respondí, mientras cogía mis flores.

Laura y yo nos levantamos de aquel banco y comenzamos a caminar de vuelta a casa. Pero, antes de llegar, me encontré de nuevo con los ojos de mi amiga. Ella sabía lo que estaba pensando. Sabía que el miedo seguía allí, pero también entendía que había dado el primer paso hacia algo más grande, algo más valiente. Ya no podía vivir a merced de mis inseguridades. Tenía que decidir qué tipo de vida quería para mí.

Al llegar a casa, me senté junto a Laura, mi mente comenzando a ordenar los pensamientos. Sabía que no podía seguir viviendo bajo el yugo de lo que me había hecho Daniel. Tenía que arriesgarme. Pero también sabía que el camino no sería fácil. Tendría que enfrentarlo con coraje, y si todo salía mal, entonces tendría que aprender de eso y seguir adelante.

—¿Vas a ceder? —me preguntó Laura, con una mirada que transmitía la misma pregunta que yo me hacía.

Respiré hondo y la miré fijamente, con una nueva determinación en los ojos.

—No, Laura. No voy a ceder. Pero tampoco voy a permitir que el miedo me paralice. Tengo que hacer lo que sea necesario, por mí y por mi futuro. Y, aunque me dé miedo, sé que puedo tomar las riendas de mi vida, por primera vez en mucho tiempo.

Laura asintió, satisfecha con mi respuesta, aunque sabía que esto era solo el comienzo. No sería fácil, ni rápido, pero el primer paso ya estaba dado.

—Eso es lo que quiero escuchar. Tienes todo lo que necesitas para superar esto. Y recuerda: no estás sola.

Capítulo 26



Gabriel

La luz tenue de las velas titilaba suavemente sobre la mesa de madera en el pequeño comedor de mi casa. La cena ya estaba servida: una pasta fresca con una salsa cremosa de albahaca, pan artesanal con un toque de ajo y aceite de oliva, y una copa de vino tinto, una de esas botellas que había comprado para una ocasión especial. Nunca pensé que una cena de este tipo podría ser tan significativa, pero al ver a Alicia sentada frente a mí, con esa mirada tranquila, pero intensa, supe que ese momento iba a ser diferente.

Ella sonrió mientras tomaba un sorbo de su vino, sus ojos brillando a la luz de las velas. De alguna manera, todo parecía más brillante con ella cerca, más cálido. Había algo en su presencia que transformaba cada rincón de la habitación, y no era solo la luz suave de las velas; era ella misma, su energía, su capacidad de llenar los espacios con su risa y su manera de ser tan abierta y auténtica. Mientras la miraba, no podía evitar preguntarme cómo había llegado a ser tan importante en mi vida.

Nos habíamos visto en muchas ocasiones, habíamos compartido risas, miradas furtivas, bromas. Pero ahora, con la cena servida, algo en el aire cambiaba. La química entre nosotros era palpable, densa, como si el simple hecho de estar en la misma habitación trajera consigo una energía especial. Las palabras ya no eran suficientes para describir lo que estábamos compartiendo. Cada gesto, cada sonrisa, cada mirada significaba más que cualquier frase que pudiéramos decir.

—Este vino —dijo Alicia, sonriendo mientras tomaba un pequeño sorbo — me recuerda a esos momentos tranquilos que no sabes si son reales o si los has soñado. ¿Sabes a qué me refiero?

Me quedé mirándola, fascinado por la forma en que podía hacer que algo tan simple pareciera tan profundo. Ella tenía esa capacidad, la de convertir lo cotidiano en algo especial.

—Sí, sé exactamente lo que quieres decir —respondí, y mi voz sonó más suave de lo que esperaba—. Creo que todos necesitamos esos momentos, ¿no? Esos en los que, por un instante, todo parece perfecto.

Alicia me observó fijamente, con esa mirada profunda que parecía ir más allá de lo visible. Un par de segundos pasaron en silencio, pero no fue incómodo, sino cálido. Como si el tiempo se hubiera detenido, dejándonos solo a nosotros dos en esa pequeña burbuja que se había formado entre nosotros.

Puse mi copa en la mesa, me incliné hacia delante y le sonreí. Estaba decidido a no dejar que la oportunidad de mostrarme tal como era se escapara. Después de todo, era ella quien había despertado algo en mí que creía perdido hacía mucho tiempo: una parte de mí que no había dejado salir por miedo, por ese miedo a ser herido otra vez.

—Alicia —empecé, y escuché que mi tono de voz era un poco más grave —, hay algo que quiero contarte. Algo que nunca he compartido con nadie.

Al verla reaccionar, noté cómo su expresión cambiaba ligeramente, como si, en ese instante, supiera que algo importante estaba a punto de suceder. Ella dejó su copa de vino a un lado y se inclinó hacia mí, completamente atenta.

—¿Qué pasa, Gabriel? —preguntó con voz suave, como si no quisiera interrumpir la calma que compartíamos, pero a la vez, con una curiosidad

genuina.

Me tomé un momento antes de continuar, buscando las palabras adecuadas. Nunca había sido bueno para abrirme del todo, para mostrar mis inseguridades o mis fracasos. Pero en ese instante, con ella ahí, vi la oportunidad de ser honesto, de ser real. No podía seguir ocultando todo lo que había dentro de mí: las piezas rotas que llevaba conmigo, las cicatrices que aún dolían cuando las tocaba.

—Mi vida no siempre ha sido fácil —comencé, sin apartar la mirada de ella—. He cometido errores, he tomado decisiones equivocadas y he perdido a personas importantes. La verdad es que muchas veces me he sentido solo, como si estuviera en este mundo, pero sin encontrar un lugar donde realmente encajara.

Alicia no dijo nada, pero sus ojos mostraron comprensión, y eso me dio el valor de continuar.

—Tuve una relación hace tiempo. Pensé que sería la definitiva, pero… me equivoqué. Ella me dejó cuando más la necesitaba. Y aunque en ese momento pensé que podría superarlo, la verdad es que me afectó más de lo que esperaba. Pasé mucho tiempo encerrado en mí mismo, alejándome de lo que me rodeaba, de las personas que realmente se preocupaban por mí.

Alicia no apartó la mirada de mí, y eso me hizo sentir algo extraño en el pecho. Un nudo de vulnerabilidad se apoderó de mí, pero no quería retroceder. Quería seguir siendo honesto, quería que ella me conociera realmente.

—El miedo a ser herido de nuevo me ha paralizado —admití—. Y por eso he tenido dificultades para abrir mi corazón a alguien, para confiar. Pero contigo… —Sonreí levemente sin poder evitarlo—. Contigo siento que puedo ser diferente, que puedo dejar de lado ese miedo. No quiero seguir encerrado en mi burbuja de protección, porque sé que no me lleva a nada.

Alicia respiró profundamente y se levantó lentamente, caminando hasta el rincón donde estaba la botella de vino. Cuando se dio la vuelta, llevaba una sonrisa serena en el rostro. No necesitaba decir nada para que yo supiera que entendía. Lo que había compartido con ella no la había asustado, sino que había creado una conexión más profunda entre nosotros.

—No eres el único con un pasado complicado, Gabriel —dijo, acercándose a mí con su copa—. Todos llevamos nuestras heridas, nuestras cicatrices. Yo también las tengo. Pero eso no nos define, ¿verdad? Lo importante es lo que elegimos ser ahora, lo que decidimos construir.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras. Sentía una calidez en el pecho, una sensación de alivio. Tal vez, solo tal vez, no estaba solo en esto. Tal vez Alicia podía entender lo que yo había pasado, porque también había atravesado su propio infierno.

Ella se sentó a mi lado y dejó su copa en la mesa. No dijo nada más, pero sus ojos reflejaban una comprensión que iba más allá de las palabras. Yo quería abrazarla, pero no era el momento. Había algo en el aire, una tensión palpable entre nosotros, que me hacía querer acercarme aún más, pero a la vez, me detenía; no quería apresurarme.

Al final, fui yo quien rompió el silencio.

—No sé qué va a pasar entre nosotros, Alicia. Solo sé que desde que te conocí, me siento diferente. Mejor. Más… yo mismo. Y eso es algo que no quiero perder.

Alicia sonrió con suavidad y, sin pensarlo, puso su mano sobre la mía, como si quisiera sellar lo que acababa de decir.

—No tienes que saber todo ahora, Gabriel —dijo con una voz suave y tranquila, pero cargada de algo profundo—. Lo importante es que estamos aquí, en este momento, y que estamos eligiendo este camino, juntos.

Las palabras flotaban en el aire, pero no necesitábamos más. Sin previo aviso, me levanté de la silla y la tomé de la mano, guiándola hacia el pequeño salón contiguo. La luz suave de las velas nos rodeaba, creando una atmósfera acogedora. Quería aprovechar ese momento. Quería sentirla cerca, sin barreras, sin miedos.

Nos miramos durante un largo segundo y, sin decir nada más, me incliné hacia ella. La besé suavemente al principio, un roce que nos unió sin prisas, sin necesidad de nada más. Pero luego, cuando ella respondió al beso, todo cambió. La tensión que habíamos estado conteniendo durante toda la noche se deshizo, y todo lo que quedaba entre nosotros era ese contacto, esa química intensa, esa conexión tan profunda que era casi palpable.

Alicia se apartó ligeramente, con la respiración entrecortada, y me miró con una sonrisa traviesa. Mis manos estaban en su cintura, y podía sentir la calidez de su cuerpo bajo mis dedos.

—No sé qué va a pasar entre nosotros, Gabriel —dijo, con una chispa en los ojos—, pero no me arrepiento de nada de lo que hemos vivido hasta ahora.

—Ni yo —respondí, besándola de nuevo, esta vez con más pasión, como si las palabras sobraran. Como si lo único que realmente importara fuera lo que sentíamos en ese preciso momento.

La conexión entre nosotros crecía más con cada segundo. Sabía que esto no era algo simple, no era solo un encuentro casual. Había algo más profundo, algo real. Y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que podría venir.

La tensión no desapareció; al contrario, algo en el aire que se intensificó con cada respiración compartida. Cada roce, cada mirada, cada palabra no dicha cobraba un significado especial. Alicia estaba ahí, a solo unos centímetros de mí, y algo en el fondo me decía que no podía dejar que ese momento se desvaneciera. No quería que nada se interpusiera entre

nosotros. Quería disfrutar cada segundo con ella, incluso si aún no sabíamos qué nos deparaba el futuro.

La besé de nuevo, más lentamente esta vez, dejando que nuestros labios se encontraran con suavidad, como si estuviéramos explorando un territorio nuevo, un territorio que ambos deseábamos descubrir sin apresurarnos. Las manos de Alicia se deslizaron hacia mi cuello, su piel cálida y suave contra la mía, y sentí cómo el mundo exterior desaparecía, como si solo existiera ese instante. Nos estábamos abriendo el uno al otro sin necesidad de palabras, solo con gestos, con miradas, con el delicado y electrizante contacto de nuestras pieles.

Alicia se apartó un poco, su rostro estaba ahora tan solo a unos centímetros del mío, y su respiración era rápida pero controlada. Sus ojos brillaban, llenos de una intensidad que coincidía con la mía. Parecía como si todo en su interior estuviera alineado con lo que estábamos viviendo.

—Esto es… —Comenzó, pero se detuvo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Lo sé —respondí en voz baja, y acaricié su mejilla con ternura—. Yo también lo siento.

Ella sonrió suavemente, y un brillo travieso apareció en sus ojos.

—¿Sabes? Creo que la gente que se conoce a través de tantos altibajos, como nosotros, tiene algo diferente. Algo que no se encuentra fácilmente en otras relaciones.

Sus palabras me hicieron sonreír, porque tenía razón. La conexión que compartíamos era especial, única. Habíamos pasado por tanto, cada uno con su propia historia, sus propios miedos… pero aquí estábamos, juntos. Y no importaba lo que el futuro trajera. Lo que importaba era el ahora.

No pude evitar acercarme a ella otra vez, deseando que supiera cuánto significaba para mí. Que más allá de la atracción física que nos unía, había algo mucho más profundo en juego. Algo que era nuevo para mí, algo que nunca había sentido con nadie más. ¿Era amor? ¿Era necesidad? No lo sabía, pero sí sabía que era algo genuino. Algo real.

Esta vez, el beso fue más intenso. Mis manos recorrieron su espalda con cuidado, como si temiera que desapareciera, como si algo pudiera romper este momento tan frágil. Pero Alicia no se apartó. Al contrario, se acercó más, su cuerpo presionando contra el mío, y eso fue todo lo que necesité. El roce de su cuerpo contra el mío, su aliento cálido sobre mi piel, todo eso me hizo sentir que no había vuelta atrás.

De alguna forma, la relación que estábamos construyendo parecía un refugio. En ella encontraba algo que no sabía que necesitaba, algo que no sabía que estaba buscando. Y cuando por fin me aparté ligeramente para mirarla, vi en sus ojos la misma búsqueda. La misma vulnerabilidad que yo llevaba dentro.

—Gabriel, no sé qué va a pasar —susurró—. Pero sé que no quiero perder esto. No quiero que nos arrepintamos de lo que estamos viviendo ahora.

La miré fijamente, tomándola de la mano, como si quisiera mostrarle que, a pesar de la incertidumbre, quería seguir adelante. Quería arriesgarme. No sabía exactamente hacia dónde nos dirigíamos, pero sentía que era lo correcto.

—No voy a arrepentirme —le respondí, con una sinceridad que no había experimentado en mucho tiempo—. Estoy aquí, contigo, y eso es lo único que me importa ahora mismo.

Alicia sonrió, esa sonrisa que tenía la capacidad de derretir cualquier duda o miedo en mi interior. Pero, por otro lado, también había algo en sus ojos que me hacía preguntarme si ella estaba lista para todo lo que esto significaba. Si estaba dispuesta a arriesgarse también.

La luz de las velas parpadeó ligeramente, como si estuviera celebrando ese momento. Nadie nos había interrumpido hasta ahora, pero sabía que, inevitablemente, el mundo exterior intentaría irrumpir en nuestra burbuja. A veces, la realidad no podía esperar.

Alicia se recostó contra mi pecho y la estreché con fuerza.

—Nunca he sido buena en las relaciones —comentó de repente, con un tono más serio, como si estuviera pensando en algo más profundo—. Siempre me he mostrado independiente, sin querer depender de nadie. Creo que siempre he tenido miedo de necesitar a alguien, de entregarme completamente.

Su vulnerabilidad me sorprendió, pero también me acercó más a ella. Porque, por extraño que pareciera, yo compartía esa sensación. La misma independencia. El mismo miedo a mostrar debilidad. Pero en ella veía algo diferente, algo que no había visto en otras personas: una fortaleza tranquila, una honestidad que se desplegaba lentamente. Y por eso quería seguir conociéndola.

—Te entiendo más de lo que crees —le dije, mientras le acariciaba la espalda—. Yo también he sido así. Siempre he tenido miedo de depender de alguien, de mostrarme vulnerable. Pero… tal vez ya es hora de cambiar eso, ¿no?

Alicia asintió, mirándome fijamente, como si estuviéramos compartiendo una verdad no expresada, algo que no se podía decir con palabras, pero que se sentía en el aire entre nosotros.

—¿Sabes? —dijo ella, con su típica chispa en los ojos— No pensé que fuera a ser tan fácil estar contigo. No es que sea una experta en relaciones, pero… contigo es diferente. Es como si las piezas encajaran sin esfuerzo.

Sonreí, un tanto aliviado por sus palabras. Algo en su sinceridad me calmó, como si, al igual que yo, estuviera dispuesta a dar un paso hacia lo desconocido.

—Quizás eso sea lo que estábamos buscando, Alicia —respondí, mirando sus labios y luego sus ojos—. Tal vez no sea tan complicado cuando encuentras a la persona indicada.

Alicia me miró con un destello de emoción cruzando su rostro, y luego se acercó lentamente, como si quisiera saborear ese momento tanto como yo. Sus labios se encontraron con los míos una vez más, esta vez con más suavidad, más ternura. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo. Solo sentí que, en ese instante, con ella, todo era perfecto.

Capítulo 27



Alicia

Gabriel se había marchado esa misma mañana, ya que tenía asuntos de trabajo que atender. Me dio un beso en la frente, otro en los labios, y me prometió que solo serían tres días en Madrid. Tres días. Setenta y dos horas. Pero ya lo echaba de menos.

Aún podía sentir su olor en mi cama cuando salí de la ducha, preparándome para la cena con Laura. Necesitaba distraerme, pensar en cualquier otra cosa que no fuera él y el vértigo que me provocaba estar sintiendo algo más profundo de lo que me atrevía a nombrar.

Me puse un vestido negro sencillo, de esos que una guarda «por si acaso», y unos tacones bajos. No estaba para algo grande, solo quería reírme un rato.

Laura llegó puntual, como siempre, con su energía desbordante y esa sonrisa suya que podría levantar a un muerto. Se había recogido el pelo en un moño algo improvisado y llevaba una chaqueta de lentejuelas que hacía juego con su espíritu descarado.

—¡Vamos, que hoy necesito vino y muchas tonterías! —dijo en cuanto la saludé.

Fuimos a un restaurante pequeño cerca del centro, uno de esos que Laura conocía y donde siempre la recibían como si fuera de la familia. Pedimos tapas, vino tinto, y nos reímos hasta del camarero que no encontraba la mesa a la que debía llevar el queso manchego.

—¿Y Gabriel? —preguntó entre bocado y bocado de croqueta— ¿Ya se ha ido?

Asentí con la cabeza, bajando un poco la mirada.

—Sí, esta mañana. Tenía trabajo en Madrid.

—¿Y tú? ¿Cómo estás con eso?

Dudé unos segundos. Luego, sin mirar directamente a sus ojos, lo dije.

—Creo que me estoy enamorando de él.

Laura me miró con esa mezcla de sorpresa y alegría que le salía del alma.

—¿Y eso te asusta?

—Muchísimo —respondí sin dudar—. Porque si esto sigue, si seguimos… —suspiré— Tarde o temprano volverá a Madrid de forma definitiva. Y lo nuestro se convertirá en una relación a distancia. ¿Cuántas de esas conoces que funcionan?

Laura se reclinó en la silla, pensativa. Luego sonrió, como si ya supiera qué iba a decirme.

—No digas tonterías. Si os queréis de verdad, encontraréis la manera. El amor, Alicia, no entiende de kilómetros. Y tú no eres de las que se rinden tan fácilmente.

—No sé. A veces siento que es demasiado bonito para ser verdad. Y cuando algo es demasiado bonito, suele romperse.

—Mira —dijo, tomando un sorbo de vino—, si me hubiera guiado por el miedo, nunca habría sido madre. Ni habría sobrevivido a mi propio infierno personal.

La miré y sonreí. Siempre tan valiente. Siempre tan de frente.

—Hablando de tu hija —cambié de tema—, ¿qué tal va Paula con sus «experimentos»?

Laura soltó una carcajada.

—¡Ya ha destrozado tres camisetas! Las corta, las cose con pegamento, ¡con pegamento! —exclamó con una leve risa— Y dice que está haciendo alta costura.

Me reí imaginándome a la adorable Paula, en su pequeño «taller» improvisado en la habitación.

—Como siga así, cuando tenga quince, te va a pedir que la hagas socia.

—Si me ayuda a pagar el alquiler del local, le firmo el contrato mañana mismo —bromeé.

Seguimos hablando de Paula, del colegio, del gato que se había colado por tercera vez en su casa, de lo mal que estaba el tráfico últimamente. Nos reímos hasta que nos dolió el estómago y pedimos la cuenta solo porque el restaurante estaba por cerrar.

Al salir, el aire fresco de la noche nos despeinó. Decidimos ir a un local de copas que Laura frecuentaba, uno donde siempre había alguien conocido

y la música era lo suficientemente buena como para hacerte olvidar cualquier tristeza.

No tardamos en encontrarnos con algunos compañeros suyos del trabajo. Nos recibieron con abrazos y brindis improvisados. Me presentaron, me hicieron sentir parte del grupo, y pronto estaba bailando con ellos como si los conociera de toda la vida.

La música estaba alta, el ambiente cálido, y por un rato todo lo demás desapareció. Me permití ese momento. Esa burbuja de felicidad sin preguntas.

Hasta que apareció él. Daniel.

No lo vi llegar. Solo sentí su mano en mi brazo, apretando con fuerza.

—Tenemos que hablar —dijo con los dientes apretados, los ojos oscuros, inyectados en algo que no era ira ni tristeza, sino una mezcla tóxica de ambas.

—Ahora no, Daniel —respondí, intentando que me soltara—. No es el momento.

—Me lo debes, Alicia —insistió, sin soltarme—. No me hagas venir a buscarte otra vez. Quiero ese dinero. Y lo quiero ya.

—No te debo nada —contesté, con la voz temblorosa, pero firme.

—Una semana. Si en una semana no me das lo que te pido… atente a las consecuencias.

Me quedé paralizada. Lo había dicho tan bajo, tan cerca de mi cara, que parecía una amenaza susurrada por una sombra. No sabía si era miedo, asco o ambas cosas, pero sentí el estómago revolverse.

Laura, que nos había visto desde la barra, vino enseguida y se interpuso entre nosotros.

—¿Se puede saber qué haces, imbécil? ¡Suéltala! —gritó.

Daniel retrocedió un paso, pero no dejó de mirarme.

—Una semana, Alicia. O será peor para todos —me advirtió, y se fue. Así, sin más.

Laura me abrazó fuerte, furiosa y protectora.

—No le hagas caso. Está loco. Tienes que denunciarlo.

Negué con la cabeza, con el corazón todavía en la garganta.

—No quiero más problemas. Solo quiere asustarme. No creo que llegue a hacer nada.

—Pues más le vale no hacerlo, porque como te toque un pelo, te juro que le arranco los ojos yo misma.

Reímos, aunque fue una risa tensa. Un alivio momentáneo en medio del temblor.

—Gracias, Laura.

—Para eso estamos, ¿no? Vamos, que esta noche no se nos arruina por ese imbécil.

Nos abrazamos un segundo más, y luego regresamos con sus compañeros. Bailamos, bebimos, reímos. Yo fingí normalidad lo mejor que pude. Pero en

el fondo, la mirada de Daniel me había dejado una marca. No era una amenaza vacía. Lo conocía demasiado bien como para engañarme.

Y solo podía esperar que esta vez me estuviera equivocando.

Volver con el grupo fue como sumergirme bajo el agua tras un grito. Todo sonaba apagado, lejano. Las risas, la música, los brindis… Era como si alguien hubiera bajado el volumen de la realidad solo para dejarme a solas con mis pensamientos. Laura, atenta como siempre, no se despegó de mi lado.

—¿Quieres que nos vayamos? —me preguntó al oído mientras un tipo con pinta de contable intentaba convencer a una chica de que bailar salsa era como montar en bici.

—No —respondí, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Quiero quedarme. No voy a dejar que Daniel me arruine la noche. Ni una más.

—Así se habla —dijo ella, dándome una palmada en la espalda.

Bebimos un poco más. Lo justo. Yo necesitaba calmarme, sentirme parte de algo que no fuera solo mi cabeza y el eco de esas palabras. «Una semana». Pero Laura me hablaba de Paula, del último diseño con retales de sus camisetas rotas, de cómo había usado una cinta de vídeo para hacerle un cinturón a una muñeca. Y yo reía. De verdad. Reía con ganas.

—Cuando cumpla los dieciocho, la meto de socia en la *boutique* —le dije, aún riendo—. Me la imagino vendiendo camisetas de retales y etiquetas hechas a mano que digan: *«Edición única. Solo una niña pudo pensar esto»*.

—¡Y cobrando treinta euros por cada una! —añadió Laura, que a punto estuvo de atragantarse de la risa.

Tuvimos que apoyarnos en la barra para no caernos. Era ese tipo de risa que cura. Que duele, sí, pero que sana. Como un abrazo desde dentro.

A las dos de la madrugada, el local seguía lleno. Algunos de los compañeros de Laura habían formado un corro de baile improvisado con canciones de los noventa. Otros pedían otra ronda como si el lunes no existiera. Y nosotras bailamos. Con extraños, entre nosotras, con cualquiera que se acercara sin malas intenciones. Necesitaba moverme. Sentir que estaba viva, que podía tener un momento de alegría incluso con esa amenaza reciente.

Pero, aunque intentara apartarlo, Daniel seguía presente en algún rincón de mi mente. Su mirada. Su tono. La forma en que me había sujetado el brazo. No era solo el qué, sino el cómo. Conocía sus mecanismos, sus tiempos. Sabía que cuando decía «una semana», no estaba contando en días. Estaba planificando.

—¿Alicia? —me llamó Laura—. ¿En qué piensas?

—En que debería haberle escupido en la cara —respondí con media sonrisa.

Ella soltó una carcajada y me pasó un brazo por los hombros antes de hablar.

—Para la próxima, lleva el vino en la boca.

Nos reímos de nuevo. Y en medio de ese clima, decidimos sentarnos un rato. El aire acondicionado soplaba desde un rincón, y por un momento, el mundo pareció un poco más llevadero. Hablamos del pasado, de esos años en los que aún estábamos buscando quiénes éramos, de nuestras torpezas sentimentales, de los ex, ese plural tan generoso, y de cómo habíamos sobrevivido a todos ellos.

—Yo creo que hay gente que llega para enseñarte lo que no quieres volver a vivir —dije mirando mi copa.

—Y luego hay quienes llegan para que entiendas por qué tuviste que pasar por todo eso —respondió Laura.

—¿Tú crees que Gabriel es eso?

—Creo que Gabriel te hace sonreír diferente —dijo mirándome con ternura—. Y eso, amiga mía, no pasa todos los días.

Me quedé callada. Lo hacía. Tenía razón. Cuando pensaba en él, algo en mí se aliviaba. Como si, por fin, tuviera permiso para bajar la guardia.

Estuvimos un rato más en el local, pero yo ya no bebí. Solo observaba. Gente que se reía con una copa en la mano. Que bailaba, que se abrazaba, que hablaba a gritos por encima de la música. Laura bailó un par de canciones más, y luego nos despedimos de todos con besos en las mejillas, promesas de repetirlo pronto y alguna que otra anécdota que ya se estaba exagerando desde el minuto cero.

Salimos del local y caminamos despacio. No hacía tanto frío, pero el aire húmedo de la madrugada me hizo sentir pequeña por un momento.

—¿Me acompañas a casa? —le pregunté.

—Por supuesto.

En el camino, hablamos más bajito. El tono cambió. Ya no era la risa lo que nos sostenía, sino esa complicidad que se formaba después de compartir miedo y valentía a partes iguales.

—¿Crees que debería denunciarlo? —le pregunté de pronto, y Laura tardó unos segundos en responder.

—Sí. Pero entiendo que no lo hagas. A veces, lo que parece valiente es solo otra forma de miedo. Y otras, quedarse callada es lo único que te permite dormir —contestó, y asentí.

—¿Y si no se detiene?

—Entonces no estarás sola. Lo sabes, ¿no?

La miré y le apreté la mano. Nunca había dudado de ella. No sabía si era el destino o la casualidad, pero Laura se había vuelto una de esas personas que formaban hogar, aunque no compartieran sangre.

Cuando por fin llegamos a mi portal, la abracé fuertemente.

—Gracias por todo.

—No tienes que agradecerme nada. Solo prométeme que, si ese imbécil vuelve a acercarse, me llamas. Aunque sean las tres de la mañana. Aunque estés en pijama y con los ojos hinchados de llorar.

—Lo prometo.

Me vio entrar, esperó a que cerrara la puerta, y solo entonces se fue.

Esa noche, me desmaquillé sin mirarme mucho al espejo. Me puse el pijama, me metí en la cama y abracé una de las almohadas. Olía a Gabriel. Me sentí ridícula y feliz a la vez.

Encendí el móvil y vi que tenía un mensaje suyo.

Gabriel: *¿Estás bien? Te llamé para hablar.*

Aunque era tarde, le respondí para que lo viera por la mañana.

Alicia: *Sí. Salí con Laura y no vi el móvil. Te echo de menos.*

Tal vez no debería haber dicho eso, pero era lo que sentía. Y a pesar de que no esperaba su respuesta, él contestó enseguida.

Gabriel: *Y yo a ti. Volveré pronto.*

Volveré pronto. Esas dos simples palabras me hicieron sonreír.

Me aferré a esas palabras como si fueran una promesa. Aunque supiera que el miedo seguía ahí. Aunque supiera que Daniel no era alguien que se rindiera fácilmente. Aunque no tuviera idea de qué consecuencias podían traer sus amenazas.

Pero por esa noche… elegí creer en otra cosa.

En que el amor sí encontraba la manera. En que no estaba sola. En que, quizá, esta vez no acabaría rota.

Capítulo 28



Gabriel

Habían pasado exactamente dos años, cuatro meses y diecisiete días desde la última vez que vi a Valentina. No porque llevara la cuenta, sino porque la herida que me dejó tardó demasiado en cicatrizar. Pensé que había desaparecido de mi vida para siempre, y eso era justo lo que quería. Estaba convencido de que jamás volvería a verla.

Pero me equivoqué.

Madrid siempre fue una ciudad que asocié con el trabajo. Fría. Rápida. Precisa. Como ella.

Había viajado por una reunión con un socio inversor, de esas que se organizaban con un almuerzo elegante y demasiadas sonrisas falsas. Todo parecía rutinario hasta que la vi entrar por la puerta del salón principal del hotel, como si no hubieran pasado ni cinco minutos desde que se fue.

Valentina.

Cabello perfectamente liso, labios pintados de un rojo discreto, ese caminar ensayado que usaba como arma. Me vio en cuanto cruzó el umbral y sonrió. Una sonrisa contenida, casi irónica. La misma sonrisa que alguna vez me había parecido encantadora y que ahora solo me generaba alerta.

Me giré instintivamente, como si pudiera desaparecer si no la miraba. Pero ya era tarde. Venía directa hacia mí.

—Gabriel.

Su voz era la misma. Suave, calculada. No había nostalgia en su tono, solo una seguridad irritante. Me obligué a sostenerle la mirada.

—Valentina.

—Vaya, qué sorpresa verte aquí —dijo como si aquello no hubiera sido un encuentro premeditado. Como si no supiera perfectamente que yo estaría en esa reunión.

—Sí. Una sorpresa —contesté sin disimular el tono seco.

Hubo un silencio incómodo. Ella lo soportaba mejor que yo. Siempre lo hizo. Sabía manejar el silencio como una conversación más. Yo no. Yo prefería el ruido. O marcharme.

—¿Tienes un momento? —preguntó de pronto. Negué sin pensarlo.

—No es un buen momento.

—Entonces, ¿cuándo lo sería? —insistió, con una sonrisa que ahora me parecía vacía.

—Nunca. Pensé que estaba claro que no volveríamos a vernos.

Eso debió tocarle una fibra, aunque su rostro apenas se inmutó. Valentina tenía una máscara perfecta para cada ocasión. Guardó silencio un instante y luego asintió, como si tomara una decisión.

—He pensado mucho últimamente —dijo, bajando un poco la voz, como si eso nos hiciera cómplices de algo—. He pensado que quizá me equivoqué.

—¿Ahora lo pensaste? —Me reí, pero fue una risa amarga—. ¿Después de dejarme sin una sola palabra, después de desaparecer cuando más te necesitaba, ahora decides «pensarlo»?

—No tenía las cosas claras entonces. Tenía miedo. Presión de mi familia, del trabajo, de mí misma…

—No. Tenías ambición. Eso era lo único claro.

Sus ojos se endurecieron por un segundo, pero luego volvió a su expresión neutra.

—No he venido a discutir. Solo… pensé que podríamos hablar. Vernos. Las cosas entre nosotros siempre fueron buenas, Gabriel. Lo sabes.

—No, Valentina —dije, sintiendo cómo la rabia comenzaba a crecer dentro de mí—. Fueron buenas cuando todo iba bien. Pero cuando más te necesitaba, tú huiste.

Ella tragó saliva. Por primera vez, parecía sin respuesta inmediata.

—A veces no sabemos cómo actuar ante el dolor del otro…

—No. A veces solo somos egoístas.

Guardamos silencio unos segundos. Me crucé de brazos, incómodo. Ella me miraba, todavía con esa expresión ensayada de calma. Pero ya no me engañaba.

—¿Y ahora? —pregunté— ¿Qué quieres realmente? ¿Volver? ¿Por qué? ¿Porque me va bien? ¿Porque sabes que tengo una posición cómoda, que estoy creciendo con la empresa? ¿Porque estoy en pie de nuevo?

—No digas eso…

—Es la verdad. Si estuviera arruinado o inválido, no estarías aquí. Nunca amaste a la persona que soy. Solo la idea de lo que podía darte.

Eso la hizo tensar la mandíbula. No lo negó y tampoco se disculpó. Valentina nunca pedía perdón, y eso decía más de ella que cualquier palabra.

—Solo piensa en lo que fuimos. Siempre funcionamos. Teníamos estabilidad, planes…

—Eso es pasado —la interrumpí—. Lo que tuvimos fue una ilusión. Estuve ciego. Pero ahora veo todo muy claro. Tú no amas. Calculas. Mediste cuándo entrar y mediste cuándo salir. Y, si me dejas adivinar, ahora estás midiendo el momento para volver.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—No eres justo.

—No. Fui justo demasiadas veces contigo. Esta vez, no pienso serlo.

Me giré para irme. No quería seguir allí. No quería permitirle contaminar lo que apenas estaba empezando a construir en mi vida con Alicia. Porque Alicia era todo lo que Valentina no era. Cercana. Honesta. Tierna. Con ella sentía que podía ser yo sin tener que demostrar nada.

Pero entonces me detuve. Me vino a la cabeza aquella conversación. La que escuché cuando ella pensaba que no podía oírla mientras hablaba con su

madre.

—*Tienes que pensarlo bien* —le dijo su madre—. *Gabriel está pasando por un mal momento. Pero puede que todo mejore.*

—*Lo sé, mamá. Pero no puedo, no puedo atarme a él, a esto…*

—*Cariño, ya has oído lo que han dicho, puede que Gabriel…*

—*No, mamá* —la cortó ella—. *No puedo hacer esto. No puedo estar con alguien así, no puedo cargar con eso. Soy joven y no merezco atarme de ese modo a alguien. Si todo sale bien, me alegraré por él; si no, pues lo lamentaré mucho. Pero no voy a condenarme a una vida que no será fácil, mamá, no voy a hacerlo.*

Aquella frase me desgarró más que cualquier ruptura formal. Porque me di cuenta de que todo había sido un cálculo. Una inversión emocional. Y cuando ya no le daba beneficios, me retiró los fondos sin previo aviso.

Recordar eso me ayudó a reafirmarme. No, no volvería atrás. Jamás.

—Adiós, Valentina —dije sin mirarla—. Que te vaya bien.

No esperé su respuesta. Salí del salón del hotel y crucé el vestíbulo como si me persiguiera un fantasma. Y, en parte, así era. Porque el pasado no siempre se iba cuando uno lo decide. A veces aparecía de nuevo, vestido con perfume caro y sonrisa seductora, para probarte.

Pero yo ya había pasado esa prueba. Y no pensaba suspenderla por segunda vez.

Salí a la calle dejando que la brisa me despejara un poco. Me detuve un momento en la acera, mirando el tráfico, escuchando el rumor lejano de la

ciudad que nunca se callaba. Cogí el móvil. Dudé. Y luego marqué el número de Alicia.

Me contestó al segundo timbre.

—¿Gabriel?

—Hola.

—¿Todo bien?

Me quedé un segundo en silencio. Escuchar su voz fue como cerrar una herida invisible.

—Sí —le dije finalmente—. Solo quería escucharte.

—Pues aquí estoy —respondió, con ese tono cálido que me desmontaba.

Cerré los ojos. Respiré. Y supe, con absoluta certeza, que el pasado ya no tenía ningún poder sobre mí.

El futuro, en cambio, me permitía oler su perfume.

Y tenía el nombre de Alicia.

La voz de Alicia al otro lado del teléfono fue como un bálsamo. Tenía ese tono suave, a veces entrecortado cuando hablaba rápido o se emocionaba. Nada que ver con la entonación precisa de Valentina, que parecía ensayada incluso en lo más cotidiano. Alicia hablaba como vivía: sin filtros.

—¿Estás seguro de que estás bien? —insistió.

—Sí. He tenido una reunión intensa. Eso es todo.

Mentí, pero solo a medias. La reunión fue intensa, sí. Pero no por lo profesional.

Me quedé en silencio un momento, escuchando su respiración al otro lado. Me tranquilizaba saber que estaba ahí. Alicia no necesitaba grandes palabras; bastaba con su presencia, incluso en la distancia.

—Pensé que estar en Madrid me haría bien —confesé—. Pero me he dado cuenta de que lo único que me importa está lejos de aquí.

No dijo nada de inmediato. Pero su silencio no era incómodo. Era esa pausa que precedía a algo importante.

—Yo también te echo de menos —dijo al fin—. Mucho.

Cerré los ojos. Por un momento, la imagen de Valentina se deshizo. En su lugar, recordé la primera vez que Alicia y yo nos vimos. La forma en que me miraba cuando hablábamos. Su sonrisa, el sonido de su risa y ese modo en el que dormía, tranquila, como si nada le preocupara.

—Gabriel —dijo ella, y su voz me trajo de vuelta al presente—, si necesitas hablar… sabes que puedes hacerlo conmigo.

—Gracias —respondí, y lo decía de verdad.

Colgamos poco después, prometiendo que hablaríamos más tarde. Me quedé allí un rato más, solo, con el cielo de Madrid abriéndose sobre mí.

Intenté no pensar en Valentina. En sus ojos, buscando puntos de entrada a mi vulnerabilidad. En su voz, disfrazando intenciones. Pero la verdad es que me había afectado más de lo que quería admitir.

No porque quisiera volver con ella. Sino porque me había recordado una versión de mí mismo que detestaba: el hombre que necesitaba probar

constantemente que merecía amor. Que confundía aceptación con éxito. Que creía que podía mantener una relación a base de logros y proyecciones.

Con Valentina todo era una balanza.

Si un día le llevaba flores, debía tener cuidado de que no fuera un ramo demasiado barato. Si la invitaba a cenar, el restaurante debía tener estrellas en alguna guía. Si hablaba de planes de futuro, debían implicar crecimiento, poder, estabilidad económica. El amor, el real, nunca entró en la ecuación.

Y lo peor es que durante un tiempo, pensé que eso era normal.

Me pasé el resto del día en piloto automático. Reuniones, documentos, llamadas. Todo me sonaba lejano. Como si mi cuerpo estuviera presente, pero mi mente flotara en otro lugar, observando desde fuera.

Esa noche, ya en mi ático, me serví un *whisky*. Solo uno. No para olvidar, sino para enfrentar lo que sentía sin distracciones. Me senté frente a la ventana, viendo cómo las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas urbanas.

Recordé la última vez que vi a Valentina antes de esta. Fue antes de que me dejara. Y ni siquiera me lo dijo en persona, se limitó a mandarme un mensaje.

«No puedo con esto, lo siento. Te deseo lo mejor».

Fría. Calculada. Como un cierre contable.

La llamé varias veces después de eso, no para pedirle que volviera, sino para entender por qué me dejaba. Necesitaba comprender por qué, justo cuando yo más la necesitaba, había decidido desaparecer.

Nunca me respondió.

Y hoy aparecía con esa cara de *«lo he pensado mejor»*. Como si fuera una oferta caducada que intentaba volver a ponerse en circulación.

Volví a pensar en la conversación que escuché entre ella y su madre. La forma en que hablaba, como si me desahuciara definitivamente. Palabras que todavía me sabían a veneno.

Eso fue lo que me rompió. No la ruptura. No la soledad. Fue la revelación de que todo había sido una estrategia. Yo era su trampolín. Su carta de seguridad. Y cuando esa carta dejó de ser valiosa, la descartó.

Lo que me envenenó no fue perderla, sino darme cuenta de que nunca la tuve.

Y, sin embargo, esa noche no estaba pensando en venganzas ni en heridas pasadas. Pensaba en Alicia.

En cómo me miraba. En cómo se sonrojaba cuando la elogiaba. En la forma en que se esforzaba por esconder su miedo a sentir.

Ella también tenía cicatrices, pero no las disfrazaba. No las convertía en herramientas. Las reconocía. Las cargaba con dignidad. Y, aun así, se atrevía a volver a querer.

Yo también tenía miedo.

Después de Valentina, juré que no volvería a entregarme por completo. Que mantendría siempre una parte de mí a salvo. Pero con Alicia… todo ese plan se desmoronó.

Porque cada vez que sonreía, quería confiar. Cada vez que me llamaba, quería correr a verla. Y cada vez que me abrazaba, quería quedarme allí, sin fecha de caducidad.

Y entonces, la inseguridad apareció.

¿Qué pasaba si me equivocaba otra vez? ¿Qué pasaba si me abría, si dejaba entrar de nuevo a alguien, y me volvía a destruir? ¿Qué pasaba si Alicia también se cansaba, si también se iba cuando más la necesitase?

Ese pensamiento me acompañó toda la noche, dando vueltas como un reloj descompuesto. Sabía que era injusto. Alicia no tenía nada que ver con Valentina. Pero el miedo no siempre atendía a razones. El miedo construía fantasmas con los rostros del pasado y los vestía con las sombras del presente.

Me levanté temprano al día siguiente y salí a correr por el parque. Necesitaba mover el cuerpo, descargar la ansiedad. El aire frío me despejó un poco. Mientras corría, pensaba en todo lo que había logrado desde que terminé con Valentina, bueno, desde que ella terminó conmigo. Cómo reconstruí mi vida. Cómo volví a confiar en mí. Cómo, sin darme cuenta, me enamoré otra vez.

Porque eso era lo que estaba pasando, aunque me costara admitirlo. Me estaba enamorando de Alicia.

Y por eso el encuentro con Valentina me afectó tanto. Porque removía mis dudas más profundas. Porque, sin quererlo, me hizo preguntarme si estaba listo. Si valía la pena arriesgarme otra vez.

Me detuve frente a una fuente. El sol empezaba a asomar y pintaba la ciudad de tonos anaranjados. Respiré hondo. Cerré los ojos.

Y decidí. Sí. Valía la pena. Alicia valía cada duda, cada cicatriz, cada temor.

No sabía qué pasaría en el futuro. No sabía si las circunstancias nos pondrían obstáculos. No sabía si la distancia sería un problema. Pero sí sabía que, por primera vez en mucho tiempo, quería intentarlo sin mirar atrás.

Regresé a casa, me duché, me vestí y preparé mis cosas antes de enviarle un mensaje a Alicia.

Gabriel: *Quiero verte en cuanto vuelva.*

Ella respondió casi al instante.

Alicia: *Aquí estoy. Cuando llegues, te espero.*

Y en ese momento, Madrid dejó de ser una ciudad hostil. Porque sabía que, al volver, alguien me esperaba sin cálculos. Sin estrategias. Solo con amor.

Y eso, para mí, ya era todo.

Capítulo 29



Alicia

Me desperté antes de que sonara el despertador. Había dormido mal, con sueños inconexos: imágenes borrosas y frases que no recordaba al despertar. Me quedé en la cama unos minutos, mirando el techo, escuchando el silencio.

Y entonces, el teléfono vibró. Era un mensaje de Gabriel.

Gabriel: *Quiero verte en cuanto vuelva.*

Sonreí sin pensar. Esa clase de sonrisa que aparece antes de que el cerebro lo procesase todo. Esa que brota directamente desde el pecho.

Le respondí casi sin leer lo que escribía. Solo dejé salir lo que sentía.

Alicia: *Aquí estoy. Cuando llegues, te espero.*

Me quedé abrazando el móvil unos segundos, como si su voz pudiera salir de él en cualquier momento. Me hacía falta. Más de lo que estaba dispuesta a admitir. Gabriel se estaba volviendo importante. Y eso me asustaba. No por él. Por mí. Porque siempre que alguien se volvía importante, también se volvía una posibilidad de herida.

Me levanté con calma. Me preparé un café mientras, en la radio, sonaba una canción que me recordaba a los noventa. De esas que Paula, la hija de Laura, tarareaba sin saber de dónde venía.

Pensé en ella, en su risa, en las camisetas rotas que convirtió en arte. En lo fácil que era amar a alguien cuando no te exigía nada, solo tu presencia.

Y entonces sonó el timbre.

No esperaba a nadie. Pensé que quizá Laura venía temprano con cruasanes o alguna de sus ideas repentinas de salir a celebrar algo.

Pero no.

Al abrir la puerta, me encontré con una figura que no veía desde hacía días.

—Papá.

Él sonrió. De esa forma tímida y sincera que siempre tuvo.

—Hola, hija.

Nos abrazamos. Sin palabras. Fue un abrazo largo. De esos que guardan más de lo que dicen. Lo invité a pasar, se sentó en el sofá y yo le preparé café. Lo hacía con dos cucharadas exactas, como le gustaba.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté, sentándome a su lado.

—Estaba aquí cerca por unos trámites y pensé en pasarme a verte sin anunciarme. Sabes cómo soy.

Asentí. Siempre fue así. Aparecía cuando menos lo esperaba, pero siempre en el momento justo.

Charlamos un rato de cosas sin importancia. Del trabajo. De la *boutique*. De Paula. Él adoraba a Paula. Decía que tenía más carácter que todos los adultos que conocía juntos.

Pero entonces, en un momento, su rostro cambió. Se puso serio y me miró con esa mezcla de preocupación y ternura que solo los padres sabían usar.

—¿Estás bien, Alicia?

Tragué saliva. Dudé. Podía decir que sí. Que todo estaba bien. Que la vida seguía su curso.

Pero algo dentro de mí se rompió un poco.

—Daniel volvió a aparecer.

Mi padre dejó la taza sobre la mesa con cuidado, como si tuviera miedo de romperla.

—¿Qué quieres decir con que «volvió a aparecer»?

—Un día en la *boutique*, otro mientras comía con Laura y la niña. Y la otra noche que Laura y yo salimos a cenar y luego a tomar algo con unos amigos suyos. Estaba divirtiéndome y entonces él apareció. En el local.

—¿Te hizo algo?

—No físicamente. Pero fue violento. Me exigió dinero. Dijo que «se lo debía», como si yo le debiera algo después de todo lo que me hizo pasar.

Mi padre cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió, vi el fuego en ellos. Ese fuego que pocas veces le había visto.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que no. Que no le iba a dar nada. Entonces me agarró del brazo. Laura lo apartó. Lo enfrentó. Él… antes de irse, me dijo que tenía una semana para darle el dinero o que «me atuviera a las consecuencias».

El silencio se instaló en mi salón. Solo se escuchaba el leve burbujeo de la cafetera en la cocina.

—Alicia —dijo mi padre al fin, con la voz más grave de lo habitual—. Tienes que denunciarlo.

Negué con la cabeza.

—No quiero más problemas, papá. No quiero revivir todo eso. Creo que solo intenta asustarme. Lo hace porque sabe que me da miedo. Pero no creo que se atreva a hacer nada.

—No estés tan segura. Tú no sabes lo que es capaz de hacer un hombre desesperado. Y él siempre ha sido un manipulador. Nunca aceptó que te fueras.

—Lo sé —dije, bajando la mirada—. Pero no quiero volver a entrar en juicios, abogados, declaraciones. Me costó años levantarme. No quiero que me arrastre otra vez.

—Te entiendo —dijo, mientras me cogía la mano—. Pero prométeme una cosa. Si vuelve a acercarse, si te amenaza de nuevo… lo denuncias. O me lo dices. No estás sola.

Asentí, aunque no estaba segura de tener fuerzas para hacerlo llegado el momento.

—Prometo que no dejaré que me controle otra vez.

Él asintió también. Me acarició la mejilla como cuando era niña y, por un instante, quise que todo fuera tan simple como entonces, cuando los monstruos vivían en cuentos y no en las esquinas de los bares.

Después hablamos de otras cosas. De su trabajo. De los veranos en el pueblo. De cómo, a veces, el pasado no se iba, pero uno aprendía a vivir con él como quien convive con una vieja cicatriz: dolía cuando cambiaba el clima, pero no te impedía caminar.

Cuando se fue, me quedé sola de nuevo.

Miré el teléfono. No había mensajes nuevos de Gabriel, pero su último mensaje seguía ahí, como una pequeña llama encendida.

Yo también quería verle y, aunque no se lo dijera, le necesitaba a mi lado en esos momentos.

Porque después de hablar con mi padre, después de verbalizar el miedo, me di cuenta de algo: no quería vivir temiendo lo que Daniel pudiera hacer. Quería vivir apostando por lo que Gabriel podía significar.

Y quizá eso era el amor: no la ausencia de miedo, sino elegir avanzar a pesar de él.

Así que respiré hondo, cerré los ojos. Y me prometí que, esta vez, nadie decidiría por mí. Ni Daniel, ni el miedo, ni los fantasmas del pasado.

Solo yo.

Y después de un día de trabajo en el que pensé mucho en Gabriel y en que nos veríamos por la noche, estaba en mi casa esperando y sonreí al escuchar el timbre.

Abrí la puerta y no hubo necesidad de palabras. Gabriel estaba allí, con la expresión más suave de lo que esperaba. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido del todo bien, pero sus ojos… sus ojos me buscaron como si yo fuera la única razón por la que había vuelto. Y me lancé a sus brazos.

Fue automático, inevitable, necesario. Me abrazó fuerte, como si no quisiera que el mundo nos tocara por un rato. Cerré los ojos y dejé que el silencio hablara por los dos.

—Te he echado de menos —susurró junto a mi oído.

—Yo también —dije.

Entró en casa como quien regresa al lugar donde se siente seguro.

Nos sentamos en el sofá y él me miró en silencio durante unos segundos, como si quisiera memorizarme. Yo también lo observé. Su presencia me calmaba. Me anclaba.

—¿Qué tal te ha ido en Madrid? —pregunté al fin.

—Intenso —dijo—. Más de lo que esperaba.

Asentí. No presioné. Sabía que había algo más. Lo sentía en el tono de su voz.

—Vi a mi ex —añadió, como quien soltaba un peso.

Mi estómago se tensó e intenté que no se notara.

—¿Y cómo fue eso?

Él se inclinó hacia delante, entrelazó las manos y suspiró.

—Tenso. Doloroso. Pero necesario, creo.

Lo escuché sin interrumpir. Su voz era serena, pero había algo detrás. Un eco de decepción vieja.

—Me buscó —continuó—. Dice que se equivocó, que me sigue queriendo. Pero no es verdad. Lo supe en cuanto la vi. No estaba allí por amor. Estaba por lo que represento. Por lo que tengo.

—Y tú ya no eres ese hombre que necesita demostrar nada —dije.

Él me miró, sorprendido. Luego sonrió con una tristeza que me conmovió.

—No. Ya no. Estuve tentado, Alicia. No de volver con ella, pero de caer en la vieja trampa. Esa en la que uno quiere cerrar círculos creyendo que puede recuperar algo. Pero no quiero recuperar nada del pasado. Quiero construir algo nuevo. Y lo quiero contigo.

Sentí un nudo en la garganta. No sabía que sus palabras me tocarían tan profundamente. Me incliné hacia él y le cogí la mano.

—Yo también tengo miedo, Gabriel. A veces me despierto con el corazón encogido pensando que esto no va a salir bien. Que algo nos va a separar. Que vamos a ser otra historia a medias.

—¿Por qué lo piensas?

—Porque siempre que me he enamorado, he perdido algo. Libertad, alegría, confianza. Y tú… tú me das tanto que a veces creo que me va a doler si un día no estás.

Él me acarició la mejilla. Tenía las manos tibias.

—No voy a prometerte que nunca pasará nada malo. Pero sí puedo prometerte que no voy a desaparecer como si no importaras. Nunca.

Y ahí lo supe. Lo amaba. Sin red, sin cálculo. Lo amaba en presente. Y eso me asustaba más que cualquier sombra del pasado.

Pero también me hacía sentir viva.

Pasamos la tarde hablando. De nuestras familias. De nuestras cicatrices. De lo que pensamos sobre el futuro. Me atreví a contarle cosas que nunca había dicho en voz alta: que a veces me sentía pequeña, que dudaba de mis decisiones, que me costaba soltar el control.

Él me escuchó sin juzgar. Y me respondió con su propia vulnerabilidad. Me habló de la muerte de su padre, de la soledad, de sentirse usado por alguien en quien confió.

Fue una conversación lenta, pero sincera. De esas que construyen puentes invisibles entre dos personas que se eligen, a pesar del miedo.

Pero había algo que no dije.

No le hablé de Daniel.

No sabía por qué. Quizá porque no quería ensuciar el momento. Quizá porque no quería que él se sintiera obligado a protegerme, a intervenir. O quizá, en el fondo, porque yo misma aún no sabía cómo manejarlo.

Pero su amenaza seguía ahí. Como un eco oscuro que no terminaba de disiparse.

«Una semana, o será peor para todos». Esas palabras se repetían una y otra vez en mi mente.

Pensé en contárselo. Estuve a punto. Pero me detuve. Me dije a mí misma que lo haría después. Cuando estuviera más claro. Cuando supiera que realmente Daniel no se iría solo.

—Tengo miedo de lo que pueda pasar si esto se vuelve real —dije, y él, sin saber del todo a qué me refería, me abrazó más fuerte.

—Ya es real, Alicia. Solo tenemos que decidir si queremos vivirlo o no.

—Entonces elijo vivirlo —contesté mirándole a los ojos.

Esa noche no hicimos el amor. No por falta de deseo. Sino, porque necesitábamos otra cosa. Dormimos abrazados, con los cuerpos entrelazados como dos piezas que por fin encajaban. Y en mitad de la madrugada, cuando él ya dormía, lo miré en silencio.

Pensé en todo lo que podía perder si Daniel cumplía sus amenazas.

Y entonces me prometí, esta vez sí, de verdad, que no me iba a quedar callada.

La próxima vez que lo viera, si volvía a tocarme o a presionarme, iría a la policía. Iría con Laura. Iría con Gabriel o con mi padre. Con quien fuese. Pero no me volvería a quedar paralizada.

Ya no era la misma mujer que él había humillado. Y ahora, además, no estaba sola.

Capítulo 30



Alicia

Era una de esas tardes tranquilas en la *boutique*. El tipo de tarde en que el tiempo parecía diluirse lentamente, como si cada segundo se deslizara con pereza sobre las superficies suaves de la tienda. Afuera, todo estaba en calma, tranquilo, como envuelto en una manta de luz dorada que pintaba las fachadas de los edificios y hacía brillar los escaparates vacíos.

El tráfico era un susurro lejano, y las clientas habían ido disminuyendo conforme avanzaba el día. El murmullo de la calle se deslizaba suavemente por el cristal del escaparate, como un rumor de mar en calma.

Sandra, mi compañera incondicional, estaba al fondo organizando unas perchas con esa mezcla de precisión y paciencia que tanto la caracterizaba. Yo me encontraba sentada en la mesa de diseño, hojeando el nuevo catálogo de telas que había llegado esa misma mañana. Había algo emocionante en ese ritual: el crujido del papel, los nombres de los colores —«gris perla», «coral humo», «verde bosque antiguo»—, las texturas que imaginaba bajo mis dedos antes de tocarlas.

Tenía en mente una colección nueva. Algo sencillo, elegante, con siluetas limpias y tejidos naturales. Quizás incluso dejarme llevar por los colores que a Gabriel le gustaban: tonos tierra, verdes apagados, azul noche. Sonreí sola al pensarlo. Últimamente, sus gustos empezaban a mezclarse con los

míos de forma casi natural. Era curioso cómo las personas que amábamos empezaban a colorear nuestras decisiones sin darnos cuenta.

Y entonces sonó la campanita de la puerta.

—¡Hola! —dijo una voz conocida, alegre y cálida.

Levanté la vista justo a tiempo para ver entrar a Laura, seguida de Paula, que llevaba una mochila pequeña a la espalda y una bolsa de papel en la mano. Su sonrisa iluminaba la tienda más que cualquier lámpara de diseño que pudiéramos colgar del techo.

—¡Hola, mi artista favorita! —le dije, agachándome un poco para estar a su altura.

—¡Tía Alicia! —respondió, corriendo hacia mí, con esa energía contagiosa que parecía brotarle del alma.

Cada vez que me llamaba así, algo dentro de mí se derretía. No era mi sobrina biológica, pero en muchos sentidos sentía que la vida me la había regalado como una promesa de esperanza. La primera vez que me llamó «tía» se me llenaron los ojos de lágrimas. Desde entonces, era como una especie de título sagrado.

—¿Qué traes ahí? —pregunté, señalando la bolsa que llevaba con ambas manos, como quien llevaba un tesoro.

—¡Mis camisetas! —dijo con un brillo en los ojos que me conmovió más de lo que quise admitir— ¡Te las quiero enseñar!

Laura y yo intercambiamos una mirada cargada de orgullo y ternura. Me senté con Paula en el sillón del probador, y ella comenzó a sacar, una por una, sus creaciones, con el cuidado de quien despliega obras maestras.

—Esta era del cole —dijo, mostrándome una camiseta blanca—, pero le puse flores con retales que me dio mamá.

El diseño era simple, pero lleno de intención: pequeños parches de tela cosidos a mano, bordes desiguales, bordados torcidos con hilos de colores vibrantes. Una estética inocente, imperfecta y profundamente genuina.

—Y esta otra, mamá me dijo que era de mi papá —añadió, sacando una camiseta más grande, gris, con las mangas cortadas—. Me la dio para que hiciera lo que quisiera. Le dibujé esto.

Me enseñó el diseño: letras grandes, algo tambaleantes, escritas con marcador textil que decían en esa inconfundible caligrafía infantil: «CREA SIN MIEDO».

—¿La hiciste tú sola? —le pregunté, emocionada, tocando la tela con reverencia.

Asintió muy seria, como si el acto de crear fuera una responsabilidad sagrada.

—Tienes talento, pequeña —le dije, tocándole la punta de la nariz—. Si cuando seas mayor sigues queriendo hacer esto, te voy a hacer socia de la *boutique*. ¡Lo prometo!

Paula abrió los ojos, sorprendida, y luego se echó a reír con esa risa limpia, transparente, que parecía barrer con cualquier tristeza.

—¡¿En serio?!

—En serio de los serios —respondí con solemnidad.

Laura se reía también desde el sillón de al lado, con una mano apoyada en el mentón y los ojos brillantes.

—Como empiece a cobrarte sueldo, no digas que no te lo advertí —bromeó.

Sandra se acercó justo entonces, atraída por la conversación y la risa.

—Paula, ven conmigo —le dijo con una sonrisa—. Tengo unos retales en la trastienda que pueden servirte. Y también unas piedrecitas brillantes.

Paula abrió la boca como si le hablaran de un tesoro escondido.

—¿De verdad?

—Claro. Pero solo si prometes no usar pegamento en el suelo, esta vez —añadió, guiñándole un ojo.

—¡Prometido!

Se fueron juntas a la trastienda, charlando animadamente, dejando tras de sí una estela de entusiasmo.

En cuanto las perdimos de vista, Laura me miró con una expresión más seria. Había algo en su mirada que anticipaba el cambio de tono. Lo sentí como se sentía un cambio de presión antes de una tormenta.

—¿Has sabido algo de Daniel?

El aire se volvió más denso. Mi espalda se tensó involuntariamente. El nombre de mi exmarido resonó en mi pecho como un eco incómodo.

Negué con la cabeza.

—No. Y sinceramente, espero no volver a saber de él. Pero… —Me detuve, sintiendo ese nudo incómodo en el pecho, el mismo que me visitaba

en sueños algunas noches— algo me dice que no va a irse tan fácilmente.

Laura apoyó una mano sobre mi rodilla y su tacto fue firme, cálido. Su apoyo, inmediato.

—Tú sabes que, si vuelve, si aparece o te amenaza otra vez, tienes que denunciarle, ¿verdad? No puedes dejarlo pasar.

Asentí con lentitud, sin mirarla.

—Lo sé. Lo sé, de verdad. Pero cuando le vi, Laura… me paralicé. Me sentí como antes. Pequeña. Atrapada. Por un momento, fue como si los años no hubieran pasado. Como si todo lo que reconstruí se tambaleara.

—Alicia —dijo ella, con esa fuerza suave que solo tenía cuando se ponía seria—, tú ya no eres esa mujer. Eres fuerte. Tienes a gente que te apoya. Y si ese cabrón vuelve a cruzarse en tu camino, no estás sola. Ya no.

Le apreté la mano. Sus palabras me atravesaron como un abrazo silencioso, y por unos segundos no dije nada. Solo dejé que su presencia me calmara. La *boutique*, que momentos antes era solo un refugio físico, se volvió entonces un santuario emocional. Mi lugar seguro.

—Gracias —murmuré—. No sabes lo que significa para mí tenerte cerca.

—Sí, lo sé. Porque yo también te tengo a ti —dijo—. Y si hace falta, me planto en comisaría contigo. O delante de él, otra vez. Y esta vez no me conformo con apartarlo. Le arranco los ojos, te lo juro.

Solté una risa breve, cargada de emoción y nervios.

—No hace falta violencia justiciera. Pero gracias por el ímpetu.

—Violencia selectiva, cariño. Yo escojo dónde aplicar justicia.

Nos reímos juntas, como cuando éramos más jóvenes y hablábamos de romper reglas que no entendíamos. Como cuando los límites del mundo aún no nos habían herido del todo. Pero debajo de la risa, el miedo seguía ahí, agazapado. No desaparecía, pero ya no era dueño de mi voz.

Después, Paula volvió de la trastienda con una tela brillante pegada en la frente como una corona y una sonrisa aún más grande.

—¡Mira, tía Alicia! ¡Ahora puedo hacer una camiseta de estrella!

La abracé con fuerza, sintiendo su luz como un bálsamo.

—Eres una estrella, Paula. De las que brillan de verdad.

Y durante un rato, el miedo se quedó fuera. Fuera de la *boutique*. Fuera de mi mente. Durante un rato, fui solo una mujer rodeada de amor, entre amigas, entre tejidos, con la esperanza viva de que todo iba a salir bien.

Mientras Paula empezaba a esparcir telas por la mesa, hablaba sin parar de sus ideas: una camiseta que tuviera alas, otra con luces LED, otra con mensajes secretos escritos con tinta invisible. Su imaginación era tan grande que por un instante, sentí que la *boutique* entera flotaba en un universo paralelo. Uno en el que todo era posible. Uno en el que la creatividad sanaba.

Laura me observaba desde el otro lado del mostrador, y su expresión ahora era serena. Me di cuenta de que habíamos llegado a una especie de tregua con el pasado. Esa tarde, entre telas y risas, el dolor no desapareció, pero encontró su lugar. Un lugar pequeño, delimitado, donde ya no podía gritar más fuerte que nuestras voces.

Y fue entonces, mientras Paula pegaba lentejuelas en un pedazo de tela con una concentración digna de un alquimista, que me dije que quizás sí:

quizás ahora sí todo iba a estar bien por fin.

Capítulo 31



Gabriel

Alicia tenía una forma peculiar de llenar el espacio. No hacía falta que hablara en voz alta o hiciera algo en particular. Bastaba con que estuviese. Como si su sola presencia anclara todo lo que estaba a punto de desordenarse en mi cabeza.

Estábamos en su casa, sentados en el sofá, con las piernas entrelazadas, y es que a los dos nos costaba mucho no mantener el contacto físico en cuanto teníamos oportunidad. Ella tenía el cabello recogido en un moño desenfadado que le quedaba bien, y llevaba una camiseta enorme que parecía abrazarla todo el tiempo. Yo la miraba, intentando grabarme cada detalle, como si en cualquier momento el mundo pudiera arrebatarme aquello que empezaba a querer demasiado.

Habíamos terminado de cenar, y el simple hecho de estar aquí con ella se sentía tan natural, que cuando nos despedíamos era algo que nos costaba hacer a los dos.

La lámpara de pie arrojaba una luz suave, amarilla, cálida, como si nos envolviera en una burbuja fuera del tiempo. No había música, ni palabras innecesarias. Solo estábamos nosotros rodeados de un silencio cómodo y sereno. Y, sin embargo, debajo de esa calma que fingíamos, algo no cuadraba.

Alicia tenía un brillo raro en la mirada. No de tristeza, sino de contención. Como si hubiera algo que no quería decirme. Lo notaba en los pequeños gestos: en cómo giraba la cara cuando nuestras miradas se cruzaban, en cómo se perdía en sus pensamientos a mitad de una frase, en la forma en que sus dedos jugueteaban con el borde de la camiseta, como si buscaran un escape o una distracción.

No la presioné. Porque yo también tenía cosas que aún no había dicho. Cosas que llevaban demasiado tiempo encerradas y que, por primera vez en mucho tiempo, sentían que tal vez podrían salir sin romperlo todo.

Respiré hondo, buscando el valor que me había faltado otras veces.

—Alicia —dije al fin—, quiero contarte algo. Algo que nunca le conté a nadie, al menos no todo. Solo pedazos. Ni siquiera Iker, siendo mi mejor amigo, lo sabe.

Ella dejó la taza de té sobre la mesa y me miró, seria y atenta, expectante incluso.

—Lo que sea que es, puedes decirlo.

—Fue hace casi tres años. Sufrí un accidente de coche en una carretera secundaria, y los médicos no sabían si iba a vivir. Estuve varios días en coma. Cuando desperté, mi ex estaba allí… pero no por mucho tiempo. Lo que no sabía entonces era lo que había pasado mientras yo no podía hablar, pero sí oír.

Alicia frunció el ceño y se incorporó un poco más.

—Gabriel…

—La escuché, Alicia. Sin querer. Una noche fingía dormir, y ella hablaba con su madre en el pasillo, bajito. Pero yo escuché cada palabra. —Me

detuve un instante y tragué saliva—. Decía que, si me moría, no tendría nada. No estábamos casados, así que todo era mío, y en caso de que me ocurriera una desgracia, de mi madre. Y si vivía… que no pensaba cuidar a un hombre en silla de ruedas el resto de su vida.

La expresión de Alicia cambió. Había incredulidad en sus ojos, además de una visible rabia contenida.

—¿Dijo eso? —preguntó sin poder creerlo, y asentí.

—«Yo merezco algo mejor que esto, mamá», dijo. Como si fuera una condena amar a alguien que había tenido un accidente. Como si el valor de una persona dependiera de su capacidad física o de cuánto podía ofrecerle en comodidad y lujos.

Ella se llevó una mano a la boca, como si las palabras la hubieran golpeado también.

—Gabriel…

—Al día siguiente me dejó. Así, sin más, con un mensaje de texto. Nunca me volvió a llamar. Me enteré de que se fue a vivir al extranjero con un empresario que conoció en uno de nuestros eventos. Alguien con apellido, fortuna y cero problemas de salud.

Me froté la frente con los dedos, como si así pudiera borrar ese recuerdo.

—Desde entonces entendí que el dinero y el poder pueden corromper a las personas. No a todas, claro, pero… las debilita. Les muestra atajos para no sentir. Para huir cuando las cosas duelen. Y yo me prometí no volver a compartir mi vida con alguien que viera en mí una oportunidad económica.

Alicia se acercó sin decir nada al principio. Me cogió las manos y las apretó fuerte.

—Yo no quiero tu dinero, Gabriel. Ni tu apellido. Ni tu empresa. Quiero tus silencios cuando necesitas respirar. Quiero tus mañanas medio dormido y tus noches llenas de dudas. Si quieres, te lo firmo en un papel. En contrato, ante notario, con copia certificada. Pero yo te quiero a ti. A ti con todo lo que vienes arrastrando.

Me reí, entre emocionado y sorprendido. Y la abracé.

La abracé como se abrazaba a alguien cuando se tenía frío por dentro. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que la parte más rota de mí no tenía que esconderse más.

La besé. No como se besa para olvidar, sino como se besa para recordar que uno sigue vivo.

Y ella me respondió con la misma intensidad. Nos fundimos en el sofá, entre palabras dichas y otras que sobraban. Su cuerpo y el mío parecían hablar un lenguaje propio, hecho de caricias lentas y respiraciones entrecortadas. Nada fue apresurado, porque no había prisa, solo queríamos sentirnos el uno al otro, demostrarnos que estábamos ahí, sin más, para todo.

Nos desnudamos con delicadeza, no solo la ropa, sino las últimas barreras. Las que separaban el deseo del amor, la pasión del miedo. Su piel contra la mía era hogar. Y sus ojos, cuando me miraban en mitad del silencio, decían más que cualquier juramento.

Besé cada rincón de su cuerpo, cada centímetro de piel que me ofrecía. Me adueñé de sus labios y de cada uno de sus jadeos y gemidos. La llevé al orgasmo con mis manos, mi lengua y mi boca. Ella me recompensó con un grito de placer mientras pronunciaba mi nombre.

La penetré despacio, queriendo que ese momento no acabara nunca. Quise ir lento, con calma, pero el fuego y el deseo que vi en sus ojos, y ese modo

silencioso en el que me pedía más intensidad, más entrega, me hizo perder el control por completo.

La tomé con fuerza, y ella se deshizo entre mis brazos, gimiendo, moviéndose al compás que marcaba mi cuerpo. Nos llevamos mutuamente a ese clímax que nos dejó exhaustos, pero muy satisfechos.

Después, nos quedamos acostados, cubiertos por la manta ligera que tenía sobre el sofá. Ella apoyó la cabeza en mi pecho, y yo acaricié su espalda lentamente, como si pudiera escribir en ella lo que sentía.

—Gracias por contármelo —murmuró.

—Gracias por no irte —susurré de vuelta.

Y así nos quedamos. En paz.

Durante un rato, no existía mi ex, ni Daniel. Ni el pasado, ni la amenaza que flotaba silenciosa en el horizonte. Solo nosotros. Lo que éramos. Lo que aún podíamos ser.

Y aunque no lo dijimos en voz alta, estaba seguro de que ambos supimos que algo había cambiado para siempre.

Alicia se incorporó un poco y me miró a los ojos. Había algo en su expresión, algo que no era duda, pero tampoco certeza. Como si luchara contra una decisión que ya había tomado.

—Gabriel… —dijo en voz baja— Hay algo que yo también debería decirte.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí denso, cargado. Como la antesala de algo que podía doler.

—No tienes que decirlo ahora, si no estás lista —le respondí, sin soltar su mano, y ella negó con la cabeza.

—Sí tengo. Porque si vamos a construir algo real… entonces necesito ser tan honesta como tú lo has sido hoy.

Me incorporé un poco, dándole espacio. Su mirada bajó a nuestras manos entrelazadas y, tras un largo suspiro, comenzó a hablar.

Me contó lo ocurrido con su exmarido, y sentí que me hervía la sangre al saber que, mientras no estaba, él se había vuelto a acercar a ella. Le había dado una semana para que le diera el dinero, y el plazo sin duda se estaba acabando.

Entonces Alicia se acercó y apoyó la frente en la mía.

—Y por primera vez en mucho tiempo, no quiero huir. No voy a ceder a lo que me pide, pero sé que va a ser peor. Además, contigo… incluso con todos los temores, me siento capaz de no rendirme, de no ceder. Y eso… eso no lo cambio por nada.

La besé otra vez. No con urgencia, sino con la calma de quien había encontrado un lugar seguro.

Nos quedamos así, en silencio. Abrazados, escuchando nuestros corazones, nuestras respiraciones.

Sin duda alguna, fuera, el mundo seguía girando. Con sus amenazas, sus fantasmas y sus conflictos pendientes.

Pero adentro, al menos por esta noche, estábamos nosotros. Y lo que habíamos comenzado a construir.

Aunque sabíamos que el amor no siempre lo arreglaba todo, también sabíamos que, a veces, eso era suficiente para empezar a sanar.

Capítulo 32



Alicia

Era una mañana tranquila en la *boutique*. La luz del sol se filtraba a través de los ventanales, lanzando destellos dorados sobre las telas que descansaban ordenadas sobre las mesas. Sandra estaba en la tienda, mientras yo revisaba los diseños para la próxima colección en la trastienda. Todo parecía estar en su lugar, pero había algo que me estaba carcomiendo por dentro. La sensación de que no todo estaba tan tranquilo como parecía.

Lo supe cuando vi esa sombra moverse frente a la tienda.

—¡Alicia! —me llamó Sandra, asomando la cabeza por la puerta de la trastienda.

Mi corazón dio un vuelco. No sabía por qué, pero algo en su tono me hizo ponerme alerta.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando sonar tranquila.

—Te están mirando desde fuera. Un hombre.

Algo se retorció en mi estómago. Lo supe antes de verlo. Pero no quise admitirlo en voz alta.

—¿Quién es? —Mi voz tembló más de lo que quería. Sandra frunció el ceño antes de contestar.

—No lo sé. Pero lleva un rato ahí. ¿Lo conoces?

Mi mente voló rápidamente a una sola imagen: Daniel. Ese hombre que no podía dejarme ir, esa sombra del pasado que había dejado una marca mucho más profunda de lo que pensaba.

Salí a la puerta con el corazón acelerado. El hombre que observaba desde la acera no era más que una figura solitaria, algo difusa por la distancia, pero cuando me vio, su rostro se hizo claro en la distancia.

Era él. Daniel.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma. No iba a mostrar miedo, no aquí, no ahora.

—Alicia —dijo Sandra, poniéndose a mi lado—, ¿quieres que llame a la policía?

Negué con la cabeza, aunque el miedo comenzaba a recorrerme las venas.

—No, Sandra. No quiero crear un escándalo.

Sandra me miró preocupada, pero asintió.

Lo vi dar un paso hacia la entrada, como si esperara que le diera permiso para entrar… o quizás solo buscaba mi reacción. No lo iba a dejar que me ganara tan fácilmente. No otra vez.

Cerré la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria, haciendo que la campanita sonara más de lo habitual.

Pasaron unos minutos. Cuando estaba a punto de volver a la parte trasera de la tienda, la campanita sonó otra vez.

Me giré rápidamente, la respiración más agitada de lo que me gustaría admitir. Me acerqué a la puerta y la abrí lentamente, sin saber si estaba lista para ver lo que me esperaba al otro lado.

Y ahí estaba, de pie en la acera, con la misma expresión fría y calculadora de siempre.

—Alicia. —Su voz era la misma: rasposa y calmada, como si estuviéramos hablando de cualquier cosa menos de los días que habían pasado desde nuestra última conversación—. ¿Podemos hablar un momento?

Tragué saliva, sintiendo cómo todo mi cuerpo se tensaba.

—No hay nada de que hablar, Daniel. Ya te lo dije.

Él sonrió, pero no era una sonrisa genuina. Era más una especie de burla.

—¿De verdad? —preguntó arqueando la ceja.

Mi cuerpo se tensó aún más, pero no dejé que se notara. Ya no me importaba lo que pensara. No iba a dejar que me manipulara otra vez.

—¿Qué quieres?

Él dio un paso más hacia mí, como si mi negativa no le afectara lo más mínimo.

—Lo que me debes —contestó—. Tienes que pagar. Ya no puedo esperar más.

—Deja de amenazarme, ya te dije que no voy a pagar tus deudas. No te debo nada. Al contrario, tú me debes a mí.

Él suspiró, molesto, como de costumbre.

—Solo te digo que no puedo esperar mucho más. Te di una semana y no has cumplido. Veinticuatro horas, Alicia. Si no tienes el dinero en veinticuatro horas, vas a lamentarlo. No es un juego, ¿entiendes?

Antes de que pudiera responder, Sandra apareció a mi lado. Había escuchado la conversación. Yo la había estado evitando, tratando de protegerla de este fantasma del pasado, pero no había forma de ocultarlo más.

—¿Quién te crees para venir aquí a amenazarla? —gritó Sandra, sin siquiera pensarlo. Era pequeña, pero su rabia la hacía parecer mucho más fuerte— Ya le has hecho suficiente daño. ¡Lárgate de aquí!

Daniel la miró con indiferencia, como si nada de lo que dijera pudiera tocarlo.

—Veinticuatro horas, Alicia, ni un minuto más.

Y así, con una última mirada hacia mí, dio media vuelta y se alejó, sin siquiera disculparse por la escena.

Cuando desapareció, mi cuerpo se relajó, pero no por mucho tiempo. Sabía que lo que acababa de pasar no iba a quedarse en el aire mucho tiempo. Algo me decía que este no era el final. Lo sabía.

Sandra me miró, visiblemente enfadada.

—¿Sabes qué? Me encantaría verte ir tras él y ponerle una demanda. No se pondría tan chulito.

—No, Sandra —suspiré, tratando de calmarme—. No quiero más problemas. Lo que dijo, lo dijo. Pero solo quiere asustarme. Y yo no quiero caer en eso. Solo quiero seguir con mi vida.

Sandra me miró con preocupación.

—Pero no tienes que hacerle caso. Si te amenaza… deberías denunciarlo. Y si alguna vez vuelve a aparecer, no dudes en hacer lo que sea necesario.

El nudo en mi estómago no desaparecía. Solo asentí, aunque en mi interior sentía un miedo palpable.

Esa noche, cuando Gabriel vino a verme, me sentía incapaz de ocultarle más lo que había pasado. A pesar de que no quería preocuparlo, algo dentro de mí me decía que era hora de compartir lo que había estado guardando.

Nos sentamos en el salón de la casa que tenía alquilada, rodeados de la luz suave de las velas. Miré sus ojos y supe que era el momento.

—Gabriel —empecé con calma—, lo que te dije sobre Daniel… no ha terminado. Ha venido hoy otra vez y ha vuelto a amenazarme.

Él no dijo nada de inmediato. Se acercó lentamente, como si ya supiera que lo que venía no iba a ser fácil de escuchar.

—¿Estás bien? —preguntó, cogiendo mis manos entre las suyas y me costó hablar, pero al final lo hice.

—Me ha dado veinticuatro horas. Si no le pago, habrá consecuencias. Pero no quiero que te preocupes. Es solo otra amenaza. Solo quiere que me asuste.

Gabriel me miró fijamente, y luego me abrazó con fuerza, como si fuera la única manera de protegerme.

—Te prometo que no vas a estar sola en esto —dijo, con la voz profunda y llena de determinación—. Si necesitas denunciarlo o lo que sea… yo estaré a tu lado.

Aquel abrazo fue justo lo que necesitaba. Aunque las sombras de mi pasado seguían acechando, sabía que, con Gabriel a mi lado, podía enfrentarlas.

La sensación de que algo estaba a punto de estallar se había colado en mis días con la misma sutileza con la que la tormenta anuncia su llegada: primero el silencio, luego la tensión en el aire, y después… el desastre. Sabía que Daniel no se quedaría quieto. Mi exmarido siempre había tenido una forma muy particular de obtener lo que quería: presión, chantaje, amenaza directa.

Esa tarde, exactamente veinticuatro horas después de su visita, la *boutique* estaba tranquila. El murmullo de algunas clientas que contemplaban las prendas llenaba el ambiente, cuando la puerta se abrió bruscamente. La campanita sonó, y mi corazón dio un brinco.

Daniel estaba allí.

Lo vi entrar, sin previo aviso, como si el mundo le perteneciera. Su mirada era fría, calculadora. La misma que había tenido cuando nos conocimos. Algo en su presencia hizo que la atmósfera se volviera densa, pesada. Me paralicé un instante y, en ese segundo, mi mente empezó a revisar todas las posibles reacciones, las opciones para lidiar con lo que venía.

Gabriel iba a pasar el día en casa trabajando; tenía reuniones por videollamadas que hacer, y si algo tenía claro, era que no quería que Daniel

lo viera. No quería arrastrarlo más de lo necesario a este infierno del pasado que él no entendía, pero que yo cargaba con tanto peso.

—¿Alicia? —dijo Daniel, su voz cortante como un cuchillo—. Tenemos que hablar.

Lo miré fijamente, sin moverme de detrás del mostrador.

—¿Qué quieres? —dije, intentando mantener la calma.

Ya no me quedaba espacio para el miedo, solo para la desconfianza. Y sabía que no podría darle una respuesta cordial, ni siquiera por cortesía.

—¿De verdad crees que vas a ignorarme después de lo que te dije? —dio un paso hacia mí. Su perfume, tan arrogante como él, llenó el aire. No había duda de que no iba a dejarme tranquila— La semana se acabó, Alicia. Y las veinticuatro horas también. ¿Dónde está el dinero?

—No tengo tu dinero, Daniel. —Mi voz salió más firme de lo que esperaba. A pesar de todo, no iba a darle lo que quería.

El brillo en sus ojos se intensificó, como si mi negativa no le hubiera dado la satisfacción que esperaba.

—Te lo advertí, ¿recuerdas? Y ahora no me vas a dejar otra opción. Esta vez no voy a ser tan paciente.

No sabía qué significaba exactamente esa amenaza, pero mi instinto me gritaba que algo mucho más oscuro estaba por suceder. Algo que no podía controlar.

—No voy a ceder, Daniel. Ya te lo dije. No voy a darte nada. —Mi voz tembló al final, pero la mirada de él no cambió. Él no era de los que negociaban. Él imponía.

Se acercó un paso más, de manera intimidante, y fue entonces cuando mi corazón se aceleró. Sentí que las paredes de la tienda se estrechaban a mi alrededor.

—¿Sabes lo que pasa cuando no cumples tus promesas, Alicia? —susurró, y el miedo en sus palabras no era solo el tono, sino la amenaza tácita que pesaba sobre mí— Las consecuencias, aunque no las veas venir, son mucho peores. Esto no acaba aquí.

Lo miré mientras mantenía mis manos apretadas contra el mostrador.

—Te he dado tiempo suficiente —añadió, y su mirada se endureció aún más—. Pero ahora no voy a esperar más. Y no te voy a pedir el dinero de una forma tan… educada.

Me di cuenta en ese momento de que las amenazas que había lanzado antes no eran más que la punta del iceberg. Estaba diciendo, en voz baja, lo que podría hacerme. Lo que podía pasar si no cedía.

—Vete de aquí, Daniel. No quiero verte nunca más —dije con el aliento entrecortado. Necesitaba que se fuera, y necesitaba que no viera en mis ojos el miedo que sentía.

Su expresión cambió por un segundo, y luego sonrió de manera cruel.

—Esto no acaba aquí, Alicia. Ya veremos cómo termina todo.

Y antes de que pudiera decir algo más, se dio media vuelta y salió por la puerta con la misma rapidez con la que había llegado. La campanita sonó nuevamente, y mi cuerpo se quedó helado en el sitio. No podía moverme. El peligro estaba presente, tangible. Daniel no era un hombre que abandonara algo sin asegurarse de que lo que quería estaba en sus manos. Y si eso

implicaba utilizarme como moneda de cambio, no tenía duda de que lo haría.

Sandra salió corriendo hacia mí al escuchar el bullicio.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

No pude contestar de inmediato. Solo asentí, pero el miedo seguía en mi estómago. Daniel había ido demasiado lejos. Ya no era solo una amenaza de dinero. Era algo mucho más oscuro.

Tenía que decirle a Gabriel lo que había pasado. No podía seguir enfrentando esto sola. Más aún, tenía que protegerlo de cualquier forma. No sabía qué iba a hacer Daniel, pero mi exmarido estaba dispuesto a cruzar cualquier límite, y eso me aterraba.

Por la tarde, cuando Gabriel llegó a la *boutique*, entró con su característico paso decidido. Me levanté de la silla, pero cuando nuestros ojos se encontraron, supe que debía ser honesta con él. No quería esconderle nada más.

—Gabriel… —Empecé, pero la voz se me quebró. No sabía cómo decirlo.

Él se acercó a mí, notando de inmediato que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz suave, pero firme, sus ojos me atravesaron con preocupación. Me temblaban las manos.

Respiré hondo y le conté todo. Le expliqué lo que había pasado, cómo Daniel había vuelto a amenazarme, cómo había sido tan directo con su demanda de dinero y lo que había dicho acerca de las «consecuencias» si no cumplía con sus exigencias.

Gabriel se quedó en silencio durante unos segundos, y pude ver cómo su rostro se endurecía. Su mandíbula se apretó, y la tensión se hizo palpable.

—No vas a enfrentarte a esto sola —dijo con firmeza. Sus ojos mostraban una determinación feroz—. Voy a hacer lo que sea necesario para que Daniel entienda que no puede seguir así.

No quise que él se metiera en algo tan peligroso. Sabía lo que significaba enfrentarse a alguien como Daniel, pero no podía decirle que se alejara. No podía dejarlo solo en esto. Daniel había cruzado una línea.

—Gabriel, por favor. No quiero que te pongas en peligro por mí.

—Lo sé, pero esto no solo te afecta a ti. También a mí. Lo que él te haga, me lo hace a mí. Y si cree que va a salir impune de todo esto, está muy equivocado. Haré que se arrepienta.

Nos quedamos mirándonos en silencio, sabiendo que la situación había llegado a un punto donde no había marcha atrás. Las amenazas de Daniel ya no eran solo unas palabras vacías. Eran reales. Y ahora, teníamos que actuar.

Capítulo 33



Alicia

La sensación de que algo grande se estaba gestando se hacía cada vez más palpable con cada minuto que pasaba. No era una amenaza cualquiera; era un presagio que se colaba en cada instante, una sombra alargada que invadía incluso mis pensamientos más íntimos.

Sabía que no podíamos quedarnos quietos ante las amenazas de Daniel. Su última visita había sido solo un anticipo de lo que estaba por venir, un aviso velado, pero lo suficientemente claro como para despertarme de cualquier ingenuidad. El miedo ya no era solo un nudo en mi estómago, un susurro nervioso en las madrugadas; ahora era una presión constante, un peso invisible que me hacía sentir vulnerable, incluso en lugares que hasta hacía poco consideraba refugios. Ni la *boutique* ni mi propia vida me ofrecían seguridad.

Gabriel estaba decidido a enfrentarse a mi pasado de una vez por todas. Lo veía en su mirada, en cada palabra que decía, en cómo se mantenía firme a mi lado, incluso cuando el peligro aún no había tocado nuestra puerta. No era una valentía superficial ni una pose; era un compromiso que se sentía en el aire cuando respirábamos juntos.

Pero en ese momento, algo dentro de mí también sentía que la sombra de Daniel era más grande, más peligrosa de lo que jamás había imaginado. No era solo una amenaza vacía. No podía subestimarlo. Daniel tenía un modo

especial de hacer que el peligro pareciera inevitable, una especie de aura oscura que se extendía más allá de sus palabras.

Esa misma noche, mientras la ciudad dormía bajo una manta de luces lejanas, Gabriel me dijo que tenía que reunirse con algunas personas, unos contactos que le ayudarían a hacerle frente a la situación. Era inevitable que sintiera un temblor interno; el miedo no se desvaneció, pero algo dentro de mí también sentía un alivio profundo al ver que no estaba sola en esto.

A pesar de mis dudas, de los pensamientos que a veces me susurraban que todo podría terminar mal, sabía que había dado el paso correcto al contarle todo. Confiar en él era un acto de valentía que me dolía y me curaba al mismo tiempo.

—*Confía en mí, Alicia* —me dijo, abrazándome con una fuerza que intentaba transmitirme más que solo determinación, como si me ofreciera un escudo invisible contra la tormenta—. *No estás sola. Voy a protegerte.*

Lo único que pude hacer fue asentir y devolverle ese abrazo con la misma intensidad, mientras mi mente se llenaba de preguntas sin respuesta, de escenarios posibles que se entrecruzaban y amenazaban con desbordarme.

La mañana siguiente, cuando entré en la *boutique*, sentí algo extraño en el aire. La tienda estaba vacía, mucho más tranquila de lo habitual. El silencio se sentía pesado, como si el espacio contuviera una tensión invisible. Sandra, que siempre estaba ocupada con su sonrisa y su energía contagiosa, estaba reorganizando algunos de los estantes con una precisión que parecía casi mecánica, ausente. Algo en su mirada, en su forma de moverse, me alertó.

De repente, la puerta se abrió. El tintineo familiar de la campanita sonó, pero la presencia que entró no era conocida ni bienvenida. Un hombre desconocido, vestido con un traje oscuro, impecable y sobrio, cruzó el umbral con paso firme y seguro. No era un cliente común, eso lo supe al

verle. Había algo en su porte, en la forma en que sus ojos fríos recorrieron el lugar, que me puso en alerta de inmediato.

—¿Puedo ayudarle? —dije, intentando mantener la calma, a pesar de que mi corazón comenzaba a golpear con fuerza.

El hombre me miró con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Era una sonrisa tensa, una curva forzada que parecía más un gesto mecánico que una muestra genuina. Me sentí incómoda, como si todo lo que había estado esperando se hubiera materializado de forma mucho más directa de lo que había imaginado.

—Soy amigo de alguien que te interesa mucho, Alicia —dijo con voz suave, casi un susurro que, sin embargo, llevaba un filo invisible—. Alguien que tiene mucho que decirte.

Mi corazón dio un vuelco y mi respiración se aceleró. ¿Daniel había enviado a alguien más para presionarme? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? Tragué saliva, tratando de mantener la compostura.

—¿De qué habla? —pregunté, aunque mi voz temblaba ligeramente, más de lo que quería admitir.

El hombre se acercó un paso más, reduciendo la distancia entre nosotros, y cuando habló, su tono fue claro, directo, casi amenazante.

—Te he dado tiempo, pero parece que tú no lo entiendes. El dinero que Daniel te pidió debe llegar, y pronto. O las consecuencias van a ser mucho más serias. No es solo una cuestión de tiempo. —Se detuvo, clavando su mirada fría en la mía—. Puede que quieras que las cosas queden en paz, que creas que todo se resolverá con paciencia, pero las amenazas de Daniel no son una broma. Así que escoge sabiamente lo que vas a hacer.

El aire se volvió denso. Sentí como si me estuviera ahogando, como si el peso de sus palabras me impidiera respirar. No podía permitir que me siguieran manipulando así. Y, sobre todo, no podía permitir que este hombre pensara que podía intimidarme, que podía convertir mi tienda, mi espacio, en un campo de batalla. Respiré hondo, intentando mantener la voz firme.

—Le pido que se vaya —le dije, con la voz más firme de lo que yo me sentía—. Y dígale a Daniel que no le voy a dar ni un solo euro. No me va a doblegar ni a mí, ni a esta *boutique*.

El hombre me observó durante unos segundos, evaluando cada detalle, midiendo mi resistencia. Finalmente, sonrió. Pero no era una sonrisa amable. Era vacía, oscura, como si ya estuviera anticipando que me rendiría en cualquier momento.

—Te lo advertí —dijo con frialdad, dándome la espalda y saliendo de la tienda sin decir una palabra más. La puerta se cerró tras él con un sonido sordo que me estremeció.

Mi cuerpo permaneció inmóvil por unos segundos, como si necesitara procesar lo que acababa de ocurrir. Los temores que había estado reprimiendo por tanto tiempo se desbordaron como un río desbocado. No sabía qué más esperar. ¿Qué estaba dispuesto a hacer Daniel para conseguir lo que quería? ¿Cuánto más estaba dispuesta a perder?

La tranquilidad de la *boutique* se rompió de nuevo cuando entró Gabriel. Le vi caminar hacia mí con su paso seguro, pero algo en su mirada me indicó que algo había ocurrido. No hizo falta que dijera nada para que supiera que estaba preparado para lo peor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, notando la tensión en mi rostro.

Suspiré profundamente, tratando de calmar la tormenta interna que se agitaba en mi pecho.

—Hoy ha venido alguien… un hombre que decía ser amigo de Daniel. Me ha dado el mismo ultimátum. Dice que no tengo mucho tiempo. Y que, si no cumplo, las consecuencias serán graves.

Gabriel se acercó a mí rápidamente y me cogió de las manos. Su expresión era tan seria que sentí un nuevo vuelco en mi estómago. Su cuerpo irradiaba una mezcla de preocupación y determinación.

—¿Qué tipo de consecuencias? —Su voz era grave, pero se notaba la preocupación en su tono.

—No lo sé —respondí con un hilo de voz—. No quiero saberlo, Gabriel. Pero ahora es real. Daniel no se va a detener hasta conseguir lo que quiere.

Gabriel no respondió de inmediato. Su mente parecía estar trabajando a toda velocidad, buscando estrategias, planes, cualquier forma de protegernos.

Finalmente, dijo lo que yo sabía que iba a decir, aunque no quería escucharlo.

—Voy a ponerle fin a esto. —Su mirada era feroz, implacable—. Esto no va a quedar en palabras, Alicia. No voy a dejar que ese hombre siga manipulándote ni un minuto más. Voy a asegurarme de que no te haga daño. Y si tengo que ir hasta el final, lo haré.

Lo miré fijamente, con el corazón en la garganta, sabiendo que ya no podía detenerlo. Si algo había aprendido con Gabriel era que, cuando tomaba una decisión, nada ni nadie lo detenía.

La puerta se cerró tras él mientras salía para hacer frente a lo que quedaba por venir. Estaba dispuesto a tomar todas las medidas necesarias. Pero yo no podía evitar preocuparme por él. El miedo se apoderó de mí al pensar en lo que Daniel podría hacer si las cosas se complicaban aún más.

Mientras me quedaba sola en la *boutique*, rodeada de la ropa, los colores, los tejidos, sentí que la batalla apenas comenzaba. Y aunque no sabía cómo terminaría, había algo en mí que no quería rendirse. Por Gabriel, por mí, por todo lo que aún estaba por venir.

Capítulo 34



Gabriel

El aire estaba denso cuando salí de la *boutique* de Alicia. Aún no me creía que las cosas hubieran llegado a este punto. El mensaje de su exmarido estaba claro, y sabía que no iba a retroceder. Si había algo que había aprendido en mi vida, era que cuando una persona como él decía que iba a actuar, lo hacía.

Pero no podía dejar que eso me afectara. No podía dejar que Alicia se enfrentara a esto sola. Mientras caminaba hacia casa de Iker, mi mente no paraba de darle vueltas al asunto. Tenía que protegerla, tenía que mantenerla a salvo, pero también tenía que ser inteligente. No podía dar un paso en falso.

Iker me recibió con una palmada en la espalda y una cerveza; habíamos quedado para comer y charlar. Aunque mi amigo no lo admitiría nunca, era un poco cotilla y quería saber cómo me iba con Alicia.

Acabé contándole lo que pasaba con su exmarido; Elena también estaba allí y me dijo que conocía a Daniel, al menos de haberle visto alguna que otra vez por la *boutique*. Dijo que a ella nunca le dio buena espina y que en alguna ocasión lo vio coger dinero de la caja.

Comentó que, cuando supo del divorcio y de todo lo que él había hecho, entendió que su intuición no la había engañado.

Nos dijo que Alicia era una buena mujer —algo que yo ya sabía—, pero que sufrió mucho por culpa de su exmarido. Y que si él estaba de vuelta, ella no merecía volver a pasarlo mal por su culpa.

El resto de la tarde con ellos lo pasamos tomando café y hablando de organizar una comida en su casa, a la que querían invitar también a Alicia; a fin de cuentas, era mi pareja y querían vernos juntos. Elena incluso sonrió al decirme que cuando nos vio en su fiesta de cumpleaños, pudo comprobar con sus propios ojos que hacíamos una pareja perfecta.

Cuando me despedí de ellos, con la tarde cerca de acabar y dando la bienvenida a la noche, mi teléfono vibró en el bolsillo. Era un mensaje de Alicia. Mis manos temblaron un poco cuando lo abrí, temiendo lo peor.

Alicia: *Gabriel, creo que Daniel ha ido demasiado lejos. Están aquí. Ellos…*

Mi corazón dio un vuelco al leer esas palabras. No entendía lo que estaba pasando, pero su mensaje dejaba claro que algo estaba ocurriendo. Antes de poder responderle, un segundo mensaje llegó.

Alicia: *Son demasiados. Necesito que vengas.*

La angustia me invadió de inmediato. Sin pensarlo dos veces, salí corriendo y me dirigí directamente hacia la *boutique*.

Durante el trayecto, los pensamientos se agolpaban en mi mente. ¿Quiénes eran esas personas a las que Alicia se refería? ¿Qué significaba ese *ellos*? Podía sentir la presión, el miedo y la incertidumbre, pero también sabía que no podía permitir que nada malo sucediera. No esta vez. No iba a dejar que nadie volviera a hacerle daño a la mujer que amaba.

Al llegar a la *boutique*, vi varios coches aparcados frente al local. Mi corazón se aceleró al ver la puerta entreabierta. Sabía que algo no estaba bien. Cuando entré, el lugar estaba oscuro, casi vacío, como si todo el aire hubiera sido succionado. El sonido de unos murmullos bajos y pesados llegaba desde la trastienda.

Avancé sin hacer ruido. Fue entonces cuando los vi.

Tres hombres, altos y corpulentos, estaban parados frente a Alicia. Ella se encontraba en el centro de la sala, visiblemente nerviosa, pero esforzándose por mantener la compostura. Estaba rodeada, y la sensación de peligro en el aire era palpable.

Uno de los hombres la miró, y luego me vio a mí. Su mirada fría y calculadora fue la señal de que las cosas habían dado un giro inesperado. Sin pensarlo, me lancé hacia delante y, con una rapidez que no sabía que tenía, me interpuse entre ellos.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —exigí saber con la voz cargada de la furia que sentía.

El hombre que lideraba el grupo, el más alto de todos, sonrió.

—Vaya, parece que el gran Gabriel ha venido a salvar el día. Pero ya es demasiado tarde.

—¿Quiénes sois? —pregunté, intentando controlar la rabia que empezaba a aflorar.

—Somos los hombres a quienes Daniel les debe dinero. —El líder me miró directamente a los ojos, como si me estuviera midiendo—. Y hemos venido a cobrar lo que él debe.

—Lo que Daniel debe no tiene nada que ver con ella —dije con voz firme, aunque por dentro no me sentía así. No iba a permitir que estos tipos se aprovecharan de la situación.

Pero el hombre solo sonrió, y esa sonrisa fue la que me heló la sangre.

—Si Alicia no puede pagar, la deuda la pagas tú, Gabriel —intervino otro de los hombres, el que estaba a su lado. Dijo esas palabras con una calma que me enfureció aún más—. Nos han dicho quién eres, y sabemos también que tienes una gran fortuna. Todo lo que necesitamos es que pagues lo que Daniel debe, con el doble en intereses, como corresponde.

Mis ojos se agrandaron, y mi mente empezó a procesar lo que acababan de decirme. No solo querían que pagara por una deuda que no era mía, sino que además me estaban dando un ultimátum.

—¿Y si no pago? —cuestioné, intentando mantener la calma, aunque por dentro estaba a punto de explotar.

—Entonces Alicia pagará las consecuencias —dijo el más corpulento del grupo, con una tranquilidad inquietante mientras se encogía de hombros—. Tienes tres días para pagar. Después, la situación se pondrá mucho peor. Eso es todo lo que necesitas saber.

El aire en la habitación se volvió aún más denso. Mi mente empezó a girar a toda velocidad. Estaba atrapado. No podía permitir que Alicia sufriera las consecuencias de algo que ni siquiera le correspondía. Ella ya había tenido suficiente con todo lo que había pasado con Daniel, y ahora ellos querían arrastrarla aún más a este infierno.

Me giré hacia ella, buscando una manera de calmarla, de decirle que todo se solucionaría. Pero su rostro estaba pálido, los ojos brillaban con la desesperación que estaba tratando de ocultar.

—Gabriel… —susurró, pero antes de que pudiera decir más, la voz de uno de los hombres interrumpió.

—Es muy sencillo: pagas tú, o la cuenta queda a nombre de ella. Como prefieras.

El tipo comenzó a caminar hacia la puerta, con ese tono grave y autoritario que hizo que el miedo se apoderara de mí.

Con la amenaza flotando en el aire, los tres se dieron la vuelta y salieron sin decir una palabra más. El sonido de la puerta cerrándose detrás de ellos fue el último indicio de que todo esto no había sido una pesadilla. Ahora era real.

Me giré hacia Alicia, que comenzó a temblar. Me acerqué a ella sin pensarlo y la abracé con fuerza, como si al hacerlo pudiera protegerla del peso brutal de lo que acababa de suceder.

Alicia rompió a llorar. Sus sollozos eran tan desgarradores que me atravesaron como una daga. No pude hacer otra cosa que abrazarla más fuerte, sentir sus lágrimas empapando mi camisa. Me sentía impotente.

—No quiero que pagues, Gabriel —susurró entre sollozos—. No quiero que te metas en más problemas por culpa de todo esto. Es mi deuda, mi error. Yo me encargaré de solucionarlo.

No podía escucharla. Estaba tan asustado por lo que acababan de decirme que ni siquiera sabía cómo contestarle. El miedo a perderla, a verla atrapada en este caos, me estaba consumiendo.

—No vas a solucionar nada sola, Alicia —le susurré, tomando su rostro entre mis manos para mirarla a los ojos—. Voy a luchar por ti. No voy a dejar que te hagan daño.

En ese momento, la puerta se abrió con un golpe sordo, y vi a un hombre entrar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó. Su mirada se centró en el llanto de Alicia, que seguía en mis brazos, y un escalofrío recorrió mi espalda. Su cara se endureció al instante, y sin perder tiempo, se acercó rápidamente a nosotros.

Alicia, entre sollozos. Le explicó lo que había sucedido. la amenaza de Daniel y de esos tres hombres. Cuando terminó de hablar, su padre me miró fijamente, sin decir una palabra, varios minutos. Finalmente, se dirigió hacia mí y me tendió la mano.

—Soy Juan, el padre de Alicia — dijo con voz grave, cargada de autoridad—. Y voy a solucionar esto de una vez por todas.

Me quedé en silencio, asimilando lo que acababa de decir. Algo en su presencia, en el modo en que hablaba, me dijo que esta situación iba a tomar un nuevo rumbo. Sin más palabras, Juan se giró y salió de la *boutique*, con la determinación que solo alguien con experiencia en enfrentarse a la adversidad podría tener.

Alicia seguía llorando, y me sentí impotente. Me aferré a ella con más fuerza, besando su frente, intentando calmarla.

—Tranquila, Alicia —le dije en voz baja, acariciándole el cabello—. No voy a dejar que pase nada. Estoy aquí, no tienes que preocuparte.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos seguían llenos de lágrimas, pero ahora también había en ellos una pregunta silenciosa, casi desesperada.

—¿Estás seguro de que no lo vas a hacer? —preguntó, con una mirada llena de miedo.

—No lo voy a hacer. Te lo prometo. —La besé suavemente en la frente, sintiendo el peso de todo lo que estaba sucediendo, pero sabiendo que no iba a dejarla sola.

Este era solo el principio, pero iba a pelear por ella con todas mis fuerzas. Y, aunque no sabía cómo, todo esto terminaría de una manera u otra.

Capítulo 35



Alicia

Eran ya casi las once de la noche cuando apagué las luces de la *boutique*, la última de un largo día de trabajo que, como todos los demás, me había dejado agotada. Cerré la caja, aseguré los últimos detalles y caminé entre los estantes acariciando suavemente las telas, como si pudiera tomar de ellas algo de la paz que me estaba faltando. La *boutique*, ese refugio que durante tanto tiempo había sido mi único lugar seguro, ahora respiraba la misma inquietud que yo llevaba en la sangre.

Tres días habían pasado desde el encuentro con esos hombres. Y aunque el sol había salido y se había puesto tres veces desde entonces, no había logrado despejar la sombra que se había instalado en mi pecho. La amenaza de Daniel ya no era una posibilidad. Era un hecho.

Gabriel había querido ayudarme, había insistido con esa firmeza suya que me partía en dos: por un lado, me reconfortaba saber que estaba dispuesto a todo por mí; por otro, me aterraba arrastrarlo a un peligro que ni siquiera yo lograba comprender del todo. No quería que se involucrara más de lo necesario. Ya tenía suficiente con la amenaza constante sobre su cabeza. La última cosa que necesitaba era poner en riesgo lo que habíamos empezado a construir, eso tan frágil y precioso que apenas comenzaba a tomar forma entre nosotros.

Y luego estaba mi padre, que con una determinación que me hizo estremecer, dijo que él se encargaría de todo. No dudaba que lo intentaría; odiaba tanto a mi exmarido como yo misma desde que nuestra relación comenzó a irse a la deriva.

Mientras recogía los últimos detalles y revisaba que todo estuviera en su lugar, escuché un ruido seco, un golpe sordo contra la puerta. Me congelé. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, girándome con rapidez hacia el origen del sonido.

Y entonces lo vi.

—Daniel. —La palabra se deslizó de mis labios casi como un susurro. Una plegaria, una advertencia, un recuerdo.

Allí estaba. Parado en el umbral, con los ojos inyectados de ira y el rostro descompuesto por una mezcla de rabia y alcohol. El olor a *whisky* llegó a mí incluso antes de que cruzara la entrada. Su caminar era tambaleante, pero su intención era firme. Ese tipo de firmeza que venía con el odio.

Su presencia me cortó la respiración. Cada parte de mí se tensó, como si estuviera frente a un depredador.

—¿Qué quieres, Daniel? —pregunté, obligando a mi voz a sonar más firme de lo que me sentía.

—¿Qué quiero? —repitió con una risa amarga, vacía— Quiero lo que me debes. Y lo voy a conseguir, aunque tenga que pasar por encima de ti… o de quien sea que se te haya metido en la cabeza.

Avanzó, y yo di un paso hacia atrás. La rabia que emanaba de su cuerpo era casi tangible. No era la primera vez que veía ese brillo en sus ojos, pero esta vez había algo más oscuro, algo que me hizo pensar que ni siquiera él se controlaba.

—Tu padre no va a poder protegerte. Ese viejo inútil ya no tiene el poder que crees —gruñó, acercándose más—. Y ese tipo, Gabriel… ¿Crees que va a salvarte? No sabe con quién está tratando. Te aseguro que, si sigue metiendo las narices, va a terminar peor que tú.

—No tengo nada que pagarte, Daniel. No te debo nada —dije con la poca firmeza que me quedaba. Mi cuerpo entero temblaba, pero no podía ceder. No otra vez.

—Claro que tienes. Me dejaste sin nada, ¿lo recuerdas? Después de todo lo que te di, todo lo que hice por ti. ¿Y así me lo pagas? ¿Con el divorcio y ese espectáculo de víctima? —gruñó, con la voz cada vez más elevada, más agresiva.

Su rostro se torció con desprecio, y me di cuenta de que no era solo ira lo que lo movía: era una necesidad de venganza. De hacerme pagar, no por algo que yo le debía, sino por el hecho de haberlo dejado. De haberle quitado el control.

—Ya basta, Daniel. Te pedí el divorcio porque me dejaste sin opciones. No me diste más que mentiras, control y soledad. Me quitaste años de vida. Me robaste —le espeté, clavando los ojos en los suyos—. No pienso ceder ante tus amenazas.

Él me miró con una sonrisa torcida, como si mis palabras fueran un desafío.

—Entonces prepárate —dijo, apretando los dientes, y su voz ya no era la de alguien dolido, era la de alguien listo para destruir—. Tienes hasta las ocho de la mañana para conseguir el dinero, o las consecuencias van a ser peores. Créeme, no querrás llegar a ese punto.

El golpe no vino en forma de puño, sino de palabras. Pero dolió igual. Me empujó con el hombro al pasar junto a mí, lo suficiente para hacerme perder

el equilibrio y tropezar contra una estantería.

Y entonces se fue. Se marchó como había llegado, dejando detrás de sí el olor agrio del alcohol y el miedo.

El silencio que quedó fue tan abrumador que solo entonces me di cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas caían sin control, y mi cuerpo temblaba sin que pudiera hacer nada por detenerlo. Me dejé caer en una silla junto a la ventana. Necesitaba pensar. Respirar. Pero no podía. Solo podía sentir el peso de su amenaza.

¿Qué debía hacer? ¿Pagarle y acabar con esto? ¿Vender todo, cerrar la *boutique*, desaparecer? ¿Huir?

Pero entonces escuché un sonido que rompió el silencio como una cuchillada: un vidrio estallando.

Mi corazón se detuvo por un segundo. Me levanté de golpe y corrí hacia la trastienda. El olor a humo me golpeó de inmediato, y mi mirada se dirigió a la ventana lateral, ahora hecha pedazos. A través de ella, vi las primeras lenguas de fuego levantándose como manos furiosas.

Alguien había lanzado una botella incendiaria. Mi grito fue instintivo, desesperado.

—¡¡No!!

Corrí a por el extintor, lo cogí con manos temblorosas y me lancé hacia el fuego. Pero no fue suficiente. El extintor solo lograba apagar pequeñas partes mientras el fuego se extendía como una criatura viva, hambrienta de todo lo que había construido. Las cortinas comenzaron a arder, los estantes de madera crujieron y las chispas se extendieron como si tuvieran voluntad propia.

Tosí. El humo comenzaba a llenar mis pulmones. Mis ojos ardían y sentí que el pánico me devoraba desde dentro. Me retiré hacia la trastienda, agarrando el teléfono con dedos torpes y marqué el número de Gabriel.

—Gabriel… —Mi voz era apenas un susurro—. Por favor… ayúdame… ¡Se está quemando todo! ¡Está todo ardiendo!

Mi cuerpo se encogió, como si así pudiera protegerme del miedo. Sentí el calor avanzar, escuché el crujir de la madera, el estallido de algo en la sala del fondo, y el miedo me rompió por completo. No era solo la *boutique*. Era mi vida. Mi esfuerzo. Mis sueños.

Y ahora se los estaban llevando las llamas.

Al igual que mi matrimonio, todo lo que había conseguido durante cinco años, todo lo que había logrado reconstruir desde que me divorcié, se rompía en pedazos. Se esfumaba ante mis ojos. Y el dolor que sentía se agudizaba con cada segundo que pasaba.

Me quedé en un rincón, sin poder hacer nada más que esperar. Esperar que alguien viniera a ayudarme. O la muerte. Eran mis únicas opciones en ese momento.

Y lloré. Lloré como cuando era una niña asustada, como cuando necesitaba el consuelo de mi padre. Y fue en él en quien pensé: en que ahora se quedaría solo, y que a mi madre poco le importaría si yo había muerto.

Diez minutos después, casi inconsciente por el humo, el ulular de las sirenas inundó la calle. Los bomberos llegaron como una ráfaga, y entre gritos, agua y humo, intentaron salvar lo que quedaba.

Gabriel apareció antes que ellos, y cuando me encontró, su expresión fue puro terror… y furia contenida.

—Estoy aquí —dijo, arrodillándome a mi lado—. Ya estoy aquí.

Me envolvió en sus brazos, protegiéndome con un silencio desesperado. Sentí cómo me sostenía. Cómo temblaba también.

Y con ese sencillo gesto, supe que aún estaba viva.

Capítulo 36



Gabriel

Había estado en una reunión interminable durante horas. A pesar de la alta dirección, de las decisiones cruciales y de los números en los que mi mente solía perderse sin descanso, mi pensamiento nunca se alejaba de Alicia. Sabía que esos días para ella habían sido difíciles, pero no imaginaba que llegaríamos a este punto tan pronto.

Fui a servirme una copa con mi mente aún nublada por la angustia que sentía por ella, y apenas había comenzado a caminar por el pasillo cuando el teléfono vibró en mi bolsillo. Un suspiro se escapó de mis labios antes incluso de sacarlo. Alicia. Era ella.

Con una mezcla de alivio y ansiedad, descolgué al instante.

—¿Alicia? —dije, sin poder evitar que mi voz temblara ligeramente. No podía concebir que todo lo que había imaginado en mis peores pesadillas pudiera estar ocurriendo.

—Gabriel… —Su voz sonó ahogada, como si las palabras se estuvieran ahogando en su garganta. El miedo en su tono era palpable, y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunté, apresurándome a caminar por el pasillo. La urgencia de la llamada me tenía en vilo.

—Por favor… ayúdame… ¡Se está quemando todo! ¡Está todo ardiendo!

El sonido de su llanto me paralizó por un momento. No me dio tiempo para pensar. Mis pensamientos se congelaron y el pánico me invadió.

—Voy para allá ahora mismo. No te muevas, Alicia.

No recordaba si colgué el teléfono o si ella lo hizo, pero sin pensarlo, corrí hacia la calle para coger el coche. Mis pasos resonaban fuertemente en mis oídos, mis manos temblaban mientras buscaba las llaves del coche. El dolor en mi pecho era casi insoportable. No podía perderla, no podía dejar que todo se destruyera por completo.

El coche arrancó con un rugido y, en cuestión de segundos, estaba conduciendo, mis ojos fijos en el camino y mi mente desbordada por las imágenes de la *boutique* en llamas. Todo por lo que ella había trabajado, todo lo que había construido, se desmoronaba ante mis ojos, y yo no podía permitir que eso sucediera. No podía dejar que el miedo y la desesperación se apoderaran de ella de nuevo.

Mi respiración se volvió errática mientras aceleraba el coche. Solo pensaba en llegar a su lado, en asegurarme de que estuviera a salvo. Sabía que, si algo le pasaba a ella, no podría perdonármelo. Era más que solo el fuego. Era lo que representaba para ella, lo que había construido con esfuerzo, lo que ya había perdido antes. No podía dejar que se desmoronara todo.

Pensaba en sus palabras, en cómo había sonado su voz, cómo el miedo había calado hondo en cada sílaba. Todo lo que tenía. ¿Era eso lo que perdía ahora? ¿Su trabajo, sus sueños, su esfuerzo?

Finalmente, tras lo que parecieron horas, llegué a la *boutique*. La calle estaba iluminada por las llamas que devoraban la parte trasera del edificio, y el aire estaba cargado con el olor acre de la combustión. Los bomberos ya

estaban en el lugar, pero la escena era aterradora. La *boutique*, el lugar que había sido su refugio, su orgullo, estaba siendo arrasado.

Corrí. Me lancé fuera del coche sin ni siquiera cerrar la puerta. Mi corazón se detuvo por un instante al ver las llamas devorando la *boutique* y sabiendo que ella estaba dentro.

Llegué a la entrada gritando su nombre.

—¡Alicia!

El humo me golpeó de lleno al empujar la puerta, y sin pensarlo, me agaché y entré, sintiendo que mis pulmones ardían.

La encontré encogida en un rincón, cerca de la trastienda. No sé si me escuchó o simplemente me sintió llegar. Su cuerpo temblaba como una hoja.

—Estoy aquí —le dije, arrodillándome a su lado—. Ya estoy aquí.

La rodeé con mis brazos, con urgencia, con miedo, tratando de sacarla de aquel infierno. Mientras la sostenía, cubiertos de hollín y miedo, comprendí que lo único que realmente importaba era que seguía viva.

Una vez fuera, la senté en el bordillo, lejos del fuego, y me arrodillé frente a ella. Sus ojos, vacíos y aterrados, no lograban enfocarme.

—Alicia, por favor… —dije, abrazándola, aunque mis manos temblaban tanto como las suyas—. Estoy aquí. No pasa nada. Lo vamos a arreglar, lo prometo.

Ella levantó la vista, como si recién notara que yo estaba ahí, y una nueva oleada de llanto la invadió. La abracé con fuerza, buscando consuelo

también en mis propios brazos. Sentí su cuerpo temblar contra el mío y, por un momento, el mundo desapareció. Solo existíamos ella y yo.

—No sé qué hacer, Gabriel —dijo entre sollozos—. Todo lo que he trabajado… lo he perdido todo.

No sabía cómo consolarla, no sabía qué decir. Las palabras me fallaban, y todo lo que quería hacer era protegerla, alejarla de todo ese sufrimiento.

—Te prometo que esto no va a quedar así —dije con firmeza, tomando su rostro entre mis manos—. No vas a perderlo todo. Lo resolveremos juntos.

Ella intentó apartarse de mí, pero la mantuve cerca. Sabía que lo que más necesitaba en ese momento era saber que no estaba sola, que alguien estaba dispuesto a luchar por ella, que no iba a enfrentarse a la tormenta por su cuenta.

A lo lejos, vi a los bomberos acercarse a la *boutique* para dar más instrucciones. Ellos tenían el control del incendio, pero en mi mente solo había un pensamiento: ¿quién había hecho esto?

—¿Quién ha sido, Alicia? —pregunté, aunque ya lo sabía. Sabía que todo esto tenía que ver con Daniel.

—Él… ha sido él, Gabriel —dijo entre sollozos—. Ha sido Daniel.

El aire se volvió aún más denso. Ya no solo era el fuego, no solo era la amenaza. Era Daniel, esa sombra que siempre acechaba su vida, que no la dejaba respirar en paz.

—Lo vamos a resolver, te lo prometo. —Le acaricié el cabello y la besé suavemente en la frente—. Voy a protegerte, no te preocupes. Voy a arreglar esto.

Ella levantó la vista, sus ojos llenos de angustia, y me miró profundamente. Vi en su mirada toda la vulnerabilidad que tanto había intentado ocultar. Y entonces supe que esto era más grande que yo. Pero no iba a rendirme. No iba a dejar que Daniel siguiera controlando su vida.

A partir de ese momento, algo cambió. Ya no era solo por ella. Era por mí también. No podía perderla. No podía dejar que se desmoronara todo lo que habíamos construido juntos. La última palabra que iba a decir Daniel sería la de su derrota.

—Vamos a acabar con esto, Alicia. Lo prometo.

Y mientras la rodeaba con mis brazos, la única certeza que tenía era que no dejaría que Daniel destruyera lo que amaba. Ni a ella, ni a lo que teníamos.

Esa noche no íbamos a dormir. Por lo pronto la llevaban al hospital para hacerle un chequeo y ponerle oxígeno, y después vendría todo el trámite policial: declaraciones, denuncias, formularios. El incendio sería investigado, pero todos sabíamos quién estaba detrás.

Alicia me dio el móvil y me pidió que avisara a su padre. Asentí y marqué su número. En cuanto escuchó mi voz, su tono pasó de tranquilo, a sumamente preocupado. Le pedí que se calmara y le conté lo ocurrido. Colgó después de decirme que iba hacia el hospital también.

Las llamas lo estaban devorando todo, el fuego iluminaba la calle y el dolor que había en los ojos de Alicia se me clavaba en el pecho como una puñalada. No quería verla así, quería ver su preciosa sonrisa, quería ver ese brillo de felicidad que la caracterizaba.

Y aunque me costara, iba a hacer que lo recuperara. Porque no merecía seguir sufriendo por alguien que ya le había hecho demasiado daño en el pasado. Merecía ser feliz, vivir tranquila y con la calma que había tenido hasta ahora.

Capítulo 37



Alicia

El olor a humo seguía en mi ropa, en mi pelo, en mi piel. Lo notaba en la garganta cada vez que respiraba. Aunque estaba tumbada en la cama blanca del hospital, cubierta con una manta ligera y con oxígeno en la nariz, aún sentía el calor del fuego cerca. Como si las llamas siguieran acechando en algún rincón de mi cuerpo.

Habían pasado solo unas horas desde que Gabriel llegó y los bomberos consiguieron controlar el incendio. La trastienda quedó hecha cenizas. La parte frontal de la *boutique*, aunque no se quemó por completo, había sufrido daños estructurales graves. Pero lo que realmente dolía no eran las pérdidas materiales, sino la sensación de haber estado al borde de la muerte. Y que, si no hubiera sido por Gabriel, probablemente ahora estaría en una morgue, y no en una cama de hospital.

Lo miré desde donde estaba, sentado junto a la ventana, de espaldas a mí. Hablaba por teléfono en voz baja, pero con tono firme. Conocía esa expresión. La había visto cuando hablaba de negocios importantes. Pero ahora no estaba hablando de dinero. Estaba hablando de mí. De lo que me habían hecho.

—Sí, Iker. Está fuera de peligro, pero el médico ha dicho que necesita reposo. Sí. No, no se lo voy a permitir. No después de esto.

Mi pecho se comprimió. No sabía cómo procesar la mezcla de emociones que me invadían: el miedo, la rabia, la culpa. Pero también esa extraña calidez que sentía cada vez que él me hablaba con esa protección que parecía envolverme entera.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y me incorporé como pude al escuchar esa voz inconfundible.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Voy a matarlo! —bramó mi padre al entrar, visiblemente alterado. Llevaba una chaqueta mal puesta, el rostro enrojecido y las manos cerradas en puños.

—Papá —susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

Gabriel se levantó de inmediato, colgó la llamada y se acercó a él con calma.

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese desgraciado? ¿Cómo se atrevió a hacerte esto, hija? ¡Prender fuego a tu negocio contigo dentro! ¡Estuviste a punto de morir! —Se volvió hacia mí con una mezcla de angustia y furia que solo un padre podía sentir—. Esto no lo puedo dejar pasar. ¡No lo voy a dejar pasar!

—Papá, por favor. —Intenté incorporarme más, pero el dolor en el pecho me hizo desistir. Tosí, una tos seca y áspera que me recordó la cantidad de humo que había inhalado—. Estoy bien. Estoy viva. No ha pasado nada porque Gabriel llegó a tiempo. Estoy bien. No hagas ninguna locura.

Mi padre resopló, pero se acercó y me acarició la cabeza con manos temblorosas.

—¿Te parece poco lo que ha hecho? Esto no es solo una amenaza, Alicia. Esto es un intento de asesinato.

—Y por eso va a pagar —intervino Gabriel, con voz serena pero cargada de firmeza—. He hablado con la policía. Están buscando a Daniel y a los tres hombres que fueron a la *boutique*. Los identificaron por cámaras de seguridad cercanas al local. Van a encontrarlos. Y esta vez, no solo se trata de amenazas. Van a detenerlos por intento de asesinato.

El silencio que siguió fue denso, pesado. Mi padre no dijo nada, pero sus ojos decían todo. Quería justicia. Quería venganza. Y aunque yo no podía culparlo, tampoco quería que esto terminara con más violencia.

Gabriel volvió a sentarse junto a mi cama y me cogió de la mano. La apretó con suavidad, y sentí cómo mi respiración se estabilizaba poco a poco.

Entonces, la puerta volvió a abrirse, esta vez con un golpe más suave. Era el médico que me había estado revisando desde que llegué. Llevaba en la mano una carpeta y una expresión un tanto tensa.

—Buenas noches —saludó con amabilidad—. Disculpen la hora, pero queríamos hablar con usted lo antes posible.

Los tres nos quedamos en silencio. Algo en su mirada me puso alerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi padre, alzando la voz— ¿Hay algún problema grave?

El médico frunció el ceño antes de hablar.

—No exactamente. Hemos recibido los resultados de los análisis de sangre de la señorita Alicia. Y hay algo que no sé si usted ya sabía. —Me miró directamente, y sentí cómo el corazón se saltaba un latido—. Está embarazada.

Mi mundo se detuvo al escuchar esas dos palabras.

Durante un instante, no supe si había escuchado bien. Me quedé completamente inmóvil, con la mirada fija en el médico. Sentí cómo Gabriel, a mi lado, apretaba un poco más mi mano. Y cuando lo miré, su rostro era pura sorpresa.

No supe qué decir. Ni siquiera estaba segura de cómo sentirme. ¿Cómo era posible? No lo habíamos buscado. No lo habíamos planeado. Y ahora, en medio del caos, de las amenazas, del incendio, aparecía esto.

Una vida dentro de mí.

—Gabriel —comencé a decir, con voz temblorosa—. No lo sabía. Te juro que no lo sabía. No lo busqué, no fue…

—Shhh —me interrumpió, con una sonrisa suave. Se inclinó hacia mí, me rodeó con sus brazos y me abrazó con tanta ternura que sentí cómo todo el peso del mundo se deshacía sobre mi pecho—. No digas nada.

Me besó. Y fue un beso largo, cálido, lleno de algo nuevo, algo que nunca antes había sentido de él.

—Te amo, Alicia —lo dijo en un susurro, apenas audible, pero lo dijo. Y mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.

—¿No estás enfadado? —pregunté, con un hilo de voz, incapaz de sostener la mirada.

—Sí —respondió, con una media sonrisa—. Pero con tu ex, porque casi me quita a la mujer que amo y al hijo que vamos a tener.

No pude contenerme más. Rompí a llorar, pero no de miedo ni de angustia esta vez. Lloré de alivio, de amor, de vértigo. Gabriel volvió a abrazarme, y por primera vez en muchos días, me sentí a salvo.

Cuando nos separamos, mi padre nos miraba con una mezcla de emociones tan complejas que no sabría cómo nombrarlas. Pero había orgullo en su expresión, eso lo supe enseguida. Y rabia. Una rabia contenida.

—Ahora sí —dijo, clavando los ojos en el suelo, como si pudiera ver a Daniel entre las baldosas—. Ahora sí va a pagar por lo que ha hecho.

Yo no dije nada. Solo cogí la mano de Gabriel entre las mías. No sabía cómo sería el mañana, ni cómo íbamos a enfrentarnos a lo que aún quedaba. Pero tenía claro algo: no volvería a tener miedo.

Gabriel seguía sujetando mi mano mientras el médico nos dejaba a solas en la habitación. Mi padre, de pie, caminaba de un lado a otro, murmurando cosas entre dientes. Apenas podía seguir el hilo de sus palabras, pero sabía que estaba conteniéndose, que la rabia seguía a punto de estallar dentro de él como una bomba mal armada. Pero ya no tenía energía para pedirle que se calmara. Ahora mismo, todo lo que podía hacer era aferrarme a esa mano cálida que me sostenía.

—¿Estás segura de que no sabías nada? —preguntó Gabriel en voz baja.

Lo miré a los ojos. No había reproche en su tono, solo una curiosidad sincera. Y quizá, también, un poco de miedo.

—No lo sabía —le respondí con firmeza—. He estado tan ocupada, tan tensa… que ni me di cuenta de que llevaba tiempo sin el periodo. Y pensé que los mareos, el cansancio, eran por el estrés.

Asintió, pensativo, como si esas palabras le hicieran encajar un rompecabezas en la cabeza. Me acarició los nudillos con el pulgar.

—Supongo que no hay manual para esto, ¿no?

—No —respondí, con una sonrisa temblorosa—. Pero si alguien me hubiera preguntado hace un mes, si quería ser madre… no sé qué habría respondido.

—¿Y ahora?

Me detuve un segundo, tragando saliva. Mi mano tembló en la suya. Pero luego lo miré a los ojos, esos ojos que, a pesar de todo, seguían llenos de ternura incluso después de las cenizas.

—Ahora… tengo miedo. Pero también tengo esperanza.

Gabriel sonrió. Esa sonrisa suya que a veces me desesperaba de tan segura que era, pero que esta vez se sentía como un refugio. Se inclinó hacia mí y besó mi frente con suavidad.

—No vamos a estar solos en esto.

—¿No te parece una locura?

—Lo es —respondió sin dudar—. Pero quiero esta locura contigo.

Mi padre carraspeó, claramente incómodo con la escena, aunque algo más relajado ahora. Se acercó de nuevo a la cama, me acomodó la almohada con torpeza y me pasó una botella de agua de la mesa auxiliar.

—Voy a ir a hablar con los abogados —dijo, con esa voz áspera que tenía cuando estaba decidido—. No voy a dejar que Daniel se salga con la suya. Ha cruzado una línea que no se perdona. Y si hace falta, arruinaré su vida como él ha intentado arruinar la tuya.

—Papá, por favor, no quiero más violencia.

—No será violencia, será justicia —respondió, con un tono que no admitía discusión.

Asentí, aunque en mi interior algo seguía apretándome el estómago. Porque conocía a Daniel. Y también sabía que un hombre desesperado y sin escrúpulos podía convertirse en una amenaza imprevisible.

Cuando mi padre salió de la habitación, Gabriel me ayudó a incorporarme un poco más. Me sostuvo la botella de agua, me colocó bien las sábanas. Y luego se quedó allí, sentado a mi lado, en silencio. No necesitábamos hablar.

Horas más tarde, ya de madrugada, me desperté con el leve golpeteo de la puerta. Era Laura.

Venía con una bolsa en la mano, ojeras marcadas y el gesto lleno de preocupación.

—Dios mío, Alicia —susurró, y se acercó a abrazarme con cuidado—. Cuando me llamó tu padre, casi me dio un infarto.

—Estoy bien —respondí, con voz ronca—. O todo lo bien que se puede estar después de que tu vida arda literalmente.

Laura me miró con una mezcla de tristeza y ternura, luego giró la cabeza hacia Gabriel.

—Gracias —le dijo con seriedad—. Por salvarla.

—No podía no hacerlo —respondió él, y esa simple frase me estrujó el corazón.

Laura se sentó junto a mí, dejó la bolsa sobre la silla y sacó unas medias, un neceser pequeño y un libro de tapas blandas.

—Te he traído un kit de supervivencia emocional —dijo—. Y unas cosas limpias para cuando te den el alta.

Sonreí, intentando no llorar otra vez.

—¿Y Paula? —pregunté.

—Está con mi madre. Cuando le dije que estabas en el hospital, quiso venir a traerte una de sus camisetas recicladas para animarte. Te la mandaré por foto.

Sacó el móvil y me enseñó una imagen de una camiseta rosa claro con retales de encaje y una frase bordada: *«Resistir también es crear»*.

—Dios, voy a hacerla mi jefa creativa en unos años —bromeé, con la voz algo llorosa por la emoción.

Laura sonrió, pero su rostro se volvió más serio.

—¿Y Daniel? ¿Dónde está?

—La policía lo está buscando —intervino Gabriel—. Y a los hombres que estuvieron con él. No se trata solo de amenazas. Esto ha sido un intento de asesinato.

Laura se quedó en silencio, mirando al suelo.

—¿Crees que es capaz de ir más allá?

—Ya lo ha hecho —dije, sin dudar—. Y eso es lo que más miedo me da.

Gabriel me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él.

—No estás sola. Esta vez no. Y no voy a dejar que vuelva a tocarte ni a ti, ni al bebé.

Laura nos miró y abrió mucho los ojos.

—¿El… qué?

La miré con una sonrisa pequeña.

—Estoy embarazada, Laura.

—¡No jodas! —gritó bajito, llevándose las manos a la boca— ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Me he enterado hoy, hace apenas unas horas —dije, medio riendo—. Fue el médico quien me lo dijo. Como si no hubiera suficiente drama en mi vida.

Laura se rio, pero luego me miró con ojos brillantes.

—Vas a ser una madre maravillosa, Alicia. Y ese bebé va a tener la suerte de tenerte, de teneros. —Miró a Gabriel, quien asintió con un gesto humilde.

—Gracias —le dije—. Por venir, por estar.

—¿Y crees que me iba a quedar en casa? —Laura se levantó—. Voy a ayudarte con todo. No estás sola, ¿entendido?

Asentí, y cuando Laura se despidió, con la promesa de volver al día siguiente, sentí que al menos algo de luz se filtraba entre las grietas de esta historia.

Poco después, cuando el hospital quedó en silencio, Gabriel se sentó junto a mi cama y me acarició el cabello.

—¿Tienes miedo?

—Sí —admití—. Mucho. Por lo que viene. Por lo que aún no hemos enfrentado.

—¿Y confías en mí?

—Más de lo que imaginas.

Se inclinó sobre mí y sus labios quedaron solo a centímetros de los míos.

—Entonces no tienes nada que temer, Alicia. Porque no voy a dejarte caer.

Y cuando me besó, sentí que, a pesar de todo, seguía viva. Seguía aquí. Respirando entre cenizas. Pero más fuerte que nunca.

Capítulo 38



Gabriel

Nunca había tenido una paciencia particular para las trampas. Me gustaba resolver los problemas de frente, con claridad, con hechos. Pero había algo en este asunto con Daniel que me exigía otra estrategia. No solo por Alicia, sino por todo lo que se había roto y lo que aún podía destruirse.

Estaba sentado en el coche, esperando. El reloj marcaba las siete y diez. Daniel llegaría pronto.

Había accedido a mi «oferta» con una rapidez insultante. Tan solo una llamada fue suficiente. Le dije que estaba dispuesto a pagarle el dinero que quería. Le aseguré que lo haría con tal de que desapareciera para siempre. Que, si de verdad alguna vez había amado a Alicia, la dejaría en paz.

Mentí con calma, como se mentían los hombres que habían sido heridos y habían aprendido a usar las palabras como escudos.

Iker estaba cerca, en otro coche, junto con dos policías vestidos de paisano. Habían montado el operativo con rapidez. Cuando les expliqué lo que sabíamos —el incendio, las amenazas, los implicados— no dudaron ni un segundo. La conversación grabada con Alicia, su testimonio, la bolsa con el dinero marcada… todo estaba listo.

Solo faltaba una pieza clave en este tablero.

Y, puntual, como un ladrón cobarde, Daniel apareció.

Vestía una cazadora de cuero ajada, vaqueros oscuros y un rostro marcado por la noche y el *whisky*. Lo vi acercarse al banco del parque donde habíamos quedado. Tenía esa sonrisa arrogante que tanto odiaba, esa forma de mirar como si todos fuéramos peones en su partida.

Me bajé del coche con la bolsa en la mano.

—¿Lo traes? —preguntó sin saludar.

—Aquí está —dije, mostrándole la bolsa. Billetes contados, rotulados. La policía ya había registrado el contenido y marcado los billetes para el operativo—. Pero antes quiero que me escuches.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Soltó una carcajada burlona.

—Porque después de hoy no vas a volver a ver a Alicia en tu vida. Y quiero que te quede claro por qué.

Daniel ladeó la cabeza, como si mis palabras le hicieran gracia.

—¿Y tú crees que ella quiere que me aleje? —Rio—. ¿Sabes cuántas veces me ha rogado que volviera? ¿Cuántas veces se ha arrepentido de dejarme?

Me limité a mirarlo, sin pestañear. Sabía que mentía. Sabía que quería hacerme dudar.

—No tienes ni idea de quién es en realidad. Te piensa usar, como usó a todos. Se acuesta contigo porque hueles a poder y dinero, Gabriel. Pero cuando lo pierdas, si lo pierdes, ya verás cómo se va. Se va como la perra que es.

Fue el tono. La forma en que lo dijo. No solo las palabras. Fue el odio con el que las escupió. Y eso fue suficiente.

Di un paso al frente. Estaba a punto de responder cuando él extendió la mano para coger la bolsa. En ese momento, dos agentes aparecieron por detrás, rápido y preciso.

—Policía. Está usted detenido —dijo uno, sujetándole el brazo.

Daniel se giró, con el rostro desencajado.

—¿Qué coño…? ¡¿Qué está pasando aquí?! —gritó mientras lo esposaban.

—Está detenido por amenazas, extorsión e intento de asesinato —respondió el otro con calma.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Tú me has tendido una trampa! —me gritó Daniel— ¡Maldito millonario de mierda! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Y de esa zorra! ¡Ojalá os muráis los dos!

Me acerqué, sin prisa, y le solté un puñetazo directo en la cara.

Nadie me detuvo. Uno de los policías fingió mirar hacia otro lado. Daniel cayó de rodillas un segundo, escupiendo sangre.

—¡Me ha pegado! ¡Eso no puede hacerlo! ¡Lo voy a denunciar! —gritó como un niño acorralado.

El agente que estaba detrás de él encogió los hombros.

—Nosotros no hemos visto nada.

Me agaché a su altura. Su rostro estaba rojo de rabia y de dolor, y tenía los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

—No vuelvas a hablar jamás de la madre de mi hijo —le dije con frialdad y lo vi palidecer. Su boca se entreabrió como si no pudiera procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. —Me incorporé, mirando directamente a los ojos del agente—. Además de por amenazas e intento de asesinato a Alicia, vas a pasar mucho tiempo en la cárcel por intentar asesinar a nuestro hijo.

Daniel se quedó paralizado, sin palabras. Por primera vez, su boca no encontró insulto, no encontró argumento.

—Llévenselo —dije, y así lo hicieron.

Vi cómo lo empujaban dentro del coche patrulla, aún forcejeando, aún soltando insultos al aire. Pero ya nadie le prestaba atención.

El sol empezaba a caer en el horizonte cuando Iker apareció a mi lado, con esa expresión suya entre seria y burlona.

—Y tú que viniste a pasar unos días de desconexión y descanso en Jerez —dijo, dándome una palmada en la espalda—. Has vivido una aventura digna de película.

Reí por primera vez en días. Una risa breve, incrédula, pero honesta.

—Supongo que tengo un talento especial para encontrar el caos.

—O el amor —añadió, mirando el coche patrulla alejarse—. Felicidades, Gabriel. Vas a ser padre. Y lo vas a hacer bien, estoy seguro.

—Eso espero —murmuré.

Me quedé mirando la calle vacía. Pensando en Alicia. En el bebé. En la vida que ahora se abría ante nosotros. El pasado acababa de cerrar una puerta violenta, sucia, pero necesaria. Y ahora, por fin, era hora de empezar de verdad.

La llamada con Alicia esa noche fue breve. Ninguno de los dos tenía palabras suficientes.

—¿Está hecho? —preguntó con un susurro.

—Sí —respondí, mientras me sentaba en el sofá de la casa que aún tenía alquilada. El viento de la noche era cálido, pero me atravesaba como cuchillas.

—¿Está detenido?

—Lo está. Y no saldrá pronto.

—No sé cómo agradecerte todo esto —dijo ella. Sonaba agotada. Como si, de pronto, su cuerpo se hubiese permitido descansar tras semanas de tensión contenida.

—No tienes que agradecerme nada. Nadie que ame de verdad a alguien permitiría que viviera con miedo.

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio largo e intenso.

—Tengo miedo, Gabriel. A veces pienso que nunca voy a estar realmente libre. Que Daniel aparecerá otra vez. Que la sombra que dejó no se va a ir nunca.

—Yo también tengo miedo. Pero ahora no estás sola. No lo vas a estar más.

—¿Y si fallo como madre? ¿Y si no sé proteger a nuestro hijo?

—Entonces fallaremos juntos. Y aprenderemos juntos.

El silencio volvió. Pero era distinto. Más cálido. Como si las palabras, al fin, hubieran comenzado a sanar lo que el miedo había roto.

—Te amo, Gabriel —susurró.

—Y yo a ti.

A la mañana siguiente, fui a ver a Iker antes de volver a Madrid. Me esperaba en la comisaría, con café y esa sonrisa suya, que siempre parecía esconder algo.

—¿Ya te vas?

—Ya me voy. Hay demasiadas cosas que resolver allí. Pero volveré. Esta ciudad ya no es solo un sitio más en el mapa. Y aquí están mi mujer y mi hijo.

—Te lo dije. Jerez tiene un modo extraño de quedarse contigo. Como un vino que no puedes olvidar.

Reí. Le di la mano y luego lo abracé. Habíamos pasado por demasiado juntos.

—Gracias por todo, Iker. No sé qué habría hecho sin ti.

—Cuidar de tus amigos es lo que hace un buen hombre. Pero cuidar de tu familia… eso es lo que te hace un verdadero padre.

Sus palabras se me quedaron grabadas. Eran simples, pero tenían el peso de una verdad innegociable.

El trayecto de regreso fue tranquilo. Aun con todo lo vivido, sentía una paz que no recordaba haber experimentado en años. Por primera vez en mucho tiempo, no corría. No huía.

Tenía un par de reuniones al día siguiente; no quería alejarme de Alicia, pero el deber me reclamaba.

Además, había alguien esperándome en Madrid, esa mujer que me dio la vida y que, cuando supiera lo que tenía que contarle, lloraría de alegría.

Mi estancia en Madrid fue breve, llena de trabajo y algo de caos, pero breve. Mi madre no dudó en decir que vendría a Jerez para conocer a la madre de su nieto, así que hizo una maleta y quedé en recogerla antes de irme.

Esa mañana de mi regreso pasé por la clínica donde Alicia se hacía las revisiones ginecológicas y donde quería que llevasen todo el proceso, así que pedí cita para ella y que pudiera hacerse allí la primera ecografía. Yo quería estar ahí. Quería ver a nuestro hijo crecer desde el principio.

Cuando entré en la habitación del hospital donde aún estaba recuperándose, puesto que había inhalado demasiado humo, la encontré dormida con ambas manos sobre su vientre de manera protectora, cuidando de la nueva vida que albergaba. Y fue ahí cuando supe que todo, absolutamente todo, había valido la pena.

Me acerqué sin hacer ruido. Me senté a su lado y acaricié su mejilla con la yema de los dedos.

Alicia abrió los ojos. Sonrió. Y por fin, el mundo se detuvo.

—Hola —susurró.

—Hola, mi amor.

No dijimos nada más. No hacía falta. Habíamos sobrevivido. Ahora, al fin, nos tocaba vivir.

Sonreímos sin apartarnos la mirada, me incliné y besé sus labios mientras llevaba mi mano sobre su vientre. Alicia la sostuvo y en ese instante mi corazón latió con fuerza al saber que, ahora sí, tenía mi propia familia.

Hoy no era solo un día más. Desde que Alicia me dijo que estaba embarazada, mi cabeza había sido un torbellino de emociones, pero la llegada de mi madre a Jerez lo removía todo aún más.

Ella no había pisado el sur desde hacía años, y no porque no quisiera, sino porque siempre dijo que «no tenía a quién visitar». Eso había cambiado. Y ella venía emocionada por conocer a la chica de los pañuelos, como la llamaba desde que le hablé de ella por primera vez.

—¿Está nerviosa? —me preguntó Alicia, sonriendo mientras se arreglaba el pelo, aún recostada en la cama.

—¿Mi madre? —respondí, ajustando mi camisa— Emocionada. Y probablemente armada con cien preguntas y el radar afectivo a pleno rendimiento.

—Perfecto —dijo, mirándome—. Yo también tengo mil cosas que preguntarle.

—Por favor, no la asustes —bromeé.

Alicia se echó a reír justo cuando llamaron a la puerta. Poco después, esta se abrió.

Ahí estaba Teresa, mi madre, con un vestido azul claro, el pelo recogido con elegancia y los ojos llenos de lágrimas incluso antes de abrazarme.

—¡Ay, mi niño! —dijo, lanzándose a mis brazos.

—Hola, mamá.

—¿Dónde está? ¿Dónde está esa chica de los pañuelos que ha conseguido devolverte a la vida?

—Soy yo —dijo Alicia, sonriendo con dulzura desde la cama.

Mi madre la miró como si estuviera viendo un milagro.

—Eres preciosa. Y estás embarazada… —dijo con voz entrecortada— ¡Voy a ser abuela!

Y entonces la abrazó. Alicia, sorprendida, la rodeó con los brazos, mientras mi madre rompía a llorar.

—Gracias… —le susurró— Gracias por devolverle la alegría a mi hijo. Lo vi roto durante tanto tiempo… Y ahora míralo, se ríe. Y hasta se afeita.

—Solo lo justo —protesté desde atrás, divertido.

—Ha vuelto a vivir por ti —añadió mi madre, besando a Alicia en la mejilla.

—Y yo por él —respondió ella con una sinceridad que me atravesó.

En ese momento, llegó el padre de Alicia, Juan.

—¿Interrumpo?

—Para nada —dijo mi madre, dándole dos besos con espontaneidad—. Usted debe de ser el guapo padre de Alicia.

Él se rio, un poco incómodo.

—Me temo que sí. ¿Y usted es…?

—La madre del afortunado —respondió ella, mirándome de reojo con orgullo—. Y no se lo tome como atrevimiento, pero este bebé va a tener un abuelo muy guapo… y atractivo.

Alicia se llevó la mano a la boca para aguantar la risa. Juan, a pesar de sus años, se sonrojó visiblemente.

—Bueno… su abuela tampoco se queda atrás.

Las risas fueron inevitables. Alicia me miró en ese momento, y yo le devolví la mirada. Sabíamos exactamente lo que el otro estaba pensando.

—¿Están… tonteando? —susurré.

—¿Nuestros padres? —respondió ella con una sonrisa traviesa— Parece que sí.

Nos sentamos todos a tomar un café que mi madre había traído en un termo. «Del bueno, no esa cosa aguada del hospital», según sus palabras. Hablamos de todo: del embarazo, del incendio, del arresto de Daniel.

—Ese hombre… va a pudrirse donde merece —dijo mi madre, cruzando los brazos.

—Eso espero —añadió Juan, más serio—. Porque si se atreve a volver a acercarse a mi hija…

—No va a hacerlo —interrumpí, sereno pero firme.

Hubo un momento de silencio. Después, mi madre lo rompió con una pregunta inesperada.

—¿Y la *boutique*? ¿Qué vais a hacer?

Alicia bajó un poco la mirada, pero antes de que respondiera, cogí su mano con suavidad.

—Ya me estoy encargando —dije—. Tengo a un equipo trabajando en la remodelación. Conservaremos su esencia, pero la haremos más segura, más moderna. Para que pueda volver a abrir pronto.

Alicia me apretó la mano, sin decir nada. Su mirada lo decía todo.

—¿Y dónde pensáis vivir? —preguntó Juan, entonces, directo— ¿En Madrid o aquí?

Alicia apartó la vista, incómoda. Yo lo noté. Todos lo notamos. Así que respondí sin rodeos.

—He estado pensando en comprar la casa donde me he quedado estos días. Y aunque la sede de mi empresa está en Madrid, voy a abrir una segunda sede aquí en Jerez. Este es el lugar donde quiero estar. Con ella. Con mi hijo.

Alicia me miró, y sus ojos brillaban. Mi madre se llevó una mano al pecho.

—Entonces yo también me vengo —dijo—. Me buscas una casita cerca, aunque sea chiquita. Quiero estar aquí para ayudar con el bebé, para cuidaros. No me quiero perder nada.

—Gracias, Teresa —susurró Alicia, abrazándola de nuevo.

—¡No me llames Teresa! Llámame, mamá. Si no, me ofendo —bromeó.

Juan se levantó entonces, acomodándose la corbata.

—Si te parece, Teresa, podríamos ir a ver unas casas. Conozco a un buen amigo que trabaja en una inmobiliaria. Te lleva, te enseña, y ya decides.

—¿Me está invitando a una cita? —respondió mi madre, con picardía.

—Depende… ¿Acepta?

—Acepto —dijo, y salieron de la habitación entre risas.

Cuando nos quedamos solos, Alicia y yo nos acomodamos juntos en la cama. Ella se acurrucó contra mí, con la cabeza en mi pecho.

—¿Has visto cómo se miraban? —dije.

—Los he visto —sonrió—. Gabriel… creo que nuestros padres están empezando una historia.

—Sí —asentí—. Y tengo la sospecha de que será una buena historia.

Ella levantó la mirada hacia mí, con una media sonrisa.

—¿Y qué hacemos nosotros si ellos acaban juntos? Técnicamente… seríamos hermanastros.

Me eché a reír, atrapándola entre mis brazos.

—Por ti cometería ese pecado sin pestañear —le susurré—. Porque te amo. Te amo como nunca pensé que podría volver a amar.

Me besó entonces. Un beso lento, profundo, lleno de esa mezcla de amor y deseo que solo se encontraba cuando el miedo había desaparecido.

—¿Crees que seremos buenos padres? —preguntó, y noté el miedo en su voz, así que la abracé más fuerte.

—Seremos los mejores. Porque amaremos a ese niño como lo que es: la prueba de que el amor puede sobrevivir incluso al fuego.

Epílogo



Tres años después…

Alicia

Ya habían pasado tres años, y a veces me costaba creerlo.

Miraba a Lucía, nuestra hija, mientras jugaba en el jardín con ese vestido amarillo que tanto le gustaba. Tenía una risa que parecía música, de esa que limpiaba por dentro, que arrancaba la tristeza sin pedir permiso.

Era una niña risueña, cariñosa hasta el desborde. Se abrazaba a todos, incluso a las flores. A veces la veía acariciar los pétalos y decirles «hola», como si fueran amigas. Y tal vez lo fuesen. En su mundo, todo era posible. Y eso, en parte, me lo había enseñado ella.

Desde que nació, yo era otra. Más fuerte. Más vulnerable también. Pero con raíces. Como si, al fin, perteneciera a algo. A alguien.

Gabriel había abierto una segunda sede de su empresa unos meses después de que salí del hospital después del incendio. Trabajó mucho, sin descanso, pero siempre estaba en casa antes de que anocheciera. Siempre. Lo prometió y lo cumplió. No se perdió una sola cena, ni un baño con Lucía, ni una noche a mi lado.

Nos habíamos mudado juntos a la casa que él compró: con ventanales enormes, mucha luz y una terraza que daba al campo. Allí tomábamos café los domingos, a veces en silencio, a veces hablando de todo. Yo vendí mi antiguo piso, ese lugar que alguna vez fue refugio y también prisión, y con ese dinero abrimos una cuenta a nombre de Lucía. Un pequeño legado para su futuro.

La *boutique* quedó perfecta tras la reforma. Conservé el mismo nombre, los mismos colores. Pero ahora había algo más en el aire: una especie de confianza, de alegría renovada. El negocio seguía siendo un éxito. A veces me sorprendía al recordar que había logrado mantenerlo incluso en los días más oscuros. Supongo que en la vida había tormentas que solo hacían crecer raíces más profundas.

Y había amores que florecían cuando menos se esperaban.

Teresa, la madre de Gabriel, había vendido su casa de Madrid y se mudó a Jerez. Compró una casita pequeña, coqueta, llena de macetas y colores. Era feliz y pasaba muchos fines de semana con mi padre, Juan. Sí, juntos. Se habían enamorado. Como adolescentes, pero sin prisa. Él la hacía reír como Gabriel, no la veía reír desde que su padre murió. Y ella lo miraba con esos ojos que sabían lo que costaba llegar hasta ese momento.

Que fuera cinco años mayor que él no les importó en lo más mínimo. Como decía Teresa, *«para encontrar el amor no hay edad, solo tiempo suficiente para reconocerlo cuando llega».*

Nos reuníamos todos los fines de semana. Iker y su mujer, Elena, con sus hijos, David y Aitor, llegaban con la comida. Laura y Paula siempre traían vino. Lucía correteaba de un lado a otro, buscando brazos que la acogieran. Y todos, todos se los ofrecían con gusto.

Sandra estaba a punto de casarse. Aún me reía al recordar cómo conoció a su prometido: entró a la *boutique* solo para cargar el móvil y terminó saliendo con una cita. A veces el destino tenía un extraño sentido del humor.

Y Raúl… bueno, estaba conociendo a uno de los empleados de Gabriel. Los veía mirarse con esa expresión que solo aparecía cuando uno empezaba a creer de nuevo.

Todo parecía encajar.

Aunque la vida no era perfecta, porque no lo era, ahora tenía un ritmo amable, una calma que antes no conocía. Había aprendido a no temerle al silencio, a no desconfiar de la paz. A veces, la felicidad no llegaba como una explosión, sino como un susurro. Una taza de café compartida. Unas manos enlazadas al atardecer.

Y luego estaba él. Gabriel.

Mi compañero, mi amor, el padre de mi hija, el hombre que entró en mi vida cuando más lo necesitaba y se quedó cuando más lo dudaba.

Después de acostar a Lucía, salimos al porche. El cielo estaba lleno de estrellas. Él se sentó a mi lado, con una manta sobre las piernas y un vaso de vino en la mano. Me miró como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía me viera por primera vez.

—¿En qué piensas? —me preguntó, con esa voz grave que aún me derretía.

—En nosotros. En todo lo que ha cambiado. En lo que tenemos.

—¿Y?

—Y que no me lo creo del todo. Que sigo esperando que alguien me despierte y me diga que fue un sueño.

Gabriel me cogió la mano y la besó con ternura.

—Esto no es un sueño, Alicia. Es la vida que mereces. Que merecemos.

Lo miré y, como siempre, me perdí en sus ojos. Había una calma en él que me envolvía como abrigo suave en noche de invierno.

—¿Sabes qué creo? —dijo, con una sonrisa apenas dibujada— Que todo lo que pasamos, todo lo que dolió, todo lo que casi nos rompe… solo tenía un sentido: llevarnos hasta aquí. Hasta ti, hasta mí. Hasta Lucía.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. No era tristeza, era belleza. De esa que pesaba, pero que también liberaba.

—Nunca imaginé tener esto —susurré—. Ni siquiera me atrevía a desearlo.

—Tú me salvaste —dijo entonces, mirándome con esa intensidad que me dejaba sin aire—. Me mostraste que el amor no es una promesa vacía ni un refugio pasajero. Es hogar. Y tú eres el mío. Cada día contigo me enseña a ser mejor, más humano, más libre. Alicia, no hay nada en este mundo que yo quiera más que despertar a tu lado el resto de mi vida.

No pude contenerme. Las lágrimas me cayeron silenciosas pero constantes.

—Gabriel… mi mundo eres tú —dije, abrazándolo con fuerza y besándolo como si pudiera fundirme con él.

Él me envolvió con sus brazos. Me sostuvo como si supiera que a veces, incluso en la felicidad, una necesitaba sostén.

—Te amo —me susurró al oído—. Y siempre te amaré.

Cerré los ojos. Lo sentí. Lo creí. Lo viví.

Y, por fin, fui feliz de verdad

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
Twitter: @ChicasTribu